





# *Añoranzas*

Este Libro es propiedad de la Biblioteca  
Nacional de la Casa de la Cultura  
Su Venta es penada por la Ley



ABELARDO MONCAYO

# *Añoranzas*

INTRODUCCION POR

EL Dr. PIO JARAMILLO

: : : : ALVARADO : : : :

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº <u>0210</u>	AÑO <u>1986</u>
PRECIO	DONACION

QUITO — ECUADOR — 1923

Talleres Tipográficos

: : : : Nacionales : : : :



# INDICE

---

	Págs.
<b>Introducción</b> por el Doctor Fio Jaramillo Alvarado .....	VII
<b>El Doctor Mariano Acosta</b> .....	1
<b>Don Pedro Moncayo y Don Pedro Carbo</b> .....	65
<b>La Jubilación del Historiador Cevallos</b> .....	73
<b>La Reparación.</b> —El Doctor Antonio Borrero C. ....	82
<b>Un drama en miniatura.</b> —Don Miguel Valverde .....	117
<b>Doña Mercedes González de Moscoso</b> .....	129
<b>El General Lamar</b> .....	135
<b>Doña Marletta de Veintemilla</b> .....	158
<b>El Teatro en Imbabura</b> .....	170
<b>Nuestra Cuestión de Límites.</b> —Réplica al Dr. Luis Cordero. ....	222
<b>Postscriptum (1912)</b> .....	265
<b>El Concertaje de Indios</b> .....	272
<b>La Excomuni6n en Manabí</b> .....	331
<b>Montalvo Civilizador</b> .....	363











## Don Abelardo Moncayo

### Y SU EPOCA

#### Preliminar

**E**L PROCESO de la revisión histórica, el aquílatamiento de los valores políticos, la urgencia de situar en su propio plano a determinadas épocas y las actitudes trascendentales de eminentes ciudadanos que decidieron con su intervención el cambio de regímenes, la inauguración y ensayo de nuevas fórmulas de gobierno; actitudes de ciudadanos purificados por todos los dolores, por los de la incompreensión y la envidia, por la hiel del rencor y el humo tributado por los turiferarios, por la maldición de los vencidos y el odio de los propios colaboradores insatisfechos; ese proceso de las reivindicaciones y revisiones históricas urge consolidar, porque se ha serenado, para ciertas personalidades, la atmósfera caldeada por la pasión política y los tiempos nuevos se han saturado de los ideales de los grandes luchadores, quintaesenciándolos la alquimia milagrosa de la crítica científica.

Al fragor de la lucha partidaria, cuyo último estallido se apagó en 1916 en las montañas de Esmeraldas— esa Coyadonga del radicalismo ecuatoriano—, ha sucedido una gran quietud que es preciso averiguar si es el producto de un programa político cumplido, si es el desánimo por el sacrificio inútil, o es la esperanza que aguarda confiada las conquistas nuevas, por los secretos de la evolución, después de haber agotado los de la revolución,

Y ESTA quietud ensaya una nueva fórmula: el nacionalismo.

EN el programa de este evangelio apócrifo las grandes líneas rojas y azules de los antiguos escudos de combate están desteñidas, mejor dicho, confundidas.

DESDE lo alto de los campanarios agoran los buhos los prestigios de este ensalmo, que para darle un nombre, le llaman *fasismo!* . . . . En las tiendas de campaña de las falanges liberales una inquietud nueva se apodera de los espíritus. ¿Hacia qué orientaciones? ¿Por qué senderos otean los vigías? ¿Por qué se han callado las voces que decían el santo y seña en las horas profundas de la noche o en la esperanza de todas las alboradas?

NADA mejor que recordar el pasado del liberalismo en esta hora incierta, evocando sus figuras próceras, definitivas y afirmativas, que dominan con su figuración cerca de medio siglo de la vida nacional; que a las páginas escritas unieron la acción cívica; que vivieron la perpetua juventud de su ideal sin desfallecimientos ni claudicaciones; que gobernaron, educaron y sufrieron; y que, como un mensaje de eternidad, nos han dejado su *Idearium*.

INICIO mis estudios con la personalidad política de Don Abelardo Moncayo y su libro «Añoranzas».

## I

## Del Ambiente Histórico

### Ante el Tirano

EN la mañana del 6 de Agosto de 1875 la ciudad de Quito iba a servir de escenario al acto cívico más trascendental de la vida republicana en todo este primer siglo de su existencia. Nunca el patriotismo, la audacia y el espíritu de sacrificio arraigaron tan fuertemente en el alma de una conjun-

ración, como en ese día señalado con piedra blanca en el camino que conduce al progreso del Ecuador.

LA aparente tranquilidad de la ciudad resignada, fue interrumpida con la voz formidable: «Tirano! al fin llegó tu día»

Y UNA escena digna de los mejores días de Roma se desenvolvió espectante, sangrienta, reivindicadora.

GARCÍA MORENO, su edecán Pallares, y dos asistentes se dirigían por el ancho portal del Palacio de Gobierno, y habían avanzado algunos pasos desde la escalinata en dirección a la puerta principal, cuando una voz que condensaba el rugido de todo un pueblo, exclamó: «Tirano! en nombre de la patria aquí percees!».

Y EL Tirano asombrado y estupefacto por la audacia desusada en el reiuo del silencio y la abyección que impusiera con sus crueldades, se enfrentó veloz a su agresor que le descargó de frente, en ademán de arrancarle la cabeza, una cuchillada terrible. Era Rayo, el vengador. Otro de los conjurados, Cornejo, le agarró por el cuello con mano férrea y con la diestra le disparó un tiro de revólver. Moncayo y Andrade agarraron a Pallares por los brazos. El Tirano trató de huir, dando gritos insultantes, pero los conjurados le rodearon, le impidieron la fuga. De entre los espectadores, sólo un negro transeunte trató de estorbar a Rayo, pero éste hirió, se abrió paso, y descargó de nuevo su acero, y ante las descomunales cuchilladas, el Tirano ensangrentado, ciego, vacilante, despavorido por la desesperación retrocedía y se desbarrancó de espaldas, desde lo alto de la lonja del Palacio y fue a estrellarse en las baldosas de la Plaza de la Independencia.

DE entre los conjurados que fueron muchos, aunque en el escenario, sólo aparecieron cuatro, es sin duda la figura de Don Abelardo Moncayo la que define el por qué de ese tiranicidio inevitable en ese tiempo y en esa hora histórica.



PORQUE si Manuel Cornejo Astorga era de familia decente y rica, ilustrado, escritor de valía en sus veintiséis años de edad, despreocupado e irónico, un Aristófanes quiteño por la autenticidad de su salero; si Roberto Andrade, casi un adolescente, de buena posición social y económica, de gran inteligencia e ilustración; si Manuel Polanco, un joven abogado que unía a su prestigio y posición las cualidades de su formalidad y belleza varonil; si estos conjurados tenían la distinción de estas cualidades, Abelardo Moncayo renfió a los prestigios parciales de sus compañeros, la joven gravedad de un filósofo y director de almas en los claustros universitarios o en los cenáculos de la conspiración. Rayo sólo fue el brazo; los otros conspiradores el corazón; Moncayo el cerebro de ese gigante forjado por el ambiente político absurdo creado por García Moreno.

No me detengo a probar con los antecedentes de la Historia Universal la legitimidad del tiranicidio, pues sólo trato de examinar la significación histórica y científica de la política garciana en el Ecuador, y nada mejor que analizar la mentalidad de la época por los ideales de Don Abelardo Moncayo, actor de la historia de cerca de medio siglo.

\* \* \*

### **La herencia española**

EL ambiente colonial fue interrumpido en el Ecuador en los últimos veinte años por obra del ferrocarril trasandino. La Independencia sólo significó cambio de gobernantes y de sistema de gobierno, pero la libertad quedó aún por conquistarse. Sólo una herencia española permaneció inalterable, sin embargo de todas las transformaciones sociales: el fanatismo católico.

EN toda la época colonial, en el fondo del paisaje desolado por la fiebre del oro y las guerras civiles de los conquistadores, que exalta el retrato del ambiente, cercado por el marco barroco labrado en

el cedro americano, una figura inconfundible aparece en primer término, dominando el conjunto: la figura negra del cura de almas!—«Las Noticias Secretas de América» de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, escritas en el siglo XVIII, contienen toda esa farándula de clérigos y monjes de la Conquista en perpetua orgía y explotación de indios, relación renovada por González Suárez en su historia de la Colonia. Nótese que los sabios viajeros españoles limitan sus relatos casi exclusivamente a la Presidencia de Quito, en sus denuncias de la frailecía claudicante, y que el Historiador nacional descorrió inmisericordiosamente el trapo empolvado de esos mismos cuadros estampados en sus crónicas.

YA en la gran república colombiana, en lo que toca a la situación del clero casi no hubo variante, porque la frailecía supo amoldarse a la situación, y al final resultó acreedora en la República, como cobró en oro y libertinaje sus créditos de conquistador en la Colonia.

UNO de los más ilustres escritores franceses que se ocupan de la Historia de América, Mario André, acaba de publicar un libro «El fin del imperio español en América», y en éste, el capítulo más significativo es el que titula «El papel del clero» en la Independencia.

ANDRÉ trata de probar en su libro la ninguna influencia de la Revolución Francesa en la libertad de América, porque aquella fue anticlerical, y ésta, netamente aristócrata y clerical. Los libertadores encontraron la mayor resistencia en la burguesía criolla y pueblos de indios se sublevaban y combatían en defensa del Rey.

PERO lo fundamental de la inmiscuencia del clero en la revolución americana, radicaba en las antiguas querellas entre la potestad civil y la eclesiástica, constantemente en pugna, no por asuntos de doctrina ni de dogma, sino por cuestiones temporales de administración de haciendas y tesoros de las comunidades religiosas y las iglesias. La escisión culminó a veces violentamente, y los gobernadores

embarcaban a la fuerza a los frailes con rumbo a España, encarcelaban a los Obispos, y éstos excomulgaban a los gobernadores. Un Virrey citado ante el Tribunal del Santo Oficio se hace escoltar por una compañía de soldados y algunos cañones y pone en fuga a los inquisidores; y, en esta falta de armonía de los dos poderes, sorprendió a la Colonia el grito de la Independencia.

DESDE luego, en virtud de bulas pontificias, el Patronato regio daba a los Reyes de España, para sus dominios en América, en cuestiones de orden religioso, más poderes de los que tenían para el gobierno en Europa; y el encuentro de estos poderes delegados a los conquistadores, provocaba conflictos en el campo de las ambiciones humanas, sin que concurriera nada que pudiese herir el sentimiento religioso.

ESTA misma situación aparece en la República. El clero guía desde el primer instante la nueva situación. Los Obispos suscriben las actas de la Independencia: el Deán Funes es un prócer en la Argentina, el cura Hidalgo en Méjico, entre los mártires del 2 de Agosto, en el Ecuador, es sacrificado el Presbítero Riofrío; y, en todo el Continente Indo-Español, las Constituciones políticas declaran el catolicismo la religión amparada por el Estado. El Patronato subsiste, pues se declaró en vigencia, y por el Patronato la tutela y protección del Estado a la Iglesia es incontestable. Naturalmente la protección implica subordinación. Y el 7 de Noviembre de 1828, Bolívar se dirige al Pontífice León XII que acababa de nombrar nuevos Obispos para Colombia, anunciándole que le envía los candidatos para las sedes de Quito y de Guayana.

DESTRUIDA la unidad Colombiana, el Ecuador se retiró a un convento, según una expresión tan conocida en América. El primer Presidente General Juan José Flores, celebró con un *Te Deum* la fundación de la República, y nuestras Constituciones han seguido reconociendo invariablemente la declaración de que el catolicismo es la religión que el Estado tiene que proteger.

LA situación del Ecuador tal como la planteó el fundador Flores hasta que Rocafuerte consolidó la institución nacional republicana, y aun hasta el 6 Marzo de 1845, en lo que toca a la cuestión religiosa, se mantuvo tranquilamente. En el período marquista el escrutinio para elegir al sucesor de Roca se efectuó en el templo de la Compañía de Jesús. La vigencia del Patronato fue reconocida tácitamente por Roma, pues en 1850, con motivo de la publicación de la Bula que declaraba factible la beatificación de Mariana de Jesús, el Ministro doctor Modesto Larrea, firmó el *exequator*, en conformidad con la ley de Patronato.

El liberalismo de Urbina, exaltado por la expulsión de los Jesuitas, no fue obra sectaria, sino que, como en la época colonial, los contrapuestos intereses temporales del Estado y de la Iglesia, produciendo violencias de orden personal. Aunque lejanos ya los días de la intervención de los gobiernos de Colombia en la vida política ecuatoriana, Urbina no pudo sustraerse a las influencias del General José Hilario López, que se había propuesto expulsar de América a los Jesuitas, declarando o gestionando la declaración de la vigencia en su país y los vecinos de la Cédula de Carlos III. Es tan evidente que no tuvo intención sectaria esa expulsión, que el decreto correspondiente lo suscribió el Ministro Don Pedro Fermín Cevallos, liberal católico, como solían llamarse en esa época, en que los partidos políticos estaban confundidos en vagas aspiraciones de *libertad* o en el afán de mantenerse en el poder, *conservando* la administración pública en manos de oligarquías aristócratas, o sea del *godismo* criollo que se apoderó del gobierno una vez alcanzada la Independencia. La evolución de los partidos políticos en el Ecuador exige la expresión sintética de un capítulo especial.

Si prevalecía el catolicismo sin contradicción antes de la Independencia y en las épocas floreal y marquista de la República, hasta la caída de Robles; si el Ecuador era ya conocido en este período



histórico como un convento, mientras a Colombia se le reputaba una Universidad y a Venezuela un Cuartel; si no había herejes que perseguir; si la unidad religiosa era tranquila; si el catolicismo reinaba con toda la corrupción de las costumbres de la frailecía ¿qué significado tenía en la historia, el establecimiento de un régimen absolutista que declaraba la ineficacia de las leyes, y el imperio de la teocracia impuesta a sangre y fuego, con la complicidad y el apoyo de un partido clerical sin sentido en el Derecho Público?

\* \* \*

### **Imperativos de una conjuración**

DON Abelardo Moncayo en 1875, y no obstante su juventud era ya un filósofo que había ahondado en el turedo aparatoso de la Historia hilvanada con fechas, batallas y revoluciones, su sentido esotérico.

EN 1864 sólo contaba diez y seis años de edad, cuando en el Colegio de los Jesuitas, fue designado para dictar lecciones de latín y castellano. Alumno aprovechado de don Buenaventura Proaño, en Humanidades, y de los doctores Miguel Egas y Carlos Casares en Filosofía y Matemáticas, recibió las lecciones de física y química del Padre Borda, y fue exaltado enseguida a la calidad de Maestro.

Los Jesuitas halagaban la esperanza de hacer definitivamente suyos el talento y el carácter de Moncayo, al que atraía el misterio de la Orden, acreditado por la sabiduría del claustro.

ANTES de ir a ese su retiro temporal del mundo, tuvo en 1863 la oportunidad de enriquecer sus conocimientos bibliográficos, ordenando en asocio de Federico González Suárez, después gran dignidad de la Iglesia Ecuatoriana, la Biblioteca Nacional, convertida en un montón informe de volúmenes por el terremoto del 59. Este incidente determinó en el espíritu selecto el ansia de saber y la

pasión por la lectura, que tan sólida instrucción había de darle para el bien de la Patria.

LUEGO vino el éxodo por las principales ciudades del Ecuador, llevando a todas partes el contingente de sus luces y estudiando siempre en los libros y en los hombres, y penetrando más y más en las verdades que arrancaba como gemas de gran valor, del tesoro de la filosofía comparada que estudiaba con inmenso afán. Quito, Riobamba, Guayaquil y Cuenca contaron entre los profesores de la juventud al filósofo Moncayo. El alma atormentada del periodista Calle, cuenta en su biografía de Moncayo, que en el Colegio Seminario de Cuenca, corría la tradición escalofriante de la perversión de un joven levita, quien por culpa de las malas lecturas ahorcó la sotana, recuperó su libertad y se marchó por esos mundos a predicar en la preusa y la tribuna el advenimiento de la era de la verdad y del bien para el Ecuador. Moncayo, como Voltaire, buscó en las profundidades del secreto católico, y lealmente abandonó el claustro y fue a buscar la verdad en el torbellino del mundo, interrogando a su propio corazón. De Voltaire tiene la amarga ironía en sus escritos, diferenciándose del filósofo francés por su vida austera, austera y grave hasta la muerte.

«FRANCAMENTE, dice Moncayo, refiriéndose al episodio de su salida del Colegio de Jesuitas, muy generosos anduvieron éstos conmigo; que, dada la *sans façon* con que yo procedía, de una oreja debieron haberme puesto en la calle. Imaginaos, por modelo de arranques oratorios, los más vehementes de Castelar; por modelo de viveza en la narración histórica o de encantadora exactitud en las descripciones, los Girondinos de Lamartine o la «*T'empes-tad bajo un cráneo*»; para aclarar la diferencia entre el romanticismo y el clasicismo, las «Palabras de un Creyente» o trozos de Childe Harold, etc. Y cuidado con que alguno de mis alumnos, al tratar de las formas del pensamiento o de las figuras de dición, me diesen otros ejemplos que los sacados del «Canto a Junín», el cual con algunas estrofas

de Espronceda o de otros *ejusdem furfuris* debíat tener en la puuta de la lengua para ejercicios de declamación. Un rasgo más que todo lo compendia: yo, fanático admirador de Montalvo y hambricuto hasta de la más leve hoja suelta que él venía publicando desde el 65; y ellos, mis socios, ciegos y devotos admiradores de García Moreno.

«LLEGO el 69 y con él la inicua revuelta; el golpe fatal a la República dado por este mial hombre. Fuí testigo en Cuenca, a fines de dicho año, de la inmoliación de tres víctimas inocentes. Y llegó el año 70, y con él el triunfo de Garibaldi, la Italia unida y el surgimiento de la tercera República en Francia. ¡Calculad si mi San Martín mismo hubiese logrado ya hacernos comer pacíficamente en el mismo plato a los que lloraban por el ilustre prisionero del Vaticano y a mí que, en la flor de la vida, veía en todo nuevos y más amplios horizontes. Nada, pues, más lógico y oportuno que lo que hice, mi separación.—Recobrada mi libertad sabéis cuál fue mi primer vuelo? A Ipiales, a conocer al Cosmopolita». (1)

HABRÍA sido desleal con su espíritu y con el medio ambiente en que vivía, si Moncayo no hubiere abjurado del jesuitismo. La abjuración en este caso significó lealtad.

EN 1871 funda Moncayo, en asocio de Acosta y Guerrero Toro, auspiciado por el prestigio y la virtud de doña Josefa Salazar, de renombre en pedagogía, una Escuela Superior de niñas, y en esa ocupación sonó la hora del 6 de Agosto de 1875.

ENTRE las conjuraciones que se han formado en América para concluir con una tiranía, no sé de otra que más ilustrados ciudadanos haya tenido en su seno. La que libró al Ecuador de García Moreno, mejor dicho, del gobierno teocrático que desquició los fundamentos de la República, fue una conjuración de la virtud contra el crimen, de la demou-

(1) Moncayo.—«Aclaraciones»—1909.

erecía contra el cesarismo. Es indispensable aquilatar ese momento de la historia para juzgar de los imperativos de la conjuración del 6 de Agosto.

Los antecesores de García Moreno reúnen ya algunos de los defectos de más bulto, que el Ecuador anatematizó en el Tirano, en el único Tirano que aparece en el campo de nuestra historia.

SIN olvidar el asesinato de Hall y las ejecuciones de Otamendi, creo yo que el mayor delito de Flores fue el haber pretendido eternizarse en el Poder. Y la falta mayor no estuvo en haberse reelegido, expidiendo una Constitución que le permitiese perpetuarse en el Mando, como lo hiciera después el mismo García Moreno; ni en el hecho de haber formado una oligarquía como ensayaron también Urbina, García Moreno, Veintemilla y Caamaño; ni en haberse impuesto con un militarismo mercenario extranjero, como lo hicieron con un *idem per idem* nacional los caudillos mencionados, sino en haberse declarado el hombre necesario, el presidente providencial del Ecuador, y lo que es gravísimo, haber buscado el auxilio extranjero para reconquistar el Poder.

Los atentados para restablecer la monarquía en América o un Protectorado en el Ecuador, atribuidos a Flores y García Moreno, no creo lealmente que tengan el alcance que las banderías quieren dar a esas reconquistas imposibles, fracasados los pensamientos monárquicos de los primeros independizadores (no digo, libertadores) de América. La actitud de García Moreno cuando la agresión del Almirante Pinzón a las Islas de Chincha, esa sí implica traición a los ideales y la soberanía de América.

Y SI en el General Flores encontramos algunas de las peculiaridades que un día combatió García Moreno, y que luego practicara, en Rocafuerte la pacificación se hace con el cadalso en proporciones mayores que en la época de García Moreno, quien añadió a la pena de muerte, la crueldad morbosa, innecesaria, de los degenerados superiores que clasifica la terapéutica positivista.

ADÉMÁS, Flores no traicionó a sus propios hombres, sino que abrazó a Rocafuerte vencido y lo exaltó. Y Rocafuerte que fue inexorable con los revolucionarios, nunca intentó volver al Poder por ningún camino. García Moreno derrocó a Carrión y traicionó a Espinosa, el justo, inicuaente. Fue revolucionario contra Flores, contra Roca, contra Urbina, contra Robles, y agitó toda una época cubriéndola de sangre, de luto y de afrentas, siguiendo las inspiraciones teocráticas que le aseguraban, en su opinión, la dictadura perpetua.

El General Flores quiso para el Ecuador la incorporación del Cauca, y Popayán suscribió la adhesión; y cuando las armas ecuatorianas fueron a Colombia en esa época, no regresaron afrentadas. Los descalabros de Tulcán y Cuaspud no los perdonará la historia.

Si la memoria del General Flores recobra poco a poco su pedestal de granito, a medida que se desvanece su influencia acentuada desde 1830 hasta el día de su muerte a órdenes de García Moreno, es decir, algo así como cuarenta años de permanecer en espectación política, para luego ver revivida su memoria por las parcialidades que atacaron la administración de Don Antonio Flores; si Rocafuerte se yergue ya sereno en la misma plaza en que otrora se fusilara revolucionarios por su orden, ¿cuál es la diferencia fundamental, el error imperdonable que el Ecuador, por mano del patriotismo, sancionó con el tiranicidio en García Moreno?

—LA traición a la República, sancionada en la Constitución del 69.

CONTRA Flores y Rocafuerte las conspiraciones aspiraban al Poder. En el caso de García Moreno, ya el concepto del Poder fue secundario. En la colisión de la teocracia usurpadora y de la democracia reivindicadora, se condensó la crisis histórica, que encontró en el verbo de Montalvo el fuego que incendió la atmósfera, desató la tempestad y fulminó el rayo que devolvía a la nacionalidad ecuatoriana su soberanía.

LA Constitución del 69 desnaturaliza el derecho elemental y fundamental del hombre: la libertad de conciencia. El artículo 10, inciso 1º, dice: «Para ser ciudadano se requiere ser católico». Surge ante todo la interrogación: ¿Es esta obra de un loco o de un ignorante? ¿Cómo puede hallarse compatibilidad entre el derecho político del hombre a pertenecer a una agrupación social para desenvolver sus actividades y la condición institucional de ser católico o no ser ciudadano? El hombre como sér pensante quedó suprimido por esa ley; García Moreno necesitaba autómatas para gobernar.

LAS leyes, aunque no son la justicia, representan una aspiración hacia la justicia, y por eso la movilidad o evolución de las leyes. Y para corregir el defecto inherente a la obra humana, no se confía a la voluntad de un solo hombre sino a las legislaturas la formación de las leyes. Desde luego, a quien ha de ejecutar la ley se le permite que ponga reparos o sea el *veto* para obtener modificaciones o quizá la suspensión misma de la ley, pero el Ejecutivo no puede ni debe imponer su voluntad a la legislatura, porque ese acto se llama despotismo.

LA Constitución del 69, en el artículo 14, dispone: «Si las observaciones del Ejecutivo (al proyecto de ley, decreto o resolución, aprobado por ambas Cámaras) se dirigieren a desechar el proyecto en su totalidad, se reservará hasta la siguiente legislatura». Y si las objeciones son parciales: «En caso de no ser aprobado por ambas Cámaras con aquellas correcciones o modificaciones (que dicte el Ejecutivo), se reservará hasta la siguiente legislatura». Es decir, sólo se sancionan las leyes que tenga a bien el Presidente, la independencia del Poder Legislativo es nula. Consecuencia: el despotismo sobre la ley; la institución republicana destruida; la implantación de una monarquía absurda, irrisoria, loca.

PARA garantizar los derechos ciudadanos, la Ciencia Constitucional ha establecido una garantía

más: la independencia del Poder Judicial, y ésta se consigne con la elección de los Tribunales Supremo y Superior mediante el libre nombramiento que hace de sus miembros el Congreso, exponente a la vez del sufragio nacional.

LA Constitución del 69, en su artículo 60, confiere al Ejecutivo la atribución de «Proponer al Congreso en terna los magistrados de la Corte Suprema y del Tribunal de Cuentas y nombrarlos interinamente en receso de aquel; nombrar a propuesta en terna de la Corte Suprema, a los magistrados de las demás Cortes de Justicia», ¿Qué independencia le queda al Poder Judicial, el único baluarte que ha tenido el Ecuador en la borrasca de la vida nacional, si la existencia de ese Poder es entregado a las manos del déspota?

LA experiencia de los siglos en el gobierno de los pueblos ha constatado la tendencia humana al abuso de la autoridad y la conculcación de las leyes, y ha creado un poder moderador de las atribuciones de los tres poderes clásicos: el legislativo, el judicial y el ejecutivo, que en las Constituciones republicanas se llama el «Consejo de Estado». La independencia de los miembros que lo integran es la base de la autoridad y de las garantías sociales que puede conceder y debe supervigilar.

LA Constitución del 69, dice: «Habrá un Consejo de Estado presidido por el Presidente de la República y compuesto de los Ministros de la Corte Suprema, de otro del Tribunal de Cuentas, de un eclesiástico y de un propietario que tenga las cualidades que se requieren para ser Senador, nombrados por el Presidente».

*Si el Presidente que preside el Consejo de Estado, es quien nombra a sus Ministros del despacho, a los Ministros de las Cortes y del Tribunal de Cuentas, al eclesiástico y al propietario, ¿en qué queda ese Supremo Consejo de gobierno, la garantía más sólida de la República?*

TODA esta concentración de poderes en el Ejecutivo, debía tener una finalidad; descubramosla.

EN ausencia del Congreso, sólo puede conceder facultades extraordinarias al Presidente, el Consejo de Estado, y entre estas facultades, en la Constitución del 69, se consignan, además de las ya conocidas, las siguientes: «Ordenar el allanamiento y registro del domicilio de personas sospechosas; prenderlas, trasladarlas a otros puntos habitados de la República o extrañarlas; disponer se juzgue militarmente como en campaña, y con las penas de las ordenanzas militares (el patíbulo) a los autores, cómplices y auxiliares de los crímenes de invasión exterior o conmoción interior, aun cuando haya cesado el *estado de sitio*».

EN receso del Congreso, toca al Consejo de Estado conceder estas facultades extraordinarias, y como el Presidente de la República preside este Consejo y lo nombra, quedaban de hecho en manos de un déspota el honor, la vida y la hacienda de los ciudadanos. El estado de sitio fue permanente, y la suprema válvula de escape en la conculcación de los derechos, el derecho de insurrección, quedó pendiente de un patíbulo cuya sombra proyectaba del Carchi al Macará.

JUZGAR el sociólogo, por la aprobación de esta Constitución del 69, suprema ley de la República, la abyección política en que habían caído las instituciones y el hondo abismo en que se sepultó la conciencia nacional.

SÓLO con una Constitución así se explica la flagelación del General Ayarza, vencedor del déspota en Tumbuco, la masacre de Jambelí, los fusilamientos de Maldonado y Viola, el martirio de Borja, las vergüenzas de Tulcán y Cuaspud, la confabulación traidora con el General Peruano Castilla, la protesta contra la Unidad Italiana, los confinios al Napo, y lo que es peor que todo esto, la traición a la República, destruida en sus fundamentos, y la importación de frailes y monjas a los que entregó la uirre y la juventud para que las educaran, asesinando con esto hasta la esperanza!

Como la democracia fue reemplazada por la teocracia, el Estado, es decir, García Moreno, renunció al Patronato que había constituido el ejercicio de la soberanía en la tutela religiosa, y pactó un Concordato o sea la esclavitud de la República al poder Pontificio, por los términos en que ese pacto se realizó. De hecho el Ecuador quedó convertido en un Estado Pontificio consagrado al Corazón de Jesús. Con estos actos se consolidó la era teológica, se inició la guerra de religión, y a las desventuras causadas por el militarismo infiltrado en el organismo nacional, a la pobreza consuetudinaria del Erario, a la roña del caudillaje y las revoluciones, añadió García Moreno su herencia maldita, el eterno conflicto político-religioso, que tanta sangre ha costado y cuya solución aun está latente.

EN 1875 la situación política quedó planteada así: o la restauración de la República o el reinado insolente, ultrajante de un déspota: la Patria o García Moreno; y los conjurados de Agosto se sacrificaron por la Patria.

\* \* \*

### El enigma de Salazar

MAS, la conjuración del 6 de Agosto incubó en su seno una gran traición.

EN la trama de esta tragedia interviene una mano hábil que empuja por distintos caminos a la realización del tiranicidio, a grupos sin expresa confabulación.

Y COMO en toda comedia humana no puede faltar la sonrisa enigmática de una mujer, la conjuración de Agosto tuvo la suya, Juana Terrazas, lojaua, hermana del Canónigo de este nombre, muy conocido en Quito. Los hermanos Terrazas eran oriundos de Sosoranga en la frontera Sur del Macará. «En aquel tiempo, dice Roberto Andrade,

la Terrazas tendría veinte años: era alta y rozagante, y su fisonomía no carecía de atractivos» (1).

A lo que parece, Juana era amiga de Moncayo, y fue en una conversación con éste, que, contestando a la displicencia con que Moncayo se produjo hablando de García Moreno, interrumpió entusiasmada, revelando la posibilidad de que sobreviniera una sublevación del ejército para derrocar al Tirano. No tuvo inconveniente en declarar que era visitada por el Comandante Francisco Sánchez, Jefe de uno de los Batallones acantonados en la Capital, quien estaba resuelto a cooperar en ese movimiento.

MONCAYO creyó descubrir un rayo de luz en las tinieblas de la conjuración que tramaba con Andrade y Cornejo. Desde ese instante fue inscrita Juana Terrazas entre los conspiradores, y fue ella la que puso en contacto al grupo de Moncayo con el grupo de Sánchez, por intermedio de Polanco.

ADÉMÁS de estos núcleos, Faustino Rayo aparece en la escena sin contacto conocido con los conspiradores, y en el momento supremo, la Terrazas compele a Sánchez a permanecer firme en su cuartel, situado a pocos pasos del lugar en que se desarrolló la tragedia. El grupo de los filósofos estuvo en su puesto; Rayo fue empujado matemáticamente a la hora y al sitio precisos; la conjuración llegó a su desenlace; y, cuando todos esperaban confiados la sublevación prometida, alguien ordena la victimación de Rayo, herido y prisionero, y con este hecho queda sellada la boca que pudo decir toda la verdad, que pudo descubrir esa mano que empujaba desde la sombra la conspiración para eliminar al déspota. Sin esa seguridad de una promesa reiterada de Sánchez, relativamente a la sublevación de la tropa, que dejaba entrever una conspiración oficial, imposible, de toda imposibilidad, por grande que hubiese sido el arrojo y firme el convencimiento de la eliminación del déspota,

(1) R. Andrade.—«6 de Agosto»

imposible digo, que se hubiese elegido las puertas de un cuartel para la realización de un tiranicidio. Esta confianza hizo innecesaria para Moncayo la urgencia de una arma, si no para agredir, a lo menos para defenderse, y prefirió asumir inerte la responsabilidad histórica, pues que, de ser capturado, con arma o sin ella, su complicidad era evidente y su suerte había sido la de Cornejo: el patíbulo.

POLANCO y Andrade han sindicado al General Francisco Javier Salazar, Ministro de Guerra de García Moreno, como el personaje misterioso que empujó a Sánchez a la traición a los conjurados, haciéndole saber a Moncayo por la indiscreción femenina de la Terrazas la falsa sublevación, y quien también empujó con precisión a Rayo a dar el golpe de gracia, y al negro López a matar a Rayo, antes de que hablara, desencantado, por el desengaño de la sublevación prometida.

El General Salazar se ha defendido y le han defendido los suyos (1), pero esa acuciosidad personal, nerviosa, para capturar con su propia mano a Sánchez, murmurándole en voz baja algo que se tragó también la tumba, es muy sorprendente. La defensa máxima consiste en esto: Sánchez pudo acusarme y no lo hizo, luego soy inocente. Andrade ha respondido: en esa acusación Sánchez se jugaba la vida; y el que sabe que no será juzgado y que fugará seguramente, no tiene prisa en perder al que puede protegerle. En efecto Sánchez no fue juzgado y su fuga coincidió con la noticia de la captura de Andrade, declara el General Salazar (2).

DESDE ese día trágico y glorioso, la vida de Don Abelardo Moncayo tomó un rumbo inesperado,

EN la entraña de la hermosa Imbabura encontró un refugio y la simpatía ciudadana que le amparaba en las persecuciones. Montalvo, que mató con su pluma a García Moreno, según su propia expresión, visitó a Moncayo en Peguche, cuando

(1) F. I. Salazar.—La Verdad contra la calumnia.—1876.

(2) J. Ignacio Salazar «Defensa documentada»—1887.

volvía del destierro, y le dijo a su amigo que esperara noticias buenas, realizada la exaltación de Borrero. Pronto llegó un nuevo desencanto con la noticia anunciada: «El morlaco nos ha engañado», le escribió Montalvo.

EL tiempo, que es el gran reparador, ha explicado que Borrero no engañó, que quiso gobernar por el sistema fusionista, y que con esto precipitó su caída, engañado por todos, hasta por el espejismo de su elección realmente popular.

BORRERO fue elegido Presidente en concepto de liberal, pero en realidad no fue sino opositorista al régimen garciano; Veintemilla realizó la traición y usurpación del Poder titulándose liberal, y se acompañó del liberal Carbo y del liberal Urbina, pero si en verdad hubo liberales en esa época, no existía el liberalismo como partido político. Por eso la contradicción permanente entre los principios políticos y los hechos realizados en el Poder, por eso esa confusión caótica, hasta 1895, de los partidarios y los partidos. Sólo una línea negra existía en los campamentos políticos, perfectamente definida: el clericalismo garciano. Radicalismo, liberalismo, conservatismo, progresismo eran géminas de futuros partidos políticos en formación, con hombres, por el momento, pero sin programas. No asombre por lo mismo, que Borrero suba al Poder como liberal y caiga por clerical; que Veintemilla justifique la revolución pero no la traición; que sea apoyado por los liberales, que persiga al clero cuando le fue hostil, que le mime cuando llegó a entenderse con él, y que haya sido derrocado por la coalición de todos los grupos o banderías políticas.

La persecución de Veintemilla a los liberales fue rabiosa, y en un oficio circular de Junio de 1882 a los gobernadores de provincia, declara el Ministro don Francisco Arias, de orden del Presidente, *fuera de la ley* a más de sesenta hombres distinguidos de todas las agrupaciones políticas y entre éstos figuran Francisco y Adriano Montalvo, Hipólito Montcayo, Nicanor Arellano, Constantino Fernández,

Éloy Alfaro, Modesto Andrade, Abelardo Moncayo, J. F. Centeno, Clemente Concha, Miguel Valverde, Cornelio Vernaza y muchos otros.

COMO al iniciarse la administración de Veintemilla tuvo un colorido liberal, hubo una tregua para éstos después de la larga dominación garciana.

¿QUÉ era entre tanto de la suerte de don Abelardo Moncayo?

SIEMPRE oculto, siempre amenazado con un juicio que era activado o dormitaba según las conveniencias políticas del momento.

EN 1876 contrajo matrimonio con la señorita Dolores Andrade Rodríguez, hija de don Rafael Andrade, hombre de posición social, de arraigadas ideas liberales, y que ha sido el tronco de una familia distinguida, cuyos hijos han escrito sus nombres en los anales de la historia con gran prestigio. Fue el padre de Rafael, Roberto, Daniel, Modesto, Julio y Carlos Andrade, todos ellos luchadores y colaboradores en la obra del liberalismo ecuatoriano, con su ilustración, con su espada y con su honorabilidad.

PERO esos días de paz a que me he referido concluyeron pronto, y se sucedieron alternativas caprichosas de libertad y persecuciones. «La Quinta» es frecuentemente visitada por escoltas. Veintemilla piensa que es buena política perseguir de tiempo en tiempo a los conjurados del 6 de Agosto. En esa misma época inicia don Juan Montalvo la campaña contra Veintemilla y los refugiados de «La Quinta» colaboran en «La Candela» acentuando la obra demoleedora de las «Catilinas». A la proscripción de Montalvo siguió la persecución a los liberales.

CUANDO la serenidad amparaba a Moncayo, su vida metódica y fecunda se guió por los antiguos cauces del educacionista, alternando la obra del espíritu con las faenas agrícolas. Tuvo discípulos: sus hijos y sus parientes políticos; y el alma del filósofo que encontró el oro de la verdad y de la libertad en la meditación en los claustros universitarios,

en la amarga realidad de la vida, en las traiciones y las falsías de la política, se refugió en su propio corazón, hizo de su hogar una cátedra, y vació a manos llenas los tesoros de su alma en los seres que constituyeron por toda su vida el gran amor!

ESTA obra educacionista de Moncayo en su propio hogar, tiene proyecciones hacia la vida política del país, que no podía, que no debía serle indiferente. Se sacrificó por el honor de la República, el porvenir de ésta continuaba siendo su preocupación constante. Colaboró en «El Combate» la famosa publicación periódica del doctor Juan Benigno Vela y en el «Diario de Avisos» de Martínez Barreiro, que flameaba en Guayaquil como la bandera roja de futuras reivindicaciones.

Y NO fue la polémica doctrinaria lo exclusivo en la labor, sino las disertaciones históricas, la crítica literaria, las tesis de Derecho Público y Privado, el examen de la cuestión de límites con el Perú, el análisis de leyes, singularmente las que afectaban a la instrucción pública, estudios que forman parte del libro «Añoranzas», publicado por el amor filial.

EN esa producción asombra no tanto el atildamiento de la frase, la rectitud del juicio, la visión augural siempre acertada, cuanto la gran serenidad de un alma perseguida, desencantada, que no tiene una queja, una repriminación, un lamento.

DE la tragedia de Agosto no le queda sino el convencimiento íntimo de la bondad y justicia del acto histórico, y guarda un profundo silencio, que jamás lo interrumpe el orgullo de ser actor de un hecho trascendental en la vida política del Ecuador.

EN su «Alegato sobre la prescripción» de la causa célebre, estudio jurídico de gran valor del Sr. Moncayo, plantea la cuestión como exige una defensa, pero con desenfado, con tranquilidad, con ese equilibrio de espíritu que da la certidumbre de un fallo justiciero en los estrados angustos de la Historia.

REFROCHA la parcialidad de los Tribunales, y para la amargura de su eterna proscripción, sólo tiene estas palabras estoicas: «Ni al más empujado de mis enemigos - dice - le deseo jamás noches y días, como los devorados durante esa eternidad (¡19 años!), y transcurrida precisamente en la época más hermosa de la vida y en la que nunca vuelve. Si para conocer lo que ama uno a ese pedazo de tierra donde hemos nacido, es preciso estar lejos de él largo tiempo; también para conocer lo que vale la verdadera libertad, la individual, la que es el alma del hombre, preciso es perderla; y con ella adios todo hechizo, toda ilusión, toda esperanza. ¿Qué trabajo sostenido y fecundo entonces para atender al porvenir, qué seguridad ni aliento en las empresas, qué fin, qué blanco a la existencia? Y al poner el pie en un camino tan tenebroso, el del proscrito, con la vergüenza de la derrota en la espalda y con la incertidumbre de un sombrío desconocido por delante, ah! valga la verdad, se la doy al varón más esforzado en el sufrimiento. Y cuántas veces sorteada la muerte: cuántas, pavoroso e indefinido el peligro, y cuántas por fin el desaliento y el despecho en el límite mismo de la desesperación! Y en tan largos y súbitos cautiverios, qué alcances a veces, qué privaciones, qué humillaciones, qué torturas! «Esta causa (la del 6 de Agosto de 1875), dice, ha constituido mi gloria y mi infortunio; mi gloria por cuanto ella ha servido de crisol a mi constancia en el sufrimiento».

He aquí al filósofo; ya hemos admirado al patriota; sepamos los juicios históricos del escritor, las delicadezas del poeta, las facultades analíticas del crítico.

## II

## La obra literaria

### Borrero, historiador

HAY libros de bondad positiva, que irradian luz propia, que han sido hechos expresamente para el

bien; y hay también libros que por su malevolencia, por el ultraje a la verdad y el desacato a la justicia, producen por el rechazo de la iniquidad, el bien que directamente no quisieron realizar. A este segundo género, al de los libros de bondad negativa, pertenece la obra del P. Berthe intitulada «García Moreno, Presidente de la República, Vengador y Mártir del Derecho Cristiano». Es copiosa la bibliografía suscitada por este libro, pero sólo me referiré a la famosa «Refutación» de don Antonio Borrero, al libro inédito hasta 1904 de Dn. Juan León Mera, y al estudio de Dn. Abelardo Moneayo, condensando los principales motivos.

Es sabido que la frailecía trata de santificar a García Moreno y realiza la propaganda en el mundo católico, presentándole como el tipo del gobernante que conviene a los intereses sectarios.

Y PARA hacer del déspota cruel y loco un modelo, el estropeamiento de la verdad era indispensable. Ha desfigurado Berthe, adulterándola, toda la Historia del Ecuador, al que presenta como un país de trogloditas, nidada de masoues, de anarquistas y de ladrones; insulta a sus mejores hombres, a Rocafuerte, por ejemplo, le califica de aventurero; a Hall, de extranjero pernicioso. El Ecuador según este redentorista ha carecido hasta el advenimiento de su héroe, de toda acción política y religiosa, de suerte que García Moreno tuvo que empezar a sustituir con levitas los taparrabos de sus gobernados, construir los primeros templos, enseñar la adoración de Dios, y fusilar al que no se dejaba civilizar a su manera!

EL Sr. Mera, uno de los Santos Padres de la Iglesia garciana, amigo y corresponsal del P. Berthe, explica que «la vida de García Moreno es el medio de que se ha valido el autor para forjar una obra de alta valía religiosa, política y social, cuya doctrina es útil no solamente para el Ecuador, sino para cualquiera Nación que desée librarse de la espantosa revolución que viene minando en todas partes el orden moral».—Y esta panacea universal la

ha forjado y pintado, dice el Sr. Mera, «con los colores que se le han dado». Desde luego, «el P. Berthe anda generalmente muy cerca de lo cierto». Y, con todo esto, «el P. Berthe, concluye el Sr. Mera, ha servido al Ecuador; quienes le hacen daño son los que quieren menguar la mayor de sus glorias, vinculada en aquel—«extraordinario sér más genio que hombre, a quien los extraños levantan sobre sus cabezas para enseñarle al mundo como modelo de magistrado: católicos que conviene imitar» (1).

FELIZMENTE, el ex-Presidente Borrero no comprendió así la obra de los conventos, y rechazó con una «Refutación» clara y documentada, todas las falsedades y las injurias a la nacionalidad, no solamente a sus hombres representativos.

PROBÓ que García Moreno fue mediocre como gobernante, desadaptado de su época como estadista, virulento como periodista, voluble como partidario, excesivamente orgulloso como hombre, cruel con sus enemigos y de la manga ancha con los pícaros, cuando éstos eran sus esbirros.

LA irreligión de los gobernantes que precedieron a García Moreno, la recuerda Borrero con los actos de leal catolicismo de Flores, la práctica del culto religioso de Rocafuerte, de Roca, de Urbina y de Robles. Con Flores colaboraron Rocafuerte y Urbina; con García Moreno colaboraron Flores y Veintemilla; con Veintemilla colaboraron Pedro Carbo y Urbina, al que calificaba Borrero de «viejo conservador»; y añade: (2) *Floreanos* fueron los primeros hombres del Ecuador, incluso el gran Olmedo, y *Roquistas* casi todos los que formaban el gran partido de nacional, que echó abajo la dominación del digno maestro de Urbina, transformado posteriormente en «ilustre fundador de la Independencia ecuatoriana, y, por lo mismo, padre de la patria». «Nadie negará, opina a este respecto

(1) J. L. Mera—«García Moreno»—1901. Imp. del Clero—Quito.

(2) Borrero, «Refutación»—1889.

el Sr. Moncayo (1) el alborozo de los terroristas a la primera noticia de la rebelión en Guayaquil, al imaginarse que Veintemilla se había proclamado por ellos».

«DESDE 1852, año en que Urbina fue elegido Presidente de la República, no hubo en el Ecuador, afirma Borrero (2), sino dos partidos políticos: el urbinista o *ministerial*, y el liberal u *oposicionista*. Los patriotas, es decir los conservadores de que habla el P. Berthe, no existían en el Ecuador, salvo que demos ese nombre a los floreanos, que, como recién derrotados, no podían tomar cartas en política. García Moreno tampoco era conservador en esa época: él había sido revolucionario y hasta radical bajo el Gobierno de Flores, época en que llamaba fanáticos a los que sostenían que el derecho de Patronato no era inherente a la Nación; furioso oposicionista y hasta demagogo, bajo el Gobierno de Roca; e infatigable revolucionario, bajo el Gobierno de Urbina. Su nombramiento de Alcalde Municipal de Quito y de Rector de la Universidad, fue obra de los *liberales*, es decir, de los partidarios de Gómez de la Torre.—En el tiempo de que venimos hablando, servían a Urbina y después sirvieron a Robles, muchos de los que posteriormente, sirvieron a García Moreno y se llamaron conservadores. García Moreno tuvo en su servicio, en los diversos ramos del Poder, no sólo a los amigos políticos de Urbina, sino también a sus íntimos y confidentes».

Lo que hubo realmente en la época floreana y marcista fue gobiernistas y oposicionistas, denominándose *godos* a la aristocracia y oligarquías criollas y republicanos o *liberales* a los de la oposición. La denominación «conservadores», apareció por primera vez en la segunda administración de García Moreno, y fue importada de Colombia. Desde luego, el partido que ha fundado este caudillo, no puede

(1) A. Moncayo «Añoranzas»

(2) Borrero, ob. cit.

llamarse científicamente «conservador»; su propio nombre es; partido clerical.

Y si en política la irreligión descrita por Berthe es falsa, ya apunté anteriormente, que en lo social, el Ecuador siguió en la vida colonial, católica, apostólica, romana hasta 1895, en que se inicia una nueva era.

Por esto afirma el Sr. Moncayo: «la escuela de García Moreno es exótica entre nosotros; no cuenta con un solo antecedente en nuestra historia» y «nadie hasta la época nefanda había osado en esta zona, proclamar como sistema el absolutismo, en nombre de la religión, ni nadie había declarado insuficiente toda ley, en nombre de la salvación del pueblo».

Y BROTA, naturalmente, la consecuencia de este desacierto político de García Moreno, por obra de su absolutismo: el rompimiento de la unidad religiosa en el Ecuador.

«Hoy por hoy (1892), afirma el Sr. Moncayo, la situación no es idéntica, merced a imprudentes sectarios que, con Berthe a la cabeza, han pretendido el endiosamiento del crimen: merced a los escándalos y repetidos abusos del clero, existe ya en el Ecuador un liberalismo más acentuado que el de nuestros padres. Los atentados contra el dogma pasan inadvertidos para la multitud, no todos sonoros para teólogos; pero sí la moral es la sistemáticamente desquiciada en sus bases, aun a los más frívolos les muere la duda, y viene con ello el deseo de comprenderlo y escudriñar todo ¿y quién el feliz entonces que logra en esa pendiente detenerse a su voluntad?»

TAMBIÉN el estudio de la refutación de Borrero, sugiere al Sr. Moncayo otras consideraciones, además de la revisión histórica de los hombres representativos que intervinieron en los primeros cuarenta años de la vida republicana, y es muy singular el suave reproche a la acción de ese liberalismo teórico, moderado, católico o sin epíteto!

LA brillante retórica del panfleto, la altiva increpación al despotismo, no estuvo respaldada por la acción cuando las circunstancias así lo requerían; y, cuando llegó al Poder con Borrero, ese liberalismo moderado, fracasó ante el prejuicio legalista.

FRENTE a ese liberalismo católico se levantó ya hasta 1892, la falange de los precursores: los Moncayos (Pedro y Abelardo), los Montalvos (Juan, Adriano y Francisco), los Alfáros, los Portillas, los Semblantes, los Borjas, los Riofríos (Miguel), los Velas, los Valverdes, los Cárdenas, los Andrades, los Vargas Torres y los Conchas.

«RESUMIMOS: un liberalismo a lo P. Ventura, a lo Lacordaire, a lo Douoso Cortés, a lo Balmes, y lo más a lo Montalembert, he aquí el liberalismo tan vilipendiado, dice el Sr. Moncayo, torturado y perseguido sin treguas por un partido *evéctico*, triste caricatura del carlismo español o del ultramontañismo francés, importado en el Ecuador desde el 62, y precisamente para la defensa de todas las iniquidades cometidas en nombre de la religión».

POR todo esto sintetice mi pensamiento acerca de García Moreno en otra de mis obras (1) en estos términos: Los que queremos historia y no mistificaciones, desechamos las apologías y las diatribas, y anhelaos el estudio del magistrado no vulgar, trabajador, fanático, descentrado de la época, con pujos de un Portales indocumentado, inferior a Rocafuerte como organizador e ideólogo, cultivador de la ciencia; con el concepto justo de la honradez administrativa, que otros han confundido con la honradez inconsciente de una caja de hierro, y con una gran teatralidad en la acción política que ha deslumbrado a muchos y suscitado imitadores de opereta. Tres factores, además de lo dicho, determinaron el encumbramiento apoteótico de García Moreno: la pluma de Montalvo, la aureola de toda tragedia sangrienta y el interés sectario del clericalismo. Porque la figura histórica de García More-

(1) P. Jaramillo Alvarado, — "El Indio Ecuatoriano." — 1922

no, no es, en definitiva, sino una obra artística burilada por Montalvo, que elevó al *héroe* a la altura de la fama del tribuno, pues el gladiador de la prensa ecuatoriana sintió la urgencia de un émulo para lucir su escudo de romano antiguo y forjó un personaje de tragedia esquiliana: García Moreno. Sin la pluma de Montalvo, el jesuitismo no habría podido colocar en el Vaticano el busto de su *héroe*. Le habría faltado la propaganda artística que es perdurable.

\*  
\* \*

### Doña Marietta

HAY en la bibliografía nacional un libro simpático, por ser obra de mujer y por los estudios históricos que motivó: «Páginas del Ecuador» por Marietta de Veintemilla.

COMO en el caso de Berthe, salen al frente libros de réplica suscritos por ex-Presidentes, eclesiásticos, políticos ofendidos y el eco de esta polémica repercute en toda la producción histórica de una época.

DON Abelardo Moncayo figura entre los impugnadores de Marietta, desde luego, con caballerosa deferencia; no se exalta ni produce todo un libro documentado como Dn. Antonio Flores, ni es displicente como Rafael M. Mata, ni anatematiza como el canónigo Nieto, sino que tiene para la administración de Veintemilla y su historiadora, la galantería de esta frase sintética: «Marietta es la única página gloriosa en la historia de Dn. Ignacio». Y a fe que no encuentro un juicio más completo y justiciero acerca de los hechos del Gran Capitán.

LAS hazañas de Veintemilla carecen de originalidad: en eso de la usurpación del Poder por la traición plagió a Urbina y a García Moreno. En la derrota de Tumbuco cedió su caballo a García Moreno para que huyese más pronto; estuvo en Cuas-

pué; desempeñó un papel principal en las escenas que precipitaron la caída de Dn. Gerónimo Carrión, que le había ascendido a General; subió en nombre de los principios liberales al Poder; como García Moreno trató al clero a puntapiés cuando fue díscolo con su autoridad; pero no se le ocurrió, como a éste, que figurase su nombre en el misal romano, ni trató de expulsar a un Monseñor Tavani, Delegado Apostólico, por haberse negado a pontificar la misa de acción de gracias por la massacre de Janbelí, ni se tomó el cuidado de recoger a los frailes tunantes a la grupa de su caballo de guerra. Mas, tocóle presenciar el envenenamiento del Arzobispo Checa y la erupción del Cotopaxi, derogó el Concordato garciano cuando le estorbó, desterró a Montalvo que lo eternizó en sus «Catilinas», se reconcilió con el clero y para la Dictadura tuvo en este elemento su más poderoso apoyo.

NADIE vivió mejor que Veintemilla la vida de príncipe en el Palacio; la naturaleza fue su cómplice aumentando las rentas con grandes cosechas de cacao, quina y condurango, a las que la Guerra del Pacífico se encargó de poner la máxima cotización en el mercado. No mató a sus enemigos, pero los flageló, como Rocafuerte lo hiciera con los monederos falsos. Si no pudo legar a la posteridad un Panóptico, como un dón sombrío del alma, su magnificencia y la eterna sonrisa de sus salones galantes se concretaron en una dádiva digna de su tiempo y de sus cortesanos: el Teatro Nacional. ¡Y las máscaras de la comedia siguen riendo a carcajadas en las decoraciones del regio dón!

Y ADEMÁS de esto, Marietta de Veintemilla, hermosa y valiente; ilustrada, sin desdeñar la coquetería de su sexo, aparece en la Corte del Rey Sol, como la estrella de la felicidad, y cuando ésta se eclipsa por la invasión de los Laudázuris y otros bárbaros del Norte, ella, Marietta, es la *generalita* que dirige la defensa, que conjura las traiciones, que preside el Consejo de Ministros, que dicta las proclamas, que asiste a las batallas, que cae prisionera, y que en el ostracismo escribe las memorias

de su reinado en la Presidencia y en los corazones de un pueblo que no supo comprender las delicias de una Dictadura!

EFFECTIVAMENTE, Marietta, «es la única página gloriosa en la historia de Don Ignacio».

DIFÍCILMENTE podrá la crítica histórica, alterar este juicio que sobre la administración de Veintemilla ha estampado Don Abelardo Moncayo en su libro «Añoranzas»: «Noble fue y necesaria la revolución del 8 de Septiembre de 1876; pero, sobre lo bronco del instrumento, la traición fue su cuna. No traigamos a colación la sombría historia del protagonista, no recordemos sus horrores, condensados para mí, en este solo crimen: *su espantosa bofetada a su increíble fortuna*. Pudo ser algo más que héroe, pudo ser el regenerador y el ídolo de un pueblo, y... se quedó de Veintemilla!»

\* \* \*

### ¿Lamar fue traidor?

Noble gesto en verdad, el de Don Abelardo Moncayo, cuando, en 1889, dando de mano a la polémica política, sale por los fueros de la justicia y defiende de un calificativo atroz "al brazo poderoso de Bolívar en Junín, y no menos eficaz y formidable de Sucre en Ayacucho", a Lamar.

En una producción poética llamó *traidor!* el doctor Honorato Vásquez, al prócer ecuatoriano más auténtico de la guerra de la Independencia. El historiógrafo don Antonio Borrero rechazó ese anatema por injusto. Vásquez insiste, y don Abelardo Moncayo, interpone hidalgamente el acero de su dialéctica en el torneo histórico, reemplazando con igual crédito al contendor de Vásquez, recusado de parcialidad, por su parentesco con Lamar.

Y EYOCÁ, entonces, los últimos y más brillantes días de gloria de la epopeya americana y los días azarosos y tristes, cuando las glorias de los liber-

tadores empiezan a empañarse por el humo de la guerra civil, y los pueblos unidos para la victoria, caen en una gran conflagración de intereses; las nacionalidades buscan las líneas que demarquen su fisonomía, y los grandes capitanes eligen su patria chica, una vez redimida la gran patria americana.

SUCRE y Flores fundan su hogar en Quito, y a no matarle la bala infame de Berruecos, el Mariscal habría sido el primer presidente *ecuatoriano*.

Los departamentos del Sur de Nueva Granada declaran su incorporación a la antigua Presidencia de Quito, con el apoyo de ciudadanos distinguidos nativos de esas regiones. En Guayaquil se discutía una posible anexión al Perú, y Lamar es elegido Presidente de esta Nación, como Flores lo fué del Ecuador, sin considerar al lugar del nacimiento.

EN esta época, casi todos los gabinetes de los gobiernos sur americanos acogen en su seno el prestigio y la colaboración de los pocos estadistas conocidos, con prescindencia de su nacionalidad.

TRANSCURRÍAN agitados esos días en que el calor de las pasiones y de múltiples intereses, cristalizaban y moldeaban las nacionalidades.

LAMAR, presidente peruano por adopción, contando quizás con ocultas simpatías en las tierras azuayas, quiso agregar a su nueva patria, Cuenca, la ciudad natal. Pero en esa anexión se discutían antiguas ambiciones y enconos territoriales. Lo que fue el Reino de los Schyris y después Audiencia Real de Quito, tuvo desde la nebulosa época de las civilizaciones pre-hispánicas una fisonomía propia, dentro de un marco invariable de territorio, que respetó la Independencia en la creación del Departamento austral de Colombia la Grande, y la ambición de Lamar, o el error de Lamar, tenía que sufrir el rechazo que sufrió, y que, en la derrota, tuvo un anatema terrible: *traición!*

“ANTÓJASEÑOS a nosotros que un amor ciego quizás, pero excusable, dice Moncayo, a su suelo natal: la ambición de extender los límites de un pueblo cuyos destinos regia, en competencia con un vecino por demás grande y poderoso: el tesón de coronar la mira política de un partido a cuya cabeza se puso; la esperanza o la convicción, por tanto, de proporcionar una suerte próspera a la comarca que ambicionaba. Fueron probablemente los móviles de su proceder, ayuno eso sí del juicio y cordura que tanta empresa demandaba. Pero felonía, propiamente traición, no alcanzamos a ver en esta conducta”.

No pongo ni quito rey en esta delicadísima tesis, discutida de nuevo, en estos días, en la Universidad de Cuenca; admiro la magnanimidad que el señor Moncayo imprime a su defensa de Lamar, y observo que, de no haber tenido siempre el Ecuador un pico pendiente en sus relaciones con el Perú, la crítica habría sido menos severa con el famoso teniente de las huestes triunfadoras de Bolívar.

\* \* \*

### **Después de Tarqui**

Y es que el nombre de Lamar ha quedado unido en la historia a la jornada de Tarqui, la primera acción de armas colombiana o ecuatoriana para definir el pleito de fronteras con el Perú.

LA generosidad de Sucre en ese entonces, expresada con caracteres de fuego en la ratificación del Tratado de Girón; “no pretendo abusar de la victoria, ni humillar al Perú, ni tomar un grano de arena de su territorio”, ha tenido en el tiempo la reciprocidad de una burla secular a todos los tratados, a todos los *statu quo*, a todos los *modus vivendi*, a todos los recursos y fórmulas inventados por la diplomacia para atenuar las injusticias y hacer menos ofensiva la brutalidad de la fuerza.

EL Perú no ha negado ni podía negar el derecho evidente, por razones históricas y geográficas, por razones jurídicas y de mera equidad, el derecho que el Ecuador sustenta para que le sean devueltas sus posesiones en las riberas amazónicas y en las latitudes de Tumbes y Jaén de Bracamoros.

Porque además del Tratado y el Protocolo correspondiente a la paz firmada en Girón; además del reconocimiento continental del *uti possidetis* no abrogado por ninguna Cédula en lo que se refiere a segregaciones territoriales, ni cumplida la Real Orden en el aspecto simplemente administrativo; porque además de las expresas confesiones peruanas acerca de la legitimidad y autenticidad de los títulos ecuatorianos sobre Jaén y Tumbes; porque además de la constancia fehaciente de la proclamación de los derechos territoriales, hecha por los próceres de la Independencia en sus actas inmortales; el Ecuador, por una caballerosidad mal comprendida, firmó el Tratado Herrera-García, excediéndose, sacrificándose en sus concesiones por amor a la paz; el Ecuador, que no tuvo recelo de firmar una convención Tripartita, y, fracasada ésta, ir al Arbitraje, a manos lavadas, con la resolución de acatar el fallo, que luego tuvo que aplazar por influencias amigas o falsamente amigas, por una parte, y por la denuncia de que el veredicto sería salomónico, en la forma de partir la cosa reclamada dejándola sin vida, y ahondando con esto la diferencia de dos pueblos a los que urge consolidar la paz, poniendo por base la justicia; el Ecuador, que sigue y sigue discutiendo líneas hipotéticas para hipotéticos arreglos directos, por fórmulas de diversas denominaciones: el Ecuador, digo, por todos sus derechos, y por todas sus hidalguías, tiene la convicción de que podrá haberse excedido, de que habrá violentado tal vez el proceso que, sin embargo de ser secular, es imprescriptible, el Ecuador tiene la seguridad de que no ha firmado jamás, por sus hombres representativos un pacto omniñoso, una concesión que sea indecorosa, y menos que con el Tratado Inter-terrenal, mejor que diplomático, llamado Herrera—

García, haya desvirtuado ni remotamente los títulos y derechos que con su sangre ratificaron los vencedores en Tarquí.

No coincido en este aspecto del estudio del señor Moncayo acerca de límites con el Perú, cuando califica malamente el Tratado Herrera—García, y deriva de éste consecuencias que carecen de esa exactitud de que hizo lujo el mismo autor, cuando replicó al Plenipotenciario peruano señor Sosa, en una nota diplomática, que es un jalón de gloria, en el debate sobre los derechos territoriales del Ecuador.

Pero más que los dictados de la pasión política no encubierta por la franqueza del señor Moncayo, al atacar la defensa que de la Convención Tripartita hiciera el doctor Luis Cordero en 1902, llama poderosamente la atención, lo que califica de política liberal internacional, para oponer una fórmula a los procederes del régimen conservador: *"Dar tiempo al tiempo, hacer lo posible para entrar con los interesados en negociaciones directas, y a la vez procurar con ahínco tanto la excusa de un juez, tan mal y arbitrariamente designado, como la separación de Colombia de un pacto tan ominoso para ella y el Ecuador; tales fueron, dice el señor Moncayo, los consejos que, privadamente, por cierto, pero con marcada insistencia, insinuaron al Ejecutivo (en 1896) los responsables entonces de los destinos patrios; y tal por consiguiente, la norma a la que con tesón inquebrantable cedió sus actos el Jefe de la Nación (General Alfaro), en sus gestiones diplomáticas"*.

Si el Tratado Herrera—García significó en 1898 el resultado de las negociaciones directas; si la suspensión del arbitraje en 1910, la inhibición del juez recusado; si consta que la influencia de Chile intervino calladamente en la disolución del convenio tripartito y obtuvo la separación de Colombia, ¿qué queda aún por hacer? ¿Dar tiempo

al tiempo? Pero si la historia de límites con el Perú no es sino la historia de los aplazamientos interpuestos por esta nación para jamás llegar a un término; si la realidad está diciéndonos que el tiempo nos ha quitado Tumbes y Jaén, que el tiempo permitió la fundación de Iquitos, que el tiempo va haciendo efectiva la Cédula de 1802 perfectamente impugnada ¿le convendrá al Ecuador seguir dando tiempo al tiempo?

QUEEN aconsejó esa fórmula que impugno y propagó aquella otra: "Tumbes--Marañón o la guerra" como el dilema destructor de todo arreglo equitativo y pacífico, no es amigo del Ecuador.

FELIZMENTE, para la memoria de don Abelardo Moncayo, aunque expone con calor la política aconsejada al General Alfaro, opina que es preciso llegar a un arreglo "con una demarcación racional, precisa y si no equitativa, digna al menos de un pueblo que demanda lo suyo para el amplio desarrollo de sus energías en lo futuro".

\* \* \*

### **Prosas y versos**

No es la producción literaria de don Abelardo Moncayo la expresión principal de su vida, sino una de las facetas, brillante, desde luego, pues que ante todo y sobre todo, fue un político de acción concreta, uno de esos raros políticos que ha estudiado silenciosamente un programa y que luego sabe aplicarlo sin rehuir responsabilidades, y que íta en el éxito, con la serenidad del que tiene un plan de gobierno definido.

Y si un estadista así posee además el don de transmitir sus pensamientos bellamente, si en la arquitectura de la frase se descubre el cultivo de los clásicos, en la precisión de la palabra que sustantiva o adjetiva el abolengo del más selecto latín, y en la fluidez de la producción el cultivo intenso, sustancioso, del iniciado en los secretos del arte, que

no atropella sus estudios por un exhibicionismo prematuro, ya es posible imaginar el feliz suceso de un apostolado.

EN los motivos de la producción literaria del Sr. Moncayo, aún en aquellos que nada tienen que ver con la política, el sabor doctrinario denuncia que en la copa burilada del verso o de la crítica, se ha libado el vino rojo y generoso de una propaganda lírica de renovación social.

Y CUANDO pondera al cura de Santa Engracia, que en Ibarra se llamó Mariano Acosta, cuando analiza deliciosamente las ingenuidades de los héroes de la novela "Cumandá", expresión *chateau briánico* del señor Mera, cuando augura con gran videncia el porvenir fecundo de la más dulce de las poetisas ecuatorianas—Mercedes González de Moscoso, es Silvio el que agradece a Athos, Vela a Moncayo, los dos campeones de un mismo credo; cuando irrumpe en modulaciones que exigen el verso para el acabado de la expresión, canta a la muerte de Montalvo, o consagra a este genio las consideraciones acerca de su obra civilizadora; cuando, en fin, aboga por el indio, en su estudio sobre el concertaje, la cuestión social palpita; y el cultivador del arte, al suscribir su producción, no se sorprende que la pluma haya tomado las proporciones de una espada, que jamás lució sin motivo ni se guardó sin honor. Quiero decir, Moncayo fue un político, que, hasta cuando cantaba a la "Soledad del Campo", . . . . . él bien sabía que añoraba el campo de batalla!

Y ADEMÁS, nunca fue un escritor de circunstancias: su pluma no se movió sino por grandes sugerencias artísticas o motivos palpitantes de orden histórico o político. Por eso, la producción del señor Moncayo, relativamente, no es abundante, pero en extremo selecta.

HE aquí una muestra de su sentido crítico literario: "Pero eso de dejarse leer de principio a fin, dice analizando la obra de don Pedro Fermín Ce-

vallos, como si por casualidad apurásemos un vaso de champagne, sin asomo de fatiga, con interés siempre creciente y con dulcísima y no razonada satisfacción. . . . . propio es tan sólo de escritores eminentes, de esos ingenios felices que llegan a obtener palma envidiable, mediante aquella cosa tan fácil de decir y tan ardua de adquirirla a maravilla: *el estilo!*, y éste únicamente es el sello infalsificable de los dotes intelectuales; y éste sólo el que abre a un escritor las puertas de la inmortalidad. E irreprochable casi es en este punto don Pedro Fermín: envidiable corrección y casticismo en la palabra y en la frase, concisión sin oscuridad, claridad sin difusión, elevación nunca desmentida en el pensar, rectitud en el sentir, amenidad en las descripciones, sagacidad suma al pensar en las causas de los sucesos y en las intenciones de los actores, fuego vivificador cuando la materia lo requiere, increíble y sencilla ternura como en la muerte del Libertador, por ejemplo, parsinomia en los adornos, elocuencia brotada de la naturaleza misma de los asuntos que toca, etc., etc., todo campea en nuestro *Resumen*, como en su propia casa, todo nos manifiesta la riqueza del pincel de tan afortunado artista".

¿Hay en esta enumeración una fuerte reminiscencia de la manera de Montalvo? Moneayo expresa que de entre los imitadores del Maestro, solamente Aparicio Ortega, Roberto Andrade y José Peralta, son los afortunados que han penetrado en el secreto de la maravillosa dición montalvina. Si en esto hay un honor, como lo creo, debe agregarse a estos nombres el de don Abelardo Moneayo.

\* \* \*

### III

## La acción Política

### La revolución del 95

DESDE la tragedia del 6 de Agosto hasta la revolución liberal de 1895, habían transcurido vein-

te años, como veinte siglos, en la vida de don Abelardo Moncayo.

Las realidades de la vida le habían enseñado tremendas advertencias para dar solidez a las meditaciones de la filosofía, le habían señalado derroteros ocultos que le condujeron a la purificación por el dolor, a la revisión de sus lecturas y a la producción literaria y política selecta. En política, sin renegar jamás de la trascendencia histórica de su acto inicial, ni jactarse de él, sus juicios adquirieron la solidez y el método para la realización práctica, que luego hubo de revelar en el Gobierno.

Pudo constatar que, si bien la teocracia garciana seguía corroyendo la entraña misma de la vitalidad ecuatoriana por la acción de la frailecía extranjera infiltrada en el poder, la evolución del ideal liberal obtuvo ya una iniciación franca, después del 75; muy débil con Borrero, adulterada con Veintemilla, perfectamente falsa con Caamaño, algo descufada con Antonio Flores y claudicante con Cordero: pudo constatar que una evolución se operaba, y coadyuvó a ella con su pluma, en la producción literaria y política ya mencionada.

El proceso fue ineludiblemente sangriento para el liberalismo. A los desmanes de Veintemilla, se sucedieron las inmolaciones de Viteri, Infante, González y Vargas Torres, realizadas por Caamaño. El martirologio había inscrito muchas víctimas liberales desde Hall, el primer mártir de la gran causa: había encontrado el partido en gestación su gran vocero en Montalvo; y, en las fulguraciones de la espada de Alfaro, la esforzada defensa de la idea. Alfaro había acreditado su filiación en las montoneras del "Colorado" y la ayuda a la expedición que fracasó en Jambellí, contra la tiranía de García Moreno; concurrió a la acción de Galté convencido de que Veintemilla sería un liberal sincero: estuvo en Mapasingue y determinó el éxito de la Restauración; mantuvo en jaque a Caamaño, y afirmó su heroísmo

en Jaramijó; Alfaro tuvo ya para 1895 todo el prestigio que le reconoció el Ecuador, cuando realizado el desmoronamiento del progresismo podrido por los crímenes y por los peculados, se hundió con la cínica negociación del contrabando de la fragata "Esmeralda", transacción indecorosa realizada por la influencia amiga de los gobiernos chilenos, y que produjo el toque a somatén en todas las almas liberales dispersas por la persecución caamañista, y que esperaban un motivo de unión y una mano lealmente liberal que mantuviera en alto el estandarte rojo.

EN esta hora de la historia encuéntrase los partidos políticos aun indefinidos: el clericalismo garciano sigue nombrándose, falsamente, partido conservador, y para la reacción contra este régimen, el llamado liberalismo católico, encontró en la sutileza de don Antonio Flores una nueva denominación: el progresismo.

Lo que fue progresismo tiene una explicación en la obra de don Abelardo Montayo, "Año-ranzas". "Un partido nuevo supone, dice, una nueva necesidad social, otro credo político, otro sistema de gobierno, otras aspiraciones; supone el gastamiento de las fuerzas de los antiguos partidos contendientes, la realización del ideal que antes se perseguía, una nueva tendencia a mayor proporcionamiento. ¿Distinguen estos caracteres al conservador progresista? ¿Cuál es su credo, cuál su ideal que vemos realizado, cuáles sus aspiraciones? Atm en los pueblos más adelantados que el nuestro, esta diferencia de matices en las dos grandes comunidades políticas que por el poder bregaron eternamente, no implica otra cosa que el *dividir para reinar*, esto es, la ambición de unos pocos que, por satisfacerla, se dividen en facciones, estrechan sus círculos y se agarran de donde pueden". "Si pues, ni mote ni bandera ostenta el nuevo partido, ni obedece a ninguna necesidad, pandilla será, facción, lo que se quiera la tal agrupación; pero no un partido serio. Y como es demasiado conocida su

tendencia, *la de adueñarse del poder*, la de estrechar el círculo de la alternabilidad presidencial, de reducirle a una especie de *argolla* de reloj, como si dijéramos, razón nos sobraría más que suficiente para calificar al conservador-progresista de simple faccioso oligarca".

Es la concreción más exacta de ese sistema que don Antonio Flores ha hecho pasar a la historia como *progresismo*, y que cayó irremediablemente, por falsa doctrina en 1895.

Las agrupaciones políticas, felizmente para el Ecuador, no han confundido en sus pasiones y en sus luchas, los altos intereses de la República, los que afectan a la existencia misma de esta institución. Por eso en 1875, el liberalismo castigó misericordiosamente al detentador de los fueros de la soberanía, conculcados en la Constitución del 69; y, en 1895, aplastó como a un insecto vil al progresismo que llegó a su expresión máxima como facción oligarca en el negociado de la "Esmeralda". Ese tráfico infame con el honor nacional, de cuya responsabilidad no podrá eximir la historia al Gobierno del doctor Luis Cordero, por haber consentido en la farsa, que Caamaño explotó en oro, descubrió toda la laceria del progresismo y puso en evidencia el dolo de toda agrupación que voluntariamente se pone al margen de los partidos clásicos. Lástima grande que los ensayos republicanos de don Antonio Flores y su personal hidalguía, tengan en las páginas de la historia la proyección de la sombra del señor Caamaño convicto y confeso de fea imputación financiera. No creo imposible el deslinde de responsabilidades, para bien de la dignidad nacional, pues que de los presidentes que se han sucedido en el Poder en los primeros sesenta y cinco años de la República, sólo en dos ocasiones encontramos la silueta del Estadista que tiene clara conciencia de su misión y la concreta en un programa: Vicente Rocafuerte y Antonio Flores.

Al movimiento político del 95 no fue extraña la cooperación de la vieja escuela garciana encar-

nada en don Camilo Ponce, candidato de oposición a la oligarquía caamañista en las elecciones de Flores y Cordero, regimenes a los que combatió duramente en la prensa, precipitando el descrédito del *progresismo*, que para sostenerse y buscar simpatías en la opinión, nombró a dos liberales doctrinarios Alejandro Cárdenas y Francisco Andrade Marín, Ministros Secretarios de Estado. Esta fusión en el Gabinete descubrió mejor la inopia del régimen que buscaba, en los artificios, las soluciones a una realidad que era un fracaso en la opinión del país.

En la conmoción social, mejor que la política del 95, se encuentra el caos producido por la falta de partidos políticos con programas definidos. Y así encontramos liberales y progresistas en el Gobierno, poncistas y liberales en la oposición. Las primeras protestas armadas contra Cordero, y que motivaron su renuncia de la Presidencia, aparecen en las diferentes facciones y *fusiones* sublevadas; el pronunciamiento mismo de Guayaquil en el 95, no se caracterizó como tendencia francamente liberal sino cuando fue proclamado don Eloy Alfaro, Jefe Supremo de la República y entró en campaña este prestigioso Jefe. Las batallas en San Miguel de Chimbo, en Catazo y Girón, dieron en tierra con el progresismo, y situaron en su propio terreno a las facciones clericales de las distintas denominaciones, pues la sombra de García Moreno proyectó su influencia malsana, directamente hasta el 95, y subterráneamente hasta estos días en que el liberalismo toma una modalidad *nacionalista* o sea un progresismo ingertado en la entraña viva de un partido que sólo ha planteado los prodromos de su programa político.

El terrorismo afiliado al poncismo y unificado con el progresismo en el desastre, se concentró principalmente en las provincias fronterizas con Colombia y luego tuvo manifestaciones esporádicas en diversos puntos de la República. Las batallas en "Cabras", "Chambo", "Quimiag", "Sa-



naucajas" y "La Florida", consolidaron el liberalismo en el Poder. La obra de reforma contiene el proceso complejo, cruento, no exento de responsabilidades; pero cumplida ha quedado la obra, por lo que toca a los iniciadores de la doctrina liberal.

\* \* \*

## La guerra de Religión

TRUUFANTE el General Alfaro se definieron claramente los dos partidos políticos antagónicos: el clericalismo garciano y el liberalismo doctrinario. Todas las medias tintas del progresismo o del liberalismo católico, completamente moderado, tuvieron que definirse en ese instante. Esos matices se reputaron los caminos del transfugio, y por ellos llegaron a incorporarse al nuevo régimen, antiguos colrades del caamañismo derrotado.

Ya se puede imaginar la actitud del clero y de la frailecía nacional y extranjera, fieles guardiaues de la tradición garciana, ante el advenimiento de la era auténticamente liberal. Con el régimen marquista, con la administración de Veintemilla, con el progresismo, los clericales se inquietaron, pero luego obtuvieron la transacción o la categórica declaración del doctor Luis Cordero, relativa a que, en un conflicto entre los intereses del Estado y los de la Iglesia, estaría por los de la última, expresión máxima del liberalismo posterior al 6 de Agosto de 1875. Como afirmé en otro lugar, habían existido liberales antes del 95, pero no Partido Liberal.

Las consecuencias funestas del rompimiento de la unidad religiosa realizado por García Moreno, se presentaron con caracteres de guerra a muerte en la reacción clerical del 95, que mostró cuán hondamente había arraigado el concepto de la política teocrática mantenido con ardor por el ejército negro importado por García Moreno. Era este el mercenarismo de la cogulla equivalente al mercenarismo de la espada del primer Flores. Para extinguir al pri-

mero, Rocafuerte no temió que le titularan despo-  
ta, para nacionalizar y limitar la acción del segun-  
do, puso Alfaro la piedra fundamental. Con la di-  
ferencia de que Rocafuerte fue secundado en la  
obra por el propio Flores, quien reconoció el mal, sin  
poder remediarlo, en los primeros días caóticos de  
la República; y Alfaro encontró la primera oposi-  
ción en sus propias filas, en el seno mismo de la  
Asamblea Nacional y de los Congresos. De modo  
que la reforma tuvo que ser lenta, flexible, dolo-  
rosa.

No faltó ni la consabida comunicación oficial  
al Papa, ni actos de tolerancia liberal como la so-  
licitud en favor de la Beatificación de Mariana de  
Jesús, ni la concurrencia oficial a las ceremonias re-  
ligiosas; pero el clericalismo que sabía la diferencia  
fundamental del liberalismo de Alfaro, no consin-  
tió que el pueblo lo confundiera con el de Urbina,  
con el de Veintemilla y con el de Antonio Flores, y  
le cerró bruscamente las puertas de sus templos, y  
la situación quedó planteada en el terreno de la  
franca propaganda doctrinaria de la prensa liberal.

Y LAS voces de la nueva cruzada que tuvo su se-  
de en la frontera sur de Colombia, llenó de clamores,  
de gritos de combate, y luego de sangre, el ambiente  
y la tierra ecuatorianos. Los Obispos extranje-  
ros Schumacher y Massia, los nacionales Calisto y  
Andrade, las huestes acudidas por el doctor  
Aparicio Rivadencira, exaltado en una proclama  
célebre, a la calidad de Gedeón ecuatoriano, Gefté  
de los Andes, Libertador de la casa de Israel, las  
comunidades religiosas y el pueblo fanatizado, toda  
una ola clerical se irguió amenazante, mientras Al-  
faro agotaba las fórmulas diplomáticas ensayando  
un *modus vivendi* con la Santa Sede, que había en-  
viado a Monseñor Guide y luego a Monseñor Gas-  
parri, para acordar una nueva versión del Con-  
cordato. El fracaso de esta misión, desnaturali-  
zada por el clero ecuatoriano que contaba en la  
reacción, produjo el estallido político-religioso que  
terminó con el triunfo de las armas liberales en

Saucajas en 1899.—De estas jornadas quedan dos jalones en el campo de las reformas: el Memorandum que presentó a Monseñor Guido, el señor doctor don Manuel Benigno Cueva, con la exposición de las tropelías del clero y la frailecía, y la aprobación de la Ley de Patronato, obra del señor doctor don José Peralta, Ministro de Cultos y Plenipotenciario en las conferencias de Santa Elena, cerca de Monseñor Gasparri.

EN este momento de la grave escisión político-religiosa, inicia don Abelardo Moncayo, como Gobernador de Imbabura, la obra de su política administrativa.

RESIDÍA en Ibarra, en su calidad de Obispo, Monseñor González Suárez, antiguo amigo de Moncayo, por quien tenía deferencias un tanto fraternales.

CONOCIDA era ya para el Ecuador la figura política de González Suárez, quien, ante el túmulo levantado en la Catedral de Cuenca para las exequias de García Moreno, dijo sin reticencias: "No pertenezco a su partido político, como es notorio". Luego en los Congresos, mejor dicho, Concilios, a los que concurrió en diversas ocasiones, su tolerancia le atrajo el calificativo de liberal, de ese liberalismo católico de que hemos hablado. Este dicho se acentuó cuando en el Congreso que expulsó de su seno a don Felicísimo López, por excomulgado, el Obispo de Ibarra abandonó el recinto de la Cámara, para no concurrir con su voto a ese desafiado.

No extrañó, por lo mismo, que ante la falsa cruzada de los gedeones clericales, opusiese la resistencia de su verbo cálido, humano, profundamente político.

BIEN sabía que su frase lírica no detendría una revolución ya hecha, y que su crédito, además, como antigarciano, avivaría talvez el encono reaccionario; pero su voz, si bien se perdería en el desierto de los campos de Israel, le ponía en el capamento li-

beral, ávido de una tregua de Dios, en el predicamento de evitar con autoridad y derecho, los atropellos consiguientes a la derrota inevitable de los clericales. En esa ocasión fue que lanzó la frase célebre: "no se debe sacrificar la patria por salvar la religión", que produjo el escándalo en el partido teocrático y llevó su queja al Papa, sindicando a González Suárez de apostasía. Roma aprobó la actitud del Obispo de Ibarra, que salvaba los intereses católicos con un acto de tolerancia perdonable.

Fue Moncayo el confidente para esa larga tramitación que precedió al restablecimiento de la paz. Primero en la Gobernación y después en el Ministerio la comunicación fue continua; y si bien, en ese instante, debía aprovecharse una palabra de paz venga de donde viniere, mayormente de la autoridad de un Prelado, éste supo resarcirse en demasía, insensiblemente, de ese sentimiento de gratitud que logró despertar con sus pastorales políticas en el ánimo del Gobierno. Sus actitudes posteriores aclaran el verdadero plano político en que situó González Suárez su apostolado.

UNA carta dirigida por ese ilustre Obispo, desde Ibarra, el 3 de Mayo de 1898, a Dn. Abelardo Moncayo, arroja inmensa luz, para juzgar de la trascendencia de la política de González Suárez: "En la conducta del . . . . hay cosas que no se explican sino teniendo presente la triste idea que, con razón, han formado del Ecuador los extranjeros: ahí está el Sr. Abreu. . . . Este otro como que será Abreu segundo! Ay, y mil veces Ay! ay! . . . veo venir el cisma, como se lo he escrito otra vez. Los quiteños somos muy versátiles. . . . que suba al solio un García Moreno radical, y la cosa estará hecha. El mal debiera hacerse imposible con sacrificios mutuos. . . . Hay momentos en que el alma llama a gritos a la muerte". (1)

He aquí un juicio histórico acerca del clericalismo garciano siempre combatido por González Suárez.

(1) Del archivo de la familia Moncayo.

rez. La alusión a Monseñor Guide en la comparación con el Sr. Abreu, que trató a los ecuatorianos como a salvajes, es muy clara. Ante la negativa del Delegado del Papa para arreglar siquiera en principio una versión del Concordato sobrevino el cisma que decretó el Patronato, y ¿cómo cauterizar para siempre el cáncer del clericalismo, de esa política dañosa al catolicismo? Con el advenimiento del Poder dinámico, despótico, sangriento, sin mancha de peculados de un García Moreno, pero de un García Moreno radical, que corte por la sano la gangrena y coloque a la frailecía al margen de la política por cualquiera de los métodos garcianos, obligando a la formación de un partido conservador sin disfraz de cura, para que luche francamente con el liberalismo: he ahí el desideratum de esa hora crítica, según el concepto de un historiador católico, *incomprendido y por eso odiado por los terroristas; incomprendido y por eso decididamente influyente en la anulación de hecho, de todas las reformas liberales escritas.*

Es tan inmenso el daño causado al Ecuador por la teocracia de García Moreno, que el Obispo de Ibarra sólo imaginaba posible la reparación, usando de una tiranía radical. Solamente que el arma indicada por González Suárez, tiene doble filo, y si corta la gangrena por el un lado, por el otro arranca el cuello del déspota que la usa. No era Moncayo quien podía aconsejar a Alfaro una tiranía! Desde luego, hay patriotismo en la obra política de González Suárez, al haber urgido por la formación de un partido político que difiera del clericalismo, y conjure la guerra de religión, la horrible herencia de García Moreno.

\* \* \*

### **El Ministro Moncayo**

Después de veinte años de ausencia de la ciudad natal (1) hizo su entrada solemne a Quito (1).

(1) Sr. Moncayo nació en Quito, el 6 de Julio de 1845, en la casa contigua al Teatro Sucre, Carrera Guayaquil.

Abelardo Moncayo, acompañado de D. Eloy Alfaro, sus Ministros de Estado y un gran núcleo de caballeros que habían salido a recibirle en su arribo al regresar de Imbabura.

YA había amanecido para el Ecuador, conforme a los votos y según la expresión de Vargas Torres en su último manifiesto escrito en las gradas del cadalso; ya podían retornar los proscritos, los perseguidos por la causa de la justicia, los que habían cultivado en silencio el dolor, y con el dolor el advenimiento de una nueva era.

DEBELADA la invasión terrorista del Norte, clausuradas las sesiones de la Asamblea Constituyente a la que concurrió don Abelardo Moncayo como Diputado, nombróle Alfaro su Ministro Secretario de Estado, exaltando con este acto el público reconocimiento que hacía del pasado histórico de este hombre de carácter inquebrantable, lleno de fe mesiánica en esa libertad ansiada durante largos años, y al que la tempestad le seguía siempre, como el rayo a las cumbres.

LA acción oficial del Ministro Moncayo no es de larga duración, pero sí de gran intensidad.—“Hiceme cargo de la Cartera de lo Interior en Octubre de 1897, dice el Sr. Moncayo, en una de sus publicaciones políticas (1). Dos y pico de años en la vida de un pueblo son como una milésima de segundo en la de un individuo; no así en los tiempos revolucionarios, en los que cada minuto es decisivo para la esplendidez del triunfo o para la derrota: vine, pues, cuando ya el rumbo se había dado a la nave.—Dn. Tomás C. Mosquera, fue como un relámpago en materia de reformas; pero también como el relámpago brilló aquella Colombia brotada del aliento de la Convención de Río Negro; nada han dejado en pie los *providenciales*. D. Eloy Alfaro se dijo “¿qué va piano va lontano” y nunca dio gusto a los apurados; quizá su obra sea más duradera”.

(1) A Moncayo.—«Aclaraciones»—1909.

DESPUÉS de haber contribuido con su talento, con su sagacidad y con su inquebrantable fe en el éxito de la revolución liberal, a la conclusión de la guerra del Norte; después de haber plantado los principios de la doctrina liberal en la Asamblea Constituyente, que llegó a presidir, cuando el doctor don Manuel B. Cueva fue elegido Vicepresidente de la República; después de haber continuado esgrimiendo su pluma en la prensa, como en los pasados tiempos del progresismo, el Ministerio vino a constituir la coronación de la brillante carrera del señor Moncayo y todos sus actos tuvieron la trascendencia decisiva de las determinaciones políticas en los tiempos revolucionarios, en los que bastaba un desacierto para comprometer o anular todo el sacrificio y los heroísmos de la reacción social de 1895. Las resoluciones en el Gobierno del señor Alfaro tuvieron, en su primera administración, el aplomo que brota de la serenidad ante el peligro, y por eso culmina después de casi treinta años, el impulso inicial que dio Alfaro a las reformas.

PARA el Ecuador el Ministerio de Moncayo apareció como la consecuencia lógica de una vida consagrada a la exaltación de un ideal. No fue el *arribismo* el camino que le condujo a la cima, y por eso será recordado como el primero entre los Ministros de verdad, entre los que han dejado huella en el vértigo de los meteoros que han pasado por las Secretarías de Estado: Moncayo preside el grupo de los estadistas Valverde, Peralta, Gonzalo Córdova, Luis Martínez, Juan Francisco Came, Modesto Peñaherrera, Luis N. Dillon y algún otro.

PARA el clericalismo, naturalmente, la exaltación de don Abelardo Moncayo, fue una desesperación y un reto. En el Congreso de 1898, se puso de manifiesto el odio sectario contra el apóstol del liberalismo. Desde el primer momento, por un *lapsus linguae*, por una *cuasi* indiscreción en el empleo de un término; y luego, por los desafueros de la barra que, se dijo, la formaban militares mandados por un jefe de la guarnición, tronaron los pro-

yectos de votos de censura, propuestos por los diputados Juan de Dios Corral, Pablo Mariano Borja, Rafael Arizaga, Honorato Vásquez, apoyados por los liberales opositoristas. La voz autorizada y serena del doctor Luis P. Borja, que reclamaba calma y estudio; la sugestiva interrogación de Dn. Luis Adriano Dillon, que insinuaba el deslinde liberal en esa ambigüedad de los primeros tiempos de la vida del partido; las protestas de lealtad a su credo durante toda su vida, de don Eleodoro Avilés, desvanecieron el complot para provocar la caída del Ministro Moncayo, quién, una vez alejada la amenaza, se separó accidentalmente para luego volver a reanudar sus labores.

Ex toda la campaña contra el Gobierno de Alfaro, en los últimos años de su primera administración, toda la tempestad provocada por guelfos o gibelinos se descargaba sobre el *Ministro Moncayo*, tratése del ramo de administración que se tratase. Era que se tenía la conciencia de la autoridad de su palabra en el Gobierno. Con ser Alfaro una individualidad refractaria a las influencias, sabía apreciar una opinión y pedir un consejo. —Las manifestaciones de la política ecuaníme, acertada y, siempre con tendencias doctrinarias de Moncayo le denunciaban a su pesar en las reformas de la Instrucción Pública, en la dirección de la política internacional, amén de las propias labores en la Cartera de Gobierno.

RECHAZANDO una ocasión (1) los celos de Dn. Flavio Alfaro por el ascendiente de Moncayo en el Gobierno, se explicó así: "Cuánta, oh cuánta mi satisfacción de que todavía respire ese Magistrado (don Eloy Alfaro) para que el mismo conteste si exagero al aseverar que jamás, jamás oyó de mis labios, consejos o insinuaciones, hijos de pasión malévola o tendientes a alguna injusticia; que jamás jamás me vio movido de venganza u odio, y que casi siempre fui defensor, y testurado, hasta de mis

(1) "Aclaraciones" ob cit

propios enemigos. Selección más atinada siquiera de las autoridades locales, para atraer corrientes de cariñoso respeto y prestigio: exteriorización de sus no vulgares prendas para conquistarse a los que no le conocen y por ello tan mal le juzgan: amplitud, expansión en su política y más diplomacia para medio vejar sus simpatías y antipatías, falta que tanto amengua y estrecha su ya bien reducido círculo; y justicia, por fin, justicia y nada más que justicia, he ahí mi machacar constante. ¿Intrigas?, pero, redíos! si hasta de grosero peca por mi ruda franqueza?, qué arte ni qué gracia he de poseer para competir con los maquiavelillos de aldea que mis conferráneos barto conocen?

He aquí un programa de buen gobierno político cumplido, digno de un Saavedra Fajardo en "Las Empresas Políticas", y a ese programa se atuvo hasta que el General Alfaro entregó el mando al General Leonidas Plaza en 1901.

Un carácter así despertó la ira de muchos, el odio de los sectarios, y la calumnia en las propias filas. El periodista D. Manuel J. Calle, que escribió en 1899 una justiciera semblanza de don Abelardo, intentó denigrarlo después en 1904 en su opúsculo "Tengo la palabra" que pulverizó Moncayo con "El monstruo de Calle". Después, en la segunda administración de Alfaro, cuando estalló el problema de la sucesión presidencial, el General Flavio Alfaro, mal aconsejado, suscribió un panfleto que rechazó el señor Moncayo con sus opúsculos "Exposición obligada" y "Aclaraciones", que contienen una cumplida defensa documentada ante las dentelladas de la pasión política. Desde entonces nadie se atrevió a dirigirle sus inyecciones.

En uno de los preámbulos de sus réplicas a sus enemigos, recuerda el señor Moncayo este fragmento: "Habíase erguido soberbia y altanera, dice Zola de una de sus heroínas; su naturaleza ardiente, casi salvaje, aceptaba con calma la acusación de asesinato; pero ante la del robo de asquerosa ratería, se exasperaba. Todos lo sabían, y por eso la mul-

titud se lo echaba frecuentemente a la cara: la malevolencia es patrimonio de la humanidad; es manifestación genuina de lo que el hombre tiene de bestia”.

Y qué obra de destrucción tan espantosa realizada en las filas liberales, contra sus mejores hombres, por el odio político; cuánto lodo, cuánta iniquidad, que aunque no haya podido manchar, remueven los sectarios para atacar a la doctrina liberal con esa podredumbre.

COMO si fuese posible sepultar un rayo de luz!

\* \* \*

### **El apostolado**

EN toda la obra de la primera administración de Alfaro, en la lucha con el terrorismo, en la organización en medio del combate y las zozobras, en la improvisación y veteranización de un ejército liberal—la mayor garantía del nuevo régimen hasta estos días—en la fundación del Instituto “Mejía”, en la organización de escuelas normales, en la implantación del Colegio Militar y de Clases, en el auxilio a la Misión Geodésica, a la Escuela de Bellas Artes y al Conservatorio de Música, en la adquisición de edificios para las oficinas públicas, y sobre todo en la colosal obra del Ferrocarril de Guayaquil a Quito; en toda esta obra de Alfaro, y en la del proselitismo para allegar adeptos inteligentes a la nueva causa, la ingerencia de don Abelardo Moncayo es evidente.

La revolución de Alfaro de 1906 que dió en tierra con la administración de don Lizardo García, se diferencia de la acción de Urbina contra Noboa, de García Moreno contra Carrión y Espinosa, de Veintemilla contra Borrero, en que fué ejecutada sin traición, disputada como valiente en los campos de Chasquí; pero como las revoluciones indicadas no podrá justificarse plenamente ante la historia.

UNA vez en el Poder el General Alfaro, fue llamado enseguida a colaborar en la administración del señor Moncayo que había permanecido al frente del Instituto Nacional "Mejía", como Rector, durante todo el período del General Plaza, contraído con amor al apostolado liberal, y no quiso separarse de ese terreno que reputaba más importante que el de la política de Gabinete, para el porvenir del Partido Liberal, y siguió siendo amigo y consejero de Alfaro, dentro de los límites que expresó públicamente en su réplica de 1908 al General Flavio Alfaro.

FUE elegido Senador, y Presidente de la Cámara, y en esta calidad reemplazó en 1908 al General Alfaro, como Encargado del Poder Ejecutivo, pues, se diagnosticaba una enfermedad mortal al caudillo, que tuvo que ir a buscar salud en las orillas del mar.

EN esta emergencia la ambición al Poder estalló súbita en todos los candidatizables, y la intriga desató sus malas artes, que llegaron a sindicar a don Abelardo como interesado en la cuestión presidencial para su hermano político el General don Julio Andrade que a la sazón se encontraba de Ministro Plenipotenciario en Bogotá.

SINEMBARGO de que comprobó su lealtad, la cizaña prendió en el corazón de don Eloy, pues la intriga había herido la fibra más delicada, y sin aparatos descomedidos, en silencio, la vieja y leal amistad tuvo un paréntesis.

LUEGO hubo de convencerse Alfaro de su error al haber dudado del señor Moncayo, y gestionó una reconciliación, pero éste se mantuvo cortésmente en su puesto.

"Y SÉPASE que esto provenía más que todo, dice el señor Moncayo en sus "Aclaraciones", del cansancio, del tedio y la repugnancia que desde hace fecha viene inspirándome la política del Ecuador. Desde las postrimerías de su primera administración ya debió haberlo notado el señor Alfaro; pero desde principios de 1906 no podía ser más palpable

mi tendencia a escurrirme, digámoslo así, de todo cuanto oliese a vida pública”.

En los días que reemplazó en la Presidencia de la República al General Alfaro, pudo conocer la horrible situación del país, que se iba acentuando cada día. El conflicto internacional del año 1910, en que la Patria pedía el consejo de sus hombres representativos para el mejor acierto, sacó de su torquedad al señor Moncayo y acudió un día al llamamiento del General Alfaro, que le recibió conmovido. El abrazo de reconciliación tuvo los caracteres de un desagravio dictado lealmente por el alma del Viejo Luchador, y en esa amistad renovada, sonó la campaña del 11 de Agosto de 1911, que determinó la caída irremediable de Alfaro, por haber querido ser un García Moreno radical!

La obra de don Abelardo Moncayo en el Instituto Nacional “Mejía”, será imborrable.

“VOLVIENDO al “Mejía” dice D. Abelardo, en un Memorandum que dejó al Instituto como un legado de amor, volviendo al “Mejía”, qué niñez tan enfermiza y casi agonizante la suya, y no se diga que por escasez de recursos; no vivíamos entonces tan a la portuguesa como ahora. Por hacerlo mejor, el Presidente de la República don Eloy Alfaro, confió ese recién nacido a un Barón alemán o sueco de muchas campanillas como sabio y pedagogo dizqué; pero que resultó. . . . rediós! una verdadera maravilla. Sucedióronle como Rectores algunos doctores liberales de alto coturno y merecido renombre; pero no sólo no mejoraba el desgraciado infante, sino que continuaba de muerte. Tomólo, por fin, a su cargo el Sr. Dr. D. Manuel Benigno Cueva, y comenzó su restablecimiento. Orden, disciplina, reglamentación adecuada, inteligente selección de profesores, regularidad y corrección en la administración económica, de todo eso puso las bases a aquel excelente ciudadano; pero todo ello estuvo a pique de dar en tierra cuando se separó; pues, a pesar de las innegables dotes de su sucesor, no comprendió éste la naturaleza especial del Institu-

to, la laicalización, y menos su distintivo carácter, el de la propaganda.—La modelación definitiva del "Mejía", por consiguiente, su consolidación, y por fin, su progresivo adelanto y actual renombre—con inmodestia y todo y ruja cuanto quiera la envidia—obra es exclusivamente mía; y aun más brillante sería su situación, al ser otra la del Erario".

De las obras eficaces del liberalismo ninguna más alta por su trascendencia que la fundación del "Mejía"; y si es evidente que la consolidación del crédito del Instituto se les debe a Cueva y Moncayo, el período brillante ha llegado, sobre las bases sólidas del pasado, con el Rectorado del Sr. Dr. Manuel María Sánchez, toda una fuerza de acción en el campo educacionista.

Pero la baja intriga politiquera que todo lo daña, inventó en su odio un recurso para separar al Sr. Moncayo del "Mejía", contando siempre con el apoyo del clericalismo: la Legislatura insistió en una ley que exigía a los Rectores la condición de ser bachiller para ejercer el cargo, y él, el gran educador, carecía de un título en la forma exigida por la ley, que en esta vez era la injusticia!

SALIÓ, pues, el señor Moncayo del "Mejía".

Luego de que estalló la convulsión política del 11 de Agosto, fue perseguido, y después de los sucesos del 5 de Marzo de 1912, de nuevo la proscripción le arrojó de la República.

De Lima volvió en 1915, y se encerró como cuarenta años antes, en su retiro de "La Quinta", en Imbabura.

Y VOLVIÓ a Quito en 1917, extenuado, viejo, pero siempre valeroso, firme siempre en sus gloriosas ideas.

Y MURIÓ serenamente, con la convicción de quien ha cumplido un grande y bello programa de renovación social, absuelto por su propia conciencia, el 29 de Junio de 1917, a los sesentinueve años de edad.

De las opiniones de la prensa entubada, de los elogios de los amigos, de la condolencia social y las manifestaciones de la juventud, sólo recojo mi concepto del diario "El Comercio" de esta ciudad: "Para juzgar de la actuación política, legislativa, administrativa de D. Abelardo Moncayo en la primera administración de D. Eloy Alfaro, dice, sería necesario estudiar la actuación de este último, porque los dos, después de haberse mutuamente conocido y comprendido—se completan, casi pudiéramos decir que se identifican: pero para ese estudio, vendrían muy estrechas las columnas de que disponemos. Baste decir que D. Abelardo fue el cerebro de ese Gobierno y D. Eloy la voluntad, el brazo que ejecutaba las concepciones de aquél".

EL monumento a D. Eloy Alfaro será incompleto si no le acompaña a su lado el Ministro Moncayo. Así perpetuó Chile, justicieramente, la obra del Presidente Manuel Montt y su Ministro Antonio Varas.

\* \* \*

#### IV

### La Doctrina

#### Los principios liberales

HASTA aquí los hechos históricos; el devenir inconstante y tumultuoso y contradictorio del oleaje humano golpeando en la roca viva de los eternos ideales; la colaboración genial de los hombres representativos en la obra inmensa de encanalar el pensamiento contemporáneo por los cauces grandiosos de la epopeya de cada pueblo; la lucha épica contra las resistencias conservadoras que tienden a anquilosar las formas, a eternizar como estalactitas de piedra, las aspiraciones humanas, y convertir a los estadistas en la bíblica estatua de sal que mira eternamente al pasado, a la ciudad maldita calcinada por el fuego purificador arrancado a los cielos.

Es preciso ahora cristalizar las ideas, comparar doctrinas, establecer relaciones entre las diversas épocas, analizar las nuevas tendencias, y probar la cantidad y calidad del nuevo tesoro, sin olvidar los quilates del oro viejo, recogido chispa a chispa en las arenas ardientes del *stadium* que presencié la angustia del trabajo, que devoró en su sed la sangre y las lágrimas de los mártires, que quemó las plantas cansadas de los precursores, y que al fin recogió piadosamente las cenizas de los viejos luchadores glorificados por su pasado histórico, por la ingratitud de los pueblos, y arrollados, despedazados, arrastrados por las hordas famélicas, fanáticas, por la jauría amaestrada de los inquisidores, que creen disimular su crimen, por la inacción aparente, por el subterfugio escolástico de explicaciones inadmisibles.

Y lo que desconcierta en el primer instante es la aparente inutilidad de tanto esfuerzo, porque después de la evolución lenta, contradictoria, sangrante por obtener la cristalización de los principios liberales, como diamantes arrancados de la entraña negra de los socavones clericales, llegamos a un momento de la historia en que se pretende discutir el valor intrínseco de los diamantes, desnaturalizando su valor e intentando sustituirlos por falsa pedrería.

PARA el liberalismo de Alfaro, de Moncayo, de Vargas Torres, la garrulena crítica de pacotilla ha encontrado un término despectivo: "el liberalismo de machete"; para los viejos próceres conceden una migaja de misericordia, para las conquistas espirituales representadas en la renovación operada hasta en las viejas momias del clericalismo petrificado, tienen el desdén de su sabiduría los bubos de terracota encasillados en la administración; para la doctrina liberal, en fin, tienen el deshucio de sus virtudes, se habla del fracaso del liberalismo, y los pobres sacristanes disfrazados de heraldos, con divisas tornasoles, pretenden en su inopía cambiar los tesoros, sustituir el clásico liberalismo, el que en las

fuentes de Juvencio tomó el baño lustral de su eterna virilidad con una careta radical para uso de burgueses, que en italiano se llama *fascismo*, que pretende importar el camaleonismo político para disfrazar al novísimo *nacionalismo* ecuatoriano.

EN estos días de hondas indecisiones, en que los vientos alicios de la calma ambiente no sabría decirse si presagian tranquilidad o el sínun que desperanza su fuerza en la soledad, donde la Estinge interroga al Misterio; en estos días se ha renovado la campaña que pregunta después de casi un siglo de lucha por el ideal liberal ¿qué es el liberalismo? ¿ha fracasado el liberalismo? ¿hace falta el liberalismo?

Y CAEN las definiciones como pegotes de barro en el camino asfaltado, para que resbalen los incautos; y vuelve a querer asomar su cabeza tonturada el liberalismo católico del progresismo, y la erudición barata exprime en un resobamiento de seminarista, las ideas sin jugo, por agotadas y por falsas, de las sutilezas clericales.

EL liberalismo existe y existirá eternamente. Cierto que Posada habló de la crisis del liberalismo en los términos relativos a las quiebras democráticas, por las imposiciones brutales de la gran guerra; cierto que Ortega y Gasset aspira a un liberalismo integral, para sustituir el amazón gastado de la España invertebrada, cierto que por razones locales se discute en los libros que importamos diversas fases del liberalismo universal; pero sin caer en una falsedad, nadie puede poner en duda el crédito y la existencia del liberalismo como partido político. Y menos, afirmar que esta gran fórmula del progreso humano, pueda desaparecer, como rueda gastada, del engranaje que perfecciona la ciencia política para la organización social.

Se ha reconocido la eficacia de la fuerza de las ideas o de las ideas fuerzas, como se ha dicho para mejor resaltar el concepto, como generadoras del progreso humano; y estas ideas, tienen unas la

fuerza de la inercia, *conservadora* de la energía alcanzada en una época histórica; otras el poder del movimiento, que a veces arranca de cuajo, *radicalmente*, cuanto se opone al proceso de la acción que genera; o bien humanamente, *liberalmente*, opónense las ideas fuerzas a la inercia de la tradición, a los prejuicios gregarios de la costumbre, hasta imponer movimiento y vida, al estancamiento inevitable que pretende *conservar* las aguas sin preocuparse de que esa misma inercia ha de concluir por corromperlas.

El sofisma de los monederos falsos de la política está en haber petrificado al liberalismo en una de sus etapas históricas, en haber puesto un límite a su acción, en querer hacer un dogma de lo que es un criterio, una filosofía de libertad, de abnegación, de vida profundamente humana, que no reconoce un límite al progreso, que en todas las teogonías encuentra una razón imperativa de la existencia social, y acata los mandatos del espíritu, como la inmortalidad del ideal.

El liberalismo luchó ayer por la independencia de América, reclamó a la autocracia la libertad, a la teocracia el respeto al derecho político del Estado, a las oligarquías administrativas el imperio de la democracia; y ahora clama justicia para el proletariado, pide un palmo de tierra a los latifundistas para darlo a los labriegos, plantea los problemas económicos ante los *trusts*, lucha por llevar a los autros del industrialismo analfabeto la libertad del espíritu, como ayer abolió la esclavitud de los negros, el concertaje de los indios y concluirá con las pretensiones políticas del clericalismo, secta intrusa que quiere erigirse en partido político, ahogando en sangre, con guerras de religión, a los pueblos que no alcanzan a librarse de ese sistema primitivo de la política social.

El ideal liberal no se petrifica. Por eso, aún los evangelios de la democracia contenidos en los libros de Montalvo, como la máxima aspiración del pueblo ecuatoriano en la reclamación de sus dere-

chos, tienen ya un tinte pálido ante las conquistas liberales realizadas por Alfaro, las influencias del progreso universal, y la revisión de los valores políticos, después de la gran conflagración europea, que ha señalado nuevos derroteros a las aspiraciones liberales. Y por esta misma razón, hay que agradecer el liberalismo católico de Rocafuerte y Carbo, el progresismo de Antonio Flores, en lo que significa un rechazo al garcianismo, el apostolado de Montalvo, de los Moncayos, de Miguel Riofrío, de Vela y tantos y tantos precursores de la ideología liberal contemporánea, que ha saturado ya el Ecuador.

"El liberalismo de machete" realizó la obra que en el tiempo le tocó realizar. No es en el bloque informe donde el artista pone el pulimento de las líneas que caracterizarán definitivamente a la obra. Esa pulimentación artística toca a las generaciones nuevas. Tiene sus leyes inflexibles cada momento histórico y a ellas ha de atenerse el reformador que ritma su acción con los mandatos del minuto vivido, o ha malogrado locamente los sacrificios de toda una generación.

La obra de Alfaro aparece enorme en la historia nacional, y su acción para realizarla no discrepa de la resistencia que tuvo que vencer.

Es el fundador del Partido Liberal Ecuatoriano, pues como he demostrado, existían liberales pero no un partido.

El programa político de Alfaro fue planteado en la Constitución del 95 y ampliado en la de 1906. Este programa oficial tuvo una expresión de la ciudadanía afiliada a este credo político, en el que suscribió la Sociedad Liberal-Radical del Chimborazo, presidida por el General don Julio Román en 1904. Las Asambleas Liberales reunidas en diversas ocasiones no han alcanzado a ratificar estos programas con eficacia, porque las ha motivado una circunstancia accidental: la designación de candidatos para la Presidencia de la República.

Y las quiebras del partido obligarán definitivamente a la sólida constitución del Partido Liberal con su programa definido. Sólo falta un fuerte motivo antagónico, para que acaben de perder las fracciones liberales sus aristas ocasionadas por los accidentes de la administración, en el ejercicio del Poder, y la compactación liberal tomará su postura adecuada a este momento político, de nuevas orientaciones sociales.

LA realización del programa de Alfaro ha sufrido grandes quiebras, por que las Constituciones contienen el máximum del ideal liberal histórico, y las realidades de la vida, no conceden sino el mínimum, fatalmente. A este desequilibrio se imputa el Debe de la época alfarista.

Así, con la fe en el cumplimiento total de la Constitución ha de conservarse ésta, porque es un programa que concreta el mas formidable empuje del liberalismo en el primer siglo de la historia ecuatoriana, liberalismo que ha evolucionado desde Rocafuerte hasta encontrar en Alfaro la expresión gemina.

Todas las realidades conquistadas empezaron por ser un ideal de utopistas.

\* \* \*

### ¿ Que es el Nacionalismo ?

El término "nacionalismo" fue importado hace poco tiempo, equivocando su significación europea ó bautizando socarronamente con este nombre, lo que aquí se llama propiamente *fusionismo*, o sea, la resurrección en el tiempo de esa *fusion* de partidos o banderías que precedió a la caída del régimen clerical, en la Presidencia de don Luis Cordero.

ESTUDIANDO Vicente Gay, en su obra "El Imperialismo", lo que significó el nacionalismo europeo en 1914, encuentra la vaguedad del término, que puede traducirse como una tendencia no como

un partido: "un estado de ánimo que se propaga por contagio", explica Corradine en lo que a Italia se refiere, como expresión del fenómeno de la conciencia colectiva en su aspiración a ensanchar con el propio jugo vital los horizontes de la vida nacional, frente a los imperativos del militarismo, que tenía en la *Kultur* alemana su fisonomía. Y en Francia, además, de este concepto, significaba la reacción antisemita y legitimista: "fue una concepción patriótica sectaria". Frente a las complejidades resultantes de la gran guerra, singularmente por la expansión del *sovietismo* ruso como nueva fórmula de gobierno, y del *bolchevismo* reaccionario de la presión capitalista, el *nacionalismo* italiano llega a organizarse como partido definido con programa y con hombres que le encarnan: el *fasismo* y su jefe *Mussolini*.

PERO este nuevo partido—modalidad del clásico conservadorismo—obedece a razones locales, y demuestra las características de transitorio, porque sus causas son de este mismo orden, y por esto no se propagará fuera de los límites italianos, en donde ya carece de significación que esté arraigada en las tradiciones romanas. El término *fasismo* se traduce por acción administrativa, que para los españoles tiene su abolengo en la voz *facere*, hacer, oponiendo el viejo vocablo castellano a la política perezosa, egolista, de simple simulacro de trabajo y organización.

HABLAR, pues, de nacionalismo en el Ecuador como de un partido político en formación, es expresar una voz sin sentido. Llámese francamente *fusionismo*, transfugio, claudicación al hecho de entregar las fortalezas del liberalismo a título de amplitud de miras (¡los amplios!), y nos entenderemos; pero nacionalismo sin complicaciones internacionales en las industrias, el comercio, los armamentos, la raza; *fasismo* sin previa cuestión socialista organizada o importaciones soviéticas definidas, es sumergirse en cuestiones falsas, en este

trópico, imitador simiesco de los gestos y expresiones de ultramar.

Y cómo apareció el llamado nacionalismo?

PORQUE el liberalismo de Alfaro fué hermético, sin claudicaciones. En las administraciones de este caudillo no hay rastro alguno. En la primera administración del General Plaza, aparece el corolario de la lucha por las reformas liberales: la Ley de Cultos, principalmente.—García y Estrada no alcanzaron a gobernar el país. En la segunda administración del General Plaza, ante el pánico que produjeron en el Gobierno los triunfos de Concha en Esmeraldas, consultó el Presidente a los más distinguidos liberales la conveniencia de una fusión con los conservadores, ante el peligro del Gobierno. El rechazo del partido fue enérgico, y del pensamiento liberal de esos días he podido obtener este documento (1)

“Telegrama de Ambato.—Diciembre de 1913. General Presidente.—Quito.—Buenos días mi querido General.—Anoche recibí atento telegrama, cuando acababa usted escuchar opinión señor Arzobispo (2), y otros caballeros.—No parece sino que tales pareceres estaban de antemano preparados y bien calculados; todos concurren a un mismo propósito. Como usted bien lo dice, conservadores tratan llevar agua a su molino; están en su derecho, solamente que usted es muy avisado para abandonar las fuentes cristalinas de donde procede; no se dejará arrebatar de esta corriente envenenada por donde corre una política insidiosa, mucho más grave que el mal que usted trata de remediar. Conservadores exageran situación actual; para ellos el pequeño fracaso sufrido por nuestras escasas fuerzas en Esmeraldas, es tan horrible y tan único, que le ha puesto al Gobierno al borde de un abismo espantable. Nada más inexacto: son comunes los reverses de una guerra: errores militares causados

(1) Archivo de la familia Vela.

(2) González Suárez.

por impericia, falta de una cabeza directiva, falta de conocimientos locales, causas imprevisitas que pueden ser reparadas con grandes ventajas. Mas, para los conservadores, el mundo se ha venido encima: ni la rendición de Metz, ni la caída de Andrianópolis; siendo así que lo que ha pasado en Esmeraldas no es un desenlace total, ni siquiera un desastre irremediable. Tiene usted un buen ejército, la opinión pública en su favor, la justicia de su parte, todo el partido Liberal que en la hora del peligro allí está en masa para rodear al Gobierno. Éste partido no es un circulillo reducido como piensan esos señores: es un gran conjunto de hombres sensatos e ilustrados que desde el año 95 viene empeñado en la lucha desafiando al impotente conservatismo. Claro está que los del partido histórico quieren engañar a usted entrando en el Gabinete, en las Gobernaciones, mandando el Ejército y de aquí sus alharacas, la espantosa situación. Pero usted no es Rafael Núñez, sombrío personaje que ha de manchar su nombre y su limpia historia traicionando a su partido. Nada importa que Concha se encuentre en posesión de la más apartada de las provincias: el General Navarro caerá sobre él y todo se habrá salvado; no hay razón, ninguna razón para alarmarse creyendo irreparable un pequeño revés, un error militar común. No conoce usted bien a los conservadores; no conoce cuán ocultos y tenebrosos son los fenómenos de esa psicología colectiva. Ayer no más fueron ellos los que cambiaron en rencor y odio al efecto intenso que tenía a usted el doctor Freile Z.; ellos prepararon candidatura señor Tobar, engañando a este respetabilísimo caballero; ellos influyeron en el espíritu débil de Carlos Freile y vino el trágico golpe del 5 de Marzo; y por ellos se desencadenó la tempestad sobre la cabeza de usted. Y ahora son los mismos los que están muriéndose, desviviéndose por la paz y la fraternidad y la buena salud y por la buena vida de usted, y le dan vueltas y le hacen carantoñas. Son hipócritas; no les crea, querido amigo mío:

háblele la verdad, como lo hago siempre, con ruda franqueza; nunca le he lisonjeado; no le he pedido ningún favor personal hasta ahora: empleos, dinero, otra cosa, nunca, ni para mí ni para mis hijos; a despecho mío dióle usted un Consulado a Cristóbal; yo no lo quise. Por esto mismo tengo obligación de hablar a usted claro, claro, seguro de que usted no condena mi franqueza. Repito lo que ya le dije en Agosto pasado, esto es, *que no compre la paz a costa del Partido Liberal* manténgase usted limpio, continúe dando libertades y garantías a todo el mundo; esto le engrandece: imprima a su política un rumbo más decidido y fijo, sin vacilaciones, sin oscurecimientos; nada de contemplaciones y reconciliaciones, porque no es buena política levantar al enemigo y darle armas para que las vuelva contra uno mismo.—Perdone Ud. la llaneza de mi lenguaje; así soy, así seré hasta morir. Soy de los políticos tontos que no conocen el disimulo; hablo como pienso y como siento.—Su viejo compañero.—J. B. Vela”.

¿SERÁ éste el germen del “nacionalismo” que reprocha como impolítico fusionismo el gran apóstol liberal, Dn. Juan Benigno Vela?

\* \* \*

### Clericalismo y Conservadorismo

EN el libro “Añoranzas” del Sr. Moncayo encuéntrase la expresión sintética del error de las fusiones que el Dr. Vela anatematizó en un caso concreto.

“NADA más hermoso, dice el Sr. Moncayo, en verdad, que el olvido de todo lo pasado y un abrazo fraternal entre cuantos hemos nacido a la sombra de nuestros augustos montes; hermoso, pero imposible!— Qué amalgama entre sayones y oprimidos, entre verdugos y víctimas? No diremos en aquellos días, aun en tiempos menos borrascosos, toda fusión política es una quimera porque implica

sin remedio engaño mutuo y la deslealtad consiguiente. A pesar de ello, la concebimos a lo más para un objeto dado y transitorio, aunque después nos duela, pero para la creación, para la formación de un gobierno? . . . . .

"SEA un Presidente *Jefe de la Nación* y no de un partido; no haya para él enemigos, menos afectos ciegos ni rencores crudos; pero si las ruedas de la administración no son homogéneas ni bien proporcionadas, si no hay comunidad de aspiraciones y perfecta solidaridad entre el Jefe y sus colaboradores. . . . . imposible! aquello no anda; y si anda no vuela; y si no vuela, es más probable el fracaso que el recto cumplimiento de su destino.

"GUERRA es la vida, guerra el pan de cada día, guerra la política y también guerra un Gobierno; y cuándo pudo un General reparar un descuido, si se dejó sorprender entre dos fuegos!

"LA división de un pueblo en partidos, lo sabéis, es no sólo ineludible, sino necesaria; sin proporción debida entre la fuerza y la resistencia, o pára o se rompe la máquina. Y si forzosamente existe esta división, claro es que siempre ha de haber un partido vencedor y otro vencido. Introducid a los vencidos dentro de los muros que tenéis que defender, confiádeles todos vuestros secretos, poned en sus manos la repartición de vuestras fuerzas, indicadles los puntos más importantes y aun flacos que hay que guardar . . . y estáis perdidos! En comunicación están esos intrusos con vuestros enemigos; fingirán celo para con vos, pero más desearán entregar la fortaleza en manos de sus partidarios; y harto difícil es a la postre que esos intrusos no rematen en traidores.

"LA fusión en el poder, además, ¿satisface a todos los partidos? Otro imposible de toda imposibilidad: "Si aquello, se dicen todos, no es azul ni rojo, ni conservador ni liberal, ni carne ni pescado" . . . . de aquí los celos, las dudas, el rencor en los no favorecidos y por fin la desconfian-

za general, traducida bien pronto en descontento; el cual unido a la mala fe, no rara en los abanderizados, sugiere naturalmente la palabra *traición!*; y de allí al *Abajo!* la distancia es cortísima, quedando todo reducido a cuál de los bandos descontentos sea el primero que se lanza a la rebelión. No le basta a un Presidente el prestigio de la opinión pública: le es no menos necesario el apoyo decidido y tenaz de un partido que con él quiera la realización de un ideal, y que con él esté resuelto a triunfar o sucumbir, pero siempre fiel. Si hablando del matrimonio, no debe el hombre separar lo que Dios unió, tampoco un buen político intentar ayuntar lo que el diablo ha separado, si no quiere que sean mal interpretadas sus más rectas intenciones".

Así escribía Dn. Abelardo Moncayo en 1892, al analizar la administración de Borrero, con vista del fracaso, y sus palabras proféticas serán de permanente actualidad.

El liberalismo doctrinario reconoce la necesidad de la existencia del Partido Conservador, declara la ineffectividad y peligro de las fusiones, y combate al clericalismo. En el Ecuador, el clericalismo y conservadorismo aun están confundidos, pero se constata ya el esfuerzo por llegar al deslinde. Lo que envenenó a esas agrupaciones fue el garcianismo, que hizo del catolicismo un partido político, compeliendo al Partido liberal a la guerra político-religiosa. Lo que estas banderías han conquistado con el señuelo del nacionalismo, es mucho, pero están divididos en el campo de Israel.

EL JEFE del Partido conservador, doctor Rafael M. Arízaga, y en esta calidad, dirigió en Abril de 1918, un Manifiesto a sus copartidarios, y les dijo: "El momento actual es favorable, toda vez que se encuentra al frente de los destinos nacionales, un hombre como el doctor Baquerizo Moreno, que, cualquiera que haya sido la forma de su elección, no es ciertamente un simple *arribista*. Debemos esperar que el Gobierno en ningún caso ex-

trenará medidas autoritarias e ilegales contra una respetable asociación política". Esta voz tuvo correspondencia en Quito, y aún llegó a reunirse una especie de Asamblea del Partido Conservador, que luego estalló en una tremenda escisión. En Cuenca la juventud rechazó el término "conservador", conceptuándolo manchado en la historia por la secta clerical garciana; discutió acaloradamente resolviendo llamarse "Partido Republicano—Católico", y, con este acuerdo, suscribió un programa, cuyo primer artículo o propósito dice así: "Conformidad de la política con las enseñanzas y preceptos de la Iglesia Católica.—*Libertad de enseñanza, en armonía con la misma autoridad de la Iglesia*". (1)

EN QUITO la escisión fue más profunda: los discípulos de González Suárez, que fundó o intentó fundar el verdadero Partido Conservador, no rechazaron esta denominación "Conservador", pero tampoco se separaron resueltamente del clericalismo garciano, manchado en la historia, como justamente opinaron en Cuenca. Y se llamaron a sí mismos "los amplios" de criterio, para diferenciarse de "los estrechos" sectarios. Los periódicos de estos grupos se produjeron feroces, y el Vicario tuvo que llamarles al orden.

EL rechazo de la política de González Suárez por parte de los terroristas, lo concretó así el doctor Carlos Carbo Viteri *leader* de esta agrupación, en una carta publicada en ese entonces, en "El Martillo" de Riobamba y reproducida y comentada en 1921, por "El Porvenir" de esta ciudad (2). Entendiendo que el Dr. Suárez (Arsenio) pertenece a la escuela política del clericalismo liberal que dije, o al liberalismo clerical que expresa mejor el concepto", "Si esto es así, el comportamiento del Vicario se explica por los designios del *fundador Ilustrísimo González Suárez*, a quien Dios haya perdonado todo el daño que causó a la Iglesia y al País". "Los liberales, incluso los neocatólicos de hoy, católicos

(1) «El Progreso»—Cuenca N.º 302—Año IV, 1918.

(2) «El Porvenir»—Quito, 12 de noviembre 1921.

no conservadores de ayer, y los clérigos liberales, todos los dos de un mismo cubil, tienen razón que les sobra para la erección de la estatua que se trata de elevar en honor del doctor González Suárez. Pero los verdaderamente católicos, no podemos contribuir con nuestro voto ni con nuestro dinero. Tanto se la deberíamos a Calvino porque fué canónigo, o a Lutero y Jordán Bruno porque fueron frailes, o al autor de la "Luz del Pueblo" porque era presbítero cuatoriano".

LA compleja figura de González Suárez, de quien expresa el diplomático boliviano, don Alberto Gutiérrez que extrañaba encontrarle con sotana, porque sus pensamientos daban más bien la impresión de que se trataba con un gran estadista seglar (1); esta figura política negada por unos, admirada por otros y combatida por los terroristas, no fue comprendida por el doctor Carlo Viteri, o en su afán de restaurar el garcíanismo sectario como partido político, se negó a reconocer la habilidad de la mano que anuló en la práctica las reformas liberales, que tuvo el enigma de su gesto tolerante con Alfaro, que odió al clericalismo por corrupto y absurdo en su inmiscuencia política, y maquinó constantemente contra el liberalismo favoreciendo a los "conservadores", y cuando la ola sectaria victimó y arrastró a Alfaro, no quiso que llegaran a sus oídos las voces de caridad invocadas por el amor filial, y el político refinado vió "disimuladamente" el final trágico del hombre que había implantado el verdadero liberalismo en el Ecuador.

LA política de Monseñor Pólit es ecléctica, y por lo pronto se reduce a un sólo propósito: triunfar "cueste lo que costare"; después ya vería como hacer de San Martín, para que no se muestren los dientes sus cofrades. Como político es garciano Monseñor, y además, aprecia las bellas aptitudes de los jóvenes "amplios" que siguen con fe el sen-

(1) Gutiérrez "Hombres y Cosas de ayer" - 1918.

dero de González Suárez; y en lo tocante a la política de infiltración, desalojamiento y anulación de prestigios liberales, como, en su caso, preconizó el General Uribe Uribe para derrocar a los conservadores, Monseñor Pólit coincide con su antecesor, y ha ganado magníficas posiciones!

Por lo demás, hay entusiasmo, actividad y sobre todo franqueza y confianza en el campo de Israel. Una de las primeras operaciones después de su exaltación al Arzobispado fue la requisitoria que dirigió al señor Gedeón, don Aparicio Rivalencira, para que concentrara sus huestes: se repitió la consagración al Corazón de Jesús, y en Diciembre de 1922, convocó a elecciones, a vuelta de una expresión de simpatía para el Gobierno, en los siguientes términos, que los habría suscrito García Moreno. Dice Monseñor: "Lo que sí habéis de hacer es cumplir con vuestrós deberes de ciudadanos e intervenir en la parte que legítimamente os corresponde, cual es la de dar vuestro voto libre, consciente, moral, en las elecciones de que dependen la formación de los Concejos Municipales y de las Cámaras Legislativas, el nombramiento del mismo Presidente, en suma, la organización y existencia de la República nuestra Patria. No desistáis del cumplimiento de este deber estricto que os incumbe, por ningún obstáculo que se presente, bajo ningún pretexto. Reclamad, no os canséis de reclamar la sincera libertad electoral, garantizada por nuestra misma Constitución: haced uso de élla *cueste lo que costare* en las elecciones municipales, legislativas y presidenciales". (1)

Desde los tiempos de Schumacher y Massiá no había vuelto a suscribir una mano episcopal una proclama política semejante. No es un ingenuo Monseñor Pólit, y debe tener muy fuertes fundamentos para haberse producido en los términos apuntados, y tocar de nuevo, desenfadadamente, el funesto clarín de la guerra político—religiosa, la herencia sangrienta de García Moreno.

(1) Pastoral de Diciembre—1922.

## Renovación

“CUANDO Tomás Morus escribió su Utopía o República Feliz —dice Dn. Pedro Carbo en sus “Utopías de la Historia del Ecuador”, refiriéndose a la Constituyente veintemillista de Ambato, su fantasía y su alma candorosa lo llevaron a suponer la existencia de una Nación en que todos eran dichosos; lo cual podría llamarse el sueño de un hombre bueno por la felicidad social. Pero algunos diputados de la Asamblea Nacional, que no tenían esa clase de sueños, que eran, no *utopistas* sino positivistas, buscaban ante todo el supremo bien para su Jefe, y con tal que éste mandare el mayor tiempo, quedare bien rentado, bien armado, bien autorizado y no se olvidara de ellos, todo lo demás era secundario e inútil.—Por esto dejaron pendientes el presupuesto de gastos y otras leyes importantes”.

EL admirable don Pedro Carbo—el hombre bueno que soñó con la felicidad del Ecuador—sugiere la urgencia de un gran ideal, de una utopía en la vida de una nación o de un partido político, para estimularle y darle un sentido en la historia a la existencia de esa nación o ese partido.

SIN un grande y desinteresado ideal, bien sabía Carbo que el positivismo acabaría con la obra de los utopistas liberales. Los Congresos se convertirían en las ferias de las dignidades, cotizadas por el amo. Las leyes no representarían la justicia, la nación sería condenada a la bancarrota viviendo sin presupuesto. Y al final—como un partido no tiene derecho a gobernar sino hasta el límite en que la confianza pública le acompaña—la caída sería irremediable por el puñal de la salud si el amo llega a la tiranía, por la traición de los *condottieri* si cae en contemporizaciones fusionistas, por la revolución si el tráfico infame llega a comerciar hasta con la soberanía nacional, por cansancio, por desilusión si los mejores prestigios del partido realizan administraciones de opereta, co-

tróidas por la intervención judaica bancaria, y finalmente caídas en caso de menos valer por transacciones injustificables con los *leaders* del partido antagónico. Entre todas las roñas que pueden precipitar la caída de un régimen, ninguna más virulenta, ni más odiosa, que la engendrada por la predominancia israelita de los agiotistas. llámense éstos banqueros o moratoria el medio de la especulación. Además, no se juega impunemente con las esperanzas de un pueblo, y *la política del riel* puede acabar por convertirse en el más fuerte eslabón de la cadena que ha de arrastrar el régimen al abismo, si antes no encaniza una formal negociación. ¿Hay alguna de estas causas de desconfianza en el Partido Liberal en el Poder?

No es, pues, aventurada la actitud clerical, cuando toca a somatén así tan despampanante!

Es muy pobre el criterio que analiza la importancia de una administración, por las obras de remiendo realizadas para que la techumbre de la casa no caiga en pedazos en la cabeza del inquilino, por la construcción de un camino, por la adjudicación de casas para las oficinas públicas, por la importación de profesores para la divulgación científica, por los fusilamientos realizados, por la teatralidad del movimiento burocrático. Eso apenas alcanza a demostrar la existencia de la vida oficinesca, pero no significa un programa, la orientación de la vida nacional, con la organización y aumento de las rentas singularmente, sin cuya base todos los Ministerios giran como ruedas locas en el funcionamiento administrativo. A esta organización económica se refiere Monseñor Pólit en su proclama eleccionaria!

Es la suma de ideales que sustenta un estadista y los realiza lo que ha de apreciarse en el conjunto de una acción política. Esta es la obra del presente y del porvenir del liberalismo.

Los luchadores como Alfaro y los suyos, con haber alcanzado la hegemonía del Partido Liberal, en

tre los bandos políticos contendientes que lucharon por el Poder en 1895, cumplieron honrosamente su deber. No es del combatiente la consolidación de la reforma, esa es la obra del tiempo y de los continuadores de la política liberal. Sin embargo— y olvidando las labores de acasa adentro—la obra del ferrocarril de Guayaquil a Quito, de significación secundaria en el programa ideológico de Alfaro, sólo tiene prima importancia como desideratum político, porque ha significado el fuerte eslabón puesto por el liberalismo, para remolcar a la civilización, a los habitantes de las etapas fanatizadas por el aislamiento de la serranía. Sin este alcance el ferrocarril no sería obra digna de Alfaro, con significar más que todo el conjunto de las obras públicas que acreditan a García Moreno, como un buen trabajador.

AL transmitir el mando al General Plaza en 1901 el *alfarismo* convertido ya en una bandería de alta significación histórica, cumplió con el programa sustentado por Montalvo, iniciado por los conjurados de la libertad contra el despotismo, consagrado por las horas angustiosas de los proscritos y sellado con la sangre de los mártires y las lágrimas de los apóstoles.

La vuelta de Alfaro en 1906 por los caminos vedados de la revolución, sólo podría explicarse por la visión iluminada y profética del caudillo que desconfió de la fe en el ideal liberal de sus continuadores. El tiempo va arrojando claridad en el enigma de los días tormentosos del *alfarismo* combatido y derrocado, por el natural cansancio de lo que en la política de América se diagnostica con la voz: porfirismo, distinto de la ignara dictadura militar.

Y LAS reformas liberales han ido quedando como letra muerta en los anuarios de la legislación. La política post—alfarista se ha cristalizado en estos dos hechos: el abandono de las finanzas nacionales al azar de las oligarquías bancarias, que han llegado por este hecho a suplantarse la acción política, constituyendo una fuerza incontrastable por

el momento, matadora del ideal liberal: y, *la política del riel* que ha explotado imprudentemente el sentimiento progresista de los pueblos, creando impuestos, cotizando esperanzas, y poniendo en el surco el germen de una reacción, por el fracaso inevitable de esas empresas ferrocarrileras nacionales, viciadas fundamentalmente en su importe, desarrollo y significación económica. Los ferrocarriles del Estado fracasaron hasta en los Estados Unidos: posiblemente el Ecuador no está mejor organizado que Yanquilandia.

TODA esta situación causada por el personalismo en el poder, por la falta de las utopías que reclamaba Carbo, explota la reacción terrorista, ya no silenciosamente, sino con las altas voces de sus abanderados. Como que la propaganda tiene el formidable sostén de las escuelas y colegios al cuidado y protección de una frailecía más numerosa que la encontrada en 1895; ya el terrorismo ha llegado a tener ascendiente franco en la administración y conseguido el dominio de algunas fortalezas; la prensa de propaganda liberal,—que sólo fue protegida conscientemente por Alfaro,—ha cedido el campo a título de una libertad de imprenta mal entendida, al diarismo simplemente mercantil o carnalónico; pero los diarios banderas de un alto ideal liberal han desaparecido, el ambiente se enrarece y no pueden vivir su vida propia. Hay una crisis en el liberalismo ecuatoriano, no por el ideal en sí mismo, sino porque los grandes responsables que se han sucedido en el poder, se han negado a reconocer que el liberalismo no ha llegado a las conciencias y se ha quedado únicamente como librea de gobiernos, no como ideal vivido de los pueblos.

Y es que el imperio de un gran anhelo patriótico no se obtiene sino con la propaganda. Es preciso proclamar muy alto el pensamiento de don Antonio Caso, el gran reformador mejicano que, como Vasconcelos, finca todo el éxito de la renovación en los programas educacionistas: "Producir y cultivar el mayor número de individualidades irreduc-

tibles de hombres que tengan el alma propia bien puesta en su almario—lo cual engendra en las relaciones complejísimas de la vida social, la mayor heterogeneidad de fines y de obras, el más rico comercio de los espíritus, la lucha más constante y profunda de aspiraciones, los más nobles conflictos de caracteres;—tal debe ser el norte de la educación humana. Querer pasar un rasero uniforme sobre los hombres es la más estúpida de las aspiraciones colectivas y la más inútil de todas". Tal debiera ser el ideal liberal educativo de esta época.

CUENTAN que Nicolás I de Rusia, al visitar la Universidad de Kiew, luizo, entre otras cosas, estas declaraciones a los alumnos: "Veo que sabéis estudiar y soléis hacerlo con provecho; pero esto sólo no basta. La ciencia por sí misma, no engendra buenos resultados. Necesito súbditos fieles al Trono. Os reclamo devoción ilimitada, sumisión, obediencia".

Y dijo a los maestros: "En cuanto a vosotros, está bien que cuidéis de la cultura y la ciencia de vuestros discípulos; pero si no desarrolláis las nociones de "mi moral" en los estudiantes, si no intervenís y modificáis en el "buen sentido" sus convicciones políticas, os tendré a buen recaudo".

Esta ha sido y será siempre la aspiración de todos los déspotas: educar súbditos. Las escuelas confesionales sólo producen sectarios. Y las escuelas no deben educar directamente para un fin limitado, sino para modelar la individualidad. El hombre educado para hombre sabrá elegir su camino.

Por eso García Moreno, para lograr cimentar en el Ecuador su vasto plan teocrático, importó el mejor elemento para el servicio de los despotismos, a los educadores de súbditos según "su moral", a la frailecía. Esta es su gran obra educadora!

EN el Ecuador no han faltado voces proféticas en el apostolado de la educación: "Tengo para mí—dice don Abelardo Moncayo, en su célebre Me-

morandum—que mientras el liberalismo no se arraigue en el alma de la juventud y la empape en nuestra doctrina, nada significan las victorias meramente de la espada, nada las brillantes utopías transformadas en leyes, nada por consiguiente, nuestra labor para el porvenir: tarde o temprano, la reacción, a más de irremediable, sería funesta. Ah! si nuestros compañeros se retrasasen de esta indisciplinada y desordenada carrera la suerte de la patria sería más triste que la del Ecuador”.

Algunos pretenden la relajación y disciplina que los liberales no quieren. Es por esto que todo el esfuerzo por unificar el partido liberal encuentra una valla en el personalismo. Se elige para motivo de unión lo que siempre ha sido y será germen de divergencias: las candidaturas presidenciales.

Si, pues, los hombres del 95 han realizado su programa, una voz autorizada, la de don Luis Adriano Dillon, ex—Ministro de Hacienda, acaba de ratificar este concepto en el reportaje sobre su candidatura presidencial, diciendo: “Esta hora ya no es la nuestra; los viejos liberales cumplimos el deber que nos impusimos: la hegemonía del Partido. Toca a la juventud conservar esa posesión”.

Si en esta hora que se avecina a la sucesión presidencial, no hay acierto para elegir el hombre que sea una bandera franca de renovación liberal, claramente definida en un programa: ¿cómo se va!

¡RENOVACIÓN! Renovación!

EL porvenir está preñado de tempestades. ¡Mucho viento se ha sembrado! La juventud aún no imprime sus ideas en los programas administrativos que se hallan anquilosados. Un error más y el *simún* desatará sus aquilones!

¡RENOVACIÓN! Renovación!

PENSEMOS, en esta hora grave, en las responsabilidades de la juventud que aun no llega al Poder.

Tanto mérito hay en fortalecer la ciudad como en conquistarla. Los luchadores del '95 confían en la juventud para la vida del Partido.

¡RENOVACIÓN! Renovación!

Y LA juventud sólo podrá cumplir su deber, evocando la doctrina y la memoria gloriosa de los precursores del Liberalismo.

JUVENTUD! paso a la inmortalidad de don Abelardo Moncayo!

**P. Jaramillo Alvarado.**

Quito, Mayo 24 de 1923.



### **ERROR SUSTANCIAL**

En la página LIX, línea 15, de la introducción, se dice: "la caída irremediable de Alfaro, por haber querido ser un García Moreno radical"—Léase: "la caída irremediable de Alfaro por no haber querido ser, etc."

## El Doctor Mariano Acosta

A CASI un año que, con el fallecimiento del ilustre sacerdote y ciudadano esclarecido Dr. Mariano Acosta, llora como huérfana la sociedad de Ibarra; y el santuario, la cátedra, la tribuna, vestidos todavía de luto, pregonando están *el vacío y la oscuridad* que tras de sí dejau los varones eminentes con su desaparición. Casualmente ó adrede suene el nombre de Acosta, nombre tan querido al imbabureño, y al punto el ceño de invencible tristeza en todos los semblantes, al punto desazón y profunda melancolía en todos los espíritus. Prerogativa envidiable de los que, asimilando en el

camino de la vida sus huellas con las del bien, dejan largo tiempo el ambiente aromado con el perfume de acendradas y muy varoniles virtudes; y prerogativa más especial todavía de los que simbolizando en cierto modo la vida toda de un pueblo, al caer ellos en la tumba, junto á la misma, queda el progreso como estupefacto y en atonía.

La predicación no interrumpida de la Buena Nueva, antes con el ejemplo que con su palabra elocuentísima; un himno prolongado de la virtud verdadera, de la que santificándonos, pone al par toda la monta en hacer el bien á nuestros semejantes, tal es en compendio la vida del Dr. Acosta, y tal la razón que nos pone la pluma en la mano; porque aparezca en donde quiera el esplendor de lo justo y allí nuestro acatamiento, allí las fruiciones más intensas de nuestro espíritu. Pero la existencia de los buenos de edificación y modelo debe servir, no á sus contemporáneos solamente, mas de estímulo también á los que vienen después á esta liza por nuestro perfeccionamiento. Y si el mármol ó el bronce no eternizan tales dechados, justo es y aun obligatorio un esfuerzo por trazar sus nombres con caracteres indelebles en nuestros fastos, y mayor esfuerzo aún por grabar viva, si es posible, y palpable, en el corazón de la sociedad, el alma de los que fueron su alma. — Necios fuéramos hasta la ridiculez si en nuestras propias fuerzas confiáramos para tamaña empresa: con pinceladas maestras, y sin pensarlo por supuesto, el mismo Dr. Acosta nos ha legado ese apetecido retrato; poco ó nada por tanto pediremos á nuestra propia paleta para el colorido. En todo caso sirva á otros más competentes de aliento este trabajo, y antes que todo

de merecido homenaje, en nombre de la Patria, á las egregias virtudes de uno de sus gloriosos hijos.

Con esta más que moda, manía insufrible ya, de hipérbolos sobre toda exageración en los rasgos biográficos ó necrológicos de nuestro tiempo, haciéndose va harto difícil la tarea de poner á un varón ilustre en el puesto que se merece. No tan sólo aburrido el lector con tantas lisonjas ridículas y forzados encomios aún á los inicuos, sino acostumbrado también á ver enlutadas y preñadas de lágrimas mentidas las mismas columnas de un papelón, que ha poco, y talvez con justicia, censuró acremente al que hoy presenta como ejemplar acabado de toda virtud, ó huye con horror tales lecturas ó impone cuarentena indefinida á méritos muy dudosos ó forjados apenas por la cortesía ó la conveniencia. Para las tumbas de los verdaderos muertos, de los muertos á toda recomendación loable, ¿no sentaría mejor silencio caritativo, si la prensa no ha de ser como el Tribunal póstumo de los egipcios, inexorable en aquello de condenar ó absolver á los que fueron, únicamente en virtud de las acciones que tramaron la tela de su existencia?

Aquel escollo por fortuna no teme este escrito: ni como amigos tuvimos la honra de encontrarnos en nuestro camino con el virtuoso Canónigo; y en opiniones, preocupaciones y hasta varios principios fundamentales, es insalvable la distancia que separa al Dr. Acosta del que estas líneas escribe. Pero entre adversarios leales y en el campo de la justicia y la verdad, no creemos imposible un cordial apretón de manos: frecuentes sí los conflictos entre las doctrinas de la libertad absoluta y las de la hosca tradición; pero

la ojeriza irreconciliable entre quienes las profesan nada tiene de civilizadora ni es siquiera humana.

¿Por qué, pues, hemos aceptado esa austera figura como objeto y no fugaz de nuestra contemplación y aún nos esforzamos hoy por dibujarla? Precisamente por estotra consideración que dolorosamente embarga nuestro trabajo: en el Dr. Acosta vemos nosotros fisonomía propia, una personalidad no con otra confundible, un verdadero carácter: cualidad ya no tan común entre nosotros y que perdiéndose va en el sepulcro con la generación que nos precedió. Sin variedad en la unidad, no concebimos belleza; y en este empeño que el actual método de educación ha tomado á pechos, de amoldarnos á cuantos somos en una misma turquesa, quizá en cantidad de hombres cultos algo vaya ganando la patria, pero á fe que, en calidad, el desmedro es tangible; y qué monótona, qué pobre aparece una sociedad formada como de una sola pieza. ¿Es palmario el vacío dejado por el Dr. Acosta entre nosotros? pues cabalmente porque no asoma aún el heredero de su carácter, el hombre de grandes iniciativas y de acción eficaz para realizarlas.

Además no vamos á presentar al llorado difunto como nosotros hubiéramos querido que fuese, sino como fué: no emprendemos una obra de imaginación, sino la narración escrupulosa de la verdad; y entonces lo mismo que al pintor, no está en nuestro poder cambiar las facciones á nuestro antojo, sino el tomar resueltamente las del original; y lo mismo que al crítico literario, no nos es permitido concretar el juicio conforme á la estrechez tan sólo de nuestro criterio y de nuestro ideal, sino más aún al ideal y al criterio

que informaron la obra que examinamos. Si prosaico en extremo las más de las veces, poema serio es una existencia—la triste Odisea de la cuna al sepulcro—y qué injustos fuéramos, si al juzgarlo, no penetrásemos en el alma del que, con sangre talvez, va grabando esas páginas, desvalidas unas, gloriosas otras, pero no todas indiferentes.

Y gloriosas las páginas todas, en la vida del Dr. Acosta? He aquí la última consideración que nos anima en nuestra tarca, ruda por demás, imposible, si tuviéramos que desentrañar el mérito absoluto de todo lo notable. Pero fuera de tantas circunstancias personales, el lugar y el tiempo en que aparecemos á representar nuestros papeles en el drama de la vida, cuánto nos modifican ora empequeñeciéndonos, ora relativamente encumbrándonos.

## I

Una sociedad en mantillas, cuasi nueva, por consecuencia del formidable cataclismo que casi la aniquiló; y una comarca, bellísima como un ensueño poético, fueron el teatro destinado al desarrollo de las poderosas facultades del Sr. Dr. Mariano Acosta. Muchas páginas necesitaríamos si intentásemos describir aquel girón espléndido de la zona ecuatoriana que llamamos provincia de Imbabura. No en todas partes quizá tan en ar-

monía estas dos hechiceras sonrisas, la de un cielo eternamente enamorado de la tierra que está vivificando y la de esa tierra que siempre y con amor le bendice. De aquí en donde quiera la igualdad y la dulzura de su clima, la feracidad de su suelo, la abundancia y riqueza de sus frutos. Y qué variedad y capricho en sus horizontes, por lo caprichoso y osado de nuestra cordillera: qué coquetaría en la elección de los parajes para sus sonrientes lagos, y qué mano tan artística en los matices de su inconmensurable alfombra! Valles estrechos aquí, con esa vida especial que la palmera y el plátano comunican; extensas llanuras allá, banquete perpetuo de numerosos y floridos rebaños; y unas y otros sembrados de cabañas, aldeitas y pueblos niños, que forman la corte de esas dos odaliscas, Ibarra y Otavalo, si candorosas aún como que están en la pubertad, orgullosas por el soberbio monte que con su nombre y su sombra las cobija, tal es Imbabura.

Y sabida es la influencia del suelo en las propensiones y hasta en las dotes del espíritu de los que la habitan. De crímenes propiamente atroces, apenas si alguna mancha en las crónicas de Imbabura: para Otavalo é Ibarra hay de sobra con tres vigilantes de Policía; las demás poblaciones ni los conocen ni los han menester. Idiotismo rematado, mendicidad absoluta, calamidades que allí aún no hallan cabida: en el arriero mismo, en el labriego, hasta en esa infeliz acémila ecuatoriana, el indio, distinguís al instante el sello de la índole imbabureña, amor inquebrantable al trabajo y la libertad individual, cierta dignidad ingénita que raya en altivez, cierto despejo natural y perspicacia intelectuales que los ponen muy por encima de sus

iguales en la Sierra. La asimilación del imbabureño con el costeño es instantánea. Jamás Imbabura ha sido la última á la voz de la Patria en peligro; y si bien todavía tradicionalista por educación, la intolerancia hosca ni la intransigencia brutal no tienen morada en su seno. Un toque más peculiar suyo: no es rara en el Ecuador esa virtud desconocida ya en el mundo civilizado, la hospitalidad; pero para los imbabureños lo contrario sería lo incomprensible. Ah, póngase esta privilegiada comarca en comunicación rápida con el Pacífico, y á poco andar Imbabura sería la más mimada y la mejor de las hijas de la Sierra. — La particilla libre, por consiguiente, que en corazón tan delicado y armonioso como el del Dr. Acosta, pudo quedarle para el amor sensible, justo fue y natural que la consagrarse íntegra á su hermosa patria, el Ecuador; pero con un poco más de predilección á Imbabura, y más, intensamente más á su adorada Ibarra.

En un suburbio de esta ciudad, en efecto, el 28 de marzo de 1840, vino á luz el que presto había de figurar con caracteres de oro en la lista de los Cisuentes y los Sánchez, de Dn. Teodoro G. de la Torre y de Dn. Pedro Moncayo. — Fenómeno tanto más digno de atención cuanto á menudo repetido: mientras menos vulgar una alma, mientras más rica de envidiables facultades, más viva en ella la curiosidad de leer en lo futuro, de sorprender los secretos del porvenir relativamente á nuestro destino. En el ALBUM que para estos apuntes nos sirve de guía, ALBUM de puño y letra del Dr. Acosta y «reservado aún á amigos y parientes», al hablar de su nacimiento, se complace el autor en descifrar su horóscopo, consulta con el «Oráculo novísimo» la suerte

del que nace en día como el que á él le cupo; y después de sorprenderse al ver realizadas en él todas las contestaciones que al azar le dió aquel libro, termina un tanto asustado, pero alegre, con estas palabras: «Protesto contra la intervención directa ó indirecta de los espíritus malos en estas puerilidades, en estos anuncios que se han cumplido y seguirán cumpliéndose, pero por otras causas. Lo que tengo por cierto es que la Providencia quiere y procura la felicidad del hombre y que éste la busca y quizá la consigne, según sus obras».

Que Doña Antonia Yépez Vásquez, esposa de Dn. Manuel Acosta Grijalva y madre de nuestro PABLO MARIANO CEFERINO, como reza la partida bautismal, no fue persona cualquiera, comprobándolo está la vida toda de su ilustre hijo: la piedad como conaturalizada, el sentimiento del deber como incrustado en el espíritu, cosas son que no las hacemos nuestras mediante el estudio y la reflexión solamente: son el aroma del licor primero echado en una vasija nueva, son el fruto de la semilla cuidadosamente cultivada por la mano materna en el corazón del niño. Otro vestigio que nos da á conocer el valor moral de esta madre, sus esfuerzos por la educación de su hijo, á pesar de la pobreza angustiosa que entenebrecía su hogar.—Humildad profunda, ternura contagiosa, un cuadro vivísimo de nuestras costumbres, mucha luz sobre la niñez y la juventud de nuestro héroe, todo hallamos nosotros en las siguientes líneas trazadas por él, al saludar al Chota, «hermoso y dilatado valle, cerrado en estrecha latitud por rápidas pendientes de tierra árida, vestida apenas de ralos espinos y mezquinas mosquerillas».—Detiéndose un ins-

tante en la descripción del río y de sus pintorescas cultivadas vegas; evoca luego los recuerdos de su niñez y prorrumpe de súbito: «Aquí, padre mío, en estas estrechas playas, en estas oscuras selvas, bajo un sol abrasador, pasaste lo más florido de la vida, empeñado en ganar con penoso trabajo un sustento miserable. Cuánto te costó el escaso pan con que alimenté mi infancia! Probre choza fue tu habitación, frutas de *cercado ajeno*, de huerto arrendado, las que alguna vez reservabas para tu hijo, y desgarrada ropa la que te cubría. El sudor de tu sonrosado rostro regaba á menudo estos secos arenales, tus plantas desnudas los cruzaban todos los viernes, cuando pobre negociante eras hospedado en un corredor y dormías al descubierto y caminabas sin pan y vivías sin descanso, para llegar el sábado á Ibarra, arriando una tardía bestia, cuya carga descendías con tus propios brazos y jadeante la consignabas en el mercado público. Padre, padre mío, los sollozos me ahogan, los ojos se me nublan, siento que el corazón me salta en pedazos; oh, cuánto padeciste!»

De un padre pues para quien la ley suprema es el trabajo y en éste no admite graduaciones de nobleza y de una madre esencialmente piadosa, católica á la castellana, no es maravilla que haya brotado este engerto original del hombre práctico del siglo XIX en el corazón ascético de un hijo del siglo XIII. Por sus acciones y sus escritos, en efecto, el Dr. Acosta aparece, en último análisis, como una mezcla admiranda de un yankee y un anacoreta.

Si en aquel hogar, por tanto, ni la holgura almenos se hospedaba con frecuencia, ya podemos adivinar los días nublados, las privaciones

no raras, las humillaciones no por continuas menos dolorosas, los padecimientos de todo linaje en fin, si bien soportados con alegría ó indolencia por la mayor parte de nuestros escolares y estudiantes menesterosos, con todo siempre muy allictivos y más para caracteres tímidos todavía, y que, como la oruga, ni conciencia tienen aún de que de ese como sepulcro en que entonces yacen presto se elevarán cual atrevidas, brillantes mariposas. Y para el Dr. Acosta, en efecto, como para toda inteligencia superior y corazón bien formado, no se prolongó aquella época de prueba: suyas fueron muy luego la estimación al principio y la admiración después de sus maestros y superiores, cuanto en Ibarra en Quito; y más pronto aún las deferencias y el cariñoso respeto de sus condiscípulos. Conmover es en un Colegio ese acatamiento involuntario hasta del discípulo á la capa raída de aquél en cuyos ojos no puede fijar los suyos, sin la confesión tácita pero visible del poder del verdadero mérito.

Por lo mismo que en vísperas de ser ahogada ó sofrenada al menos y de más á más la turbulencia juvenil; ó acaso porque también la República toda se agitaba entonces con violencia, nunca talvez se mostró aquélla, en el Colegio seminario de San Luis de Quito, tan indómita y hasta osada como en los dos años que precedieron á 1862, época en la cual estudiábamos nosotros los primeros elementos de Filosofía. Varios *Maestros* teólogos, imbabureños en la mayor parte, á una con los Rectores y demás autoridades de dicho Establecimiento, se esforzaban entonces como Bedeles en combatir aquella anarquía estudiantil, si no aviesa, si no corrompida, demasiado insufrible ya por las descomedidas travesuras y el

espíritu de rebelión con que ponía en despecho á los que la regentaban. Y como por desgracia el medio empleado para vencerla fué el más contra-productivo, el de la represión desesperada, era de ver la derrota diaria y segura de una multitud de reverendísimos ante la sonrisa picaresca de esos revolucionarios en cierno. Entre aquellos Levitas, uno hubo apenas cuya presencia sola imponía, y como por encanto, orden en tan desahoradas turbas. De figura grave, pero sin afectación: austero, pero encarnación viva de indescriptible modestia: sereno y digno en todo trance, pero de mirada tal . . . entendámonos, ya que tanto de esta expresión se abusa: por los ojos habla toda alma, verdad; pero hay miradas de miradas, y la que aquietaba ese laguito borrascoso no era aquella preñada de altanería ridícula ó ira mal disimulada que sólo á risa provoca, menos la que entraña ferocidad repugnante, pero impotente: era, si nos es permitida la palabra, una mirada—argumento que en su limpidez nos decía: «la razón está conmigo, resístele!»—y mirada por consiguiente que un infractor no acierta á sostener. Ni una vez sola nos regaló con su voz este Bedel; y á una señal de su mano, sin embargo, al punto y en silencio se ponían en filas los *andrquicos*, y como ovejas eran conducidos á donde su pastor los llevaba.

Este Levita, así tan respetado y simpático, fué el entonces maestro Dr. Mariano Acosta el mismo que pocos días después coronó su carrera con el grado de Doctor en Teología, y en tan lucido, tan admirado examen, que en el acto casi le fué concedida la Cátedra de la misma Ciencia en el Seminario de San Diego de Ibarra. El 3 de mayo, en fin, de 1863, el mismo Levita sostu-

vo sobre su cabeza las venerables manos del Ilmo. Dn. José M. Riofrío, manos cuyo peso en ese instante simboliza para un católico el más sublime y el más tremendo á la vez de los honores que, sin fallecer, puede soportar el pobre humano. El 24 de aquel propio mes decía en Ibarra nuestro Doctor su primera misa.—Si alcanzaran los muertos á columbrar lo que en la tierra hacen sus amados, con qué indecible ternura se hubiesen estremecido los restos de la madre del Dr. Acosta al ver realizado su más vehemente anhelo y al oír á su hijo, en instante tan solemne y en la completa soledad del corazón aquellas tan significativas palabras: *Dominus pars haereditatis meae*; «ya solo Dios toda mi herencia».

## II

Con sus propios labios va á decirnos el Dr. Acosta lo que él siente acerca de la carga que con el ministerio sacerdotal, acaba de recibir sobre sus hombros. Extractamos: «El sacerdote y el soldado tienen por misión la lucha para establecer la paz y el orden, para librar el espíritu del hombre de las pasiones violentas que le tiranizan, para purgar la tierra de los elementos disolventes que la afean». Pero qué diferencia de las armas en esta lucha! «Para el sacerdote, la persuasión, por medio de la palabra inspirada».

la moralización, la edificación, por medio del ejemplo».—Qué diferencia en los medios para la consecución de la victoria: «El sacerdote la obtiene no matando, sino muriendo; no sometiendo, sino dando la verdadera libertad, la del espíritu; no con la desolación y la ruina, sino creando, reformando, embelleciendo cuanto al hombre rodea».

Y hasta en la paz misma que el sacerdote y el soldado persiguen, cuánta diferencia! «Para el sacerdote, no la paz de los sepulcros, la apetecida por los déspotas: ni siquiera la indispensable para el tranquilo goce de nuestros derechos en sociedad. Otra paz hay más codiciable, la esencial para nuestro perfeccionamiento, la que es única fuente de toda paz en la tierra, la esencial en el tiempo y la eternidad: la paz del alma! La obtenida con la abnegación y el sacrificio. Por ella palpita nuestro corazón sin zozobra; por ella resplandece nuestra conciencia como un lago adormecido pero irradiando luz celestial; por ella, libre siempre el espíritu para encumbrarse á todo lo grande, lo noble, lo digno de nuestros elevados anhelos; pues ella es la que destierra nuestros vanos temores y mezquinas esperanzas: ella es la que disipa aquellas funestas, infundadas tristezas que aniquilan nuestra carne y saca nuestros huesos: ella es la que barre las nubes de oscuridad, las agrupadas por nuestra ignorancia, las que nos debilitan la fe. Sí, la paz del alma, base y corona del Evangelio, triunfo el más espléndido del Cristianismo sobre toda la sabiduría pagana, última quinta esencia de la revelación. . . . . y la Iglesia, fiel depositaria del mismo anhelo siempre en acción por esta paz que aquí nos santifica, y allá nos pone en posesión de

Dios» . . . . . tal el sólido, el inquebrantable cimiento sobre el cual, como católico y como sacerdote sienta el Dr. Acosta el monumento de su fe.

Y cosa sorprendente, en cuanto á la firmeza de virtud tan discutible y compleja, la fe; fenómeno talvez único en la historia del pensamiento! Como tan ansiosa de justificación, tan altamente mística, en el sentido más elevado de esta palabra, vemos no rara vez aquella alma herida de desaliento, lacerada de tristezas y temores, desfallecida alguna vez bajo el peso de sus afares, combatida fuertemente por las olas de la tribulación, torturada á menudo por el tormento mismo de la vida; y nunca, sin embargo, nunca la más leve nubecilla de duda, en su serenísimo horizonte! Ni en el carácter mismo del Dr. Acosta, todo el contraste, nos suspendería este fenómeno, á ser él de aquellos que se duermen orgullosos sobre sus infolios, considerándose dueños exclusivos hasta de la verdad absoluta; á ser él decimos de los que con desdén ó ridícula altivez encubren su ignorancia y condenan á ciegas desde la altura de su necesidad lo que ni entienden ni conocen. Pero el Dr. Acosta seguía con avidez el movimiento intelectual de nuestro siglo; todo lo estudiaba, todo ansiaba saberlo, todo meditarlo; para él no había límite en el pensamiento, ni prohibición de lecturas, puesto que muy pronto y como fiel cristiano se había apercibido de la respectiva licencia, y cuanto en sus manos caía lo leía todo. Hasta en sus sermones, palmario está lo que debe á la ciencia de su siglo; pero ni aún en sus más íntimos soliloquios, lo repetimos, no damos con la más ligera huella de este suplicio el más formidable para el alma, la duda; suplicio sí, pero ella, la madre innegable de la verdad.

Sabéis por qué? presto lo veremos, porque á su inteligencia misma fué superior su amor á la Divinidad, su ansia de engolfarse y pronto en la contemplación sin velo del Sumo Bien.—Pero antes completemos el cuadro del sacerdote, tal como para sí lo tuvo siempre á la vista nuestro Presbítero.—¿Meras reflexiones las siguientes, ó grito involuntario en un instante de terror? Seguimos estractando:

«Tutor de la humanidad de Jesucristo, canal de las gracias del Espíritu Santo, sacerdote, ungido del Señor, para tí no hay salvación posible . . . te condenas! Temblabas al abrazar un estado superior á tu flaqueza; temblabas, pero sereno te sostuviste á los pies del Pontífice que con voz paternal, mas con frase enérgica, te imponía de las obligaciones que contraías al recibir la unción sacrosanta. Ah, de pobre iliterato aldeano, de artesano rudo é indolente habría sido tu suerte más feliz: no habrías estado tan lejos de la misericordia de Dios, habrías tenido probabilidad de salvación! Mas ahora, alumbrado por las letras, hinchado de orgullo, olvidado de la práctica de las virtudes, impelido de pretensiones locas, indispuerto con la piedad, duro de corazón, halagado con las rentas que á la fortuna ó la casualidad debes, y rentas que son un robo mientras tan mal cumples con tu ministerio, caprichoso, sensual, altivo . . . ah ¿eres imitador, eres discípulo de aquél á quien, sacrílego evocas todos los días á tus manos? . . . Presto y como humo huirá esta vida de holganza y soberbia, y presto caerás en las manos del Juez inexorable, supremo.—Jesús, manso y humilde; Jesús, pobre, mortificado, atormentado: Jesús todo él para los desvalidos, y suave, llano como el últi-

mo de los hombres. ¿hallará en tí semejanza que premiar? en tu vanidad y orgullo, en tu sensualidad y dureza incomprendible ¿no verá más bien un objeto de abominación eterna? . . . .

«Ah, sacerdote del Dios tres veces santo! pretendes sacrificar otras almas y corrompes la tuya; á otros abres las puertas del cielo y tú te quedas afuera; aumentas el número de los predestinados y te resignas tú en pertenecer al de los réprobos; igual es tu suerte á la de las aguas consagradas del bautismo que purificando, salvando á otros, como tú se deslizan irremediamente por canales subterráneos á lo profundo del abismo. Un solo pecado en el tiempo de sacerdote basta para que te des por perdido; y qué decir si en él te duermes, cuando de esta manera haces *imposible* tu arrepentimiento? A tí no te excusa la ignorancia, porque has sido más que iluminado, porque has gustado y sin medida de los celestes dones; á tí no te excusa nuestra natural flaqueza, porque en tus manos tenías remedios poderosos, eficaces para vencerla ó al menos corregirla. Pura malicia tu impiedad! y pecados de malicia, pecados contra el Espíritu Santo, que ni en este ni en el otro siglo serán remitidos.

«Pronto está Dios para perdonarte, como perdonó á Pedro prevaricador; pero tú, sacerdote, indigno, reincidente, ni te arrepentirás como Pedro, ni como él llorarás ni merecerás; te arrojas al contrario al mal como Judas, y como Judas resistirás al perdón, y como él te desesperarás, y como él te precipitarás á condenación eterna . . . Oh Dios, oh Dios Crucificado! á mí, á mí vuestros angustiados ojos! ved los míos estupefactos de terror; ved mi pobre corazón ansioso

más bien del sepulcro; ved mis miembros trémulos y como para desprenderse del cuerpo! A mí, á mí los brazos de vuestra misericordia; á mí, á mí vuestro santo, omnipotente aliento!» . . .

Hemos dado con la clave de toda una existencia: la llena, la embellecida, la, digámoslo de una vez, la santificada por el Dr. Acosta. Ni sombra de atenuación ó disimulo en el conocimiento del deber ineludible; ni sombra de vaguedad en la penetración y aceptación de lo que como á sacerdote y hombre le cumple, para la consecución de su fin supremo. De aquí el curso de aquellas horas y aquellos días que á guisa de cristalinas y siempre fecundantes aguas, va deslizándose tranquilo, á pesar de las desigualdades del terreno por donde discurre, pero sin cesar reflejando luz del cielo y sin que nadie enturbie su corriente hasta irse á perder en el inmenso, el infinito océano. Porque, desengañémonos: un punto de partida y un objeto supremo. . . . sin ello ¿concebimos siquiera la existencia, como debe ser, digna de nuestro origen? Y sin algún principio que le sirva de base, ni igualdad en las acciones, menos norma para ellas; ni nobleza en los fines, menos constancia y tesón en perseguirlos; ni elevación en las miras, menos grandeza para realizarlas: algo más, ni siquiera utilidad efímera para el individuo, ménos para la sociedad, ménos para la especie. Por más que ponderemos lo corrompido de nuestra naturaleza; hombre no hay, sin embargo, que no sea capaz de óptimas y aun sublimes acciones, y á menudo hasta los aviesos las llevan á cima. Pero ¿por qué tantas alternativas entre el bien y el mal en un mismo individuo, tanta veleidat, tanta inconsistencia, tanta contradicción en nuestros actos?

¿por qué, si no la iniquidad, la nada en último análisis, la nada como resultado definitivo de la existencia, en el vulgo de nuestros hermanos? Nubes vacías barridas por todo viento, barquillas sin timón ni lastre entregadas á merced de las olas, pompas de jabón sopladas por niños. . . . . imágenes elocuentes de la pobre humanidad, en aplastadora mayoría! De aquí lo lento, lo desesperador de toda evolución salvadora, de todo progreso positivo: es inmensa, formidable la mole á la cual pocos, muy pocos tienen que ponerla en movimiento.—Desconozcamos ó descuidemos nuestro deber ineludible en la tierra, el de nuestro perfeccionamiento moral, intelectual y físico, y . . . . . aun Basílicas edificaremos, pero ni de buenos siquiera no mereceremos en equidad el dictado.

Alma empapada en la idea del deber, pero del deber considerado como medio infalible para volar al seno de Dios, tal fue el alma del Dr. Acosta. De allí la excelencia de su vida íntima y la modesta beldad con que la realzó como hombre público.—Contemplémoslas un momento.

### III

« Tesoros celestiales de virtud debe de haber en la humanidad, porque en fin obra es de Dios; pero en los días que me restan de vida, desespero ya de dar con uno de esos tesoros, con un varón justo cuya benevolencia y aceptación solamente

constituirían mi felicidad. ¡Si hubiera yo tenido la dicha de conocer á María, de ver á Jesús!... Pero allí están sus palabras, allí sus obras: pudo alguien argüir de pecado á Jesucristo? Cuán inefable es esta figura; ni idea cabal podemos formarnos del Hombre que vino del cielo por nuestro bien; y cómo al nombrarle tan sólo siento que de amor se me aniquila el alma! Sea Jesucristo mi único amigo: con él consultaré todas mis resoluciones; y antes de obrar, me preguntaré en todo caso ¿es lo que voy á hacer digno de un amigo de Jesús, de un discípulo que fiel y devotamente quiere imitarle? Con esta reflexión adquiriré la rectitud, la justicia por hábito en todas mis acciones; y quizá me encumbre á una altura superior á la de aquellos filósofos para quienes la majestad de los reyes es tan indiferente como el rodar de una piedra ó el llover».....

«*Solum unum necessarium*, la satisfacción, la plenitud del corazón; y cuándo tamaña felicidad, sino en tu regazo, oh Dios mío! cuando libre mi alma de su cárcel se lance á los pies de tu trono? *Cupio dissolvi*: disolverse, vivir con Cristo..... esto no es el *nirvana* de los budistas; aspiración es ésta la más encumbrada de una alma noble; revelación en fin de Dios mismo, y tal en realidad mi ansia más viva. Ya nada espero en la tierra: Dios y sólo Dios, mi único anhelo».....

Aquí tenemos el complemento del elevado misticismo del Dr. Acosta, de aquella piedad que dijimos superior á la inteligencia misma que la presidía. De un corazón tan inflamado cu el amor divino y de una mente tan íntimamente penetrada de su deber, no nos sorprenda ni la dis-

tribución de horas durante los días todos de su existencia, ni la tenacidad en tener siempre á la vista sus propósitos, afanado por realizarlos.

«Para la oración, la misa, el coro y el confesonario cuatro horas y media: las tres primeras de la mañana y lo restante en la tarde. Para el Colegio, como Profesor, dos horas y otras dos para el despacho de mis deberes. Para estudio, lectura y escritura, cuatro horas y media, dos antes del coro vespertino y dos y media por la noche. Para enseñanza á mi familia, una hora cada noche, después de estudio. Para el paseo que forzosamente demandan las tristes necesidades del almuerzo y la comida, dos horas. Para lectura espiritual y meditación, antes de acostarme, hora y media y lo restante para el sueño».— Si de todo canónigo fuese este horario, ya no serían las prebendas objeto de mofa para los mundanos.

«Orden de estudios: 1º Lo que al menos sea necesario para responder á las consultas ó resolver dudas en materias de conciencia; 2º Lo que corresponda á las lecciones que he de explicar en las aulas, procurando especialmente para la de dogma copia de doctrina científica y piadosa; 3º El cumplimiento de comisiones eventuales como sermones, relaciones, consultas; ó asuntos municipales, mientras sea concejero, ó los de la Nación, cuando Diputado; 4º Las publicaciones nuevas de algún interés; 5º La ascética, y ésta sin omisión; 6º La lectura ordinaria de historia, filosofía, literatura ó de cualquiera otra obra; 7º La escritura de este libro ú otra cosa que deba trabajar; y 8º La escritura de instrucción piadosa para la juventud y las personas frecuentes».

Como el punto objetivo para un general, son para el asceta los propósitos que presto quiere ver realizados y en ello pone la monta. Condensemos los que en diversas fechas aparecen en el ALBUM del Dr. Acosta.

«1º No celebrar ó confesarme, cuando me juzgue en mala conciencia; y á esta disyuntiva no faltaré jamás.

«2º Cuidar de no caer en laxitud, en esc amodorramiento de alma que no hace alto sino de lo muy grave ó notable: pero con la prevención de no ir al otro extremo, de no caer en ridícula nimiedad.

«3º Poner todo mi ahinco en ser humilde, resolverme por fin á ser tenido por nada: y á tener en nada todas las cosas que no valen para la eternidad.

«4º En el confesonario sobre todo, mucha prudencia, mucha pureza, toda la dignidad posible: y no confesar á una misma persona más de una vez en la semana, cuando mucho. (Que no olvidaran esta lección profunda de varón tan respetable los que en igual ministerio acostumbran á incautas damas á una familiaridad muy ocasionada á serios peligros).

«5º De los Prelados y la administración de la diócesis no decir mal jamás.

«6º Hasta el día próximo de la Ascensión arreglaré todo lo tocante á mi conciencia, como para morirme ese día.

«7º No defenderé nunca mi reputación cuando sepa que piensan ó hablan mal de mí: la única defensa de un hombre serio es vivir bien.

«8º Observar la abstracción y el recogimiento que á mi estado corresponden: debo dar á mi rostro aire apacible, pero no timidez frai-



iesca; ésta degrada y es á veces ocasión de provocar la insolencia de los díscolos.

«9º Mirar, como deber esencial, por el bien público, temporal y espiritual, y procurarles con todas mis fuerzas, puesto que soy ciudadano y sacerdote.

«10. En conferencias, certámenes, capítulos, debates, etc. deponer todo interés que no sea público, no arrebatarle á nadie por condescendencia infundada y hablar poco ó nada, cuando de lo que se trata es baladí.

«11. Dar limosnas, sí; pero díncreo en préstamo á nadie, si amo la tranquilidad de espíritu.

«12. Confianzas, familiaridad con nadie; sea Dios mi único amigo y su Providencia todo mi consuelo.

«13. Acostumbrarme á ver con serenidad y como ordenado á un fin superior, aunque oculto, toda clase de desórdenes é injusticias que yo no alcance á remediar.

«14. Uno es debilidad de carácter y otro intransigencia caprichosa: antes romperme que doblegarme, cuando se trata del cumplimiento de un deber; pero nunca aprobaré tampoco á los que ponen en peligro hasta su propia dignidad, por meterse en lo que no les atañe. *Oportuné et importuné*, sí, pero en los límites de tu esfera.

«15. El corazón del hombre es un santuario donde sólo Dios debe penetrar: ¿de dónde esc afán por escudriñar el ajeno é interpretar á nuestro antojo lo que ni vemos?

«16. Hablar con sagacidad y moderación de lo que sea inocente é inofensivo; nada de trivialidades ó vulgaridades, ni aun en la tertulia familiar.



«17. Poner el mayor esmero en todo lo que está á mi cargo, pero no ahogarme tampoco en tantas atenciones que me impidan el buen desempeño.

«18. Metolizar no sólo moral más también higiénicamente mis costumbres: asco, frugalidad, mucha frugalidad; pero sin que se resientan la generosidad y la decencia, y no por ostentación ni vanidad, sino por propio decoro....»

Y que tales resoluciones no fueron para escritas meramente, á probárnoslo va la siguiente página, si bien escrita en la flor todavía de la edad, ya algo avanzada no obstante la escabrosa senda del sacerdocio. Admiraremos en ella á la par la limpidez de una conciencia virgen y la apacible respiración de una alma casta:

«Solitario por condición y estado, único habitante há fecha de esta silenciosa celdilla, ya soy parte suya integrante, en cambio de la plácida quietud con que me regala. Encima de mi mesa de trabajo, abiertos me tiende los brazos la adorada efigie de Jesús; á mi derecha, la habladora imagen de Felipe siempre abrasado de amor; y á mi izquierda, la graciosa escultura de Luis inocente: fisonomías invariables que sin cesar me inspiran ternura, amor, inocencia. Cerrada la puerta de mi habitación, nadie hay en la casa, porque toda la familia soy yo. Como el día pasa en el Colegio un niño hermano mío, sólo cuando duerme es mi compañero; y el buen sirviente que me asiste, apenas me ve en las horas de necesidad: los dos pues casi no hacen uno. El estudio, la lectura, la meditación, el descauso, el trabajo serio, aquí tienen sus horas seguras é inmutables; aquí nada distrae mi atención ni indispone mi ánimo. — Aromática, arregladita

como la dejo, conforme á mi genio me espera mi celda; me ofrece respetuosa el mejor sillón, me brinda libros sabios y aguarda en silencio que disponga yo de cuanto ella posea, sin fastidiarme jamás. Si hablo, ella se afana por repetir mi voz; si oro, conmigo se recoge; si duermo, me abriga con su sombra. Mi confianza en ella no tiene límite: lo que pienso, ella lo sabe, penetra mi interior; se sonríe con mis repentinas sonrisas ó mis enardecidos soliloquios; se oscurece con mis tristezas, repite mis suspiros, cuenta apesadumbrada mis lágrimas y de seguro que me envidia cuando me ve á los pies de Jesús.

«Sí, fuera de la claridad que la baña, todo es severo en mi habitación, tampoco en mi vestido hallo nada que de mí desdiga: para mi ropa interior, rara vez me toman medidas; póngome lo que me dan: ancho ó estrecho, corto ó largo, burdo ó fino, todo me es indiferente, menos la falta de aseo. La limpieza para mí es algo más que sensación regalada, es necesidad imperiosa.

«Qué tal! padezco algo del estómago, y nunca ha podido ser mi mesa más frugal: en el estudio, talvez, habré abusado de mi vigor? El buen guiso jamás ha despertado en mí apetito grosero: carne, pan, leche, plátano, papas, con tal de estar bien cocidos, son siempre mi mejor banquete; alguna vez un vaso de vino, si hay reunión de familia, y basta de festín.

«Así habituado á este método de vida, antes que fastidiarme, mi soledad me alegra ¿puedo codiciarla mejor? Hago el bien que puedo, cumplo con mis deberes: qué más quiero? Y sin embargo... mi alma no está en su centro: sin

quererla ni detestarla, llevo resignado esta vida, pero no es ella la que yo ambiciono; y para gozar la que apetezco, antes es preciso morir. Y muriendo á mí mismo, muriendo cada instante á mis inclinaciones, es como á aquella vida debo prepararme. — Señor, Señor! hasta cuándo tanta contradicción!» . . .

«Un Gonzaga, pues, un Estilita sin columna», nos dirá acaso el lector que hasta este punto nos haya seguido. Y el ascetismo puro, en verdad, aparece como propensión innata del Dr. Acosta; mas, ya lo dijimos, hijo á la vez y legítimo de su siglo, vivir, para él, es luchar, dilatar la esfera de acción, trabajar; y no en provecho suyo solamente, más antes por el bien de sus hermanos, por su patria.

Conocemos lo que para el Dr. Acosta era la idea del deber; y apenas hay en sus escritos idea más repetida, ampliada é inculcada de todos modos que: «el deber de todo hombre, una vez constituido en sociedad, de propender, á medida de sus facultades, á la prosperidad y engrandecimiento de esa misma sociedad, aun con el sacrificio de lo más amado». — Pero en las líneas siguientes de uno como testamento íntimo para su familia, y que de hijo ni pensó que caería en manos profanas, oíd la tierna franqueza con que por vez última repite el mismo pensamiento: «Os consta — dice á los suyos — que nunca he mirado exclusivamente mi utilidad: aun con privaciones más de todo género, mi tendencia habitual ha sido el bien presente y futuro de los que á mi sombra se han acogido: pero el bien de mi patria, antes que todo y con preferencia á todo. Parco en el alimento, nada amante de comodidades, he cercenado todo lo superfluo para formar

el fondo sagrado de esos huérfanos que tan dulcemente me llaman padre; y hasta este interés mismo lo he sacrificado, junto con mi salud y mi tranquilidad, cuando el servicio público me lo ha exigido. No en vano he ocupado en este globo el lugar que me tocó; no he vivido sólo para mí. Ninguna posibilidad, por desgracia mfa, de verificar en beneficio de la humanidad lo que en el fondo de mi alma he ansiado! puesto que circunscrito al estrecho espacio de mi pequeñez, mi suerte ha sido sentir únicamente cómo mi voluntad se devoraba en el ardiente deseo de ser útil á mis semejantes, de hacer dichoso el lugar al menos en que nació».

Otra prueba de la vehemencia de estos deseos? Como sincero creyente é hijo fiel de la Iglesia romana, aun cerrando los oídos á sus conocimientos no comunes en Economía Política y Sociología, acepta el Dr. Acosta desde luego la excelencia de la vida monástica; pero sabéis en qué reflexión se detiene más y se dilata complacido su espíritu? en el bien social que él se imagina desprendido de toda asociación religiosa: «por el ejemplo —dice— con que los monjes deben edificarnos: por el brillo de aquellas virtudes con que deben ahuyentar la oscuridad de nuestros vicios; y más, porque ellos, con la oración, detienen el brazo de la justicia levantado sobre los malos: son ellos —concluye— como el pararrayo que desvanece formidables tempestades».

Ya veis cómo en el asceta se destaca más y más el tipo varonil del apóstol; y de aquí al de benefactor práctico de su pueblo la distancia es cortísima, supuesto que ni el bien espiritual mismo es posible, si no atendemos también al temporal; y supuesto que es vana la lucha con la ig-

morancia, si no encendemos antes afición á la educación y el estudio; y supuesto que es inútil, estéril nuestra compasión á la miseria, sino procuramos, no creamos medios para conjurarla.

#### IV

Como tan enlazada está con la fecha más lúgubre que conmemora Imbabura la aparición del Dr. Acosta en la vida pública, si bien con lágrimas, forzoso nos es tocarla someramente. Tres horas antes de que despuntase el alba del 16 de Agosto de 1868, esto es, cuando todo era quietud, silencio, sueño profundo en esta comarca, un terremoto, que no cuenta igual en la cuna misma de los temblores, puso de pie á todo el Ecuador, despavorido. Pero para Imbabura... qué feroz, qué aborrecible se muestra á veces la naturaleza en la ostentación estúpida de ciegas é inexplicables iras! A un estampido infernal como de cien truenos en el interior de nuestro globo, á un tormentoso hervidero de su superficie, como el mar en borrasca, los montes se desgarran y se precipitan en pedazos, los ríos paran su corriente, las poblaciones se hunden en impensado abismo, y zarandeada, sacudida la tierra hasta sus más hondos senos, se trueca una inmensa zona en campo de indescriptible desolación. En menos de diez segundos, cuántas innu-

merables víctimas que del sueño fugitivo de la noche pasan al profundo de la eternidad, cuántos debajo de los escombros, en pugna cruel entre la muerte y la vida; y cuántos, si bien escapados por prodigio, atónitos ante lo insólito de su infortunio.

Brilló la aurora, pero en vano: negro sudario de polvo impenetrable cobijaba toda la Provincia: y la tierra, como borracha, continuaba, continuó por más de treinta días en su vertiginoso baile. ¡Imaginaos las horas de los sobrevivientes á semejante calamidad: sin abrigo ni alimento, con el hálito de la muerte por aire, bajo un cielo de plomo, en un suelo que se les huía de las plantas y desesperados todos por dar con algún pedazo de sus entrañas, ora removiendo aquí con las uñas informes montes de ruínas, ora corriendo allá donde los llamaban ayces desfallecientes que, pidiendo auxilio, salían aún del fondo de la tierra!

De entre aquel lóbrego caos, con una cuasi veste en girones, desencajado, lívido como la muerte y, por la vez única en su vida, agitado como el terremoto mismo, aparece el Dr. Acosta, si no como Bolívar de entre los escombros de Caracas, «combatiendo aun contra la naturaleza por la salvación de la Patria», si como ángel consolador, como el alma del nuevo pueblo que pronto surgirá de esas ruínas.—Dirigía entonces el Dr. Acosta, como Capellán, el monasterio de las Conceptas, é intimidado por tres temblores que, aunque ligeros, se habían hecho sentir á intervalos el 15 de Agosto, ruega encarecidamente á las monjas que estén alerta, que no duerman bajo tejado, que oren. Y haya sido presentimiento ó sobresalto, tal su violencia, que el Ca-

pellán no pudo en su casa conciliar el sueño; de manera que al romper el incomparable bramido, ya estuvo de pie el levita: llama á la familia que con él medio velaba y apenas escapa con vida de la lluvia de tejas, que sobre él cae, hasta ponerse en cobro. Vuela á su querido monasterio, cuenta su rebaño, reanima á las pocas monjas que aún alientan, á la vez que infatigable ayuda á desenterrar á las que dan señales de vida. Vuelve luego á lo que hace poco era calles y plazas, en busca de los agonizantes para fortalecerlos en el último respiro, en busca de los vivos enterrados para darles aire á los pulmones y en busca de los vivos medio muertos para volverlos en sí al aliento de una caridad superior al cataclismo. Ah no, feliz la tierra que tales almas produce! Y valga la verdad, no fué el Dr. Acosta el único faro en aquella noche larga y sepulcral de Imbabura: el Ecuador entero y gran parte del mundo civilizado se estremecieron de horror ante tamaña desgracia; y cuántas nobilísimas acciones entonces, al impulso del más elevado de los afectos, la humanidad. Pero desde entonces también, y nunca con mayor justicia, para Acosta el cetro moral de esta comarca.

De los efectos materiales del terremoto es difícil hoy dar con vestigios groseros: esa misma naturaleza tan espantable y violenta en su poder destructor, se deleita, algo ayudada del hombre, en engalanarse de nuevo y quizá mejor, sobre la tumba de sus inocentes víctimas. Pero en la parte social?... ¡si ayer apenas parece que fue el terremoto; si aún hoy se nos figura que está en acción! Fácil es comprender que á los dos años de una catástrofe, más bella y más rica aún, se levante, como el fénix de sus propias



venizas, una Chicago, por ejemplo; pero para poblaciones de suyo menesterosas y sin porvenir próximo, imposibles son estas resurrecciones. Además por el terremoto mismo, el elemento salvador, el capital, quedó ahuyentado, eliminado. Los pudientes, los iniciadores de grandes y fecundantes industrias, los dueños de inmensas valiosísimas haciendas ¿por qué habían de vivir entre ruínas, por qué se habían de exponer á nuevos bestiales sacudimientos de una tierra ya odiosa, por los duelos ocasionados: por qué en fin habían de padecer, si el capital ó sus frutos tenían que seguirlos? La emigración, la desaparición de la flor y nata de la sociedad imbabureña y el cambio por tanto de toda esta comarca en uno como dominio feudal, en miserable colonia, condenada á producirlo todo para lejana insaciable metrópoli, he aquí la consecuencia más funesta del terremoto del 68. Lo que con tanta largueza cultiva y cosecha Imbabura, no es para beneficio suyo, para la creación y aumento de su propia riqueza; no para la circulación de aquella savia, de aquella sangre vital, sin la cual todo perece... apenas si á la infeliz la dejan algunas gotas, mientras el caudal de su inagotable feracidad á dar vida va á la región donde residen sus acaudalados propietarios.— De aquí, si no mendicidad absoluta, poco disimulada pobreza en todas las clases sociales, supuesto que en ningún punto del Ecuador ha sido más desigual la división territorial; de aquí, la privación, la imposibilidad de toda iniciativa en un pueblo exuberante de vida, supuesto que siendo la parte esencial de esta Provincia la agricultura, condenada ésta á servidumbre, continúa tan rutinaria, tan en pañales, que cuando debiera ser cincuenta:

la producción es uno; de aquí un comercio mortecino, las semi-industrias completamente abatidas y la lucha por la vida desesperante, supuesto que la oferta es siempre superior á la demanda y el trabajo por tanto pésimamente remunerado, ora se trate del artesano ó del agricultor, ora del doctor ó del industrial; y pues de aquí, la emigración ineludible de todo el que se siente con alas mejores que las de sus hermanos, en busca naturalmente de horizonte más amplio para su vuelo.—Y qué porvenir para una madre que cada día se ve forzada á aventar sus hijos á lejanas tierras?—Cuando al hablar de Ibarra y Otavalo, poblaciones reinas por la hermosura con que campean, dijimos *odaliscas*, á fe que no faltó quien oliese allí pedantería ó nos tachase de cursis: tuvimos en ello segunda mira; pues, si bien con dolor, dicha sea la verdad, Imbabura, por lo pronto, carece de vida propia, porque se ve privada de su propia sangre, de su riqueza; Imbabura es *sierva* irremediable del capital. ¿Queréis corregir plana tan negra, tan irritante del destino? en vez de las improvisaciones disparatadas con que algunos gobernantes, antes que favorecerla, la han empobrecido más, despilfarrando sus escasos recursos, dad impulso y robustez á sus industrias en embrión, no á las de nuestros propietarios egoístas y convertidos allá en consumidores ya improductivos, sino á las de ese pobre pueblo que al fin es el núcleo y sostén de toda sociedad. El perfeccionamiento del sombrero de paja, por ejemplo, mediante el material y unos cuantos maestros traídos de Manabí; otra dirección y alguna facilidad á nuestros tejidos; consistencia, vida á la industria cabuyera, etc., etc. fuentes serían de repentina y segura pros-

peridad para innumerables familias, y prosperidad al instante pagada al Fisco con el aumento de sus rentas. Pero antes que todo y sobre todo ¿queréis que Iambubura sea lo que debe ser? ponella en comunicación con el mar, dadle caminos, movedla, puesto que de un cadáver, la belleza misma que en él se nota hace más conmovedor el espectáculo.

Hémonos detenido en estas consideraciones, porque con ellas resplandece en su verdadera luz el mérito del que en estas líneas ocupa toda nuestra atención. Cuánto por hacer, Dios santo, en un campo de ruínas; y con qué medios!— «Ibarra, cuna dos veces mía, por cuanto después del terremoto otras tantas me considero nacido; Ibarra, bella entre las bellas por la planta en que brotó y los elementos de vida que posee; Ibarra, en cuanto esté de mi parte ha de resucitar, y en sus edificios ha de quedar escrito el nombre de los ibarreños que, como hijos, la amen. Bien está «La Esperanza» (1) como la tienda del árabe en el desierto, como punto de reposo para una noche; pero mientras más á la vista el hogar propio, mayor el ansia de abrigarnos en su seno».

Y á la cabeza, en efecto, el Dr. Acosta de quienes no se conformaban con dejar en escombros el sitio escogido en 1606 por don Miguel de Ibarra «para asiento de una nueva villa de su Majestad», vence poderosas y tenaces resistencias; y una vez en el valle de los muertos, desde la hermosa delineación de las nuevas plazas y calles, obra no hay notable en la cual, directa ó indirectamente, si como promotor, si como colaborador, no haya él puesto su infatigable mano.—

(1) Población provisional que se formó después del terremoto, á unos 100 s. kilómetros de Ibarra.

Y en la parte moral, á más de punto de apoyo tan inquebrantable como el púlpito para un buen orador, por su ministerio mismo, ya como jefe de congregaciones piadosas, ya como miembro activo y principal de sociedades de beneficencia; ora como guía de los dos Cabildos, el eclesiástico y el municipal, ora como Diputado ó Senador perpetuo de su Provincia; si como sacerdote, si como ciudadano, viva, tangible, incontestable hallamos por donde quiera la influencia del Dr. Acosta en la nueva Capital de Imbabura, y en las poblaciones por tanto que de ella dependen.

Pero quien de veras arde por una obra sólida hasta en lo porvenir; quien ama de veras á su patria y se derrite en deseos de verla feliz y gloriosa; quien eleva la idea del deber á una como segunda religión y es capaz de penetrar esta divina armonía entre lo finito y lo eterno, apodérese de la juventud, ámela, edúquela, levántela, y ponga todo su ahinco, mediante la doctrina y el ejemplo, en dejar estampada su alma en el corazón de esa juventud. Y ved aquí el lauro más glorioso del Dr. Acosta: casi treinta años de no interrumpida labor en pro de la juventud de su patria es el timbre más envidiable con que él se impone al amor y la gratitud de sus contemporáneos y la posteridad. Profesor y Rector á la vez en aquel lapso de tiempo; reformador eficaz de un Colegio antiguo y creador de otro nuevo y de más esperanzas, la huella del Dr. Acosta, en el progreso intelectual de sus conterráneos, será indeleble.

Luz, luz suavísima por única estela de toda una existencia; paz, consuelo y alegría en los corazones de cuantos de cerca la han contemplado; el bien á manos llenas por donde quiera que ella



ha discurrido; y al contrario, ni una sola gota de sangre en su curso, ni una lágrima ajena fuera de las arrancadas con su desaparición, ni un recuerdo de injusticia ó una sombra de mal... ¿ya veis que la suma positiva y aun la negativa de la verdadera gloria es mayor mil veces en los héroes modestos, en los oscuros que en los neciamente encumbrados por la fortuna, y más aún por la conveniencia ó el servilismo?

Pero en el cuadro que á grandes rasgos acabamos de trazar hay, para ejemplo y enseñanza, puntos de vista que imperiosamente nos piden siquiera suscintas consideraciones.



Tanto en la época de la colonia como en la que llevamos de república, raras ocasiones ha llorado nuestra Iglesia el infortunio gravísimo de ver ocupadas sus primeras sedes por hombres indignos; y la diócesis de Ibarra especialmente, desde su erección hasta esta fecha, modelos acabados de muchas virtudes, varones esclarecidos únicamente va inscribiendo en la lista de sus Prelados. Ungida por la pluma de Montalvo, ya pasó á la posteridad la adorable figura de un Ilmo. Yeroví. Con palma inmarcesible, la del martirio que coronó una vida inmaculada, se abre paso el Ilmo. Checa entre los inmortales del Nuevo Mundo. Candor de niño, bondad inalte-

rable, longanimidad á toda prueba, fueron las prendas menos relevantes de ese venerado anciano que llamamos Ilmo. Iturralde. Y dotes no vulgares sin duda, en la ardua ciencia de gobernar, acaban de elevar al Ilmo. González Calixto al primer solio de la Iglesia ecuatoriana. — Pues bien, de hombres como éstos, á la vez que sostén robusto, algo así como la pupila misma, pero querida y acatada, fue en todo tiempo el simple clérigo y luego el canónigo Dr. Mariano Acosta.

Acatada escribimos? y no lo borramos, pues que contrastes todo él, dijimos que fue el carácter de nuestro Prócer. Humilde, humildísimo en el fondo, como ni dudarlo es posible en quien vivía con los ojos puestos en su Hacedor, á nadie sin embargo dió jamás su brazo á torcer: á él le buscaban las distinciones y los honores, y él apenas si se inclinaba á aceptarlos. Acataba profundamente la autoridad, pero con tal continente aun ante la mitra ó el bastón del magistrado, que al punto reconocían ellos al igual ó al superior que se les acercaba. Era más que místico, un cuasi habitante de la Tebaida; y qué mirada con todo tan perspicaz y segura en la parte práctica de la vida y en el juicio que de las personas formaba. Creyente fervoroso, sacerdote ejemplar; y nunca en él un asomo siquiera de espíritu de corporación, menos el eupecinamiento ó la ciega turbulencia del fanático. Severo en la dirección de las almas, austero y por demás consigo mismo y hasta capaz de indignación y despecho con aquellos que, en nombre de la devoción, se contentan con ruines apariencias de virtud y se convierten en repugnantes muldardes: y qué suave, no obstante, y gravemente apacible aun para con aquellos que en opiniones

y sentimientos le eran contrarios. Difícilmente le hubiérais sorprendido en una discusión; pero nunca desviado de lo resuelto, en conformidad con el deber y la justicia. Y quien de fijo hubiese dado las espaldas á un hipócrita, habría sido caridad todo él y noble deferencia para con un impío ó un ateo.-- Mas no nos detengamos en lo que ya el lector habrá deducido de la narración misma, y que sólo tocamos ahora en disculpa del respeto que dijimos le defirieron al Dr. Acosta aun Prelados como los que tuvo: respeto que explica á la vez la confianza ciega con que todos encargaban comisiones arduas y hasta peligrosas á quien tanto que lo mereció.

Apenas había saludado Acosta su quinto lustro, cuando un hombre como el Ilmo. Yerovi le confió nada menos que la reforma de un monasterio, empresa en la cual habían fracasado ya sacerdotes provecísimos. Parece que también las esposas del Cordero olvidan alguna vez, si no la fidelidad, el celo al menos y el fervor que, *nupcias* tan indecibles les imponen; y apagando, á guisa de las vírgenes locas del Evangelio, la divina lámpara, más se cuidan de la confección de adorables golosinas que de guardar con alma inflamada y transparente la visita nocturna del *Esposo*. Y por lo mismo que no son faltas cerdosas, no corrupción rematada de lo que adolecen, sino algo así como de una pesada modorra del espíritu, de una triste compensación en bagatelas de lo mucho que han sacrificado, la curación es difícil, lenta, dolorosísima; y más si tomáis en cuenta la condición del sexo hermoso en sus veleidosas resistencias; pues olvidan las infelices sin duda que, no nosotros, los fríos por naturaleza ó castigo, sino las almas tibias son las que á Dios

provocan á náusea. No habían corrido tres años de reforma, y bajo la dirección del Dr. Acosta, semillero fue de toda virtud y modelo cumplido de estricta observancia el monasterio que en gran parte había estado destinado para presa de ese monstruo devorador del 16 de agosto de 1868.

Dejemos á un lado al Pro-Vicario, al Teólogo conciliar, al Examinador sinodal, al depositario en fin y muy digno, en varias ocasiones, de la grandeza y poder eclesiásticos, para estudiarle brevemente en funciones de más trascendencia, y primeramente como Secretario general del Ilmo. González Calixto, en días harto críticos para la Iglesia ecuatoriana, por ciertas sombras de persecución que entonces medio enlutaron su siempre serenísimo cielo. — Lejos estamos de poner en tela de juicio la competencia del que es hoy Metropolitano, en el despacho de los negocios que como á autoridad le incumben; pero tampoco nos negará nadie que ese mismo tino sostenido por una inteligencia y un carácter como los del Dr. Acosta, necesariamente había de dar por fruto la victoria de la dignidad episcopal sobre extraños y mal aconsejados enemigos.

Honra inmerecida daríamos al General Ignacio de Veintemilla, al concederle como estadista algún plan meditado de reformas, algún sistema científico ó siquiera racional en su gobierno, alguna mira en fin levantada y que atenúe al menos su desaforado egoísmo. Después de su primera felonía, ni nuestro dictador mismo supo jamás lo que quiso ni menos hizo lo que á él propio le convenía, cuanto más lo que á la patria ó la religión fuera útil ó necesario. Gobierno aquél enteramente personalizado, como lo son todos los bastardos de Sur-América, personalizados

por fuerza tuvieron de ser los espumarajos con que el adorador de su yó immortalizó sus súbitos cuanto versátiles furoros. ¿Fue liberal el bofetón que estalló en las inverecundas mejillas del tiranuelo? pues látigo á los liberales y muecas de conservatismo en la administración. ¿Fue conservador el sactazo caído en las espaldas del Gran Capitán? pues látigo á los conservadores y dengues liberalescos en el gobierno. ¿Se agarraba del manto religioso la oposición á Veintemilla ó se atrincheraba en alguna curia? pues golpes brutales, golpes de palo de ciego sobre el concordato y sobre las curias. Y que desde el principio de la revolución del 8 de setiembre de 1876, se amparó la oposición á la sombra del santuario, es verdad tan innegable, cuanto con la faz última de la administración del Sr. Veintemilla, en lo tocante á asuntos eclesiásticos, queda comprobada por demás la insubsistencia ó la veleidad de los perseguidores y perseguidos entonces.

Vista con imparcialidad aquella época á ésta que es su verdadera luz, resaltan dignas de todo encomio la serenidad imperturbable y la gallardía con que la curia eclesiástica de Ibarra siguió tranquila su rumbo, por entre un embravecido y caprichoso oleaje, que tan mal paradas venía trayendo otras orgullosas navecillas. Y no que el Sr. Obispo de Ibarra y su Secretario se doblegasen jamás, cuando se trataba del cumplimiento de un deber; al contrario, hasta ellos hubieran sido entonces capaces de volver con un remington por los fueros de su patria; pero no era de ellos absolutamente dar á una pasión mundana otro colorido que el que le corresponde; no era de ellos engañar á su grey; ni nunca fue del Dr.

Acosta poner la mano en intrigas. De aquí esa copia de sabiduría y prudencia, esa fuerza inquebrantable en la argumentación que tanto brillo dieron á su correspondencia con el Gabinete: de aquí, en una palabra, ese *suaviter fortiter*, tan sabido y tan poco empleado en la defensa tenaz, pero serena del derecho, sin desafiar, por supuesto, sin provocar estérilmente iras harto despreciables. Entre un León el Magno y un Bonifacio VIII... pocos vacilarían: luchad con razón, luchad con la cruz, y sólo entonces será incontrastable y sublime la victoria.

En proceder levantado y en igual alteza de medios y fines, no discrepó del Secretario episcopal el Diputado ó Senador de la Nación. Pudo el Dr. Acosta, por error de concepto, haberse equivocado quizás; pudo, merced á sus principios religiosos y sociales, habersele ofuscado alguna vez el criterio de lo justo; y también pudieron acaso engañarle las bien forjadas apariencias de lo mejor. Pero si de los antecedentes ha de fluir necesariamente la consecuencia, dada en Acosta su sed creciente de perfeccionamiento interior, imposible es de toda imposibilidad que por compromisos injustificados, por condescendencias ruines, ó á sabiendas, haya él hecho un mal ó contribuido con su voto á la negrura de esas manchas con que están salpicadas las páginas todas de nuestra historia parlamentaria. El Dr. Acosta no iba á los Congresos por conseguir una colocación más distinguida; no por los intereses de tal ó cual partido ó facción, no por poner en subasta su voto, no por lucrar; iba como apoderado genuino y únicamente por el bien de su pueblo: de aquí la confianza en él y el respeto *unánime* de todos sus conterráneos, sea cual

fuere en ellos la diferencia de opiniones y escuelas. Bien sabíamos todos que por su estado y propia inclinación, conservador en el fondo tenía que ser el rigoroso asceta para quien «nada vale lo que no vale en la eternidad»; y sabíamos por consiguiente que en él debía ser invencible la preferencia por los que en ese partido dan en la flor de protectores natos de la religión y la Iglesia. Pero conservador no militante, é incapaz sin duda de aceptar sin mil restricciones la responsabilidad histórica de su comunión política; conservador para quien «el corazón del hombre es un santuario en donde Dios sólo debe penetrar»; conservador para quien «es inconcebible la división, la discordia ni por divergencia de opiniones, ni por intereses de partido, supuesto que uno es el combate leal en el campo de las ideas, y otro el lazo común de fraternidad que á todos y en todo tiempo debe estrecharnos»; (1) conservador para quien «por decreto mismo del Autor de la naturaleza, ligadas están las obras del hombre con la sanción inapelable de la opinión pública, opinión que es á la vez la condigna recompensa ó el castigo del ciudadano»; (2) ah. conservador es que, por inadvertencia, puede quizás errar; pero digno en todo caso hasta de sostener bien alta la bandera del progreso, y de toda bondad y justicia por consiguiente.

Inmensa pena, indignación, rubor, despecho, todo nos ha ocasionado el no haber podido seguir, merced á la situación en que vivimos, paso tras paso al Dr. Acosta en sus tareas legislativas, puesto que intención nuestra fue aprovechar

(1) Alocución del Dr. Acosta en la solemne celebración de sus «Bodas de plata.»

(2) *Ibid.*

de esta coyuntura ó para presentarle como dechado, si él correspondía á nuestro ideal, ó para cargar sobre él toda la severidad de nuestro juicio, dada la corrupción que lamentamos en el más augusto de los Poderes de una República. Realidad es y absurdo á la par inconcebibles que lo que debiera ser la quinta esencia de la vida de un pueblo, la fuente natural y apetecida de todo bien individual y social, sea para un ecuatoriano algo más temible que un diluvio ó un terremoto. Y no al Ecuador tan solamente, á toda Hispano-América le han cabido en lote todos los defectos y las funestas consecuencias del sistema parlamentario, y ni uno solo de sus beneficios. Aquí el candidato no se recomienda personalmente á sus electores, ni se cuida de presentarse con alguna ejecutoria de ilustración y probidad; no se impone de las necesidades y los deseos del pueblo por cuyos votos suspira, ni nada le ofrece, ni menos ha de volver á dar cuenta á nadie del cumplimiento de su comisión, del uso que ha hecho del poder que se le confirió. Ningún vínculo, pues, entre el comitente y el mandatario, quienes lo más á menudo ni se conocen; sanción ninguna por tanto, ninguna responsabilidad; y de hecho la *impunidad más desvergonzada en lo más trascendental*, en lo relativo á la vida patria. Un toque más: por el hecho sólo de haber uno penetrado en las Cámaras, está el elector en el deber de creerle siempre competente, haya sido cual fuese su comportamiento. Y feliz el que aún de esta manera representa en verdad á su pueblo; pero no, por los gobiernos ha de ser rebuscada la mayoría, con el voto forzado del ejército; y tirada de las narices, con ese precioso cabestrillo que llamamos empleo pingüe inmediato, ó parti-

cipación segura en esos estupendos negocios que constituyen ahora todo el ser de un partido, ó el interés por lo menos de conservación indefinida en las alturas del poder. Añadid estotro hecho, increíble desde luego pero irremediable: la falta de conciencia en todo cuerpo colegiado; hasta quienes á él han pertenecido dicen muy frescos: «el Concejo ó el Congreso lo hizo», que es como si dijésemos: «todos lo hicieron ó nadie lo hizo»; y en nadie por tanto ni sombra de responsabilidad ante Dios ni ante los hombres. Lo anónimo, lo inconsciente, lo automático, como origen de lo solemne en la democracia ¿pudo caer en degradación más horrenda la más sublime de las humanas instituciones, la representación de todos para el bien y el perfeccionamiento de todos? Y pues, conquistándose van los Congresos un poder más que absoluto, divino: son omnipotentes ¿y por qué no en ellos la confección de lo que personalmente nadie hubiera osado ni proponer? Que mucho por tanto que para tales Cuerpos nada sea la Constitución, nada la Ciencia, nada la Historia, nada el honor ni la dignidad, nada las necesidades ni la situación del pueblo para el cual legislan, nada lo práctico ó lo agible, nada lo presente ni lo futuro, nada en fin la Nación en cuyo nombre se representa la farsa! El mentecato será únicamente, el que de serias cuanto respetables, baratas, no vuelve bien abastecido á su hogar. No fue, no pudo ser jamás de esas mayorías el Dr. Acosta; por esto nuestra ternura al pronunciarle. Mas si por desgracia y solamente alucinado por engañosas apariencias, tomó alguna parte en las reformas sacrilegas de la Constitución, verbigracia, ó en los famosos *arreglos financieros* que tan desvenci-

jada han dejado la República, ó en la aprobación de Tratados infames y proditorios, etc., oiga él desde su tumba la protesta, si estéril, permanente, del patriotismo sincero; supuesto que, si hay crímenes imprescriptibles, ninguno sin disputa como el de lesa patria.

Pero aberraciones voluntarias, imposible, ya lo hemos dicho, en quien nunca buscó allí medro personal. ¿Queréis una muestra de la manera ilustrada, serena, independiente con que el Dr. Acosta discutía como Diputado? Algunos convencionales del 83 se afanaban por sentar como base constitucional «las tradiciones y los principios políticos del Ecuador» (!!); y después de un florido exordio, oíd cómo se expresa sobre ello un conservador, un sacerdote: «Tengo para mí, Sr. Presidente, que tradiciones y principios así tan indefinidos, no pueden invocarse como fuentes infalibles de la razón moral ni de la justicia que debe entrañar una ley constitucional. La tradición, cuando *universal y constante*, será á lo más un criterio de verdad, y no muy seguro, pero nunca regla de lo justo, puesto que de lo bueno y lo malo la tradición es depositaria indiferente. Y las tradiciones *particulares é inconstantes* del Ecuador... muy lejos están de poder ser ofrecidas como fuente pura de justicia universal. — Tampoco debemos invocar nuestros principios políticos, porque siendo éstos como son varios y mudables, carecen de norma determinada y segura. Las ciencias tienen sus principios necesarios é inmutables, la justicia legal tiene también el suyo, supremo é indefectible, cual es la razón eterna de Dios comunicada al hombre en su conciencia. Y nuestros principios políticos, por desgracia, calificaríamos á menudo



y á lo más de sugerencias lamentables de nuestras pasiones en desorden.

«Al ascantar en la primera línea de la Carta fundamental de la República las bases de su justicia legal en las tradiciones y los principios políticos que nos han regido, no se aseguran ni la estabilidad de la religión católica en el Ecuador, ni la forma republicana de su gobierno, como lo suponen los III. preopinantes. El Ecuador, Sr. Presidente, no es católico ni republicano por tradición, pues que ésta es vehículo indiferente para transmitir hechos de todo género: á la tradición deben los mahometanos la religión de Mahoma, y los judíos á la de sus padres. Nosotros no somos ni seremos católicos por tradición ó solamente por respeto á ella: lo somos porque dicha religión la creemos revelada por Dios y enseñada por Él que acreditó su misión con el testimonio de la naturaleza que obedecía á su palabra. Y somos republicanos, no porque lo han sido nuestros padres únicamente, sino porque esta forma de gobierno es ya el ideal de nuestra razón y de nuestro corazón.—Tenemos tradición y principios constantes é imprescindibles, verdad; pero no podemos invocarlos como fuentes puras é infalibles de legislación. Si son imprescindibles, su invocación es innecesaria, y mucho más si ellos son constantes.»...

## VI

La palabra inspirada y arrobadora, la de aquellos hijos mimados de la naturaleza que, con el nombre de oradores, asumen de súbito sobre las multitudes irrestricta y envidiable dictadura; la palabra que, desde un púlpito ó una tribuna y entrañando verdad ó mentira, se desgalga á manera de catarata sobre las almas, atronando, fascinando, embelesando, también es parte y no despreciable en la vida pública de aquellos privilegiados, y más cuando el efecto de ella ha sido indiscutible, eficiente y no voladero. Pero no cabe juicio póstumo acerca del mérito de un orador: la voz, el gesto, la acción, la fealdad misma ó la hermosura del que habla, todo, todo contribuye al efecto pasmador de la palabra convertida en tempestad sobre un auditorio; al triunfo más espléndido del humano ingenio, cuando el verbo se muestra como divinizado en una lengua mortal. Con ser tan viva y penetrante la impresión del fonógrafo, qué diferencia sin embargo entre la Pati en la Gran Ópera, por ejemplo, y la Pati escuchada en aquel reproductor estupefando de los sonidos. Algo como el análisis del sol visto en un espejo ó el estudio de la vida en un cadáver, nos parece que tiene la contemplación de un orador en sus escritos, así como la de un grande actor en su fama.

Ni una sola vez tuvimos ocasión de oír al Dr. Acosta; pero si hemos de deferir al juicio imparcial de un anciano respetable, no os enfade este recorte de un diálogo: «Vamos, usted ha oído al P. Aguirre, al P. Salcedo: qué le parece, es orador el Dr. Acosta? — Hum! detesto comparaciones y no gusto de que en cualquiera ocasión se toque el nombre de Salcedo. No obstante, valga la verdad, cuando en Ibarra se dice que el Dr. Acosta predica, todo el mundo en tropel á la iglesia, y yo el primero desde que una vez allí estuve; y, señor, quedé embelesado. Imagínese Ud. un sacerdote joven todavía, más alto que bajo, de palidez atractiva, perfil correctísimo, continente grave, modesto, pero que de lejos revela al hombre superior, y unos ojos... pues, que nada tienen de particular, eh? pero en ellos tocaba yo el hervir del pensamiento y la palpitación armoniosa de un corazón delicado. Voz suave, reposada, pero de tal viveza y unción, cuando el orador se enardecía que... pues, me hizo llorar.»

En cuanto al fondo y la parte literaria, como es natural, hay suma diferencia entre los primeros discursos del Dr. Acosta y los publicados en los últimos años de su existencia; y qué satisfacción para un ecuatoriano dar en éstos con frase correcta y sobria y con aquella elegancia natural que revela al dueño no al siervo de la palabra; y palpáis en ellos á menudo rasgos que ponen patente una instrucción vasta y bien digerida; ciertos movimientos oratorios que vivifican todo el discurso; moral levantada y varonil, la que tiende á la sustancia y poco ó nada á las apariencias; y pues, de repente, aun aletazos á lo Bossuet, y en la argumentación, vislumbres, de esa malla de acero de Bourdaloue. No es nuestro ánimo abu-

rrir al lector, para que todo nos empeñemos en comprobarlo; mas como hasta para conocer un carácter y su altura intelectual, es utilísima, indispensable una ojeada al menos á su maera de expresar lo que siente ó piensa, algo entresaque-mos á la ventura.

«A la sociedad todos nos debemos, en proporción de los dones que de la naturaleza hemos recibido; ella ha menester, para beneficio común, de la cooperación de cada uno de sus miembros: del sabio para ilustrarse, del estadista para constituirse, de la abnegación de los ciudadanos todos para conservarse y defenderse, y de las virtudes cristianas de la mujer para la formación de la sociedad doméstica, centro primordial donde se inicia la formación del sabio, el diplomático y el ciudadano honrado. La mujer, tal como la Providencia la hizo, de índole suave y sin embargo propensa de suyo á la virtud y el sacrificio, es la salvaguardia de la moral y las buenas costumbres; y por éstas y mediante su irresistible influencia, élla la que imprime sello indeleble á todo un pueblo. Cuántos desalientos, cuántas apostasías en el hombre; y en una mujer religiosa cuánta natural firmeza! Los apóstoles mismos, llegado el instante de prueba, abandonan al divino Maestro, mientras junto á su sepulcro se queda Magdalena sola, con una fe y una intensidad de amor que no cupieron en los habitantes de Jerusalén»....

«La doctrina del divino Salvador, en abierta contradicción con las costumbres y las doctrinas sugeridas por los sentidos, pareció un escándalo á los judíos y los gentiles. Negarse el hombre á sí mismo, era entonces un concepto incomprendible aun para los más grandes filósofos y

los más generosos políticos, quienes no podían prescindir de sí propios ni en los sacrificios por la patria para inmortalizarse, ni en la enunciación de sus pensamientos profundos para satisfacer los estímulos de su vanidad» . . . .

«La existencia, de cualquiera manera que nos la representemos, es dolor en su fondo, dolor en sus formas y mudanzas, dolor insondable en su término. Qué se hicieron nuestros padres? qué, los grandes hombres, á quienes debemos patria, libertad, ilustración? . . . . Dolor y olvido! leyes formidables de la naturaleza que tan á los ojos nos ponen la miseria de lo que tanto y tan locamente estimamos» . . . .

«En la lucha tenaz que el poder de las tinieblas sostiene con la humanidad, hay una porción selecta de nuestro ejército que mientras se libra el combate, ella se eleva á las alturas para asegurar la victoria, por medio de la oración y la penitencia.» Esta porción, como ya el lector lo comprende, es un coro de vírgenes, cuya profesión religiosa: «acto, supremo como la muerte, heroico como todo sacrificio, y misterioso en sus ceremonias como los signos de inmortalidad que colocamos sobre una tumba, es entre las solemnidades de la Iglesia la que más nos impresiona y nos enternece. En ella vemos la oblación más completa que al Criador puede hacer la criatura: y por ella una virgen, semejante á la columna de humo oloroso, en la cual por la acción del fuego se han convertido el incienso y la mirra, deja de existir en su propia forma, para elevarse á Dios como holocausto» . . . .

En corroboración de varias descripciones y consideraciones nuestras, á darnos va el Orador los trozos siguientes; y en ellos admirad con nos-

otros esa mezcla candorosa de lo debido á la ciencia y lo debido á la fe; de lo confesado en la naturaleza como ley precisa é inmutable y lo reservado á la acción de la Providencia:

«La condición ventajosa del suelo de Ibarra, la graduación de su clima y demás circunstancias de su localidad, traen juntamente con la abundancia y la riqueza de sus producciones y con la grata sensación de su temperatura, las causas epidémicas que alteran la salud de una parte de sus habitantes; como es natural en todo lugar, por la unión proporcional inseparable entre el bien y el mal, la vida y la muerte, que es el equilibrio del universo. No obstante, jamás hemos visto en nuestra población epidemia tan desoladora que, en un año, hayan sido sus víctimas ni la décima parte de nuestros conterráneos; porque si ha habido causas naturales para efectos desastrosos, nuestra devoción á la Santísima Virgen del Rosario nos ha inspirado la salvadora medida de invocarla para que interponga su mediación para con Dios.

«Natural es que las nubes, depositarias del tesoro de la lluvia, desaparezcan de la zona primaveral y nieguen dilatados meses alimento y vida á la vegetación; natural es una sequía perpetua donde el sol, cayendo á plomo, es capaz con su acción irresistible de desvanecer los nimbos y los cúmulos de la atmósfera. Mas sobre estas razones se levanta con majestad y gloria la acción de la Providencia, que así constituyó el mundo, pero combinando el dictamen de su sabiduría con la inspiración de su bondad. Nos hallamos bajo la línea, y lugar no hay en la tierra donde sea la vegetación más rica y lozana que en el Ecuador, si no por causas naturales, sin duda

por los méritos de la piedad, por la influencia de la oración.

«La plaga devastadora que Dios envió á Egipto para vencer á Faraón y que ahora á España é Imbabura asuela á la par, hace presentado aquí por segunda vez, extensísima, espantable, invencible para el poder humano. Indescripible es el cuadro que presenta á la vista una extensión de cincuenta leguas cuadradas, cubiertas de langostas, como los prados de grama ó las selvas de árboles y de hojas. Aglomeradas y apiñadas en cinco ó seis capas y en multitud innumerable, rama no hay ni tronco que tal peso resista; y devoradas las plantaciones, talados los campos, siguen ellas reproduciéndose entre las ruínas, con una fecundidad de doscientas por una. Y mientras una parte vuela, asombrando el espacio, otra mil veces mayor se oculta bajo una ligera capa de tierra; otra no menos numerosa da ya señales de vida en la superficie; otra, cual raudal incontenible y copioso, ya discurre animada y activa; y otra en fin se lanza á saltos sobre la vegetación restante para convertirla presto en yermo entristecedor. Una población inerte, diminuta, sin los auxilios de la ciencia ni de la riqueza, habría irremediamente perecido inundada por las incalculables corrientes del destructor insecto; pero llegó el instante», etc....

Mas también un Colegio es una tribuna y tanto más vivificadora cuanto él es la fragua de la humanidad inteligente que reemplaza á la que se va. Con lo compulsado además, basta para medir los puntos que como orador sagrado calzaba el que tanto se distinguió á la vez como teólogo, filósofo, matemático, aficionado constante á las ciencias naturales y públicas, y más que todo

y antes que todo como padre, protector y maestro de la juventud ibarreña; y en este aspecto especialmente, un instante á lo menos nos exige de seria consideración.

En lo moral, intelectual y material, mucho, muchísimo debe el Seminario de Ibarra al espíritu reformador y pulquérrimo del Dr. Acosta: pero en donde éste dejó para siempre esculpido su nombre es en el Colegio Nacional, levantado por él y como por encanto, con el nombre de San Alfonso. La vida misma legal, la renta fiscal que le mantiene, la primera piedra de sus cimientos, la última cornisa que le remata, todo es debido al tesón y á la incontrastable constancia del ilustre clérigo que ambicionaba para sus jóvenes conterráneos, no tan sólo una instrucción secundaria completa, más aún la superior, para examirles, á ellos, de los peligros ineludibles de una libertad desvalida en una ciudad lejana y populosa; y para librar á sus padres de esa incomparable agonía de una separación precoz, en la cual veían casi siempre la ruína, la muerte de sus esperanzas. Robustecido ese establecimiento con un cuantioso legado de don Teodoro Gómez de la Torre, qué campo á las elevadas aspiraciones de su fundador! No comprendía él fecunda la instrucción meramente teórica; en la práctica, en la que se éntre por los ojos, ponía todo su ahínco; y para ello, no solamente de los primeros elementos materiales de enseñanza, de Gabinete de Física, de Laboratorio químico y hasta de imprenta propia logró dotar al hijo predilecto de sus afanes. Una clase especial de Botánica y una escuela práctica, aunque en pequeño, de Agronomía, fueron sus últimos ensueños, que quizás y no muy tarde lo realicen sus sucesores.

Pero una idea más radical y de pasmosos resultados en lo porvenir atormentaba el infatigable espíritu de quien se desvivía por una juventud, ilustrada desde luego, pero digna, ante todo, digna y feliz cuanto es aquí posible. La ilustración no implica necesariamente prosperidad y menos dignidad; y si desde la niñez no inculcamos en el corazón el santo amor al trabajo y no desarraigamos la preocupación ridícula de la infamia inherente á la labor manual, ardua cosa es inclinarse después á un mal colegial á conformarse con un puesto humilde, pero propio y digno por tanto, en el banquete de la vida. A aberración inexplicable del sentido moral, en un pueblo que debiera ser cristiano, por lo mismo que tan católico! el hacer botines, el labrar una mesa, el fabricar una montura, oficios envilecedores, aunque nos proporcionen con abundancia el pan de cada día y sin detrimento de nuestra dignidad; y el petardear, el espiar á los oprimidos, el delatar crímenes supuestos, el incensar á los infames, el andarles buscando víctimas para sus pasiones vergonzosas, el apretar el dogal echado al cuello de un inocente, etc. funciones nobilísimas, mientras ellas nos permitan contonearnos con guante y chistera en perfumados salones! La causa? bien que la comprendió el Dr. Acosta, y por eso estrechar con vínculo fraternal é indisoluble la escuela con el taller, el aula con el aprendizaje forzoso de un oficio, de una arte mecánica cualquiera; dar al trabajo intelectual algunas horas de descanso en el material y armonizarlos y amenizarlos con ejercicios gimnásticos y militares por recreo.... he aquí el ideal del Dr. Acosta; y deseando dar cuanto antes principio á tan noble propósito, fundó en su Colegio

las enseñanzas de dibujo, música, fotografía, caligrafía y telegrafía, esperando sólo la conclusión del edificio para establecer una Escuela completa de artes y oficios.

Es santa una caja de ahorros, verdad? y con qué lágrimas un hijo bendeciría á su padre que de una manera sorpresiva le hubiese legado una pequeña renta para trances difíciles! Pues renta inopinada y valiosísima, caja de ahorros sin sacrificios é inagotable sería el aprendizaje de un oficio como complemento de una buena educación varonil. Aun para damas de alto copete, el bordado, el crochét, la costura les quedan siquiera como entretenimiento; y para el hombre de manos blancas... las plazas solamente y las calles en toda su negra amplitud! ¿Queréis ciudadanos irreprochables, en una República-modelo, por consiguiente? pues tengan todos la muy significativa gallina que Enrique IV deseaba para sus súbditos: la mera difusión de luces entre mendigos no es el colmo de prosperidad social.

Acabálese la obra del Dr. Acosta, ensánchese en debidas proporciones é imfitesela en todos los Colegios del Ecuador, y cuánta economía y ventura nacionales para lo futuro: economía, por cuanto el golpe sería mortal y seguro á la empleomanía, á las revoluciones, á las casas de temperancia, á los presidios; y ventura nacional, por cuanto es innegable que del bienestar individual, y no al contrario, ha de dimanar la riqueza de la Nación. ¿Es infinita la hueste de vagos decentes, en nuestras repúblicas? ¿es allí en donde con tanta facilidad reclutan los déspotas sus esbirros y sus echacuervos, sus adúladores viles y sus siervos rendidísimos? ¿es ella esencialmente venal y corrompida y la corruptora

por tanto de la sociedad? Qué queréis! en su mayoría pisó algún tiempo los claustros de un Colegio, no concluyó ó coronó tan pésimamente sus estudios que apenas por apodo ó ripio lleva unido á su nombre el título de doctor, y por todo fruto de la vida estudiantil lo que de ella ha sacado, fuera de la adehala de un horror invencible al trabajo, es un fardo enorme de necesidades imperiosas y muy superiores á las tristes industrias que se le van pegando: qué hacer? Un solo dato estadístico: en poblaciones como las nuestras, de cien individuos que emprenden una carrera liberal ¿llegan á diez, á cinco los que con lucimiento y gloria labran con ella su porvenir? Y los noventa y cinco restantes en *cada tanda?* . . . parásitos inevitables ó del Erario ó de los cinco productores que resultan de cada centena. ¡Y nos maravillamos todavía de la demoralización, de la decadencia de la democracia en nuestro hemisferio!

Pero muy niños fuéramos si nos imagináramos que el Dr. Acosta halló para sus empresas el campo libre de toda contrariedad. Tuvo sí á menudo colaboradores; y tocante al Colegio, pidiendo están en justicia un puesto al pie de su fundador, los nombres de Luis Wandemberg, Rafael Peñaherrera E., Juan José Salvador, Domingo Albuja, Eduardo Grijalva y algunos otros que, por su entusiasmo y su docilidad á la voz del maestro, tuvieron la honra de ayudar al que había tomado sobre sus hombros el peso del porvenir de la juventud imbaburceña. Mas en cuanto á los chirridos de los buhos y los picotazos de la envidia y la asquerosa baba de los maldicientes y aun el desaliento mismo del que en lo grande trabaja ¿cómo había de verse eximido el Dr.

Acosta, si respiraba y se movía en esfera superior á la del vulgo?

Con el nombre de *problemas de la vida práctica* y en forma bastante original, tiene unos cuantos el Dr. Acosta que nos dan á conocer ora su estricta vigilancia sobre su conciencia, ora la seriedad y esmero que ponía al tomar cualquiera resolución. Puesto que en parte responde á lo que acabamos de tocar, venga como muestra el siguiente:

«Problema 1º — Renunciaré el profesorado y la vida de Colegio? — Sí:

«Primero — porque ambiciosos fanáticos que cuentan con grandes ventajas y están presididos de un gran-capitán, son los adversarios pequeñuelos que me amargan y me hacen guerra á la sombra: y con pequeñuelos, la guerra es odiosa y más á oscuras.

«Segundo — ellos se valen de todo medio para adquirir una reputación que no tienen y abatir la mía: la seducción á los incautos, la hipocresía, la calumnia son sus armas, y á mí tocarlas siquiera me es imposible.

«Tercero — para alentar á los suyos y amenazar á los débiles con su omnipotencia, se yergue el caudillo en toda la altura de su posición: y sus prosélitos por tanto hacen alarde y tienen á honra manejar contra mí armas que en cualquier otro caso los abochornarían por su infamia.

«Cuarto — veinte años há que estoy al remo de la educación de la juventud, y en ellos cuántas veces sacrificada la tranquilidad de mi espíritu! Por ello además, he perdido la ilusión de instruírme, y ya no encuentro novedad ni agrado en leer, meditar y explicar las mismas materias.

«Quinto — dejar que los necios y malos se castiguen por sí mismos, es justicia de Dios. Ciérrase el Colegio Nacional y padezcan mis adversarios la venganza de la juventud que ellos ultrajan, al negarle la educación que por justicia y derecho se les debe. ¿Por qué les alivio yo la carga, por qué salvo á enemigos ruines de la infamia que ellos mismos se buscan?

«Pero, nó: Primero — Cuando asenté la primera piedra del Colegio Nacional, prometí á la juventud consagrarle los días de mi existencia, y jamás he quebrantado yo mi palabra. Quién me dice además si en mi intención no entra y por mucho la vieja levadura, el escozor del amor propio herido?

«Segundo — La fundación de un Colegio es obra grande, porque con él es grande el paso del progreso y es él una fuente viva, segura para el porvenir. Las obras grandiosas son las que más provocan á un empresario de acción: sostener un nuevo plantel, darle local espléndido, crearle rentas, inspirarle vida perdurable, obra grandiosa es, y lo sublime da más vigor y entusiasmo.

«Tercero — Quédese en otros lo ruin. Pero combatir con autoridades civiles y eclesiásticas cuando *no están en lo justo*, domeñar las preocupaciones necias de un pueblo, remar contra viento y marea para hacer á viva fuerza el bien á los mismos que *fingen no conocerlo*, es heroísmo.

«Cuarto — Y podría conformarme yo á vivir en adelante sin acción ni movimiento, á ser inútil á mis semejantes, á entregarme á la inercia y la ociosidad, como los que no viven sino para la mesa y la cama?

«Quinto — Setenta estudiantes quedarían sin medios para continuar su educación; y la pérdi-

da de una sola oveja tanto lastimaba al divino Salvador. Setenta! . . . y entre ellas ¿no es posible que haya una alma siquiera digna de mis sacrificios, por lo que ella será después para esta Provincia? . . .

«Luego *no* mayor que *si*, por lo menos mientras haya probabilidad de buen éxito.»

Ya veis si este anacoreta sería de aquellos que, por hipocresía ó pusilanimidad, se dejau poner la mano en la horcajadura.

## VII

Barriga, Acosta . . . viéndolo estáis, no idealizamos; ellos no fueron ángeles: en carne y hueso y cargados de toda la grandeza y las pequeñeces de nuestra especie, con vosotros y entre vosotros se movieron, respiraron y fueron. No idealizamos, decimos: pues bien, sed obispos como el Ilmo. Barriga, sed sacerdotes como el Dr. Acosta, y aquellos á quienes acusáis de *clerofobia* serán los primeros en esparcir flores en vuestro camino y los primeros en colgar de vuestras tumbas guirnaldas de siemprevivas rodcadas de sentidísimas lágrimas.

Y qué amargura, en verdad, al depositar respetuosamente la nuestra sobre los restos de aquellos dos venerables jóvenes que, para el común, los habríamos querido inmortales, ó llamados al menos á dilatada y fecunda ancianidad!

Y coincidencia singular! en el discurso mismo de la existencia y su sombrío término; en lo encumbrado é immaculado de sus ideales y la correcta eficacia en realizarlos; y hasta en la palma obtenida por sus triunfos, paralelas se ostentan la suerte y la gloria de estos dos hechiceros dechados del sacerdote católico. Ambos esplendentes lumbreras de alegría y esperanza para sus respectivos pueblos, y ambos extinguidos cuando más necesaria nos era su luz. É igual su suerte aun en lo lento y lo desesperador de la agonía; é igual, por fin, en el grito de espanto y congoja de toda la República, á la llegada del instante fatal que convirtió en realidad torcedora sus temores. Ni cómo había de ser de otra manera, si ambos fueron padre y orgullo de sus pueblos y gloria sin mancha por tanto de toda la Nación?—Y ambos también ahora, en los plácidos abismos de la eternidad, mientras su memoria entre los vivos nos sirve de admiración y estímulo.

*Impresiones del año 1892*, llevan por título en el *Album* del Dr. Acosta, las últimas líneas que, con mano ya trémula, trazó él en diferentes fechas, ora describiendo el progreso de la enfermedad que le iba minando, ora desahogando en dolientes quejas su corazón abatido. Y en ellas qué melancolía y dulzura á la vez, semejantes á esas tristezas profundas de una hermosa tarde que espira, ó á esas cerraciones súbitas del alma en presencia de lo desconocido é inevitable, pero no exento de misteriosos atractivos!

... «Hoy sentí las primeras lágrimas sobre mi féretro: doña Pastora Alonía y doña Margarita Cruz no pudieron contener las suyas al verme tan desmejorado. Balbucían, pobrecitas! palabras de esperanza, pero en vano; les leía el

corazón, y lloraban desconsoladas, porque me veían muerto. Y yo, con ellas, púseme también á contemplar despacio mi propio cadáver: nunca me figuré impresión tan vehemente. — Cuantos me conocen se interesan por mi salud, preguntan, discurren, aconsejan, meditan, me dan señales inequívocas de benevolencia. Y á quien no hace simpático la desgracia? y qué desgracia mayor que una larga, penosa enfermedad, que la presencia de un cuasi-cadáver? Dulce humanidad es compadecerse del enfermo, del inocente que padece....

....«Médicos y medicinas de sobra no alcanzan á curar una dolencia que algunos creen imaginaria. Dos meses de no dormir ni encontrar siquiera, en blando lecho, comodidad para descansar al menos dos minutos: qué eternidad la de mis noches! Tal es, Señor, vuestra voluntad? cúmplase ella sin restricción: este lecho es mi santuario, porque aquí, Dios mío, estáis presente probando á vuestra criatura, para los fines que se propone vuestra adorable Providencia.

....«Acepto gustoso — he dicho repetidas veces al cielo — una muerte violenta y dolorosa, en favor de la religión ó de la patria: no me había imaginado este suplicio, estas lágrimas y angustias con que la naturaleza deplora su gratuito aniquilamiento.... Presiento una muerte tormentosa.... por consunción! y las congojas por consiguiente de semejante agonía. Encero, dicen los médicos que será el mes decisivo: el sepulcro ó diez años más de vida. En todo caso, la tribulación de hoy es digna de bendición, por ella me libero sin duda de las irremediables desgracias de la prosperidad y de las engañosas ilusiones de una existencia sin contrarresto. Resig-

nado, Señor, acepto la muerte prematura ó la prolongación de mis días: constancia únicamente, no me neguéis en el sufrimiento...

...«Desamparado Jesús, clamó con voz grande: «Padre, Padre, por qué me habéis desamparado?» El desamparo arranca el clamor del más fuerte. Desamparado fue el que es la Justicia y la Santidad; y quien es lo contrario ¿tendrá derecho al consuelo, al gozo de su benéfica influencia? Merecida es en todo sentido mi situación; y si la posesión del Sumo Bien fuera el efecto de este desamparo ¿habría justicia en que yo llorase y con voz quebrantada me quejase de mi tortura?...

...«Me muero! — dije un día — en la tribulación, es deber volverse á Dios. Fuime á San Francisco, caí de rodillas delante de un V. sacerdote, y con verdadera confusión de mi alma é inmenso pesar de haber pecado, confesé ingenua é íntegramente todos los extravíos cometidos desde que la luz de la razón me alumbró, hasta hoy que las tinieblas de la muerte me ofuscan la inteligencia; y en un instante quedó mi conciencia tranquila y satisfecha...

...«Son las tres de la mañana — exclamé anoche con dolor — y no hallo alivio. — Con llanto deshecho y requebrado, respondió á estas palabras mi fiel criada Rudecinda, y su pena borró la mía; pues más sensibles que mis dolores me fueron sus lágrimas, ya que ellos desaparecieron por un instante. Y en la puerta se quedó la infeliz, sin buscar apoyo ni para su cabeza y aguardando mi voz para socorrerme; pero me anticipé yo primero á auxiliarla; acallando su llanto y asegurándole se había alejado la incomodidad que me atormentaba ... *Instat, instat meae reso-*

*Julionis dies*, y no obstante, desengaño horrendo! ardua cosa es convencernos de veras que la vida es apenas un soplo, un punto entre dos infinitos, una sombra.»...

Hablando en el propio estilo del Dr. Acosta, el 28 de Junio de 1893, fue el día de su liberación!... Y el pueblo que pocos meses antes se mostró hasta frenético en la celebración de las Bodas de plata del ilustre sacerdote, figuraos cómo quedaría ante los fríos y mudos despojos del que en verdad fue su alma.

A haber ocupado el Dr. Acosta un puesto eminente como autoridad el día de su fallecimiento, ni mentáramos la pompa y la magnificencia inusitadas con que en Ibarra especialmente y otros puntos de la República le fueron rendidos los últimos honores. Pero si un duelo general y espontáneo de toda una población proclama altamente el mérito de una persona privada, él es también á la par testimonio irrefragable de la grandeza y magnanimidad de un pueblo que, en su dolor, se eleva á la misma altura del que le arranca lágrimas inconsolables. Si de un obispo Barriga se mostró muy digna Guayaquil, no menos digna aparece Imbabura é Ibarra, en especial, de poseer hombres como el Dr. Mariano Acosta.

Si *el ejemplo es oro*, si contra los hechos no hay argumento y si por el fruto se da con el árbol, una pregunta, lector benévolo: existencia tan cumplida, acción tan poderosa, obras tan laudables y nada volanderas, influencia tan general é incontrastable en toda clase de gentes, y muerte tan larga y sinceramente llorada por todos, ¿las concebiríamos siquiera por un momento, si en el Dr. Acosta hubiésemos tenido un sacerdote

político ó un desaforado fanático? — Hemos pensado siempre que una de las causas principales del desbarajuste y la desmoralización de nuestras repúblicas es la cobardía, el refinado egoísmo de los que pudiendo por sus talentos, prestigio ó posición, ser los sustentadores ó engrandecedores de la patria, por una salvadora dizqué, pero en el fondo absurda abstención ó *prescindencia* como bárbaramente lo dicen, dejan el campo libre á los ambiciosos de baja estofa, á los inicuos, á los ruines. Mas en tratándose de un ministro del altar, no sucede lo mismo: su perfección estriba en la imparcialidad y alteza con que ha de atender al procomún, siendo Dios únicamente su blanco y el bien de sus hermanos todo su afán; pero sin distinción alguna entre ellos y sin interés mundano que le deslustre.

Si capaces fuéramos de maquiavelismo, ó nos dejáramos llevar de afectos rencorosos, ó el desprestigio religioso tuviéramos en mira, no serían Barriga y Acosta los que propusiéramos como ejemplares, sino aquellos que por lo escandaloso y detestable del abuso van poniendo la esencia de la religión en el mismo nivel que sus pasiones plebeyas. Con el pretexto de *los intereses sagrados de la religión*, sucediendo va lo mismo que con *la ley suprema, la salvación del pueblo*: «qué crímenes los que en su nombre se perpetran!» No disertemos en vano, no lurguemos llagas enconadas y, á lo que parece, incurables ya entre nosotros; pero sí repitamos como sentida protesta, lo que en fecha no remota decíamos y que ni ahora carece de oportunidad: ¿queréis respetada como siempre, eficaz, sublime la religión del Crucificado, no solamente para bien vuestro, más aun para el de millares sedien-

tos de justicia y bondad y que en donde quiera hallan turbia y cenagosa el agua apetecida? pues sea su Iglesia como esa casa de Dios que vió Isaías en la cumbre de una montaña, envuelta en arrebolada y veneranda nube; siempre refugio del que la busque y siempre solaz aun del hombre que de lejos la mire, del hombre amargado, fatigado y herido cada día en las batallas de la vida. ¿Tan desgraciados somos los pobres mortales que no nos es dable vivir sin debatirnos mutuamente y despedazarnos, con afrenta perdurable de nuestra raza? Pues bien, por castigo mismo, déjennos solos en la lucha, acá, abajo de la montaña, en la llanura más distante de la sagrada cumbre, para que no lleguen al corazón de la Madre los alaridos y las blasfemias de los fratricidas; déjennos solos y no bajen sus ministros á no ser con óleo y bálsamo para todos; no bajen á estos combates, ora innobles si pasiones viles, ora grandiosos si ideas elevadas nos han arrastrado á la lucha, pero amargos en todo caso, amargos á la humanidad; no bajen, decimos, los ministros de Dios ni como instrumento del bando opresor, ni con armas alevosas en favor ó en contra del oprimido: el instrumento se hace siempre despreciable, el arma siempre es odiosa; y la religión nunca debe hacerse odiosa, menos despreciable. La sublime hija de Vicente de Paul no pregunta, no debe preguntar si es hugonote ó católico el infeliz agonizante que, en el campo de batalla, está ella sosteniendo en sus brazos: procura restañar la sangre, se afana por contener con sus manecitas de ángel el espíritu vital que ya huye por la horrenda herida; y lágrimas, amargas lágrimas suyas, acompañan el último aliento del que sin duda, á la vista de ca-



ridad tan elevada, siente que con el recuerdo de su madre, se le viene también el de la primera plegaria que ella, cuando él niño, le enseñaba en su regazo. Esto es religión, esto virtud, este el espíritu genuino de la Buena Nueva, espíritu que resplandece únicamente en hombres como Acosta, cuando de veras se convencen de que «nada vale lo que no vale en la eternidad.»

Narrar, no refutar; dar á luz un retrato hermoso, inadvertidamente dejado por el mismo original, y no fantascar; tal ha sido el objeto de esta obra, con la añadidura apenas de consignar oportunamente las lecciones que de la consideración de los hechos han venido desprendiéndose. — Hemos admirado con sinceridad una existencia pura y benéfica, y con la misma sinceridad hemos ido emitiendo nuestras impresiones; y tenemos conciencia de que, si bien artísticamente nos hayamos desempeñado mal, por lo demás hemos procedido como buenos.

Junio 27 de 1894.

## Don Pedro Moncayo y Don Pedro Carbo

**EN** IBARRA, la I. Municipalidad, por gratitud; y en Quito el primer Congreso Liberal, que acaba de instalarse, por homenaje al mérito superior, como que se han dado cita para exponer solemnemente y á un tiempo, la veneranda imagen de los dos patriarcas del liberalismo ecuatoriano. Y no en lienzo solamente, en verdad, sino en bruñido bronce, deberían estos dos Pedros vivir eternamente engrandeciendo el corazón de sus hermanos en indomable amor á la Patria y en apego irresistible á las virtudes cívicas, únicas que levantan á un pueblo de su postración y le empujan con eficacia á su prosperidad y engrandecimiento.

¿Es *pecado* el liberalismo, como acaban de estampar los admiradores de la famosa «Cuestión Candente»? ¿es la defensa de la humanidad y sus derechos foco perenne de *corrupción*, como lo aseveran dichos escritores? A vuestros ojos están los padres de nuestra comunión política: mostradnos una mancha de sangre ó asquerosa roña en sus manos; mostradnos en su corazón una iniquidad... y somos nosotros quienes les arrojamos la primera piedra! Ennegrece un poco la pólvora del combate, ciertamente; pero inquirid de las bellas, ¿cué es éste que da más realce á la hermosura varonil del soldado de la libertad. Sí, natural es que de la lucha con pasiones aviesas, tiznados cuando nada nos retiremos; pero, sobre efímeras y superficiales, manchas son esas que, como ciertas cicatrices, sólo aclaman la gloria del que las lleva.

MONCAYO y CARBO, incontestables varones de Plutarco. herederos inmediatos del espíritu de nuestra magna Epopeya, hijos legítimos del 89 francés, en su grandiosa significación; solitarios representantes del liberalismo gemino, esto es, de la *invencible tendencia al perfeccionamiento* de las instituciones y costumbres sociales: firmes é incontrastables entrambos en sus principios, aun en medio de las más violentas borrascas: infatigables y denodados en el combate, nunca abatidos en la derrota, así como en la victoria jamás orgullosos ni desahogados; ambos fecundos y enhiestos como las palmas centenarias de nuestra costa, ambos sin manchilla en su acrisolado republicanismó, y los *únicos* de nuestros ancianos sobrevivientes que no doblaron un instante la cerviz en la época del terror... qué paralelo no presentarían ellos, bajo la radiante

péñola del aquel ilustre griego, maestro inmortal de levantado heroísmo!

Si el odio *injusto* nos ha de perseguir, con la *calumnia* y la *ferocidad* aun más allá de la muerte, ensánchense en hora buena las entrañas de los vampiros. Pero mirad, es en Quito donde campea ahora excelsa la elígie de Carbo; y es una Municipalidad conservadora la que con acatamiento expone á la contemplación y gratitud de los hijos de Imbabura el noble retrato de Moncayo. Tarda acaso y mucho á veces la hora de las reparaciones; pero una vez llegada, su acento es tan atronador é imponente como que es el de la Justicia misma.

Si bien los dos son porta-estandartes de una misma idea, austero hasta la rigidez el ilustre serrano, y violento y fogoso en sus afectos y odios; qué acabado contraste nos ofrece con el moderado y siempre apacible hijo de la Costa! Moncayo sólo es corazón y todo él fuego, aun cuando simplemente razona; rara vez habla, su voz es un prolongado rugido. Carbo, con pecho de paloma y sonrisa de virgen, y tan sereno siempre como si en el Olimpo respirase, es la misma razón cuando toma la pluma, la filosofía misma cuando combate, y la misma tranquilidad, vencido ó vencedor; y es porque su voz podía ser ahogada por la grito de desenfrenadas pasiones, pero nunca enmudecida en leal contienda. De Carbo no hemos dado jamás con un escrito en que conteste arrebatado ó con amargura á sus enemigos; y eso que de ordinario los ha tenido ruines, de aquellos que, á más no poder, buscan las púas de lo ridículo y sudan por deshacerse de su adversario á alfilerazos, como si dijéramos. Y

de Moncayo, qué garras de león para la jauría que ha osado asaltarle en su sendero!

Tranquilo y cristalino arroyo el hijo del Guayas, su paso es como el de su río, y lúgido espejo su superficie, donde felucite se retratan el cielo y los árboles de sus orillas; pero sin volver atrás ni detenerse nunca, porque, por raro privilegio, corre y corre á par del siglo que representa. Formidable turbión de nuestra cordillera, Moncayo salta, rómpese, bufa, vuelve á estrellarse de súbito y ruga y truena con el grito de todos los oprimidos, con los ayes de la libertad agonizante ó ya aherrojada, y con todas las imprecaciones de la víctima contra el tirano y los inicuos que le sostienen. Qué va éste á reflejar el cielo ni las selvas; vió en Flores y los que le han imitado no sólo unos déspotas más ó menos soportables, sino á los estragadores de la emancipación americana y su consiguiente ignominia; y Flores y sus émulos fueron su horror y el blanco de sus eternas maldiciones.

Sin hiel Carbo, ni para con los tiranos, como sólo la razón y la justicia son su objetivo, por ellas salta á la estacada, llámese como se llame su contendor. El triunfo de esa justicia y del derecho en todo su esplendor, pero por evolución, sin sangre que lo mancille ni una lágrima que lo entristezca, tales son las aspiraciones de Carbo: de aquí esa su dolorosa perplejidad en los premiosos instantes de acción, en aquellos instantes en que, no un corazón de paloma, sino de león es lo que para el feliz éxito se requiere. Idénticas las tendencias de Moncayo; pero más conocedor de la vida práctica y jamás utopista, nunca se disimuló la lucha á que estuvo llamado: de aquí su constancia en la brecha y esa su trá-

gica sonrisa al combatir solo y huérfano de toda esperanza.

Pero ambos qué dechados son de acendrado patriotismo, de americanismo levantado y civilizador y antes que todo de virtudes inmaculadas. Como signo elocuente de los tiempos y como prueba incontestable de la fuerza de los prejuicios, digno es de consignarse el hecho siguiente. Aun entre sus adversarios más acérrimos nadie negó á Carbo su glorioso apodo, el *inmaculado*; y á pique estuvo, sin embargo, una vez de ser apedreado en una plaza de Quito como Jefe de los *masones*, de los *impíos*. Y en dónde esa *irreligión*, esa *impiedad* de que le acusaban? Nada más que en sus arremetidas al célebre Concordato celebrado en Roma por el Gobierno de García Moreno, pacto al que debe la República sus agitadas convulsiones desde el 63 y al que sin duda deberá no muy tarde su emancipación de todo yugo.

Éstos dos próceres, para ser por sus escritos, por su exhuberancia de vida intelectual, ó por la excelsitud de su luz, un Montalvo, por ejemplo, esto es, verdaderos genios; medida ciertamente anduvo con ellos naturaleza. Pero si Carbo y Moncayo no son de esos astros que, aun á su pesar, fatigan la tierra con su esplendor, ¿no los contemplaremos cuando nada como á esos radiantes faros, cuya lumbré tanto consuela, y más en noches tan siniestras y prolongadas como las que en el Ecuador se repiten?

También legisladores y diplomáticos estos dos publicistas, de grandes servicios son acreedores para con la República, pues si bien en la política interior nunca han estado ellos de acuerdo con los miembros de la Patria, sí a ella ha

amenazado un peligro ó se ha tratado de su regeneración y libertad, ellos han sido los primeros en la obra salvadora de la reparación.

El venerable anciano guayaquileño goza aún del sol de la vida; y por dicha singular entre nosotros, despejado de toda nube su ocaso, descendiendo va majestuoso y sereno al mar de veras insondable. Acaba de recibir en la Capital oraciones de los suyos y muy significativas atenciones hasta de sus enemigos políticos; oye su nombre respetado y bendecido de norte á sur, por una inmensa porción de sus hermanos; y cabe el soberbio río ve á Guayaquil aguardándole con los brazos abiertos y con esa indecible ternura de una madre enorgullecida. Más aún: hale tocado la suerte de ver, aunque tarde, bastante ensayada la verdadera República en este rincón, (1) y hale cabido sobre todo la merecida honra de ser en el primer Congreso liberal el áureo eslabón, como si dijéramos, entre lo pasado y lo porvenir: en él hemos saludado las generaciones actuales los últimos arreboles del Diez de Agosto y el Nueve de Octubre, arreboles que nos traen á la imaginación la espléndida aureola que circuyó la cuna de nuestra Patria.

No así Moncayo: sonóle su hora última en los días más helados y sombríos que han azotado al Ecuador; duerme ya el sueño frío, y no son del Taguando las brisas que lloran en el césped que le cubre. Desterrado desde 1859, é hijo ya casi de la que también se gloria de ser madre segunda de Bello, cúpole en Chile avanzar y llegar al término de su larga y dolorosa jornada; mas no como caballero de industria, no como hombre

(1) Bajo la presidencia de Flores, hijo

vulgar, no como esos huéspedes fatigosos é importunos, que á más de desacreditar á su país, presto se convierten en escándalo ú objeto de desdén en la tierra que los recibe. Para hombres como Moncayo hay donde quiera una Patria amante, menos en el lugar donde nacieron. Modelo siempre de republicanos geminos, en Chile y en el Perú signió representando con dignidad sublime á ese partido, mártir aquí, pero en donde quiera levantado y noble en sus aspiraciones.

¿Sabéis lo que allá hizo, cuando América hubo menester otra vez de corazones como los de Bolívar y San Martín; cuando Topetes y Maximilianos intentaron otra vez subyugarla? Id y registrad las actas de las eminentes sociedades patrióticas, formadas entonces en defensa de nuestra autonomía; id y ved la altura á que llegó nuestro Ilustre Compatriota, mientras aquí los *Grandes Americanos* que nos oprimían se arrodillaban ante una Isabel II y ante un Napoleón el chiquito, pidiéndoles, hasta con lágrimas quizá, la *honra* de verse atados á su coyunda. Griten cuanto quieran contra la *destemplanza* de Moncayo para con sus enemigos; pero si éstos fueron los *traidores* y verdugos de su Patria ¿cabe que le reprochemos *demasia*?

Y á pesar de su largo destierro y de las penalidades á tal situación anexas, y á pesar de ese corazón de mármol que á Moncayo atribuían sus enemigos, mirad si por un instante puede desprender los ojos de su Guayas, de su Pichincha, de su Imbabura. *Adspicit et dulcis moriens reminiscitur Argos.* A nadie con más justicia que á Moncayo aplicaríamos este melancólico verso del cantor de Eneas. A Imbabura quizás le debió sólo la escuela y los indelebles recuer-

dos de la niñez : é Imbabura su amor y su sueño; para ella cuanto le producía su asiduo y honrado trabajo; é Imbabura, por fin, su única heredera; pero para que ella, con esa renta, se esmere sobremodo en la educación de la mujer. . . . Qué *pecado* es el liberalismo, qué *corrompidos* sus adalides y soldados!

En el homenaje que Ibarra y Quito acaban de rendir á Moncayo y Carbo, vemos nosotros no sólo la entrada de estos perillustres varones en la región de la inmortalidad sino algo más consolador todavía : un paso y bien avanzado de la civilización en el Ecuador. Temprano ó tarde acatamos el mérito; esto es, la Justicia no nos abandona aún. . . . no desesperemos, por tanto, de nuestro porvenir! Pero los retratos, las estatuas, los monumentos de un pueblo, no son únicamente para su gala y orgullo: lecciones vivas de las virtudes de nuestros mayores y más elocuentes que la mera palabra, sean éstas objeto constante de nuestro estudio é imitación; y profundamente grabadas en el alma ellas contribuyan á la dicha y esplendor de ese mismo tan suspirado y glorioso porvenir que apetecemos.

Espó.

## La jubilación del historiador Cevallos

### I

ARECÍANOS próxima la aurora de mejores días para la Patria, de aquellos en que la ciencia y las virtudes cívicas cuenten con eficaces estímulos. En una sociedad bien constituida, la Justicia no se contenta con la simple represión del delito: también exige premios para las acciones que las merezcan. — *Ad.* — ha dicho el Senado del año 90, al rechazar el proyecto, mediante el cual, la Cámara de Diputados quiso coronar, como á hurtadillas y en nombre de la Nación á su notable historiador don Pedro Fernán Cevallos.

Como la letra de la Ley es en la que se han apoyado los III. Senadores para esta negativa, á nosotros, partidarios de la constitucionalidad, *suficiente ó insuficiente*, no nos cumple vituperar su conducta, si bien lamentamos el exceso de prudencia en nuestros legisladores que, por necer

tar las demasías de un poder casi siempre arbitrario, privó al Congreso de uno de sus más preciosos atributos: el de recompensar el mérito.

No siempre tenemos Cámaras independientes, verdad; pero la Asamblea del 84 ¿ha logrado con esta restricción cercenar al Ejecutivo su omnipotencia? Él sólo nombra á sus Gobernadores y Ministros, él sólo á sus Plenipotenciarios cómo y cuándo le parece, él lo hace todo: figuraos si disminuirá su camarilla y el número de sus siervos? Y el poder supremo, entre tanto, el Legislativo, nada puede. Buena es la prudencia, pero como la de la serpiente, dijo el Evangelio, y barto que lo probaron nuestros primeros padres.

Y humilde y casi miserable ciertamente era la proyectada corona: y con razón como que se ruborizaba la Patria al ofrecerla al agraciado; pero corona al fin y la primera que para el mérito positivo tejieran sus manos, era de alta significación en nuestra historia; el principio quizás de una nueva era, la del verdadero imperio de la justicia: pues ni pasiones de bandería ni otro móvil indigno la hacían despreciable ó sospechosa. Y no se diga que en materia de honores y recompensas hayan sido cortos nuestros anteriores Congresos: siquiera en *decretos*, hasta pródigo se ha mostrado siempre el Ecuador, en sus transportes de noble gratitud ó de rematado servilismo; ora para manifestar su justo reconocimiento á héroes como los vencedores del Pichincha, ora para engañarse á sí mismo, dorando las cadenas de su esclavitud, como con casi todos sus tiranos.

Mas con las virtudes modestas, sobre todo durante la existencia de quien las cultiva: para

con los esfuerzos sostenidos de la inteligencia, en la ardua labor de procurar luz y más luz para sus hermanos, primera vez que la Patria abría risueña los ojos, y abrazando el cuello de un respetable anciano, iba á estampar en su frente un beso. Inconveniente le ha parecido al H. Senado esta ternura: respetémosle en su austera gravedad.

Pero ha habido consecuencia en sus actos? Muy venerables pueden ser y muy *ilustres* los señores *Obispos dimisionarios* presentes y futuros, para quienes, en el mismo Senado, no ha existido la ley invocada contra el Sr. Cevallos. Pero ya se ve, no es ni Canónigo, menos Obispo nuestro historiador: muera por tanto en la obscuridad y en la miseria.

### III

En la obscuridad?... cierto que, nadando ahora su alma en tinieblas, «sólo un color hay para ella en la naturaleza, y ése... el de luto!» Pero obscuro el nombre de don Pedro Fermín? Y si exceptuamos los considerandos del mencionado decreto ¿qué gran lustre en esa especie de óbolo, puesto en su bolsillo como por caridad; ni qué mucho la confesión *oficial* de una fama, respetada ya no sólo en el Ecuador, sino un poquito más allá de sus límites? Para hombres

como él, cosas son éstas que apenas si merecen una sonrisa y bien melancólica por cierto, cuando con pie vacilante se está tocando el borde mismo de la tumba. La esperanza de galardón más indisputable en las moradas de la luz indeficiente y las dulzuras de una conciencia siempre tranquila, hé ahí el blanco de filósofos á lo Cervillos.

Exageramos su desprendimiento: confesemos que le hemos inferido una nueva herida con nuestra inconsiderada *festinación*. En el Ecuador, el verdadero mérito resucita después de siglos. Ayer apenas como que se despertó Abdón Calderón; ya, ya está por ponerse de pie Vicente Solano; y Montalvo... vaya! para que no se despierte, no apedreamos todavía su tumba. Y como una de las virtudes más preciadas de don Pedro Fermín ha sido su acendrado amor á la Patria, sí debe dolerle el dejarla ciega y sorda todavía á la luz y á la voz de justicia más brillante y elocuente que la que la que sólo en Códigos campea.

¿Es conservador, es liberal don Pedro Fermín? Primera vez quizás que la opinión pública no se ha hecho esta pregunta, para juzgarle y rendírle justo homenaje. Ni para qué, si todos en él vemos el *vir-bonus dicendi peritus*, como justamente definían al orador los antiguos? Y hombres de esta naturaleza se imponen, sin necesidad de ejecutorias firmadas por parecerías. Varón probo á carta cabal; superior siempre al espíritu mezquino de partido, más contento con el obscuro cultivo de la virtud que con el ansia de hacerla brillar por ocultas miras; no era posible que este repúblico vaciado en envidiable jurquesa, hubiera jugado en nuestras libras mili-

tantes, porque ni nació para esclavo, ni para esto de vivir muriendo en lucha interminable contra la arbitrariedad y la hipocresía.

Pero como en una alma levantada tampoco es posible bestial indiferencia, sí ha tomado el Dr. Cevallos en la vida pública de la Patria, parte más que suficiente para volver con más amor y prisa al apacible retiro del hogar; no sin varios rasguños en el corazón, por supuesto, ni exento de los frutos de la injusticia de los abanderizados, á pesar de haber sido él incapaz de inferir jamás á nadie la más leve ofensa. A intervalos por tanto, y no en primer término, ya que nunca la ambición hirvió en su alma, ora en la Magistratura judicial, ora en la política, ha brillado siempre con esa luz pura y tranquila que en el seno de su familia, esto es, con la luz envidiable de la virtud siempre risueña. -- Esto como *vir bonus*, que en cuanto al *dicendi paritus*, ya plumas mejores que la nuestra le han hecho cumplida justicia.

### III

No ha sido en verdad la tribuna el teatro del Dr. Cevallos; pero cuántos tesoros de inteligencia y saber en las nutridas páginas de su *Resumen!* Censúrenle otros cuanto quieran la falta de exactitud en varios detalles, cierta cobardía ó timidez en no pocos de sus fallos, algu-

nas inconsecuencias en sus apreciaciones, con relación al criterio principal de la historia, esto es con relación á la elevada filosofía, en cuyas alas el historiador debe esparcirse por *sus ámbitos*, etc., etc. Pero para quien sabe lo que es escribir un libro en el Ecuador; para quien haya experimentado la extrema dificultad, en esta tierra, de dar con los materiales que una obra de esa laya exige; para quien haya topado alguna vez con esta apatía de una sociedad muerta, y sin estímulo por tanto para el trabajo intelectual, y con Gobiernos de ordinario sin otro ideal que la satisfacción de miserables pasiones; el nombre de nuestro historiador, por su sostenida laboriosidad cuando nada, tiene que ser en extremo querido y sobremodo acatado. En época más feliz, tendrán quizás nuestros nietos mejor historia; pero ¿se amortiguará por esto ni un ápice el esplendor de la aureóla que esa frente circuye?

Imposible no es, en verdad, que también América tenga su Tácito, vengador inflexible de la humanidad é inexorable flagelador de tantos inverecundos ambiciosos que después de postrar, han envilecido nuestras repúblicas. Imposible no es que un Macaulay andino, escudriñando nuestras crónicas con mirada profunda, dé á cada cual lo suyo, y poniendo la justicia y la verdad en su puesto, nos eleve á una región más serena que la mezquina en donde á obscuras se desarrollan nuestros destinos. Y aun acaso tengamos un Gibbon que, con indolente sonrisa, nos cuente la decadencia y ruína de esta pequeña Roma, viuda virgen de la Omnipotencia y de los fulgores cesáreos, si bien heredera de las desventuras é ignominias de la primera. Sí, «la Historia no

es la simple repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y épocas diferentes»; ni menos todavía «la mera comprobación de fechas», por más que sea un Chateaubriand quien lo afirme. Si el afán de la Historia no ha de ser estéril, ni es su blanco el satisfacer la vana curiosidad, más levantado ha de ser su espíritu y más sublime su magisterio: no se engolfe en la fatigosa narración ni se ahogue en números; muéstrenos el punto de partida, en la peregrinación de un pueblo, y la cima á donde está llamado y que necesariamente ha de coronar, si en verdad es digno de historia; ó lo que es lo mismo, deduzca de lo pasado lecciones para lo presente y luz para lo porvenir.

Mas el crítico que en este punto censure al Dr. Cevallos tiene que tomar en cuenta el tiempo y el lugar que, contra su voluntad de seguro, le han tocado como hombre y como escritor. No han sido color de rosa los días de la Patria, durante la existencia de nuestro respetado patricio. Debió estar muy joven cuando aquella esceda del General Otamendi, en Riobamba, y que él mismo con tanta gracia nos la refiere. Y bien, como de entonces acá la sucesión de los negros Otamendis y la repetición de esas lanzas en ristre contra toda ley y derecho han sido incesantes, no nos sorprende el melancólico pesimismo que entraña el epígrafe escogido por nuestro autor y que es como el alma de su obra; lo que nos maravillara sería que, á pesar de haber sido testigo de *tales proezas*, aún conservase, como nosotros locos, fe inquebrantable en la perfectibilidad de nuestra especie.

No por esto se juzgue que consideramos puramente relativo el mérito del Dr. Cevallos: su

obra no perecerá; en ella deja su nombre grabado como en granito. Esto de borrar hasta disparates, como nosotros, harto común es y por desgracia muy hacendero: con descoco y audacia ya está hecho el gasto. Pero eso de dejarse leer de principio á fin, como si por casualidad apurásemos un vaso de *champagne*, sin asomo de fatiga, con interés siempre creciente y con dulcísima y no razonada satisfacción... propio es tan sólo de escritores eminentes, de esos ingenios felices que llegan á obtener palma envidiable, mediante aquella cosa tan fácil de decir y tan ardua de adquirirla á maravilla: el *estilo!* y éste únicamente es el sello infalsificable de las dotes intelectuales; y éste sólo el que abre á un escritor las puertas de la inmortalidad. E irreprochable casi es en este punto don Pedro Bermín: envidiable corrección y casticismo en la palabra y en la frase, concisión sin obscuridad, claridad sin difusión, elevación nunca desmentida en el pensar, rectitud en el sentir, amenidad en las descripciones, sagacidad suma al penetrar en las causas de los sucesos y en las intenciones de los actores, fuego vividor cuando la materia lo requiere, increíble y sencilla ternura como en la muerte del Libertador, por ejemplo, parsimonia en los adornos, elocuencia brotada de la naturaleza misma de los asuntos que toca, etc., etc., todo campea en nuestro RESUMEN, como en su propia casa, todo nos manifiesta la riqueza del pincel de tan afortunado artista.

Y hé aquí otro motivo de nuestra gratitud para con el Sr. Cevallos: éste fue el primero que dió el grito de alarma contra la corrupción completa y escandalosa del habla de nuestros padres, y el primero que con la lección y el ejemplo nos

dijo: «No sois indios, no franceses, no yankees: hablad castellano!» Si bien para la regeneración radical de nuestras letras, hubo necesidad de más eficaz ejemplo y de voz más estentórea que los de un pacífico historiador, fue preciso, decimos, un Genio-tempestad y una voz-trueno, Montalvo.

Tal es, en incorrecta miniatura, don Pedro Fermín Cevallos, como ciudadano y como escritor, INFERIOR sin disputa en virtud y letras, según el parecer del H. Senado, al ilustrísimo Posso; por ejemplo, de quien nada conocemos y para quien ha callado la misma Ley, que tan grítona se muestra con el historiador patrio, que va apagándose ciego y en hogar . . . no de príncipe por supuesto!

Mas si el vivo y desinteresado aprecio de todos sus conciudadanos, sin distinción de colores, es algo más para el Dr. Cevallos que una mezquina jubilación, ensúchese su alma: en este abrazo de un patriota oscuro, pero imparcial, palpita el corazón de todo el Ecuador.—Como no dudamos de su fortaleza en la adversidad, largo, largo sea y tan tranquilo y sereno como de una tarde de Julio el ocaso del ilustre anciano, cuya apacible sonrisa no disuena al lado del fruncido entrecejo de aquel bilioso autor del Diccionario de Galicismos y también historiador, del inmortal Baralt.

1890.

# La Reparación

El Dr. Antonio Borrero C.

π

**H**ABLARNOS á menudo de las virtudes de nuestros padres, para conocerlas, quererlas é imitarlas; darnos idea cabal de nuestra Patria, indicándonos los males que han sido causa de sus quebrantos, y los medios oportunos para el restablecimiento de ella y su prosperidad... ya veis qué nobilísima y provechosa tarea de un escritor filósofo. Pero si mano aleva ha dado puñalada atroz á esa misma Patria; si una lengua envenenada se ha cebado con la calumnia en la limpia honra de nuestros padres, aquella tarea noble se convierte en deber sagrado; y qué grande aparece entonces, qué respetable el que lo cumple á maravilla.

Espléndida fue la corona que el 9 de Diciembre de 1875 puso el Ecuador en las sienes del Sr. Dr. D. *Antonio Borrero Cortázar*; y ¡hubiesen querido los hados que con él se iniciase una serie de varones, como él, para la Presidencia de esta República!! Dicha corona simbolizó el homenaje de todo un pueblo á la ilustración y la virtud, y el ansia á la par de ese mismo pueblo por el establecimiento y la consolidación de la democracia en el Ecuador.—Menos radiante quizá, pero más hermosa é inmarchitable es la guirnalda que ese mismo señor acaba de conquistarse con la luminosa *Refutación* de un libraje calumnioso.

El Ecuador sacado de una sentina; toda una falange de hombres ilustres levantada de una tumba ignominiosa, á la cual aun sus propios hermanos la habíau condenado: la aparición nueva de todo un pueblo, si modesto, varonil, y si desgraciado, eminentemente virtuoso... eso y más significa la obra del ilustre azuayo. Y la verdad, sólo la verdad es su guía, y la justicia su único criterio; por eso su resplandor, por eso la gratitud y veneración con que la aceptamos.

A la lectura de esas páginas, Montalvo mismo habría roto con doloroso remordimiento algunos trozos de sus *Catilinarias*. Acabamos de ver en la reciente lucha eleccionaria, la ceguedad increíble, el frenesí que en mala hora debemos á la pasión política: ni inteligencias privilegiadas ni corazones bien puestos alcanzan siempre á preservarse de tan calamitoso contagio. ¿Qué mucho, por consiguiente, descarríos como los que á menudo lamentamos y como aquel al cual especialmente nos referimos? También el que estas líneas escribe, si bien nunca ha desconocido la inteligencia clarísima, la ilustración y las virtu-

des del Sr. Borrero, ha incurrido alguna vez en juicios apasionados tocante á su administración; también dejó quizá deslizarse alguna palabra injuriosa. No me siento humillado con mi confesión; al contrario, si bien con amargura por lo acaecido, siento especial alegría al murmurar á sus oídos la palabra *perdón*; y tanto más crece esta alegría, cuanto al conocer el desagraviado la escuela de donde parte ese afecto, no duda de la sinceridad que lo dicta y se le serena la frente. Persuádase el Sr. Borrero de que, entre los liberales genuinos, entre los que jamás hemos apostatado, extraviados hallará quizás, y también iracundos ó quisquillosos, pero no *ruines*.

Con el ejemplo de Rocafuerte, ha pensado el Dr. Borrero que, á los 45 años cuando nada, haría justicia el pueblo ecuatoriano á un infortunado Presidente, poco ó nada comprendido en su época. Si la gratitud y el respeto de sus conciudadanos valen más que una estatua, antes de los 45 años, tan luego como él ha vuelto por la honra de su país, también para él ha sonado la hora de la *reparación*. Imposible que en el Ecuador haya corazón bien puesto y no conquistado al instante con la lectura de la obra que nos ocupa. (1).

(1) Sorprende la escasísima circulación de esta obra.

## II

Y obra sobre importantísima, ineludiblemente necesaria; pero qué difícil! No atribuímos nosotros á falta de patriotismo el silencio de nuestros literatos ante bofetadas tan bestiales é inconcebibles en el rostro de la Patria. Sin ser Napoleón, de seguro, que con muchos ha sucedido lo que de él dice Manzoni: *cadde l'stanca man!* Sí, jamás ha podido ofrecerse á un ecuatoriano tarea más ardua. No bastaba laboriosidad suma, no la fortuna de dar con documentos tan preciosos como concluyentes, no la ímprobable paciencia de desmenuzar en todo rincón los sofismas de un hipócrita. Eso de guardar serenidad olímpica en la refutación de calumnias; eso de comprimir á cada rato el corazón para no descender con el provocador al fango de la diatriba; eso de humillarse hasta entenderse con un villano...; ah, virtudes son no de todos! Y mayor realce toman estas prendas, al ver que uno de los más ofendidos por el asalariado difamador es el que tan cristiana y varonilmente las ha puesto en práctica

Ni por ironía finísima, nosotros jamás podríamos llamar *santo* y *sabio* á un inicuo. Un hato de salvajes pero rufnes ó bandidos todos, con un diosccillo por jefe: los crímenes en toda forma y en toda su enormidad elevados al rango de virtudes ejemplarísimas; la mala fe por cien-

cia, la mentira y la calumnia por armas en la controversia, y por todo primor el desahogo de pasiones viles... hé aquí, en resumen, la obra del *Reverendísimo* Berthe. La ignorancia de nuestra historia no es en él tan absoluta que excuse su perfidia: y como es increíble que sólo el interés de secta le haya arrastrado á tal abismo, insistimos en nuestra sospecha, *el salario*.

Y hé aquí nuestra vergüenza: ha habido ecuatorianos desnaturalizados que, por interés de partido, no han vacilado en desfigurar por completo nuestra historia, en sepultar nuestra Patria en el fango después de apuñalarla; ha habido ecuatorianos que han buscado un jornalero que labre nuestra ignominia, y ni han reparado en el asqueroso *parricidio* en que incurrían. Si Berthe es criminal, ¿qué decir de sus cómplices? Pero cosa rara! hasta éstos se han horrorizado de su obra: quién creyera en este rubor de la procacidad!

Imaginémonos el júbilo, la algazara con que hubiese sido recibida por cierta escuela la obra de Berthe, si ésta fuera por lo menos algo racional. Berthe se ha introducido en el Ecuador clandestinamente, á guisa de ladrón nocturno. Alegrémonos, ni esos desnaturalizados ecuatorianos han tenido la audacia del crimen que caracterizó á su caudillo.

*Qui te l'a dit?* es la contestación, heladora de Hermiona á Orestes, cuando éste se le presenta empapado en la sangre de Pirro, sangre exigida por la misma herofna. Otro Orestes se nos autoja el desventurado fraile: *¿Quién te ha perdido tal monstruosidad?*—parece que significa ese tan elocente silencio de los terroristas mismos, espantados de su petición.

De todos modos, las cartas á Trinité, la escrita en Guachalá, la «Civilización Católica», el «Semanario Popular», «el Contrato de Oksza ante el Consejo de Estado», la Historia forjada por el *sapientísimo y reverendísimo* Berthe... eso sin contar los *Zurriagos y Vengadores*, etc., etc., ¡qué limbres de ciencia y virtud los de nuestros católicos conservadores!

*Publicista ilustrado, santo, sabio* el historiador que nos ocupa? No diremos ante aquellos portentos de la ciencia que, en el viejo mundo, brillan como astros de primera magnitud; aquí no más, en el Ecuador, ¿osaría el buen rentorista medirse con el más insignificante de nuestros escritores, en doctrinas tan estrafalarias como las que sustenta? Osaría desde luego, porque la audacia es propia de los denigradores de oficio y de los ignorantes; pero á fe que de él no serían el aplauso ni la victoria.

El sabio profesor belga, Laurent, en sus «Estudios de la Historia de la Humanidad», es, como si dijésemos, el aliento, la vida, el alma de ese cuerpo hermoso y colosal que llamamos Historia de César Cantú: sin aquél, es obra muerta la del ilustre italiano. Y no penséis que aquel profundo historiador belga sea un descreído, un volteriano: la humanidad sin religión es para él la muerte misma; la humanidad indiferente ó estacionaria en su desarrollo espiritual, para él ha concluído su carrera; y raya casi en supersticioso al buscar en donde quiera la mano de Dios como conductora única de los sublimes destinos de nuestra especie en la tierra. Pues bien, Rohrbacher, oráculo infalible, la voz misma del Eterno para nuestro Berthe, qué pobrecito aparece, qué despedazado, qué desmembrado en las manos

de ese titán belga, más piadoso en el fondo que todos los corruptores de la divina doctrina de Jesús. *Publicista Berthe?* . . . Pues relaga su pobre Rohrbacher tan descuartizado por Laurent.

Y *santo Berthe?* Lced sin prevención sus págiuas, y en ellas hallaréis el embuste, la calumnia, la ambición más rastrera, el perjurio, la traición, el asesinato, el desprecio de toda ley divina y humana, no sólo absueltos sino lícitos. *Lícitos?* Mucho más, inmensamente más: esos y otros crímenes son los enaltecidos, los encomiados, los erigidos en virtudes altamente católicas y dignas de imitación y culto. Santa, cristiana esta doctrina? También algunos hermanos nuestros hanse empuñado en hacernos creer que ella es católica: contentémonos entonces con ser sólo cristianos, horrorizándonos de aquella santidad.

Pero *el carácter sacerdotal del escritor* — nos objetan — *su filiación religiosa* . . . Cuando vemos al Ministro de Dios junto al tabernáculo, con las manos levantadas al ciclo y orando por vencidos y vencedores, sólo á respeto nos mueve su piadosa actitud. Mas si también él baja á la arena, y empuña armas envenenadas, y nos ataca violento, y nos liere, y suda por aniquilarnos ¿no es permitida la defensa? ¿y cabe mayor ridiculez que, al verse él apretado en la lucha, nos salga mostrando la corona? absurdo no hay como el pretender inmunidades entre la confusión y el fragor de la batalla. Son ellos sagrados? pues respótense ellos primero para que nosotros los respetemos; no expongan con temeridad é insolencia su carácter. Berthe no ha contemplado á Jesús en el Sermón de la Montaña; Berthe es hijo indigno de Ligorio: lo despreciamos por consiguiente:

Y hé aquí otro servicio indirecto que hace el Sr. Borrero á la Patria : desembarazados de aquel calumniate y sin acordarse de él para nada, ya nuestros historiadores nacionales pueden ostentar sus estudios, sin desdeñarse de esa majestad inherente á aquella Ciencia que es luz para lo presente y lumbrera veneranda para lo porvenir.

### III

Conocido el carácter del escritor á quien se propuso refutar el Sr. Borrero, viendo estáis, lector, si le habrá sido fácil la tarea ; y como raya casi en humillante la cortesía con que le trata, admirad la virtud de nuestro compatriota. Esto es lo primero que en su obra nos seduce : no se deja cegar un instante por la pasión. Qué esmero á la vez por poner la verdad en su punto, y no tan sólo bajo su palabra : hecho no sienta que con documentos fehacientes no lo compruebe ; y sin embarazarse un momento ni por la variedad de los sucesos que relata, ni por la torpeza de las calumnias que refuta, ni por la multitud de las pruebas que amontona, avanza en su trabajo, con ese mismo paso modesto y firme con que otra vez ascendió á nuestro Capitolio. -- En las últimas páginas sí, medio se eclipsa el filósofo y aparece el hombre ; pero qué hermoso ! Y por lo mismo que apenas nos hace adivinar los

sollozos que le ahogan, cómo nos conmueve y nos arranca lágrimas.

Como toda obra histórica bien pensada y seriamente escrita, abunda la del Sr. Borrero en reflexiones desalentadoras y en grandes y profundas lecciones, no tan solamente para lo futuro, mas aun para hoy día mismo, en que todavía no se ve rumbo seguro para el bienestar y el progreso de nuestra Patria. No es este examen para una ligera silueta, pero deslloremos.

Comprende la *Refutación*, á más de una ojeada rápida á los tiempos coloniales, toda la época de nuestra vida independiente y republicana, hasta la *Restauración*; y ni un hecho, ni un hecho solo, lector, que compruebe la existencia en esta Nación de un partido políticamente antireligioso. A la emigración, á los destierros frecuentes, débese tal cual fracmasón cuatoriano; pero queda en pié la duda de una logia seria en la República. Al estudio, y más que todo á los excesos del fanatismo, debemos tal cual librepensador; pero aisladamente, sin carácter de escuela, menos de partido.

Hasta 1860, ni un conflicto, siquiera leve, entre la Iglesia y el Estado, ni un solo abuso escandaloso de la Ley de Patronato. Pasiones vehementes y por lo mismo no siempre buenas consejeras ni conductoras; demócratas más ó menos liberales, ardientes, cuando opositacionistas, por el imperio de la verdadera república, y remisos é inconsecuentes cuando escalaban el poder; hé aquí el motivo de nuestras incesantes luchas, de este bregar obcecado y sin treguas. Pero ¿dónde la división de ortodoxos y heterodoxos? -- reservado estuvo al VENGADOR DEL DERECHO CATÓLICO «el plantear y sostener, á más de un ab-

solutismo inconcebible y *estéril*. la peor de las divisiones de una sociedad. la proveniente del elemento religioso como lema de un partido político.»

No acepta el Sr. Borrero y con razón al General Urvina como á liberal moderado; pero cuidado con ver en éste un General Mosquera, verbigracia, un radicalote *sediento de asolación y ruínas*. Liberal á su modo, no se manchó Urvina con sangre vertida en infames celadas ó en el cadalso político: no contuvo el paso natural y forzoso del progreso; y en cuanto fue posible en tal época, bienes hizo á la Patria y no despreciables. Mas por la ambición personal, lejos estuvo esa administración de ser verdaderamente republicana, menos modelo. Por esto la revolución del 59, en la cual ni por pretexto suena la palabra religión; por esto aquel empuje *liberal* que en el año 60 arrancó al Ecuador de las garras de un *militarismo* desaforado.

Con todo, aun durante este *militarismo* radicalote (!), ni una queja de la Iglesia ecuatoriana; al contrario, con testimonios como los de los Ilmos. Riofrío, Toral y Plaza y del Sr. Canónigo Guevara, se adivina la ansiedad y la opresión con que respiró la Iglesia, no por cierto bajo el yugo de Urvina, sino de aquel que, con tanta injusticia como bestialidad, llamó al otro: «monstruo que hasta el patíbulo infamara.»

Figuras, además, como los Matas, los Gómez de la Torre, los Borjas, los Angulos, los Riofríos, los Espineles mismo, etc., hacen de ese período, si no un Paraíso, no el peor cuando nada, ni el más vergonzoso de nuestra historia. ¿Dónde pues, en el liberalismo ecuatoriano este odio á la religión, odio últimamente tan decanta-



do, como consigna del partido rival? ¿Dónde aquí los mártires de esa religión ni sus perseguidores?

Hoy por hoy, la situación no es idéntica: merced á imprudentes sectarios que, con Berthe á la cabeza, han pretendido el endiosamiento del crimen; merced á los escandalosos y repetidos abusos del Clero, existe ya en el Ecuador un liberalismo más acentuado que el de nuestros padres. Los atentados contra el dogma pasan inadvertidos para la multitud, no todos somos para teologías; pero si la moral es la sistemáticamente desquiciada de sus bases, aun á los más frívolos les muerde la duda, y viene con ella el deseo de comprenderlo y escudriñar todo, ¿y quién el feliz entonces que logra en esa pendiente detenerse á su voluntad?—Hasta del rompimiento, pues, de la unidad religiosa en el Ecuador, causa fné exclusiva, directa é indirectamente, el fementido *mártir del Derecho Católico*.

¿Existe por tanto entre nosotros un partido político que pretenda innovaciones religiosas? Ni cabe en lo posible, por lo pronto. Si la inmensa mayoría de la Nación es esencialmente católica, quién el insensato que piense siquiera en la *Iglesia libre, en el Estado libre*, por ejemplo? «Paris vaut bien une messe»: dígalo sino Rocafructe, entre nuestros padres, el liberal más avanzado y con todo el más respetuoso de la religión de su pueblo.

Del estudio de la misma época presentada por el Sr. Borrero, aparece en toda su deformidad la otra calumnia con que nuestros adversarios denigran nuestro partido, vocero y operario dizque de la *anarquía* y la *destrucción*. Un Antonio Gómez de la Torre, un Yerovi, un Ma-

ta... ¡qué anárquicos, qué destructores! verdad?—*¡Libertad en el orden!*... ¿y la que queremos nosotros, por ventura, la hallaríamos en el desorden? ¿Cabe régimen de gobierno, cabe sociedad, cabe siquiera la idea de vida con la anarquía por lema?

Ni aun Veintemilla pudo hallar muchos partidarios, menos esbirros en nuestras filas: por un liberal moderado, diez conservadores fueron quizá los que se pasaron á sus banderas, sin excluir gente del Clero. Hoy mismo, según los *genuinos*, ¿no son los conservadores moderados los *anárquicos*, los oligarcas, los *herejes*? ¡Y todavía nuestro pobre pueblo ha de dar algún valor á tales paparruchas que prestan algún asidero á denigradores tan viles como un Berthe!

Y cúmplenos aquí sentar otra verdad deducida de las mismas páginas que examinamos: aun hablando simplemente de política, la escuela de García Moreno es exótica entre nosotros: no cuenta con un solo antecesor en nuestra historia. En costumbres y en algunas preocupaciones, todavía no sacudimos del todo la herencia española; pero con el dominio colonial, con la batalla de Ayacucho, de hecho se extinguió aquí la idea del poder absoluto. Más ó menos republicanos, liberales de un matiz más ó menos subido, hé aquí nuestra genealogía desde Bolívar.

Nadie hasta la época nefanda había osado, en esta zona, proclamar como sistema el absolutismo, en nombre de la religión; ni nadie había declarado *insuficiente* toda ley, en nombre de la salvación del pueblo. El Ecuador del *Héroe* de Berthe, todo será menos república; la Constitución de 1869 es un sarcasmo afrentoso á nuestra historia, á la moral y á la ciencia. El partido

conservador actual, por consiguiente, no es ecuatoriano, no trae su origen de nuestra emancipación, ya que nunca hubo división religiosa: debe su cuna á la inmigración frailesca y tiene por padre al discípulo aprovechado de De Maistre y de Rohrbacher.

Pero impuesto dicho partido con la punta de las bayonetas y con toda la procacidad del crimen victorioso, y halagador por otra parte de la fe sencilla y de la ignorancia de nuestro pueblo, helo ahí trocado no sólo en *partido tradicional* sino en la inmensa boa que ha absorbido toda la savia vital de la Nación. No le negamos *derechos adquiridos*, ni aun cierta prosperidad material, como blanco secundario de sus afanes. Pero él sí es desatentado y criminal, al negar ese mismo derecho de vida á los que tenemos la prosperidad real de esa misma Patria por blanco esencial de nuestras aspiraciones, delirando de ellos únicamente en los medios. Para los liberales de todo matiz, la verdadera república democrática, el triunfo definitivo del derecho, son nuestra aspiración y nuestro objetivo; para los ultragodos, para los garcianos, el absolutismo teocrático.—¿Serán de éstos ó de nosotros la justicia y la victoria? Ya lo decidirá el porvenir.

## IV

La parte más interesante y hermosa de la obra del Sr. Borrero, (si algo puede haber en ella que no halague y no nos hechice) ya lo apuntamos, es esa como resurrección de toda una falange de nuestros varones ilustres, ya casi olvidada por nuestra ignorancia ó nuestra desidia. «Si la historia es la repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y épocas diferentes», no se tenga por orgullosa nuestra pretensión de hallar en nuestros anales ciertas semejanzas con los del gran pueblo de la antigüedad. Hemos tenido hasta Neronos y Vitelios, Tiberios y Coriolanos y aun Brutos y Scévolas ¿por qué no también Antoninos y Marcos Aurelios?

No le mováis de su puesto á nuestro *Zambo Roca*, brillante por su modestia y su tolerancia más que todos los Césares de oropel. Roca fuerte y Olmedo, aguardando están el pincel de un *Quintana* para pasar como deben á la posteridad. *Espinosa*, el virtuoso *Espinosa*, émulos quizá tenga como Magistrado en el mundo de *Colón*, pero no conocemos uno que le sea superior.—Mas no son estas figuras culminantes en nuestra historia y á quienes ya el mundo ha pagado con la fama, las que por ahora nos han seducido más en las páginas del Sr. Borrero, sino esa pléyade de astros de segunda magnitud, tan resplande-

ciente por sus virtudes y tan arrebatadora por la modestia con que los realza.

Imagínalos si podéis una mezcla de la serenidad y la energía del estoicismo romano con la mansedumbre, la dulzura y la abnegación de un verdadero discípulo de Jesús, y os formaréis una idea aproximada de los Solanos, los Riofríos, los Toral, los Plaza, los Guevara, los Martínez, los Hidalgo, los Rivadeneira, los Matas, los Yero-vis, los Borjas, los Angulo, los Gómez de la Torre, los Vivero, los Icazas... y otras docenas más! El autor de la *Refutación* tiene entre ellos puesto especialísimo; y como Benjamín por la edad, Cordero ya asoma en ese grupo. ¿Por qué para nosotros desconocida y casi olvidada esa generación? ¿tan sólo por ese fantasma absorbente que borrando el Ecuador, hizo de la Nación su YO?

Ya lo dijimos, la modestia de esos hombres, víctimas casi todos del *Gran* tirano, fue excesiva: salían á la lid únicamente á la voz del deber y en defensa del derecho. Combatían, no por una gloria vana, sino por el triunfo de la justicia y siempre en el *terreno legal*; y ora desde la tribuna, ora en periódicos y hojas volanderas, más pronto olvidados que leídos por sus apasionados contemporáneos, echaban á la ventura tesoros de virtud y ciencia que ojalá á nosotros nos aprovecharan ahora.

Otra causa de la indiferencia de la generación actual para con nuestros inmediatos mayores: desde el año 60 hasta hoy día, época ha sido y es de desbarajuste en nuestras relaciones políticas y sociales: cuántas apostasías, qué confusión en los partidos, qué inconsecuencias en jefes y soldados de una misma causa! Un em-

pleo, una sonrisa del amo afortunado han bastado para dar en tierra con quienes creíamos gigantes en fortaleza. Y para darnos la razón, no tiene el Sr. Borrero que salir de su propia casa. Qué mucho por tanto que, en nuestro despecho, hayamos confundido á todo un partido generoso en un mismo anatema? Con almas no bien templadas, además, propio es del infortunio, si no el envilecerlas del todo, deslustrarlas al menos ó achicarlas. Y perdonémos el Sr. D. Antonio, en vista de su largo y obstinado silencio, también á él le suponíamos amilanado ó quebrantado por tempestad como la que le había estado reservada. De este error nos saca agradablemente su libro, y nos complacemos al ver que no en vano le llamamos nuestro Cincinato.

La última razón por fin de nuestra injusticia para con nuestros padres no puede ser otra que la poca eficacia de su credo político, razonable y santo cuanto se quiera, pero demasiado *utópico*, según los tiempos en que se pretendió desarrollarlo. Marco Aurelio y los Antoninos ¿qué habrían podido hacer cuando los Calígulas y los Eliogábalos eran los señores del mundo? No sin segunda intención evocamos antes el estoicismo: admiramos á Séneca, y cómo nos conmueve en su *baño* postrero; pero de esa *virtud pasiva*, de esa serenidad inalterable, qué bien para la Patria, qué bien para la humanidad?

No es nuestro ánimo provocar á discusión al Sr. Borrero, ni menos amargar su espíritu con inútiles reproches; pero escribimos para el público, y lecciones no hay como las de la experiencia, cuando plumas como la del ilustre azuayo nos las suministran.



Estudiábamos la generación resucitada por la justiciera pluma del Sr. Borrero, y decíamos que la *virtud* meramente *pasiva* carece de eficacia para el bien, ora en las filas de la oposición, ora en las alturas del poder.

La virtud pasiva en efecto, la que odia lo inicuo y sufre sin embargo el triunfo de la iniquidad; la que no rehusa el combate, pero tampoco lo busca cuando á ello le obliga el derecho; la que corre á ocultarse, avergonzada de los delitos que en cualquier nombre se cometen; la que lágrimas sólo tiene y no salvadora indignación para las ruinas de la Patria; no será cobarde desde luego, si incorruptible está siempre á lo Séneca pronta al sacrificio; pero tampoco habrá cumplido rigurosamente con su deber. Imaginémonos un batallón de ecuatorianos tan ilustres como los que acabamos de enumerar, moderados, moderadísimos en su oposición, pero inquebrantables; corteses, pero firmes; pacientes, pero incansables en clamar contra la arbitrariedad; correctos y cultos, pero resueltos y sostenidos. . . . á fe, que para llevar á cabo su parricidio, ni García Moreno habría osado saltar por ese murallón. Siempre los protervos interpretaron el silencio de los oprimidos como otorgamiento ó derrota, ó como complacencia ó terror; y entonces *vae vilitis!*

¿Temían esos próceres que el déspota consumiese *corporalmente* el lento asesinato que ya con sus almas había comenzado? Infortunio atroz, pero no estéril: habría sonado más pronto la hora de la redención del Ecuador. A ovejas mudas no hay pastor que las defienda; á ovejas dispersas más presto el lobo las devora; ovejas que se amilanan y huyen á la primera arremetida, todas serán pronto diezmadas y aniquiladas á la postre. La virtud republicana no debe ser oveja, no debe tener fortaleza solamente para morir sin balar, sino también para defenderse en cualquier terreno en que sea injustamente provocada. ¿Y es legal el terreno en donde un tirano provoca á sus víctimas?

*Legal?* . . . de suyo se nos vino á la pluma el otro vicio más trascendental de nuestro antiguo partido liberal moderado. Compuesto él en mayoría honorabilísima de intérpretes y sacerdotes de la ley, de adoradores de la vieja Ciencia romana, de esclavos sumisos y voluntarios de la sustanciación, de la fórmula; cosa rara! los que definen el derecho como la *razón escrita*, la *razón reglamentada*, jamás han podido penetrarse de toda la grandeza y hermosura que abarca esta palabra *derecho*. Con tal que la ley lo exprese, derecho no hay que por un abogado no sea reconocido. Pero como en ningún Código está escrito «este derecho imprescriptible é inalienable del hombre al desarrollo libre, holgado y progresivo de todas sus facultades espirituales y físicas», ¿cómo sancionar éste, que es el más sagrado y primordial de los derechos?

*La paz y el orden públicos* no son, para esos honrados utopistas, puramente *medios* para la consecución de nuestro destino, esto es para

nuestro perfeccionamiento en la tierra: son la *aspiración suprema* de la Sociedad, aunque el tal orden sea el de una ergástula y la tal paz la de las tumbas. La revolución, para ellos, es un crimen ciertamente y un atentado horrible el motín; pero reuna el revolucionario en *Convención* á sus cómplices, truéquense en legisladores los molineros, dicten éstos una *Constitución*, y convertido queda en autoridad lo inicuo, en legitimidad el crimen, en ley el capricho, en orden social la esclavitud y por fin en vida la misma muerte. Y para nada, por supuesto, se ha de tomar en cuenta el origen de donde esa *Constitución* y esa *Convención* han emanado; para nada la voluntad popular que debió ser su base, y para nada la razón y justicia que *por su ausencia* brillan en esas obras. ¿Están escritos y promulgados los nuevos Códigos? basta, *consumatum est*.

¿Cuál el primer efecto fatal de esta deplorable estrechez de espíritu? La desigualdad de armas en el combate: qué lucha ya entre quien declara *toda ley insuficiente* y el que no puede dar un paso sino á la sombra de esa misma ley? Aún más trascendental es el segundo efecto de esa concepción mezquina del derecho: para el dios-éxito, para el crimen coronado, no hay sanción posible, no hay justicia. Y quien, aunque con lágrimas condenaría al último suplicio á un infeliz, si es plena la prueba de su delito, declara irresponsable al que, siendo un hacinamiento de delitos, los ha coronado con éxito feliz.

Pero entiéndanos bien el lector: penetrados vivimos de que, mientras en gobernantes y gobernados no sea sincero y profundo el respeto á la ley, será imposible la verdadera república en este Continente. Mas predicad también que bas-

ta una Constituyente para lavar de su traición y hacer *excelentísimo* á un Veintemilla, v. gr., y habéis matado, aunque de otro modo, esa misma república: *nihil nimis*.

Exageramos quizá las debilidades de nuestro antiguo liberalismo? Ojalá! Pero allí tenéis la *Refutación*: toda ella es el proceso formidable del más insensato y feroz de nuestros tiranos. Hace lo posible el respetabilísimo Fiscal por suavizar las pinceladas de su cuadro; y cambiando á veces el papel, aun aboga por el culpado é imperioso demanda la absolución; pero imposible! no está en manos del Sr. Borrero rasgar la historia, ni menos cambiar la naturaleza de los hechos. Y bien, ¿justiciable el delincuente?— cómo! sea como fuese, es la primera autoridad de la Nación.—Nulas, irritas sus obras nefandas?— menos, pasaron ya en autoridad de cosa juzgada.— Pero la infracción de las mismas leyes que él expidió y vos defendéis;— allí están los Tribunales de Justicia, allí los Congresos.— Pero si unos y otros se componen de sus paniaguados y esbitros?— silencio! oléis á sedicioso; y á llorar, á llorar sobre las ruínas de nuestra Jerusalén, *legalmente* desolada!

Quién lo creyera! los hijos de las tinieblas son más lógicos que los de la luz. Ya lo veis, Berthe acepta el derecho de insurrección, y aun santifica el desgraciado todo crimen, con tal que sea conducente al triunfo de *su* absolutismo. Leedlo despacio, y de sus páginas es la lógica siguiente la que deducís: «¿Conviene difamar y calumniar al enemigo y más á la autoridad?— allí está el ínclito *Zurriago*, allí el soberbio *Vengador*; duro con los *impíos*!—¿Es indispensable y justo amarrar á un Presidente y dar una

puñalada en el corazón de la Patria, con la muerte de sus instituciones?—claro, y caiga el *imbécil* Espinosa y venga el *glorioso* 69 para el triunfo del *derecho divino*.—¿Pero aquel juramento ante Dios y ante los hombres de no aceptar la Presidencia?—disparate! en política el juramento es una farsa, y en conciencia á García Moreno no le obligó el suyo.—Y esa venta del Ecuador para subir al solio, y solamente para no caer nunca de él?—qué más se quieren los ecuatorianos con ser colonias de España y mejor de Francia!—Mas tantos gritos de los oprimidos, tantas maldiciones y quejas de infaustas víctimas?—los muertos no hablan: allí está la barra, allí el cadalzo, allí las selvas del Oriente.—Pero sin felonía con nuestros vecinos, cómo consumir tranquilos obras tan negras?—Bah, haz traición á todos, aunque tu patria quede exangüe, miserable y envilecida, con tal que sea la predilecta de Roma.—Y qué pretexto para realizar tantas *proezas*?—pues finge aquí una lucha religiosa, proclámate *Vengador y Mártir del derecho católico*, engaña al Infalible y á los que no lo son y no te conocen; y déjame por último que, anonadando á tu patria y dando una bofetada á la mía, concluya mis tastufadas con esta blasfemia: «qué falta á mi Francia para ser Nación cristiana, esto es, civilizada? un García Moreno.»

En presencia de estos cuadros, salta á la vista la diferencia de las dos escuelas combatientes hasta 1875: virtuosa en extremo la una, pero tímida é inconsecuente en sus fórmulas; criminal furibunda la otra, pero espantosamente audaz en la lógica de la protervia. Sean bendecidas las virtudes de nuestros prohombres mode-

rados; pero derecho nos dan para lamentar de que su estoicismo haya sido algo más que estéril, perjudicial á la República. Impotencia?... sí: nada de reproches! se las *habían* con un torrente devastador.

Con la cita siguiente de la Biblia, concluye un hermosísimo artículo el más melifluo de nuestros liberales moderados, el Dr. Benigno Malo; y con ella vamos á concluir también nosotros este párrafo, porque ella pinta con exactitud el espíritu de ambas escuelas: «Yo pongo hoy por testigos al cielo y á la tierra, de que os he propuesto la vida ó la muerte, la bendición ó la maldición»; decía dicho publicista al proponer una candidatura (la del Dr. Francisco X. Aguirre) que hubiera sido la salvación de la República. Sus enemigos, está claro, se rieron de aquella *bendición* y de aquella *vida*, ofrecidas por adversarios á quienes conocían incapaces de matar ó maldecir; y claro también, sobrevino la catástrofe! Profeta le sacaron los sucesos al Dr. Malo.... sobrevínole sí la maldición al impío, pero no legal. Qué ceguera!

Conocemos ya al partido moderado ó filosófico en la oposición, veámosle ahora en el poder.

## VI

Poco ó ningún caso hace el rudo labrador de la lluvia lenta y suave que, filtrándose con amor en los campos, los fecundiza y rejuvenece; el huracán y la tormenta, el relámpago y el trueno, éstos le sacuden el ánimo y le obligan á murmurar una plegaria. *Pequeña*, pues, é insignificante debió de aparecer la influencia benéfica de un Borrero en el solio presidencial, después que la tempestad y el rayo habían hecho allí su nido. *Régimen constitucional! . . . república! . . . y un hombre que no se llamaba ni alférez menos General en Jefe de sus Ejércitos. . . .* qué desengaño para un pueblo veleidoso que le elevó hasta con frenesí!

Pero á más de las apariencias, aunque sofisticas, siempre tan elocuentes para el *vulgo de toda clase*, en la página 725 de la *Refutación*, tenemos el programa y aun el sistema de gobierno que dicho señor ofreció y comenzó á implantar en la República como primer Magistrado; y allí se ostentan en toda su desnudez la belleza y la debilidad á la par del partido que representaba. En pulcritud y justicia, en espíritu democrático y filosofía cristiana, puede ser más precioso ese documento? Pero ay! no era una Nación de filósofos la que principió á gobernar el Dr. Borrero, sino un pueblo incipiente y muy gastado y bastante envilecido por una tiranía inaudita.

Nada más hermoso en verdad que el olvido de todo lo pasado y un abrazo fraternal entre cuantos hemos nacido á la sombra de nuestros augustos montes; hermoso, pero imposible! Qué amalgama entre sayones y oprimidos, entre verdugos y víctimas? No diremos en aquellos días, aun en tiempos menos borrascosos, toda fusión en política es una quimera, porque implica sin remedio engaño mutuo y la deslealtad consiguiente. A pesar de ello, la concebimos á lo más para un objeto dado y transitorio, aunque después nos duela; pero para la creación, para la formación de un Gobierno?...

Sea un Presidente *Jefe de la Nación y no de un Partido*; no haya para él enemigos, menos afectos ciegos ni rencores crudos; pero si las ruedas de una administración no son homogéneas ni bien proporcionadas, si no hay comunidad de aspiraciones y perfecta solidaridad entre el Jefe y sus colaboradores.... imposible! aquello no anda; y si anda, no vuela; y si no vuela, es más probable el fracaso que el recto cumplimiento de su destino.

Guerra es la vida, guerra el pan de cada día, guerra la política y también guerra un Gobierno: y cuándo pudo un General reparar un descuido, si se dejó sorprender entre dos fuegos!

La división de un pueblo en partidos, lo sabéis, es no sólo ineludible, sino necesaria: sin proporción debida entre la fuerza y la resistencia, ó pára ó se rompe la máquina. Y si forzosamente existe esta división, claro es que siempre ha de haber un partido vencedor y otro vencido. Introducid á los vencidos dentro de los muros que tenéis que defender, confiadles todos vuestros secretos, poned en sus manos la repartición de

vuestras fuerzas, indicadles los puntos más importantes y aun los flacos que hay que guardar... y estáis perdido! En comunicación están esos intrusos con vuestros enemigos; fingirán celo para con vos, pero más desearán entregar la fortaleza en manos de sus partidarios; y harto difícil es á la postre que esos intrusos no rematen en traidores.

¿La fusión en el poder, además, satisface á todos los partidos? Otro imposible de toda imposibilidad: «Si aquello — se dicen todos — no es azul ni rojo, ni conservador ni liberal, ni carne ni pescado»... de aquí los celos, las dudas, el rencor en los no favorecidos y por fin la desconfianza general, traducida bien pronto en descontento; el cual unido á la mala fe, no rara en los abanderizados, sugiere naturalmente la palabra *traición*: y de ella al ABAJO! la distancia es cortísima, quedando todo reducido á cual de los bandos descontentos es el primero que se lanza á la rebelión. No le basta á un Presidente el prestigio de la opinión pública: le es no menos necesario el apoyo decidido y tenaz de un partido que con él quiera la realización de un ideal, y que con él esté resuelto á triunfar ó sucumbir, pero siempre fiel. Si hablando del matrimonio, no debe el hombre separar lo que Dios unió, tampoco un buen político no intente *ayuntar* lo que el diablo ha separado, si no quiere que sean mal interpretadas sus más rectas intenciones.

Por otra parte, más absurda era todavía la fusión al subir al solio el Sr. Borrero: aun manaban sangre algunas heridas, y señalados estaban por los partidarios de dicho señor los sayones que esas heridas habían abierto. No se podía castigar para ellos, verdad; pero ¿premiados los

cómplices de tantos crímenes, y antepuestos á los que firmes habían combatido por la resurrección de la República?... Siempre los hijos de las tinieblas más lógicos que los de la luz! Ya vimos cómo los *restauradores* trataron á los *veintemillistas*: á nadie ni para nada pedimos barbaridades; pero sanción, alguna sanción, si no queremos que del todo nos envuelva y arrastre este aluvión corruptor de nuestras costumbres públicas que á todos nos asusta!

¡Ah, si en todo tiempo apenas hay ciencia más difícil que la de gobierno. nunca tanto como al derrumbamiento de un despotismo salvaje! Cuántas esperanzas por realizar y aspiraciones por satisfacer; cuánto por remediar ó destruir ó por deshacer y rehacer; y cuánto que sufrir por parte de los amigos envanecidos por el triunfo y de los enemigos envenenados por la derrota.

## VII

Y á pesar, no obstante, de las dificultades expuestas en el párrafo anterior, ni ellas, ni otras más hubieran sido quizá invencibles para el Sr. Borrero, si la Constitución del 69 no hubiese estado ahí, ahí, no solamente como padrón de ignominia nuestra y de escándalo de la América republicana, mas también como espada de Damocles, pendiente sobre la cabeza del gobernante y de los gobernados. ¿Se sujetaba el nuevo Pre-

sidente estrictamente á esa ley, esto es teníamos un nuevo Sultán en el Ecuador?— ¡ Qué infamia para él y qué sarcasmo para el partido de la razón y la justicia! ¿ Despreciaba dicha Constitución, la tomaba como letra muerta? El perjurio entonces; y qué brecha tan hermosa la que dejaba al terrorismo derrocado. Nunca talvez se vió Magistrado alguno en posición tan crítica como la de nuestro Presidente de 1875 al 76.

Entendemos que abrimos con imprudencia una cicatriz que para siempre deseáramos cerrada; pero excúsenos por un instante el filósofo cristiano: si como él hemos hecho hasta aquí justicia á terroristas y liberales moderados, también debemos imparcialidad á los *no-moderados*.

¿ Fueron evidentes, entonces, las tentativas revolucionarias en ambos partidos *ultras*? Nadie lo negará, ni tampoco el alborozo de los terroristas á la primera noticia de la rebelión en Guayaquil, al imaginarse que Veintemilla se había proclamado por ellos. Luego la causa del malestar general no fué simplemente la persona del Dr. Borrero; luego no estuvo bien aclarada ni definida la situación; luego fué imposible la subsistencia tranquila de posición tan anormal.

El 2 de Octubre de 1875, cuna del borrarismo, fué harto revolucionaria, fué el anatema estentóreo de todo el Ecuador contra la dominación garciana: en ese día quedó barrido siquiera el Gabinete, verdadero cubil de fieras; protestó en ese día la República que no había nacido para la esclavitud. Liberal pues, altamente liberal fué el aliento que se propagó por todo el ámbito del país al proclamar la candidatura del Sr. Borrero. Y al contrario «La candidatura del Crimen» la llamaron los terroristas; y qué barbari-

dades lanzaron en ese tono á los cuatro vientos. Que la indecisión del nuevo Magistrado y la odiada administración de Veintemilla hayan dado asidero á los conservadores para extraviar después y torcer por completo el criterio popular, es cosa enteramente distinta. Pero no fué el partido conservador á quien Borrero debió su victoria; y precisamente el liberal fué el rechazado por él. Ingratitud ó contradicción mortal en un estadista.

El 2 de Octubre por otra parte no tuvo desgraciadamente un hombre á la altura de las circunstancias. Gloriosa fué aquella jornada para Quito y para toda la República que imitó su ejemplo; y ella además dió á conocer la miseria del despotismo, pues bastó un soplo para aventarlo. Mas ni intentó arrancar de cuajo las obras inicuas de ese mismo despotismo ni nada resolvió en cuanto á la vigencia ó la caducidad de leyes absurdas; ni nada en reparación de lo pasado ni en previsión para lo porvenir. El hecho, pues, para el nuevo Presidente era el mismo de inmundicias y podre en el cual se había revolcado la tiranía. Para la multitud ni para políticos de conveniencia, qué importaba esta ignominia ni aquella contradicción?

Hubo ya una voz, sin embargo, durante el debate eleccionario, que llamó ahincadamente la atención á esta irregularidad desde entonces harto ominosa; y sensible nos es decirlo, en tiempo tan oportuno y precioso no la escuchó el Sr. Borrero como debía. Por ciegamente ambicioso que á Veintemilla nos le figuremos, sin un pretexto y sin un partido que le apoyara no habría consumado su desgraciada proeza. *Pretexto?* N6! La cuna del 8 de Setiembre fué la inmunda, una felonía: el instrumento fué el bronco, un solda-

dote sin méritos; los efectos fueron los vergonzosos y deplorables, una dictadura *sui generis*. Mas si atendemos á la causa y á los fines que esa revolución engendraron, pocas hay entre las ecuatorianas tan justificables como ella.

La sombra del *general Flores*, para Urvina; la de *éste*, para García Moreno; la de *Alfaro*, para Caamaño; hoy por hoy las *finanzas*. . . . consiguas en fin ó pretextos nunca faltaran para los abusos del poder ó para las empresas de la ambición y de la codicia. Mas el odio á la Constitución del 69 no fué pretexto ni consigna: no se trataba solamente de bienestar y progreso, sino también del buen nombre, de la honra del Ecuador.

Nadie como Dn. Juan Montalvo ha desentrañado todo el horror de la famosa Constitución, llamada, con más justicia que la del 43, nuestra *carta de esclavitud*. Ni nadie como Dn. Antonio Borrero ha pintado mejor y en toda su deformidad la fuente de donde emanó dicha *Carta*: el crimen del 69! . . . Y pues, la Constituyente aquella de los famosos *treinta*; la farsa del juramento y de las renunciaciones del insensato; la presencia allí del déspota, como Ministro, para imponer insolente y sin réplica su voluntad; el sainete aquel de Diputados que hacen de opositores, y todo lo aprueban por unanimidad — supuesto que, como en el Británico de Racine, allí está Nerón entre bastidores, sin perder una palabra ni un gesto de sus eunucos — . . . y eterno, eterno ese aborto infernal?

*Se lo irá reformando* — dijo el Presidente — verdad; pero con tal hecho solamente ¿no era respetar y sancionar lo inicuo? Y pues, reformable el crimen, á voluntad y capricho de los cómplices del mismo crimen! Porque no olvide-

mos que, á pesar de haber sido la elección del Sr. Borrero, á más de un merecido tributo á su republicanismo, una protesta solemne contra las iniquidades de antaño, los poderes Legislativo y Judicial quedaron no sólo impunes sino de árbitros de la situación.

Confesamos categóricamente, eso sí, que una vez aceptada la Presidencia y jurada la malhadada Constitución por el Sr. Borrero, no le era ya dable tomar otra actitud que la que tomó, puesto caso que sólo á un Veintemilla pudo ocurrírsele eso de hacerse así mismo una revolución. ¿Mas pudo cambiar en algo esta consideración *legal* la argumentación sin réplica de los opositoristas? Porque el fatal argumento era ad-hominem: «Ud., señor — le decían — combatió enérgicamente esa misma Constitución; aun la calificó de *viciosa* en el acto más solemne de su vida pública. En su carta del 68 á García Moreno, tan justa como política, le prueba Ud. á ese hombre que se halla él en la imposibilidad de ser Presidente, ya que tiene por insuficiente y viciosa la Constitución, cuya observancia debe jurar. ¿No es idéntica la situación de Ud.?». . . .

No seremos nosotros de los que *après coup* se hacen los profetas ó consejeros en cosas irremediables. Pero, si hubo días en que *fué hasta de moda ser borrerista*, ya se comprende el entusiasmo con que habría sido recibida la menor insinuación de tan prestigioso caudillo, y más si ella entrañaba justicia y era conforme á la aspiración general. Si «el 6 de agosto reasumió el pueblo su soberanía», conculcada y usurpada el 17 de enero de 1869 — según el decir del propio Dr. Borrero — ; nada más lógico que la restauración del régimen constitucional bárbaramente in-

terrumpido en esta segunda fecha; nada más natural en *derecho* que un Borrero digno é inmediato sucesor de Espinosa el justo. ¿Se temía quizá que los conservadores, ya medio screnados de su primer aturdimiento y con las armas en la mano, se opusieran á esta restauración incruenta y á la vez necesaria? Sus esfuerzos habrían sido vanos, y en último caso *prius mori quam fœdari*. No hubo, no, posposición de la honra en el Sr. Borrero, sino lo que ya llevamos apuntado como vicio de la escuela á que pertenece, ese apega-miento á la letra de la ley, ese respeto mayor al hecho consumado, que al espíritu, y por consi-guiente á la razón y la justicia universales.

Mas reflexiones y pesares son estos que, á lo más, darán después alguna luz á un historiador imparcial. Sobrevino la catástrofe, y si en ella quedó rota una página ignominiosa del Ecuador, no lo fué sino con el sacrificio pavoroso del pro-greso de la Patria; pues, no hay que dudarlo, con una serie de Presidentes á lo Borrero, lenta habría sido pero qué segura y gloriosa nuestra regeneración! Si bien, por lo que después he-mos visto, — con amargura y con perdón del au-tor de las Catilinas — no ha sido la de Veinte-milla la peor de las administraciones soportadas por el Ecuador.

Y con todo ¿quíerese una prueba concluyen-te de que, entre los *principales promovedores* de la revolución de Setiembre no fueron el móvil *pasiones ruines* ni menos la resurrección del *militarismo*? Dadnos un hombre solo, hombre de veras tal, un solo mancebo generoso que haya acompañado largo tiempo al dictador en su lúgu-bre carrera; dadnos uno de esas condiciones que á la postre antes no haya sido víctima que esbi-

rrero. ¿Y quién, entre ellos no fué soldado incautable hasta castigar al traidor?

De ninguna manera hubiéramos deseado tocar punto tan angustioso como la revolución mentada, ya que desde cualquier aspecto sólo aplausos merece la obra del Sr. Borrero. Con ella y á ojos vistos, diez codos más se ha alzado su ilustre autor, ante sus contemporáneos. Y en esto insistimos, no por halagar el amor propio de nadie, sino por ser rarísimo en nuestros tiempos modelo tal de laboriosidad y constancia. Ni el hiel de los años, ni la frivolidad é injusticia de los hombres, ni tempestades tan violentas como la que en la vida pública le han agitado, ni la muerte de sus esperanzas con la pérdida de su hermosa prole, ni desencargos amarguísimos de todo género, inclusive el de la cruel veleidad de la fortuna, nada, nada ha logrado trocar ni mover á ese varón justo y tenaz en su propósito de amar y servir con nobleza y hasta el fin á su Patria. Más grandes y venerandos son los Catones fraguados al calor del republicanismismo cristiano!

No habríamos querido---decíamos---tocar en estas líneas nada que fuese desagradable; pero también los liberales *no moderados* son hijos del Ecuador, y general debe ser la *reparación* tan noblemente llevada á cima por el Sr. Borrero. Si son bellísimas y dignas de todo respeto y ternura las figuras que él presenta en resplandeciente galería, tampoco son despreciables las de los Carbo, los Moncayos (Pedro), los Montalvos, los Vélez, los Alfaro, los Valverdes, los Semblantes, los Velas, los Vázquez, los Borjas, los Cárdenas . . . y otros más, padres ó timbres de un liberalismo más desenfadado y atronante, pero no menos ilustrado y patriota que el moderado.

De bendecir habría sido, siquiera por el bien de la patria, un abrazo fraternal entre todos nuestros prohombres, con el mutuo sacrificio de prejuicios, exageraciones y antipatías poco explicables. Pero está visto, más que nuestros despotas y tiranos nuestra desunión ó intransigencia han de ser siempre el obstáculo peor para el triunfo de la verdadera república en este país.— Otra vez la lógica envidiable de nuestros adversarios: hasta el último rompimiento ocasionado por el *progresismo*, sean los que fuesen, *para y entre ellos nunca ha habido ventos ni infames!*

Resumimos; un liberalismo á lo padre Ventura, á lo Lacordaire, á lo Donoso Cortés, á lo Balmes y lo más á lo Montalembert, he aquí el liberalismo ecuatoriano tan vilipendiado, torturado y perseguido sin treguas por un partido *exótico*, triste caricatura del carlismo español ó del ultramontanismo francés, importado en el Ecuador desde el 62, y precisamente para la defensa de todas las iniquidades cometidas en nombre de la religión (1). Tal es la lección más elocuente que, para gloria de la patria, y con documentos *irrefutables*, se desprende de las páginas del Sr. Borrero.

Hemos estudiado someramente á los liberales moderados como opositoristas y gobernantes, no por otra causa sino porque deseamos fortuna

(1) Prueba terminante de lo dicho es que, entre los conservadores hoy vivos, uno solo no hay que hasta 1862 no haya sido más ó menos liberal: digalo los Ponce, los Salazar, los Lepinosas, el mismo Ramón Borrero, los Cevallos (Pedro), etc. y otros mil. Y prueba aun más elocuente de lo dicho es la Constitución misma del año 60, diciendo exclamativamente, por los partidarios del caudillo ya trinitario y cuando en toda la República era ya poderosa la influencia de García Moreno: Constitución despedazada por él mismo, y por los famosos *trece*: entre esos, también los Ascásabís y otros que tanto combatieron la tiranía de don Juan José Flores.

y acierto mejores á los que van á tomar en su mano la dirección de nuestros destinos. Y hemos dado un vistazo, que nos parece imparcial, á los últimos acontecimientos apenas apuntados por el justiciero azuayo, porque si todos hemos pecado por error de concepto, y no por *ruindad*, la reparación debe ser para todos los que la merecen.

No preguntaremos si nosotros hemos escrito al sabor de todos, porque sabemos que la verdad no es para todo paladar; pero si fuera de saber por qué la *indiferencia* de tantos *patriotas*, á la aparición de obras como la del Sr. Borrero? Ya se ve, élla también sólo es verdad y... plomo derritado por tanto para los cómplices de Berthe. Nos engañábamos al principio cuando los suponíamos avergonzados y arrepentidos de su solidaridad con el fraile desventurado. Con tal de satisfacer sus ciegas y desatentadas pasiones, qué significa para ellos el buen nombre de la patria? Si al escritor asalariado no le proclaman públicamente un Crisóstomo, es por miedo únicamente de la rechilla, porque *aun no les ha sonado* dizque *su hora*; pero ofrézcaseles la más insignificante coyuntura, y Berthe será la fuente de su inspiración macarrónica.

Una prueba? Acaba de celebrarse en la Capital el aniversario de la batalla de *Miñarica*, — página de las negras del Ecuador una de las más renegridas — con la erección de una pilastra en memoria del *héroe* de Berthe; y el eterno juglar de palacio ha sido el orador elegido para esa fiesta. ¿Una muestra de los *frutos* ofrecidos *por las cabezas encanecidas* en el oficio del incensario? Pues bien: la tal pilastra ó semi-obelisco es, por su sencillez, una *flor*; el Ecu-

dor, por su inocencia, *un niño*; y el Sr. García Moreno... pues, la *Divinidad misma* que se digna aceptar *flor tan ruin de niño tan... penitente!* Y dicen que no es ya de nuestra época la poesía. — Con que, para tal fecha tal fiesta, y para tal fiesta tal orador, estamos?

Mas no nos distraigan cicerones y poetas de trapo, al tener que despedirnos cariñosa y respetuosamente del honorabilísimo autor de la *Refutación*.

1892.

## Un drama en miniatura

Dn. Miguel Valverde

I

AL es la pieza peregrina que, cual valiosísimo diamante, acaba de engarzarse en la Corona literaria de nuestra Patria. Argumento aterrador, caracteres perfectamente dibujados y desarrollados con maestría; colorido sobrio, grave y siempre en conformidad con los cuadros que se suceden; gradación desesperante en los afectos que la obrita despierta; congoja indecible desde el primero hasta el último verso... qué drama!— En novedad, elevación y profundidad de ideas, en belleza horripilante, con tema tan manoseado y vulgar como la muerte; la verdad sea dicha, no conocemos otro canto como el que ligeramente nos proponemos examinar.

Alzase el telón: y un cadáver, una amante desesperada y un estoíco, pero no tanto que pueda disimular su dolor, he aquí los objetos que se nos ofrecen. Algo más: *la viva y alegre luz de los cirios*, tan alegres y vivos en una fiesta como delante de un ataúd; *la calma serena de lo infinito*, tan serena en nuestras horas de dicha como en nuestras torturas; *y la sordera, la ceguedad de lo irresponsable!*... Esto desespera; pero belleza ó defecto, tal es el carácter esencial de esta nueva producción artística.

*Cosa sencilla y natural la muerte*, y á la par, *eterna incognita*, problema irresoluble, verdad; pero leyendo estos versos únicamente, sentirá quienquiera por primera vez todo el frío, todo ese hielo matador que debe producir aquello de «lanzar las horas de una existencia al mar de los recuerdos, así como *este* yerto cadáver á la fosa».

Conque bien: «Ante la muerte» es el argumento del dramita, ó lo que es lo mismo, una *ne-crología*, asunto que, desde Adán hasta nosotros, ha vibrado sin cesar en la lira humana. Y sin embargo, en el fondo y en la forma, qué originalidad tan hechicera la del vate guayaquileño!

Dolora y Fídel son los que desarrollan la acción; y algo como el antiguo coro griego lo que de remate le sirve.—Mezcla admirable de ternura y desesperación varoniles, Dolora es un tipo que una vez presentado á la imaginación, en ella queda embutido como los mejores de Shakspeare ó de Víctor Hugo. La Julieta del primero ó la Blanca del segundo, verbí gracia, son como retratos de cuerpo entero, ofrecidos en forma natural y bajo todo aspecto, en una serie de pasajes á cual más holgado y encantador. Dolora

es una miniatura, pero que después de besada y contemplada en éxtasis largo rato, la colgamos del cuello y la ponemos sobre el corazón. — «Después de todo, nada . . . una vida arrojada al vacío» — esto es, la idealización de un dolor sin consuelo, de un dolor desesperado, he aquí Dolora.

¿Sabéis cuál es nuestra piedra de toque para conocer la perfección de un *carácter* artísticamente creado? La ilusión con que llegamos á creer verdadera y real esa persona; el interés apasionado con que la seguimos en la escena; el ansia de volverla á hallar y de tratar otra vez con ella en alguna parte. Esta impresión nos produce Dolora, y toque es éste puramente de ingenios privilegiados.

Fidel es el tipo acabado del dramita, y nuevo, absolutamente nuevo en literatura: nadie hasta hoy había osado cantar la filosofía de la nada ni menos buscar en ella la belleza. Fidel no es el amante de Dolora; este papel hubiera sido demasiado vulgar: es el amigo leal de las víctimas, tan amigo que, á pesar de su desolador estoicismo, allí está con ellas; y tan *fiel* que hasta llora. No hay para él un *más allá*, menos una voz que responda al frenesí de nuestros dolores: «efectos necesarios que eslabonan la causa necesaria, en la serie infinita en que todo efecto es causa transitoria de algo á su turno», he aquí la vida para Fidel.

Pero, cuidado con equivocaros! Hasta ferroz se muestra él en eso de ahondar el puñal en el corazón de Dolora; nos dice que «el dolor ajeno le es desconocido y que para él, por tanto, no existe»; y aún capaz sería como Sócrates ó Scévola de tomar la cicuta ó de poner la diestra en el brasero sin que la sintiese temblar. Pero en



vauo! es hombre, y nada de lo que al hombre pertenece puede serle ajeno: ante el cadáver de su amigo y ante el seno desgarrado de Dolora, los sollozos le ahogan y no acierta á reprimir sus mal contenidas lágrimas... «Tú también lloras!»... Símbolo vivo de una desesperación sombría, bajo el engañoso velo de una severidad inalterable, tal es la figura realuente trágica de Fidel.

Carácter imposible, por consiguiente? Profundidad demasiado la ciencia, profundidad demasiado nuestro propio corazón, profundidad demasiado la sociedad en la cual por error brotan seres que para ella no han sido; y no os parecerá rara, no os sorprenderá una alma con alas para remontarse á lo infinito y encadenada á la vez, como Prometeo, en el Cáucaso de la realidad ó del desengaño.

¿Pero cuál propiamente la acción desarrollada en este compendio de drama? Ya lo hemos dicho, el dolor en la más penetrante de sus formas, en la pérdida irremediable, eterna, completa del sér amado; pero con qué naturalidad y con qué toques tan espantables, de manera que la impresión total nos penetre en el alma como un taladro!—Figuraos ante el féretro de vuestra amada; al contacto de los suyos sentid, sentid el hielo de la muerte en vuestros labios... pues, así helados os sentís ante «ese festín de otra mansión de seres escogidos, *la de los gusanos!*» ¿Triunfo no es éste del arte en todo su esplendor?

*Horror!* gritarán los exclusivistas y añadirán quizás: *la belleza en la nada?*... absurdo inconcebible!—Pues este horror es el constitutivo de esa belleza, este absurdo la fuente de esa

desesperación irreductible y en la cual nos *deleitamos*, como en toda victoria artística.

¿Quién le impone al poeta los elementos únicos con que ha de dar vida á su creación? ¿quién el osado que le señala los *locables* y los que no debe ni ver? Si para conmovernos, ha menester el Dante la *calavera* de un hijo roída por su propio padre; si las *harpías* que de súbito caen sobre un banquete son las que ponen en sobresalto á un puñado de héroes; si la aterrante agonía de Laocoonte, abrazado de sus hijos moribundos, proviene de las *serpientes* que los estrangulan, bendita calavera, benditas harpías y bienhadadas serpientes que constituyen la sublimidad del cuadro.

Aquí no examinamos al filósofo, ni aquilatamos doctrinas, ni vamos á decidir cuál sea la más consoladora para la humanidad: estudiamos al pensador, al poeta, y sólo en la región del arte; y qué peregrino, qué grande se nos presenta, en su misma genialidad el cantor de la muerte! Hemos de aclarar más nuestro pensamiento? Un hijo del pueblo, un artesano oscuro de Ibarra, para la próxima Exposición Nacional, acaba de preparar un asombro, una *máquina de coser* nada menos, hecha sin otro instrumento que un cuchillo de zapatero y de leños propios apenas para la cocina.... Pues, *por lo mismo* ¿no sería, lector, la única respuesta para el que nos preguntase en qué está el mérito de tal obra?

Las producciones artísticas son como un hecho consumado: se las ha de examinar como son, como ha querido el autor que sean, y no como un crítico vulgar quisiera que fuesen ó como se ha imaginado que forzosamente debieran ser. Enrostrad á Napoleón la escasez de fuerzas ó cual-

quier otro detalle, al final de la batalla; pero no le digáis que vos, en lugar de él, no hubieseis aceptado el combate en Waterloo.

Valverde ha aceptado la batalla en un despeñadero: pues, *por lo mismo*, más gloriosa su victoria.

Y nadie se imagine que filosofía tan desconsoladora como la de Fidel pueda hallarse en riña con una moral subidísima. En acentos entrecortados como un sollozo, en estrofas ya vibrantes, ya lánguidas y que tan perfectamente imitan el dolor funeral en sus horribles intermitencias, ved en ese soberbio coro el homenaje más cumplido á la virtud. Algo hay en él del *miserere* de Verdi, algo del *Dies irae* de Mozart, de esa música, en una palabra, que nos deja el corazón como prensado; coro que á la postre termina con esa modulación que realmente semeja al *grito de los míseros que agonizan en la sombra*:

«Recuerdos del que fué, dormid en paz!»

## II

¿Seguimos ahora en el desempeño del poemita? Ningún nuevo recurso dramático, ninguna necia afectación en la esencia del asunto escogido ni en la forma que lo desarrolla. La observación sagaz de la naturaleza, el estudio de los transportes del corazón, dado el carácter de tu persona: he aquí todo el mérito del canto.--

Ni en la expresión, por consiguiente, no vayáis á buscar el atildamiento afeminado de la frase, mas sí la propiedad y la robustez varonil; no esa armonía hueca muchas veces del ampuloso lenguaje poético; pero sí la entonación sustanciosa é inherente á la grandeza de la idea; no los oropeles y atavíos académicos, mas sí la grandilocuencia, la austera simplicidad de un filósofo poeta.

No es Fídel un pedante que en presencia de un cadáver y junto á mujer como Dolora, se echa á filosofar, haciendo alarde de ciencia. Vibra en su acento un dolor reconcentrado é incomparable: ninguna ilusión para él, ninguna consuelo, ninguna esperanza. «Microbio colosal en un átomo de escorias, perdido éste allá, en océano como la inmensidad, y con lo absoluto irresponsable por ley... ¿á qué el ruego sentido, á qué la inútil queja?... ¿Ves cómo á un ligero soplo he apagado este cirio? Dónde la flama ahora? Pues lo mismo con los que lloramos muertos:

“Vida es la luz y los humanos seres  
Se encienden y se apagan como antorchas”.

¿Es esto filosofar ó refovernos en la desesperación?

Pero sube de punto esta belleza cuando palpamos que, á pesar de asunto tan elevado como el que explana el poeta, es la naturalidad, la hechicera naturalidad el brillo de toda la obra:

“Benigno! ... Si no es él! no son los sayos  
•slos ojos hinchidos en que flotan  
•ocenas nubes...  
Mi aliento no halla el sayo en esta línea”.

« Este cuerpo no es él... nada de él está aquí... Pero no puede ser... es imposible... Ya se murió, Fidel... »

Hasta de vulgar tacharía un crítico chirle el *ya se murió*; pero así habla un dolor no académico; así, así llora la naturaleza.

Y no penséis que, en atención á esta naturalidad y sencillez primorosas, quede sacrificado el lirismo:

“ Tú, que á mi lado estás; tú, que sollozas,  
Tú, que no te separas todavía  
De esta mujer que se ha quedado sola ”....

Queréis otro arranque de primer orden?

“ Todo acabó, no es cierto? Sí: comprendo!  
No verla nunca más! Lanzar las horas etc... ”

Así se encumbran los poetas. --¿ Queréis una paráfrasis dignísima del *chaupi punchapi tuta-yarcá*?

“ Como vino hacia mí noche tan lóbrega,  
Cuando irradiaba el cielo de mi cielo  
Las primeras sonrisas de la aurora? ”

¿ Ansiáis por viveza y aterrante energía en el diálogo?

“ El vive aún. — En dónde? — En tu memoria ”.

Tampoco os figuréis que la aridez del filósofo sea incapaz de producir una flor: nos las echa á manojos, y desgraciado quien en los versos siguientes no contempla toda una cascada de grave y melancólica poesía. Ved todo el trozo que concluye de esta manera:

“Campos de rosas,  
alegres risas, bulliciosas fiestas,  
placer intenso, rebosantes copas,  
son las brillantes notas que armonizan  
en el concierto universal, con obras  
graves modulaciones de los miseros  
que agonizan y mueren en la sombra”.

Una observación, sin embargo: en la intensidad de su amargura, la vida para Dolora es:

“Fuente que se agota;  
Juz que se extingue; flor que se marchita;  
espíritos que aparecen y se borran....”

También en la Biblia, nuestra existencia es como el heno antes de la siega; como la flor rozagante á la mañana, y mustia, descolorida á la tarde; y por fin, como la sombra, en lo efímero y rápido de la duración. ¿De dónde pues la diferencia de impresiones, siendo casi unas las imágenes? Al grito de Job y de quienes como él cantan, el efecto es una austera melancolía que nos arruga la frente sí, que nos encoge el corazón, pero que al cabo se resuelve en profundísimo suspiro. Mas á la queja desgarrante de Dolora, al *omnis moriar* de Fidel, es algo más que tristeza lo que nos oprime: quedamos pálidos, como si con Sócrates hubiésemos apurado el vaso fatal. Sabéis por qué?... ah, cuánto se subleva y se espanta nuestro pobre espíritu á la idea de la nada; y cómo halla más consolador ver en la muerte un sueño, largo y frío cuanto se quiera, pero solamente un sueño!

Reproche? nó; pero, para más vigor en el contraste para mayor riqueza en la paleta del artista bella sería la lucha de la filosofía desesperante de Fidel con los solemnes acentos de un espiritualismo alentador: siempre es angusta la

batalla de la luz con las sombras y muy hermosa la poesía del crepúsculo!

¿Y bajo qué baudera literaria se presenta hoy el esclarecido vate que con su producción tan gratamente nos ha sorprendido? Pregunta muy difícil de ser satisfecha en nuestros días. Contemporáneos de una evolución literaria, cuyo éxito estamos lejos de columbrar, viendo estamos por todas partes las ruinas que los combates producen, mas no todavía lo que en lugar de ellas se levantará. El clasicismo puro duerme ya con el derecho *divino* de los reyes; con Hugo perdió el romanticismo el último y el más radiante de sus astros; y en cuanto al naturalismo no vemos aún el rumbo que tome definitivamente y menos la altura en que se coloque.

Con Nuñez de Arce y varios otros que no le van en zaga, grato nos es ver á nuestra Madre patria en marea ascendente; pero en los demás países meridionales de Europa con *la fin du siècle*, no sabemos qué decir de quienes ellos mismos se llaman *decadentes*. Y cosa rara! mientras tal fenómeno es innegable en ultra mar (1), qué exhuberancia de vida, en nuestras republi-quillas, qué riqueza de ideales, qué variedad de producciones! á tientas todavía, ciertamente, sin sello marcado indígena y algo así caprichosas, como flores no cultivadas en inmensa selva.

Prueba palmaria de esta clasificación imposible es cabalmente el canto que examinamos: ni ibero-americano ni menos francés el sabor dominante de dicha producción. Se barrunta en el

(1) Con los conservadores, no para obras literarias teñamos aduana libre y era completa nuestra ignorancia del movimiento intelectual en Europa.

vate la savia intelectual de poetas filósofos á lo Schakspeare, Goethe, Byron, Heine, Hugo, y de filósofos poetas á lo Michelet, Pelletan, Planmarión, etc. y de filósofos puros ó sin epíteto, á lo Littré, Darwin, etc. pero imitación de ellos propiamente, ninguna. Sangre propia suya, buena ó mala, es la que vemos circular por las robustas venas de este atleta del pensamiento, quien al primer salto aparece entre los más encumbrados de nuestro parnaso.

No decimos para el Ecnador, para América toda, es nueva la ruta emprendida por D. Miguel Valverde: sea toda ella de lauros y palmas; y á su radiante corona cívica, añada la más modesta quizá, pero la menos marchitable, la que para muy pocos entretejen con amor las musas.

Tales eran en 1892 nuestros ardientes, sinceros deseos por la gloriosa carrera de Valverde: de entonces acá más activa y difícil su actuación en la vida pública; pruebas más relevantes de su abnegación y patriotismo; más sostenida su laboriosidad y su constancia en empresas que deberían haberle producido por lo menos satisfactoria holgura. Y cuando en el campo literario ha vuelto á mostrar su laureada frente, siempre como comenzó, siempre en primera línea. Y, sin embargo....

*Estrella, destino, fatalidad? . . .* voces en el fondo absolutamente sin sentido; y de ellas no obstante echamos mano para la explicación de lo inexplicable, para dejar más embrollado lo que se nos autoja misterioso. Sea lo que fuese, cuando de Valverde se trata, hasta involuntariamente exclamamos: *qué estrella!* concluyendo siempre con esta interrogación: «Y será *hasta cuándo la fatalidad su sombra?*»

«El carácter quizás ó algún defecto probablemente — tal vez alguien lo diga — le atrae la hostilidad de sus conciudadanos?» Pero si sucede todo lo contrario: á más de las dotes y ejecutorias que posee, es precisamente general la simpatía que *en donde quiera se ha conquistado*, por esa mezcla inverosímil de un ánimo altamente varonil á par que femenino, si atendemos á la delicadeza de sus sentimientos y á su exquisita nerviosidad. Y sin embargo para nadie como para él, más arduo y espinoso el sendero de la vida, para nadie más incesante y menuda la lluvia de desengaños. Y él, con todo, cada vez más levantada la frente y más serena la sonrisa, continúa su camino sin una protesta, sin una queja en sus labios, y eso que ya ha comenzado el *descenso de la montaña*. Oh desesperación, qué horrenda es en verdad la suerte de los realmente grandes!

Doña Mercedes  
G. de Moscoso

Athos á Silvio

 **ME** HABLAS con entusiasmo, queridísimo Silvio, de la talentosa hija del Guayas, lujo ahora de tu hermosa tierra, la cual si bien no ha menester de galas ajenas para campear como la más simpática de nuestras ciudades, no distingue sin embargo propios de extraños, cuando se trata de ingenio ó virtud. ¡Cómo de leguas se percibe en tu acento al noble hijo del poético Ambato, siempre sediento de gloria, siempre con todo el Ecuador por patria y toda la humanidad por hermanos, y sin pizca de provincialismo ni de otra pasión que en algo le aplebeye!

Y á fe que sólo me complacería en tu liberalidad, si metiéndome las «Reminiscencias» por los ojos, no exigieras también de mí transportes idénticos á los tuyos. No arde en el norte con la misma fuerza aquel soberbio sol que abrasa tus arcuaes. Un páramo es mi morada y la soledad mi compañera: imagínate la estufa que necesitará mi espíritu para medio incorporarse.

Y al hablar de una mujer, además, no caben reticencias ni restricciones: ó galante y entusiasta á toda vela, ó ciego y sordo y mudo, como un islote. Pero como no te juzgo tan indiscreto que á cualquiera vayas á mostrar mi carta, ni tengo por racional ó provechoso traspasar los límites de lo justo, aun tratándose de una hermosa; veamos si por medio de un símil te expreso con exactitud el juicio que me pides acerca del poemita de la Sra. de Moscoso.

Viajas de hijo y á menudo por nuestra escabrosa sierra; y cuántas veces bien fatigado y aburrido habrás tocado en *lambos* ó posadas, que envidian aún y mucho á las que inimitablemente describe Cervantes. Pero quizás también diste, como yo alguna vez, en medio de las selvas, con una casita blanca, aseada, coqueta, á cuya puerta llamaste con las ínfulas y la arrogancia de un viajero acomodado; y de la cual estás ya afuera, al día siguiente, medio corrido y con ese dulce escozor de una indeleble gratitud.

Pero á poco andar, no es la nobleza, no la exquisita educación de tus huéspedes las que te llevan tan preocupado y pensativo: la velada, la velada pone en olvido hasta el objeto de tu viaje. Pues cuando estabas ya en busca de tu lechò, te viste de improviso conducido á un salón, en donde sólo tu poncho y tu bufanda hicieron el efecto

de un ojo tuerto en un solio (no es indirecta á nuestro actual Presidente); y después de atenciones mil por parte de una familia encantadora, cuál fué tu asombro al ver á una hechicera muchacha sentarse junto al piano, con todo el donaire de una limeña.

Un *tonito*, un yaraví, hasta una de esas malhadadas canciones colombianas que, por su vulgaridad, nos crisan los nervios, habrían bastado para enloquecerte. Pero no, señor! con una voz argentina y un gusto y limpidez soberanos, si bien con rostro todo llamas, rompe la *chagrita* en una hermosa zarzuela y aun en trozos de la Norma y del Rigoletto. Nada entiende de fusas ó semifusas; pero sí, y mucho, de hablar al alma por la armonía.—«Imposible, señorita, que ignore Ud. el arte divino de Gounod?—Pero, hombre, responde campechanamente el papá, qué maestro en estos desiertos?»

Y es la verdad: saltan á la vista, ó mejor al oído, la invencible afición á la música de la modesta cantatriz, su constante ejercicio en el piano y su instintivo sentimiento estético. Pero lástima que no conozca la nota á maravilla: poco haría en un teatro, no es artista de profesión.—Y continúas en tu mula, Silvio, rumiando estas reflexiones, sin olvidar fácilmente á la dama que te las sugiere.

Pero figúrate que la tal *chagrita* deja su cortijo; que halla en la ciudad un excelente maestro en el divino arte; que llega á poseer y á saborear los inefables tesoros musicales debidos á los Verdi, los Bellini, los Chopín... ¿Te sorprenderías, si en una nueva excursión por la consabida selva, das con toda una Patti, en la casita blanca?

¿Es Ambato la casita hermosa en medio del desierto, y doña Mercedes la *chagrila* de mi mal surcido cuento? Aplícalo tú como te plazca; mas no me niegues que lo imprevisto, como el hallazgo de un TAMBO no esperado, acentúa más una sensación deliciosa. Y aguarda un poquitillo: meditación más sostenida y algo de empamamiento en el habla de nuestros grandes escritores, ya verás cómo desarrollan y fortifican el estro visible de la que, aun por atavismo, tiene que ostentarse, en inteligencia, hermana no indigna de nuestro pequeño Proteo, hablo de N. Augusto.

Sí, poética sobre modo es el alma de la Sra. de Moscoso; cuánta delicadeza de afectos, cuánta suavidad en la expresión de lo que siente! Sí, poetisa y muy simpática es tu semi-paisana, Silvio; y de plácemes están las Sucres, las Caamaños, las Narváez, las Febres Cordero, etc. por esta nueva hermana en su brillante coro. Los arrullos de la Sra. de Moscoso son como los de un arroyo en un jardín; y élla con más razón que la artista excelsa, doña Gertrudis, puede decirnos:

“Canto como canta el ave,  
como las anras suspiran. . . .  
canto porque al cielo plugo  
darme el estro que me anima  
como dió brillo á los astros  
como da al orbe armonías”.

Un precioso manojito de flores silvestres, he ahí, para mí, el poemita que te debo, «Reminiscencias». Pero aguarda un poquitín repito, no tendremos en Dña. Mercedes una Avellaneda ó una Pardo Bazán; mas élla será indudablemente la cantora del hogar, la arrulladora deliciosa del dolor, la delicada consejera de la mujer.

Y ya que incidentalmente tocamos el *dolor*, una reflexioncilla. Pesares efectivos y graves han sido en realidad el lote de nuestra cantora, en la primavera de su vida; pues el destierro, la orfandad prematura, las estrecheces en el hogar, y éste no siempre seguro, cosas son para nublar-nos bastante el alma. ¿Por qué, sin embargo, y A PESAR de la poetisa misma, esa luz crepuscular en sus versos, luz que de tanto hechizo reviste las producciones femeniles? Una de dos: ó quienes mucho han padecido y sin interrupción no son los cantores privilegiados del dolor; ó en la quietud y bienestar presentes, no acertamos á evocar con eficacia las horas de tempestad y angustia. ¿Y por qué no, si también la sensibilidad puede encallecer; y de aquí que quien por incidencia solamente saborea el infortunio, lo exprese con más energía?

Es lo cierto que la Sra. de Moscoso quiso su poemita sombrío y le salió color de rosa; nos ofrece una lluvia de lágrimas, y son las sonrisas de su *ilusión encantadora*, de su preciosa hijita, lo que nos seduce; quiere cantar el dolor, y lo que adivinamos es un hogar feliz, sí por el amor que en el se abriga, sí por el cultivo sobre todo de altas y nobles virtudes.

Y aquí tienes Silvio, la explicación completa de la segunda parte de mi *juicio crítico*: (!) poetisa es, te dije, pero no literata de profesión, no artista; y de esta clase ni aguardemos todavía mujeres en nuestra sociedad. A Dios gracias, la ecuatoriana hasta hoy lo que de ordinario procura antes que todo, es ser mujer de verdad, esto es apoyo y consuelo en el hogar. También luz y armonía lo será y no muy tarde; mas por ahora adoremos en ella á la hija amante, á la esposa mo-



delo, á la madre santa. Y atendida la comodidad doméstica apenas mediana, y aun ésta no común en nuestras ciudades interioranas ¿cómo pedir perfección artística ó científica á nuestras madres ó esposas? *Omnes divi*: felices las que no del todo abrumadas con el peso de este negro cada día, cuentan con una hora á lo menos para el cultivo y el solaz de su espíritu. Te consta, Silvio, también mi Lola antes de la *sabrosa luna*, rasgueaba y no mal la guitarra; y qué divinamente cantaba sus propios versos y aun los tuyos, y los míos por de contado. Ahora ... con guitarras más bellas desde luego, pero de *bemoles* no á lo Rossini ni á lo Beethoven, entona sus cantarcillos sí, mas sólo para acallar ó adormecer á sus serafinillos, trocados no rara vez en irresistibles huracanes.

Admirable es y digna de todo loor una mujer altamente ilustrada y consumadamente artista; pero más adorable sin disputa cuando á un juicio recto y elevado, y á un corazón delicado y sensible, aduna amor inquebrantable á la virtud y se desvive en su esmerado cultivo. Eduquemos, ilustremos, acrisolemos á nuestros *adorados tormentos*, Silvio; pero no les pidamos todavía perfección en lo que no ha mucho les estamos poniendo ante los ojos. Si en materia de cítaras y péñolas, con excepciones rarísimas, el sexo feo mismo es de un feo bien subido entre nosotros, aunque de académicos mangoneemos, ¿al sexo hermoso, tan largo tiempo relegado al olvido y la oscuridad intelectual, le hemos de exigir de sopetón Olmedos y Montalvos?

Y punto ya, Silvio; un abrazo,

1887.

## El General Lamar

**EN** el hermoso folleto últimamente publicado por el Dr. Honorato Vázquez —«Arte y Moral»— al defender una pieza poética suya, falla definitiva y desfavorablemente acerca de la memoria de uno de los Próceres harto notable de nuestra emancipación. No es la alteza del general Lamar, brazo poderoso de Bolívar, en Junín, y no menos eficaz y formidable de Sucre, en Ayacucho, la que nos mueve á trazar estas líneas: es tan sólo el amor á la verdad; pues no somos de los que *compensando* los crímenes con ciertas virtudes y poniendo en éstas únicamente la mira, abonan y casi justifican los primeros. Si Lamar fué de veras *traidor*, su grandeza misma sólo contribuiría á hacerle más imperdonable y odioso. Pero por esa misma justicia de la que se aclama adalid el Dr. Vázquez, punto nos parece éste de suma importancia en nuestra historia y al cual los eruditos americanos deben proporcionar la mayor luz posible, para el juicio imparcial de la posteridad.

No ha llegado á nuestras manos la refutación del Sr. A. B. C., á quien en el mencionado folleto se refiere el Dr. Vázquez; ni menos es propósito nuestro provocar y sostener una polémica vana con el simpático escritor, que tan severo se muestra con su ilustre paisano. En un corazón estamos con él en sus principios sobre *naturalización*, Derecho Internacional, etc. Pero entre los antecedentes que le sirven de base para deducir su fallo, si nos parece que ha despreciado algunos en extremo importantes y que sin disputa mucho habrían modificado su juicio.

No somos adoradores del dios éxito: invariables en todo lugar y tiempo deben ser los principios de una recta moral; pero también deben tomarse en consideración ciertas circunstancias que de un Bolívar, por ejemplo, rebelde y *traidor* á España hacen un Héroe y Libertador de un mundo; circunstancias que de un Ricaurte, suicida en San Mateo, hacen un mártir sublime y salvador de nuestra emancipación.

Para juzgar á Lamar, en el punto preciso que se le acusa, es forzoso contraernos únicamente á su conducta, prescindiendo de cualquiera otra consideración que, por más que á ella nos parezca anexa, sólo vendría en último caso á enredar nuestro raciocinio. Dejamos aparte la cuestión de si el Perú se mostró ó no ingrato é injusto, en su campaña contra Colombia: el *inri* que lleva en su frente condenándole está como imperdonable causante del graude escándalo á que aludimos. Limpiando, pues, la palestra de toda maleza, examinemos tan sólo si hemos de ver en Lamar el *infame y traidor parricida* de que habla el Dr. Vázquez; el Coriolano de la Colombia de Bolívar; el miserable conde Julián

que, por vengar personales ofensas, da en tierra con su Patria y procura su deshonra.

Autójasenos á nosotros todo lo contrario: un amor ciego quizás, pero excusable, á su suelo natal; la ambición de extender los límites de un pueblo cuyos destinos regía, en competencia con un vecino por demás grande y poderoso; el tesón de coronar la mira política de un partido á cuya cabeza se puso; y la esperanza ó la convicción, por tanto, de proporcionar una suerte más próspera á la comarca que ambicionaba. fueron probablemente los móviles de su proceder, ayuno eso sí del juicio y cordura que tamaña empresa demandaba. Pero *felonía* propiamente, *traición*, no alcanzamos á ver en esta conducta.

Que torpezas y pasiones bastardas hayan deslustrado á Lamar en su ocaso y cegándole lamentablemente le hayan arrastrado á su ruina, fácil nos será reconocer en la historia; pero para la bofetada que el Dr. Vázquez le asienta, un dato no hallará que le justifique. Don Felipe Larrazabal, el panegirista más apasionado del Libertador y que de hinojos parece que escribió su obra: Larrazabal para quien como que se le agotan las sombras cuando se trata del que no participa de su adoración por el Grande entre los Grandes; aun Larrazabal, decimos, acusa á Lamar de *hechos monstruosos y abominables*, pero no suelta la odiosa palabra que, como hierro candente, deja indeleble y nauseabunda marca en un nombre. ¿Ni cómo lo había de hacer, si la injusticia en general no es lo mismo que la falta de fidelidad y lealtad debidas á un hombre ó á un principio?

La intervención armada por ejemplo, será detestable cuanto se quiera, pero no es traición;

El espíritu de conquista será eternamente la característica más repugnante de la humanidad, pero no es sinónimo de felonía. Puede en muchos casos la ambición arrastrarnos al crimen, lo mismo que el deseo de venganza ó un inmoderado rencor; pero sólo en circunstancias determinadas degenerarán en verdadera traición. Y esta circunstancia concreta, particular no distinguimos en el General que nos ocupa. Admitimos con el Dr. Vázquez dos hombres en Lamar, el *peruano* por naturalización y gratitud, y el *cuencano* por nacimiento; pero propiamente bajo las banderas de Colombia no lo vemos nunca, ni menos ambicionando la ciudadanía de la patria de Bolívar, en dónde pues la traición? Y si conquistada recién nuestra independencia, estuvo cada cual en su derecho, al abrazar entre los partidos militantes entonces, el que mejor le cuadraba ¿por qué negárselo únicamente á Lamar, caudillo á la postre de los enamorados antes del Perú que de Colombia?

Si hoy, que más ó menos bien, tenemos ya constituidas y deslindadas las diversas nacionalidades en que se ha dividido la América española, se presentase un ambicioso que sólo por su medro personal, pidiera auxilio á una Nación extranjera — como el *mismo Perú*, por ejemplo — para invadir la suya; ó pretendiera enagenarla ó regalarla á otro país. llámese éste *francés ó español*, verbigracia, sin otro móvil que usurpar el poder y barrer hasta la menor sombra de oposición, nadie nos parece que vacilaría en llamar *traidor* á ese ambicioso, que á la postre se alzó con la tiranía. ¿Conoce el Sr. Dr. Vázquez el americano á quien aludimos? y á fé que sonrojado guarda silencio el doctor.

Ahora bien, la situación de esos dos países (Ecuador y Perú) era en los años de 1828 y 29 la misma que en el 59? Aspiraciones é instituciones, partúlos y tendencias y hasta leyes y límites respectivos, todo estaba vacilante, todo en confusión, todo por formarse. Colombia agonizaba, y en sus dos partes extremas sobre todo percibíase el hielo de la muerte; tanto que Venezuela en aquellos días comienza y acaba por separarse; y tanto que, á poco andar, sin ninguna dificultad, y como de suyo, hace lo mismo el Ecuador. «Porque — ya lo dijo un gran pensador — á causa de su propia grandeza y extensión nació Colombia inclinada desde la cuna á dividirse y cambiar de ser».

Nunca como entonces quizá tanta diversidad de partidos: *federalistas* unos, *centralistas* otros, *constitucionalistas* los más, *dictatoriales* no pocos y hasta *monarquistas independientes* algunos, con los distintos matices desde luego á que se prestan tan variadas denominaciones. Los mismos poderes públicos no reconocen al cabo otra ley que la punta de las bayonetas; las autoridades mismas departamentales se pronuncian aquí por el *Código boliviano*, allá por la *Constitución de Cúcuta* y en todas partes por una nueva *Constituyente* que conjure tan fatal división, hasta que por fin es definitivamente convocada la tal Asamblea por el Dictador mismo, rompiendo la Constitución jurada. Los pueblos, entre tanto, en especial estos del Sur, fuera de su desvalida independencia, ¿qué otra cosa veían que un militarismo arbitrario y salvaje, consecuencia forzosa de la situación misma, pero no por eso menos abrumadora y desesperante? Y ¿qué cosa más natural por consiguiente que la

existencia de un partido poco ó nada afecto á este yugo?

Si pues no fueron traidores los federalistas ni los monarquistas, los santanderistas ni los bolivaristas, etc., no califiquemos como tales únicamente á los que pensaban que serían más felices de peruanos que de colombianos, ó formando su *Republiquita* aparte, como por algunos días lo realizaron. Lamar hizo muy mal desde luego al intervenir como Presidente de otra nación en ajenos asuntos: y acentuó más esta falta al valerse de su posición para coronar una simple mira de partido. Pero Lamar, como peruano, no cometió traición en sus pujos de conquista; ni tampoco fué traidor como cuecauo y más como guayaquileño, al pertenecer á esa comunión política que daba la preferencia á Lima sobre Bogotá.

Con la cabeza descubierta, desgarrados los vestidos y bajo una lluvia formidable de metralla: «Cobardes, gritaba *Ney* á los fugitivos en Waterloo, cobardes! venid y veréis cómo muere un Mariscal de Francia!» Cuánto crecería hasta el arrobamiento el entusiasmo que inspira esta imagen viva de la desesperación, si ella no se nos presentase justamente infamada con el sello de la infidelidad! No en vano hemos evocado

este nombre: si exceptuamos la traición, Lamar es el Ney de nuestra magna guerra. Pero Ney sí juró lealtad á la restauración borbónica; á Ney se le confió la más hermosa división, la mejor equipada de la Francia invadida; Ney juró á los Borbones llevarles en la punta de su espada la cabeza del Corso; y Ney... dígalo Waterloo, dígalo su triste fin! Pero Lamar qué juró, ni qué ofreció á Bolívar ni á Colombia? ¿En qué su traición, en haber querido peruano su suelo natal, ó en su rompimiento con el Libertador?

No nos creemos en el deber de probar la existencia de este partido anticolombianista, en los departamentos meridionales de la gran República, puesto que el mismo Dr. Vázquez lo confiesa en cada foja de su escrito, y además porque muy doloroso nos sería citar nombres harto queridos y respetados en nuestra historia. Pero sí añadiremos que, sin la victoria de Pichincha y la presencia misma de Bolívar en Guayaquil, quizás no se adliería esta comarca á la antigua Presidencia de Quito. Sus relaciones más frecuentes con los pueblos septentrionales del Perú, la proximidad y la más fácil comunicación de sus capitales, su desvío algo más que pronunciado á nuestra Sierra, y el cansancio sobre todo, el horror producido por una soldadesca grosera, soez y cada vez más insolentada por sus victorias mismas: motivos son que daban mucha consistencia al partido, que admiraba la bandera de Colombia, pero que no gustaba de continuar cobijado por ella.

Hanos tocado á nosotros, desde la distancia en que de esos sucesos nos hallamos, contemplar únicamente el fulgor de tantas glorias; pero para fallar con imparcialidad, bueno fuera que por

algunos instantes nos pusiéramos en lugar de nuestros mayores y ponderáramos los sacrificios con que esas mismas glorias conquistaron. « Quito, Cuenca y las demás poblaciones del Ecuador, nada dijeron — dice Cevallos al hablar de las quejas de Guayaquil contra sus autoridades horriblemente despóticas — Cuenca y Quito nada dijeron, pero lloraban ». Males transitorios desde luego y ya bien compensados con la independencia de sus hijos; mas no por eso menos reales é insoportables hasta cierto punto. Para Junín, para Ayacucho por ejemplo, estos pueblos meridionales de Colombia fueron de seguro los que más tuvieron que contribuir con todas sus energías y hasta con su sangre: figurémonos hasta dónde habrá llegado su quebranto.

Resumiendo, por lo que alcanzamos á rastrear, lo más granado de nuestra Costa y no pocas familias notables del Azuay estaban por su adhesión al Perú, y eso aun antes de que sobre Flores se condensasen las sombras de Berruccos. Y que este partido se despertó con más viveza ante los síntomas de la disolución de la gran República, entre otras cosas lo prueba el hecho mismo de haber intentado Lamar su realización, después de pulsar probablemente la opinión de estos departamentos. ¿Y qué cosa más explicable entonces, repetimos, que quien fué cuencano por nacimiento, guayaquileño por vínculos de familia y peruano por adopción y naturalización, se haya puesto á la cabeza de aquel partido y procurado formar un todo de lo que constituía sus aficciones personales y su ideal político?

Acusémosle de no haber previsto la nueva República que había de surgir de ese alborotado mar de tan encontradas pasiones; acusémosle de

haber puesto en práctica aquellos medios injustos y violentos, de los que siempre abusará por desgracia el que se deja llevar del espíritu de conquista; acusémosle de cuanto se nos antoje; pero sin prevención ó ceguera, muy difícil es ver *traición* ó felonía en lo que no fué sino ambición tonta ó mero efecto de una opinión política, tan censurable, si se quiere, como la de quienes intentaron coronar rey á Bolívar, ó la de quienes quisieron sustituir con la federación el centralismo entonces vigente. Pruébenos el Dr. Vázquez que por sórdido interés, por comprobada venalidad, como el coronel Bustamante, ó por cualquiera otra causa, rompió Lamar la fé jurada á las banderas de Colombia, y no vacilaremos en llamarle *traidor*; pruébenos que fué su blanco la deshonra ó la ruina de su suelo natal, de Cuenca, y maldeciremos con el poeta el *acero parricida* de su hijo *desnaturalizado*.

Pero ¿estaba en su derecho el partido *peruanista* al optar más por una nacionalidad que por otra? No barruntamos cómo desatarán este nudó los enemigos de la soberanía popular. Aun más, confesamos que si hoy mismo la *opinión pública* es lo que entre nosotros, ya se comprende lo que ésta podría, cuando el sable era la ley suprema de estas comarcas. Pero farsa ó lo que sean la tal opinión y la mentada soberanía, si para el Dr. Vázquez fué traidor á la Patria dicho partido, traidoras deben serle también las Repúblicas de Venezuela y el Ecuador, desgarradoras violentas del seno de esa misma Patria; traidores deben serle los pueblos del Sur de Nueva Granada hasta Popayán, puesto que prefirieron unirse á nuestra suerte antes que al antiguo Virreinato; traidores serán los que pensaron se-

riamente en una confederación de las Repúblicas creadas por Bolívar: y para cortar á raíz, traidores son el Azuay y el Guayas que, al incorporarse al Ecuador, contra toda ley y justicia, impusieron como condición forzosa, la *igualdad de representación* en los Congresos. No ignora el Dr. Vázquez que, por probar demasiado, argumentos son estos que nada prueban.

Demos, además un imposible — que, atendida la grandeza de Colombia y el genio del Libertador, es verdadero imposible la victoria del Perú sobre las huestes colombianas: Ney contra Napoleón inspiraría lástima, y no menos Lamar contra Bolívar —; pero dado este imposible ¿habríase regresado á Lima el invasor, sin consolidar su poder en la parte conquistada; habría sobrevenido la revolución de Gamarra y Lafuente y la nota por consiguiente de traidor sobre Lamar? El éxito, repetimos, no entra para nada en nuestro criterio; pero ora sea por propia voluntad, ora por la fuerza de las armas, en el hecho solo de *peruanizarse* los mentados Departamentos, EN ESOS DIAS, veríamos inconveniencia política, injusticia clamorosa, escándalo cuanto se quiera, pero no *traición*, ni en el partido que lo intentó ni en su caudillo.

«La guerra — dice el Dr. Vázquez — era de Lamar, antes que del Perú contra Colombia». Exagera y exagera demasiado el poeta. Un hombre solo, un *extranjero*, un Lamar sobre todo, tan simpático en el campo de batalla como de pulso incierto y muy mediocre en la dirección de un Estado, no era el más á propósito para arrastrar el Perú de entonces á una guerra sólo personal. Se aprovechó el Mariscal para sus intentos de la situación en que encontró dicha Repú-

blica, he ahí todo. ¿Ha olvidado el Dr. Vázquez á los Sres. Vidaurre y Pando? ha olvidado á Gamarra ante Bolivia? ha olvidado esa fiebre de la ambición, en la tierra de los Incas, desde el instante mismo en que, mediante el esfuerzo de nuestros padres, vió asegurada su independencia?

«La constitución boliviana jurada por el Perú». . . . «Meses después (de embarcado Bolívar en el Callao para el Norte y antes de la partida de Lamar para Lima, por consiguiente) quedó de todo en todo relegada al olvido la tal constitución, y el *Padre y Salvador del Perú*, que la había dado, fué calumniado como nunca y profundamente aborrecido y hasta escarnecido». (Cevallos). Sí, no ya una nube, sino la verdadera tempestad perseguía entonces por todas partes al Genio; pero ni fué Lamar el que la forjó ni él tan sólo el que en ella tronaba.

Al llegar á este punto trascendentalísimo de nuestra historia—la ingratitud de gran parte de los contemporáneos para con Bolívar—pedimos al Dr. Vázquez se fije en este fenómeno no muy ponderado á lo que sepamos, por otros escritores y que tanta luz arroja sobre esa época, una de las más agitadas de nuestra vida independiente. Persigue, decíamos, la tempestad al Genio; pero en cualquiera parte basta su presencia para conjurarla. Aparece en Venezuela, y Páez es un cordero, á su mirada. Brilla en Bogotá, y Santander se eclipsa, y queda como maniatada la demagogia. Sónríe en nuestras comarcas, y Quito, Cuenca y Guayaquil visten de gala y olvidan á sus procónsules. Tenemos á fé que, aun declarada la guerra entre el Perú y Colombia, si de súbito se hubiese presentado Bolívar en Lima, sin otro séquito que su nombre,

habríanle otra vez proclamado Presidente vitalicio y abrazado su Constitución: tal aparece su prestigio, tal el irresistible ascendiente de sus dotes sobrehumanas. Pero no bien se ausenta de un lugar, cuando casi de sus huellas mismas surge furioso y aterrador el torbellino. ¿Cómo explicar este fenómeno sin tomar en cuenta la grandeza misma aplastadora del Héroe y la inestabilidad de las instituciones nacientes, y la loca ambición, el hambre desaforada de los que por sus hazañas se creían poco pagados aún hasta con la adoración de los pueblos que habían hecho libres?

Bolívar y Sucre . . . no conocemos grupo igual en la Historia! Alejandro, César, Napoleón, capitanes y compañeros tuvieron más ó menos dignos de figurar en sus hazañas, más ó menos adheridos á sus personas, más ó menos noblemente envidiosos ó serviles. Pero capaces de hombrarse con ellos en la misma altura; complacientes así como Sucre, pero sin bajeza; admiradores apasionados del mérito, pero sin servilismo: émulos de sus virtudes, pero sin rastro de celos ó de envidia que los deslustrará . . . ; ah! ¿saborcaría plenamente el Libertador el galardón con que la Providencia, para compensar sus amarguras y enormes sacrificios, le regaló al completar su glo-

ria con la inmaculada del vencedor de Ayacucho? Pero así como sería necedad ambicionar un Bolívar á cada instante, injusticia fuera también y locura exigir á todo capitán y á toda la humanidad virtudes tan excelsas como las que forman la aureola del Héroe del Pichincha.

Felices nosotros que podemos extasiarnos en la grandeza de nuestros Próceres, sin participar en nada de las miserables pasioncillas que cegaron á sus contemporáneos; y más felices aún porque con serenidad y justicia podemos dar á cada uno de ellos lo que por sus acciones les cumple. Sí, nadie le disputará ahora á Bolívar el altar erigido en el corazón por todo americano; y no por gratitud tan sólo, ni por simple admiración de sus proezas, sino porque, después de bien aquilataado su mérito, vemos que surge más radiante del crisol á que le sujetamos. Engañóse alguna vez desde luego, porque fué hombre; pero aun de ese mismo error que pudiera enrostrársele, aparece como causa su entrañable amor á la Hija de Colón, su apasionamiento por la gran República y el ansia natural de coronar dignamente su obra soberana. Tornó su pecho la ambición en pira formidable, pero á más de que á ella debe América su libertad, ni bastardeó un momento, ni nunca se dirigió sino á lo sublime en bondad y belleza. Hijo de la raza latina y en un pueblo que nada tiene de parecido á sus hermanos del Norte ¿cómo había de poseer el desprendimiento y la frialdad de Washington, ante la inminencia de la desaparición de su obra? Corazón todo él, así como San Martín casi inteligencia pura ¿cómo habíamos de exigir á Bolívar sólo la helada calma del raciocinio y en medio de un incendio que por instantes le reducía á cenizas?

Pero nosotros vemos esto ahora, y compasión únicamente merecen los que, entre el fragor de la tormenta, sólo palpaban esa voluntad avasalladora que como el huracán arrastraba con todos, como con débiles cañas. ¿Y hemos de extrañar que tuviese enemigos? lo contrario es lo que nos suspendería. Y que más ó menos justificables, motivos poderosos dió para ello, no nos lo negará el Dr. Vázquez. Oportuna ó no, sabia ó poco meditada, su famosa constitución fué verdadera manzana de discordia. Imprudentes Ministros y ciegos admiradores suyos pensaron seriamente hasta en coronarle; y ni él conservó siempre el mismo tino y mesura en el ejercicio de su poder omnímodo.

Si añadimos á estas causas más que suficientes para el desasosiego general de Colombia y la América toda, la situación misma especial de sus ejércitos, el cansancio de pueblos ya postrados con tan interminables campañas, y ese hervidero de pasiones tan natural en toda época de transición, no nos sorprenderemos de los violentos rencores contra el Libertador ni de la turbulencia é incesantes defecciones de sus Tenientes. Mas si nos sorprenderá que el Dr. Vázquez llame *traidor* cabalmente al único que no juró fidelidad á Bolívar, al único colombiano no — colombiano, aunque disuene la paradoja.

Por encarecer más esta supuesta traición, parangona nuestro ilustrado contrincante las cartas dirigidas por Lamar á Bolívar, en los años de 1824 y 25, con las proclamas que el primero lanzó, al abrir su desgraciada campaña de 1829. Con mucha sinceridad podemos ser hoy apreciadores del mérito y las virtudes del Dr. Vázquez, aun cuando le veamos en las filas de un

partido por demás ominoso para la Patria; y sin *traición* y con la misma sinceridad le detestaríamos mañana si le creyésemos complicado en las abominables empresas, que tan á menudo perpetra sus copartidarios. La diferencia pues de lenguaje entre unos y otros documentos no implica contradicción, menos felonía: habrá error de concepto, exageración de los cargos contra el Libertador, intemperancia de palabra, mal velada ambición, un rencor lamentable; pero traición, lectores?

Y sube de punto la extrañeza que nos causa este enzañamiento contra Lamar, en una alma tan noble y generosa como la del escritor á quien refutamos, al seguirle en el análisis que de dichas proclamas hace con tanto apasionamiento. ; Sólo en el infortunado Mariscal son crímenes y *traición* especialmente hasta los registros comunes, con que todo ambicioso procura cohonestar esa calamidad suprema que llamamos guerra! Exhortándoles á la defección, y ofreciéndoles los brazos abiertos, y sumo bienestar, y una lluvia de felicidades, marcharán las huestes de la República Francesa contra los pueblos que han excitado su codicia. No menos pródigo en ofertas, muy pronto Napoleón caerá sobre esos mismos pueblos, para arrebatarnos los cetros y coronas, que para los suyos ha destinado. Ni vayamos tan lejos: la reconquista de nuestra honra y libertad nos ofrecía Mosquera, al insinuarnos que le recibiéramos como hermano; y la reconquista de la religión, la propiedad y la familia, ofrecimos nosotros á los neogranadinos que nos ayudasen á derrocar á Mosquera!

Pero qué más? dentro de casa mismo, trátase de simples elecciones, de meros intereses de

partido, y qué tronar de nuestra prensa! Son la Patria y el Altar los que están al borde del abismo; son la comuna y el nihilismo los que nos arremeten; es Satanás á quien tenemos sobre nuestra cabeza. ¡Desgraciado el historiador que, como á fuentes infalibles de verdad, acuda á ciertos documentos oficiales, á ciertas proclamas, á ciertas vociferaciones de partido! Ya le suponemos al Dr. Vázquez bastante iniciado en la vida pública; y de seguro que como los arúspices de Roma no puede contener su desdeñosa sonrisa al topar con sus hombres de Estado.

Y si esta desilusión, más dolorosa para una alma poética y soñadora como la del Dr. Vázquez, es irremediable, tratándose simplemente de administración pública ó de diplomacia, ¿cómo pedir moral á la guerra, que es cabalmente la negación de toda justicia y moralidad; á la guerra que, excusable ó no, civil ó internacional, siempre será la mayor vergüenza y el azote más espantable del globo; á la guerra, sarcasmo el más estúpido y sangriento á nuestra decantada perfectibilidad indefinida; á la guerra que glorifica el crimen y ennoblece hasta la más villana celada; á la guerra que, aunque últimamente diga: «vence, pero haz el menor mal posible al enemigo», con todo nunca se ha de mostrar muy escrupulosa en los medios que á su blanco la conduzcan; á la guerra que, ora sea en nombre de la religión, de la libertad ó de la patria, ha de dejar por huellas lágrimas solamente, y devastación y sangre? No, ni en Lamar ni en nadie nos enternece y arrebatada esta bestial *necesidad* que tanto empequeñece y casi acanalla nuestra naturaleza; pero tampoco creemos arma noble en un contrincante hidalgo y leal el atribuir á un

hombre solo, á Lamar, lo que es crimen de la humanidad toda y crimen sin remedio aun hasta en tiempos como los que hemos alcanzado.

¿Examinaremos ahora el *juicio de varios peruanos*, acerca de Lamar, después del desastre del Portete? Hay cierto candor infantil, cierta sencillez amable si se quiere, pero ajena de la ilustración del Dr. Vázquez, en esta parte de su obrita. ¡Vaya, si vencedores los peruanos, hubiesen hecho tantos ascos á perla tan encantadora como el Guayas y á jardín tan delicioso como el Azuay! Pero hallaron *verdes las uvas*; y como en todo lugar y tiempo, después de una irremediable derrota, el vulgo se desgañitará gritando: «cobardía, crimen, traición de Lamar»; y mucho más todavía los ambiciosos, los verdaderos traidores que han de explotar en provecho suyo hasta las públicas calamidades. En pueblos de algún pundonor, por otra parte, desastres como los de Sedán ó del Portete, traen como consecuencia casi forzosa la caída miserable de sus Jefes. Sólo el Ecuador, en sus tiempos de infamia, ha seguido quemando incienso á los que cubrieron de fango hasta su dignidad.

Pero para terminar ¿qué diría el Dr. Vázquez de la imparcialidad de un historiador que, al juzgar al Dr. Antonio Borrero (á quien él hace cumplida justicia en la conclusión de su libro), se fijase únicamente en las proclamas y vocifera-

ciones de Veintemilla y sus cómplices y en la grito destemplada y á menudo injusta de la oposición que le derrumbó? Responda el mismo Libertador al juicio de los peruanos, revelados contra Lamar: «jamás—escribía—jamás se nos había ocurrido tratar con tanto rigor á nuestros enemigos del Perú... las proclamas de Lafuente nos han dado una venganza más espléndida que la victoria de Tarquí». Buena pro les haga á los Gamarras, Lafuentes y otros por el estilo, que por satisfacer su sed de mando, no advierten si son flores ó cieno donde asientan el pie para su salto mortal.

Indagar la verdad, llevar siquiera un rayo de luz donde parece que todavía no escasea la sombra y pedir para todos justicia, he aquí nuestro objeto. Condenamos en Lamar sus pretensiones de conquista, su malhadada intervención en asuntos ajenos y sobre todo el no haber hecho lo que debía por la paz, tan sagrada y necesaria siempre, y más aún cuando el cultivo en nuestros Próceres de virtudes modestas, pero fecundas, hubiese quizás ahorrado á sus hijos esa serie de desventuras que hasta hoy tan escaso respiro nos dejan: un ecuatoriano especialmente no puede menos de condenar con horror á Lamar por la herencia que nos dejó. Pero á más de esta ceguera é injusticia en su proceder, no le imputemos delitos no cometidos, no falsifiquemos la historia. ¡Aplauda el Dr. Vázquez la escrita por el General Mitre? Para exaltar á San Martín no había necesidad de deprimir á Bolívar: en gran parte de su obra, da pena confesarlo, el argentino desciende hasta la ruindad. Y pálpese el resultado: en el Sur de nuestro Continente, casi desde el Perú, Bolívar, merced á Mitre, no

fulgura en la soberbia cima que alcanzó con su indiscutible grandeza. San Martín y Bolívar no son efectivamente *gemelos* de la Gloria; pero gigantes ambos de pasmosa talla, ambos de virtud heroica, dignos son igualmente de nuestra gratitud, amor y acatamiento; pero en lo que propiamente llamamos *Genio*, y en la magnitud de sus respectivas empresas, y en la maestría soberana al ejecutarlas, qué diferencia entre los dos Libertadores!

Atendidos, pues, los antecedentes de la formación de Colombia y las circunstancias que acompañaron á su disolución, creemos, que sin haber perdido el sentimiento de la dignidad patria, ó tan en su derecho estaban los *colombianistas*, los *separalistas*, y los *peruanistas*, ó todo el mundo fue entonces traidor. Y si en tomar parte en estas turbulencias fué criminal Lamar, Sncre apenas tendría razón para levantar contra él la primera piedra.

Enemigos de toda restricción caprichosa tocante á la libertad de imprenta, no suscribimos con el Dr. Vázquez al deseo de «ver prohibidas por la autoridad aun las piezas poéticas que en algo falseen la historia»: pero sí nos parece ya deber imprescindible en nuestros hombres de letras oponer la verdad desnuda á este prurito últimamente despertado hasta el frenesí de mentir sin pudor y calumniar con descaro á vivos y muertos. Prescindamos de libraje tan infame y soez como el de Berthe. Pero ¿no da pena que al refutar los *errores* de Dn. Pedro Moncayo, también el espíritu de partido y la mala fe derramen donde quiera su repugnante baba? ¿No lastima que el Sr. Mera, no ya como polemista, sino en cartas tan sesudas y hermosas como las diri-

gidas al Sr. Valera, también estampe falsedades cerdosas con la mayor frescura? Una sola prueba para no causar ya tanto al lector: «En 1859 —dice en su carta 5ª— fué indispensable la revolución contra los militares que trataban de entregar al enemigo extranjero gran parte del territorio nacional». No defendemos á tales militares, y aun motivos hubo ciertamente para detestarlos. Pero ¿ellos vendedores del territorio nacional, y los revolucionarios sus defensores? Vaya con la impudencia!

Apenas si ha habido en el Ecuador revolución más inmoral é infame que la del 59, si se atiende al tiempo y á las circunstancias en que la efectuaron. Bloqueaba ya el extranjero nuestros puertos, pisaba el invasor nuestro territorio; y atándole los revolucionarios de pies y manos al Gobierno que lo defendía, no sólo le privaron de todo medio de acción, sino que por fin encendieron y atizaron con furor la guerra interna. Derrotados en Tumbuco, vuela el caudillo de ellos á Lima (advierta el Dr. Vázquez que no era Lamar) é implora al mismo invasor protección y auxilios contra el Gobierno que defendía nuestro territorio. «El 5 de Julio, dice don P. Cevallos Salvador, llegó á Quito la proclama de García Morcno, en la que ofrecía por su parte el auxilio del ejército y armada peruanos». Y en esta última efectivamente se dirigió el tal caudillo contra su suelo natal, contra Guayaquil; y si muy pronto rompió con Mariátegui, Almirante de la Escuadra peruana, contemporáneos hay que no ignoran la causa, nada menos que el haberse negado el Almirante al bombardeo de la ciudad, donde residía la anciana madre del caudillo. Compare ahora el Dr. Vázquez esta

conducta con la de Lamar y, aplicando lógicamente los principios de su folleto, califíquela con imparcialidad.

Pero vamos á lo esencial: la revolución del 59 estalló el primero de mayo contra Robles y Urvina; y no son Robles y Urvina los autores del ignominioso tratado con el Perú. La rebelión insensata de Franco, autor de dicho tratado, fué posterior á la mentada revolución, pues se verificó el 17 de setiembre del mismo año, y sólo en el siguiente «trató este militar de entregar al enemigo extranjero parte del territorio nacional», rematando él probablemente el tratado iniciado por el otro caudillo traidor. Testigo presencial de estos sucesos fué el Sr. Mera y escribe entre testigos también presenciales; y no se avergüenza de torcer tan miserablemente la verdad!

Palmario está que nuestro ánimo, en este escrito largo ya por demás, no es ofender ni levemente al simpático autor de «Arte y Moral»: nos complacemos al contrario de los triunfos merecidos que en nuestra Sociedad y en el campo de las letras va ganando sin interrupción. Pero para propio provecho suyo, reconozca y confiese un pecadillo. Por ese su plausible tesón en anteponer la moral sobre todo, confunde á menudo ideas en extremo hasta elementales: con otro ejemplo al canto, daremos, si no por bien desempeñada, por concluída á lo menos nuestra tarea.

No hemos menester de largas y engorrosas disquisiciones filosóficas para convencernos de que verdad, bondad y belleza son tres cosas absolutamente distintas y que muy holgada y pacíficamente pueden brillar del todo independientes en cualquier lugar. Si al hombre especialmente nos referimos, feliz mil veces quien logre hermanarlas en su corazón; porque entonces sus días, en la tierra y en la eternidad, serán solamente luz y armonía. Y feliz también el artista que, compenetrándolas en sus obras, toca ese ápice de perfección, no á todo mortal concedido.

Sea en buena hora la belleza «el resplandor de lo verdadero y lo bueno», porque así el arte habrá dado pronto y mejor con su blanco, ya que deleitándonos nos instruirá y halagándonos, nos hará cada día mejores. Deleitándonos?... halagándonos?... luego la idea de *voluptuosidad*, purísima si se quiere, como es del todo intelectual, no sólo no es ajena sino que entra por mucho en la idea de belleza; y si aquel término se toma en mala parte, culpa será del crítico que así quiere entenderlo, que no del autor que recta ó figuradamente lo usa.

Pero de esta nueva hermosura, de este ambicionado enlace de tres cualidades á cual más esplendorosa, como son verdad, bondad y belleza; hemos de deducir lógicamente que son inseparables, casi una misma cosa y tanto que la ausencia de una de ellas implique necesariamente la de todas?... Cuidado con que el Dr. Vázquez quiera cercarnos *naturalistas*, ó que abogamos por la libertad irrestricta en el arte. No, señor, decimos simplemente que así como son caracteres del todo distintos é independientes bondad, verdad y belleza; así también cada uno de ellos, la belle-

za por ejemplo, es una si la consideramos moralmente, en los actos de la humanidad; y otra muy distinta si sólo físicamente la estudiamos ó la apreciamos únicamente por los sentidos.

Libre es el Dr. Vázquez para darnos, como tantos otros un Tratado de la belleza *moral* en nuestra raza; pero no lo es para censurar á un Autor que, prescindiendo de esa belleza especial y sin rebajarla un ápice, dice: voy ahora á estudiar al hombre no cómo á espíritu, sino en su cuerpo: discurre sobre la belleza *física*. Podrá quizás resultar la obra un poco fatigosa, podrá salir talvez no muy al sabor de todo paladar; pero el deber del crítico es juzgar de lo que se le pone ante los ojos, no de lo que él piensa que debió ser.

Presenta un pintor al Dr. Vázquez un cuadro de la Cena, verbigracia— «Eh, diantre, dice el crítico, más poético y más sublime es el Descendimiento». Demuéstrenos el Dr. Vázquez que D. Juan Montalvo pospone la virtud, la abnegación, el sacrificio, á la *voluptuosidad* que inspira la belleza física, y entonces, sobre hermosas, nos parecerán verdaderas y justas las primeras páginas de su folleto. De la grandeza moral del hombre, ya verá el censor cómo habla D. Juan cuando pase en revista á los Héroes de la Independencia, cuando nos proponga modelos como el Cura Engracia, etc., etc. No presumimos mala fé en el crítico ¿pero tan estrecho será, por desventura, el criterio de cierta escuela que, quien con ella y como ella no piensa ha de ser castigado hasta con el torcimiento de sus intenciones?

1889.

## Doña Marietta de Veintemilla

**H**ABEIS de perdonarnos, amables conterráneas, si al tocar este nombre os parecemos poco galantes, demasiado exclusivistas y tal vez hasta ciegos idólatras. Pero, ¿qué queréis? Marietta! es de tal magnitud en nuestro horizonte esta esplendorosa estrella que ella sola bastaría para enorgullecer no tan sólo una nación altamente civilizada y culta, mas aun todo un Continente.

¿Ni por qué tememos infundados celillos ó risibles rivalidades? Nunca pudo el sexo hermoso verse mejor representado que en esa hija tan ricamente dotada por esa madre no siempre pródiga, la naturaleza. Beldad arrobadora, inteligencia de primera orden, ilustración superior á la que era de esperarse, dado el ambiente en que

vivió; consumada artista, sí con la pluma, sí con el pincel, sí con la nota; y valor, valor indomable é igual indudablemente al que sólo alienta en pechos heroicos, nada faltó á esta excelsa mujer para irradiar la primera entre las primeras.

A continuar en las alturas del poder, en las embriagueces de la adulación y la vanidad, y entre el humo asfixiante del lujo y la soberbia de la vida, á fé que Marietta, como toda insignificante vulgaridad, ni huella habría dejado de su existencia. Pero púsole el desengaño su férreo dedo en la frente, mordióle el corazón el dolor y con furia inusitada: lloró y lloró mucho en silencio... y cuán tallado y qué rico de agnas quedó ese diamante, digno de ostentarse en una corona, para asombro y regocijo de quienes apeteceamos deificada la humanidad.

La expatriación fué para Marietta el umbo de la gloria; y tanto que, para un ecuatoriano sin prejuicios, no disuena esta divina armonía: Olmedo, Montalvo, Salcedo, Marietta... términos que, en nuestra historia, echan raudales de luz hasta cegarnos — (¿No le visteis en el púlpito, no le oísteis á Salcedo? desgraciados! ni idea entonces podéis formaros de lo que en realidad son los atletas de la palabra, los verdaderos oradores).

Fenómeno del que hasta ahora ni los quiteños mismos nos hemos dado cuenta! Como en todas partes, es seria hasta por demás entre nosotros la traslación de un cadáver á su último lecho; apenas ramilletes y guirnaldas, tan llorosos casi como los que afligidos de veras forman el séquito, son la única apagada sonrisa de la muerte. Y los funerales de Marietta, sin embargo, fueron como en el Ecuador, no los ha habido ja-

más, para una mujer. Sin sentirlo, sin advertirlo nadie, fueron propiamente los de un General de la República, como si de suyo reconociera la nación la innegable superioridad de la valerosa *Mayasquerita*. Pero mientras al compás de marchas lúgubres y con las armas á la funerala, avanzaba el féretro al odioso valle, qué abrumador silencio, qué oscuro y helado vacío iba dejando como estela, en las calles y plazas de la asombrada ciudad. Hasta los gazuños, si bien fruncido el entrecejo, seguían pasmados el doloroso convoy, como dudando, aún ellos, de que fuese verdad tamaña desventura. ¡Imaginaos la tribulación de los que en Marietta acatábamos á la adorable Musa del pensamiento libre!!

No nos proponemos ahora estudiar ni solamente alma tan compleja y multiforme como la de esa mujer: ojalá más tarde, se nos proporcione para ello ocasión y tiempo. Hoy reproducimos apenas lo que, con motivo de la publicación de su más célebre obrita histórica, nos pareció forzoso anotar para la ilustración de quien escriba nuestros fastos. Y cuánto, cuánto sentimos que la naturaleza de ciertos puntos tocados por la desenfadada escritora nos obligue á veces á descalzarnos el guante blanco, al que por su sexo y sus relevantes méritos tiene élla derecho.

«Páginas del Ecuador» se intitulan esas que, una vez comenzadas hasta por un enemigo acérrimo de la Dictadura del General Veintimilla, las sigue devorando con más avidez, olvidada sueño y alimento, se extasia á ratos como en una obra de imaginación, y no las deja por fin hasta no haber dado con la última línea. Un hormiguco mortal sentirá á veces en todo su cuerpo, saltará otras como picado de una víbora, llegará á cierta página en que, dando el libro contra el suelo, gritará *infamia!* pero volviendo á él con más calentura, terminará murmurando aun involuntariamente: qué mujer, qué mujer!

Conjunto más acabado de verdades peregrinamente pergeñadas y de mentirillas ataviadas con más seductora coquetería, rara vez brotó de pluma femenil. Retratos hay en esa colección que pasman, por su exactitud é imparcialidad: así como tan chispeantes y originales caricaturas que es imposible moderar la carcajada. Y realzan la obrita tal viveza y colorido en la expresión, tal arte y amenidad en el estilo, que pálidos de seguro habrán quedado muchos Académicos, al verse incapaces de tanta donosura y gracejo. ¡Figuraos á esta dama con la divina lira en las manos ó con el pincel y la paleta del novelista!... á fe, que no contaría con muchos rivales en nuestro Continente.

Hay más: atendida la serenidad que finge doña Marietta en el examen de su *proceso*; la limpidez de los horizontes que desarrolla y contempla; y la profundidad con que, sin ostentación ni aparato, saca grandes ideas y grandes lecciones de lo que á primera vista parece insignificante, forzoso es confesar que ni el más consumado jurisperito hubiese defendido causa más

desesperada con tanta brillantez y arrastradora elocuencia. Si hubiese la sobrina separado sus *ánulos* de los de su tío, espléndido habría sido su triunfo; en la historia. Pero ¿cómo censurarle esta generosidad que más la enaltece?

Para quienes recuerdan á la niña tímida y menesterosa, no siempre campante entre las alumnas del Colegio de los Corazones, es algo más que un prodigio tan gigantesco desarrollo intelectual. Para quienes no olvidan á la joven mimada y frívola, y empujada de súbito á una altura ni para soñada, huele casi á milagro esto de presentarse la que por su ligereza nos seducía, nada menos que como maestra en el escribir y como un viejo filósofo en el pensar. Y varios no han faltado, por consiguiente, que atribuyesen á tal ó cual mano las *páginas* que nos ocupan.

Por parte mía, y aunque de simple me reprochen, quiero alucinarme con este César-hembra, que tales *Comentarios* regala á la literatura patria. Para quien no es un misterio ese como nuevo bautismo, esa regeneración completa de una alma no vulgar, cuando el dolor y el desengaño la prueban y la proscripción y el martirio la acrisolan; menos arduo le es convencerse de la identidad de la autora, que el creer en disfraz tan asombroso. Mujer es la que en esas páginas siente, piensa, llora, piñta, canta, se exalta y se encoleriza; y no una mujer cualquiera: sólo la que eso sintió, podía expresarlo así, á maravilla.

Quiero alucinarme dije, y no me detendré más en la forma del librito, aun cuando por desgracia, para penetrar algo en el fondo, forzoso me es entrar en consideraciones que á todo trance querría evitar. Pero, si bien jamás tuve la *honra* de pertenecer al círculo veintimillista, y

casi siempre viví por él perseguido, bastante le estimo ahora y le respeto, por la injusticia y barbarie con que fué después castigado. Sereno pues, ó imparcial como pocos, si puedo echar tranquilamente una ojeada á nuestra historia de ayer.

Pero antes una cuestión relativa á la autora y aunque le irrite al lector. Si el esfuerzo y la constancia, llevados hasta la sublimidad, y no la alteza ó injusticia de una causa es lo que constituye el heroísmo, *heroína* fue y como pocas, doña Marietta, en las agonías de la Dictadura; pues Marietta es la única página gloriosa en la historia de D. Ignacio. — «Pero, me replicará alguno, esta ridiculez del elemento femenino en nuestras luchas» — Y qué hacer! Si pantalones escasean, vengan las faldas; y á fe que no será de éstas la vergüenza, sino de los bigotes que *por su ausencia brillan*.

No advirtió la autora el daño que á sí propia se infería al confesar tan denigrante verdad: qué causa fue aquella donde no hubo un hombre que la defendiese? Comparad, además, al tío en Guayaquil con la *sobrina* en Quito; y hablad todavía de lo ridículo de una mujer, que en presencia de un caudillo y Capitán General de sus Ejércitos, aparece aquélla como una Porcia, y éste como un Sancho al dejar la *gobernación*. No digo yo que Veintimilla fuese un cobarde; pero ébrio de perfidias y torpezas, en el Guayas, inexplicable aparecería en su proceder y un liliptuicense en la acción, si no supiésemos que, ante ese juez frío pero inexorable llamado conciencia pública, el miedo es á veces cerval.

Mas alguien dirá: «tanta audacia la de Marietta, tanta avilantez en defenderse, y en pretender glorificar su dinastía?»... Si á la caída de

la Dictadura, los acontecimientos hubiesen tomado rumbo distinto, dada la grandeza de alma de doña Marietta, yo también habríale negado el uso de ese derecho. Pero, en Dios y en paz, qué es la Restauración? qué fué ese quinquvirato? Y por fin y sobre todo, qué es, qué fue Caamaño? De ningún esfuerzo ha necesitado la nueva historiadora para seguir en la convicción de que su *señor llo* valió más, inmensamente más, que sus únicos derrocadores. Si Marietta es la única página brillante de la Dictadura, la prisión de ella cabalmente y las torturas á que la sujetaron, son la primera página digna de la famosa Restauración. Impío y desatinado nació y murió el Quinquvirato; y Caamaño, más impío y brutal todavía, se desperezó al encaramarse en el poder.

Pero si éste justificó y vistió de impensados fulgores á Veintimilla. Veintimilla beatificó y canonizó á García Morano; Veintimilla hizo un diosecillo del *tigre* que tan admirablemente pinta su sobrina. ¿Y qué clase de grandezas son estas tan negativas, tan absurdas, que las hemos de sentir y llorar, por la mayor perversidad é ignominia de las que van sucediéndose en sarta interminable?

Caamaño fue aquella nube vomitada por el Cotopaxi, y que noche solamente, y muerte, y desolación trajo consigo; mas también Veintimilla fue un aluvión en la República: arenas muertas señalan su curso. Pero hay esta diferencia: el aluvión pasó y florecerá de seguro la mortaja con que él envolvió lo que no pudo vivificar; mas la nube no pasa ni pasará presto, porque la tumba del gran tirano fue el Cotopaxi que la vomitó. Gozamos ahora de una como sombra de aurora boreal; pero el hielo y las tinieblas de los polos

no tardarán en sobrevenir. ¿Y cuya la culpa, quién el que despertó formidable la reacción del terrorismo que agonizaba? . . . .

Noble fue y necesaria la revolución del 8 de Setiembre de 1876; pero, sobre lo bronco del instrumento, la traición fue su cuna. No traigamos á colación la sombría historia del protagonista: no recordemos sus horrores, condensados, para mí, en este solo crimen: su espantosa bofetada á su increíble fortuna. Pudo ser algo más que héroe, pudo ser el regenerador y el ídolo de un pueblo, y . . . se quedó de Veintimilla!

La ferocidad garciana solamente piensa doña Marietta que constituye la tiranía: la usurpación del poder, el absolutismo en toda forma, la arbitrariedad por única ley, serán pues virtudes para la *Generalita*? Ella nos habla de una Constitución libérrima, expedida por un cuerpo elegido únicamente por el tío: y aun compulsula el famoso Capítulo de las Garantías; pero no nos dice que la tal Constitución fue una muñeca rota para el sargentón, quien ni un solo día pudo desprenderse de las *facultades extraordinarias*; ni confiesa tampoco que el tal Capítulo fue, como siempre, un mito para los desventurados ecuatorianos. Como todo abanderizado, enumera la *Generalita* los *regalos* que la Nación *debe* al Dictador, cuando más rebosaba el Erario: un teatro, dice, la Alameda, una carretera al norte, etc., y no advierte que estas son como migas, caídas de los banquetes presidenciales, en donde tan monstruosamente se derrocha el fruto del sudor y las lágrimas del pueblo, al cual con un kilómetro de camino le hacen creer en la largueza de sus amos.

Sube de punto lo exagerado, al escuchar la autora los primeros actos de la administración



veintimillana con un nombre respetabilísimo; y aun se atreve, al fin de la obrita, á poner en duda las virtudes de D. Pedro Carbo. Pero no cuenta cómo este excelso Patricio víctima de los caprichos y de la incorregibilidad del tiranuelo, fué impotente para encauzar tan desafortado aluvión. Hace de los radicales ecuatorianos un esbozo como de un comunista francés ó un nihilista ruso, precisamente cuando ahora como siempre, están probando que lo único que anhelan es aire y luz, dejándoles todo el pan y cebolla á sus rivales.

A miras ruines atribuye la sobrina de su tío la alianza *radical* contra la Dictadura, porque se hace la que no comprende la abnegación de un Partido, que ante la muerte de la Patria, ha de atender antes al bien general que al interés de su bandera. Y sobre todo y antes que todo, con una voz mágica, con esa voz que es gloria de lo presente y la más firme esperanza para lo porvenir, con el *liberalismo*, porfía la escritora por cohonestar una administración toda caos; y no repara, mejor dicho no quiere reparar en que aquella es precisamente la perfidia mayor del que nació pérfido irremediable.

Solo y mero liberalismo le pidieron los que le elevaron al poder; y nadie como Veintimilla pudo implantar, con más suavidad y eficacia, en terreno tan preparado, el imperio de la justicia y de la razón. Y el liberalismo cabalmente fue el espectro que aterró á ese hombre; el liberalismo, al que declaró más cruda guerra; y lo que es mil veces más abominable, ya que con ese nombre se amparaba, Veintimilla hizo espantosamente odiosa la bandera liberal: todavía está desgarrada en girones, todavía no está bien lava-

da de la mancha estampada en ella por una mano torpe; y cómo los que la recogimos la estamos purificando . . . en el martirio!

A orillas del Rimac, discurre ahora con desenfado la valerosa *Mayasquerita* sobre política é historia, sobre virtudes y vicios, y también acerca de la suerte y de las necesidades de nuestras Repúblicas; y qué sentidas son, qué hechiceras sus voces cuando nos habla de libertad, civilización y progreso! Pero, "ah *Generalita!*, disimule Ud. mi franqueza; ni Ud. ni su tío conocieron Egeria alguna en el solio; y cosas son esas que sólo el infortunio nos las enseñan, cuando no las hemos aprendido en tiempo oportuno, y tarde por consiguiente, muy tarde vienen los homenajes á la cordura. Aborto desgraciado de la casualidad y la desesperación, el Dictador de setiembre tenía que ser devorado por otro mostruoso, aborto de la imprevisión y la necesidad, trayendo por irremediable consecuencia la eterna agonía del Ecuador.

Si, Veintimilla no tuvo otra bandera que su persona ¿ por qué hubo de ser lo que no entendió? No fue ni conservador ni liberal, fue pura y simplemente Veintimilla. Amalgama sus áulicos . . . corramos un velo: son hermanos míos y están en desgracia. Hubo quizás hombres que, *por afecto personal al excelente amigo*, se le adhiriesen de corazón; pero ciencia política, altas miras de Gobierno ó de partido, brújula segura para su rumbo, en dónde? Y de las mismas páginas de doña Marietta se desprende la *grandeza* de su decantado *partido liberal*: sólo tres hombres en primera línea y apenas notables por su lealtad, Arias, Icaza, Gándara; y dos secundarios, dos! aunque admirables por su fide-

dad y valor, Grijalva sobre todos y Morales. Y cuánta bajeza, cuánta traición, cuánta ignominia en todos aquellos que, si brillaron como relámpagos, fue sólo por la Dictadura! Es esto un partido? y de él pendía el porvenir del Ecuador? . . . .

Pero no era racional ni posible que aguardásemos aun de doña Marietta, un *confiteor* así tan desenfadado y noble. A las nubes habríala exaltado esta franqueza, convenido; pero es desconocer nuestro corazón, si se la demandamos. Comprendo por tanto y admiro su habilidad en la mezcla de lo falso con lo verdadero y su destreza en la distribución de la luz y la sombra. Comprendo sus rasguños á Alfaro: nunca besamos la mano de quien nos da jaque doble. Y si como parece, oculta una mira política la publicación de ese librito en estos días, con más facilidad comprendo y excuso toda exageración y descoco; puesto que yo mismo, antes que por la actual «argolla», con más placer y presteza daría mi voto para Presidente ó lo que se quiera por el consabido *tío*, y más todavía por su adorable *sobrinita*.

Pero lo que nadie comprende ni excusa ni menos perdona es aquella *página* que, con tanta injusticia y furor, sólo veneno destila, y que por fin mueve á lástima é indignación contra la autora. Ni los carceleros, ni los verdugos de Marietta, ni los inicuos traidores de su causa logran turbar su serenidad y sostenida elevación: pero buscándolo, da con el crimen horripilante y nauseabundo de su tío, y en vez de espantarse ante la siniestra sonrisa del sayón, agarra á la víctima, le arranca el corazón con las uñas, lo muere, vuelve á tascarlo, lo escupe, lo pisotea . . . .

¿Es ésta la simpática *heroina* del 10 de Enero?  
¿Esta la que, con su pluma, parece haberse robado la frescura y fragancia de una alma virgen?  
¿Esta la Marietta que ya creíamos purificada?  
Todos los insultos y calumnias de los enemigos de los Veintimillas no hubieran hecho á esta dama tanto daño como el que ella misma se ha inferido con su encarnizamiento contra Valverde. Conque éste su calumniante, y tan sólo porque el asqueroso pasquín apareció firmado con las dos iniciales *M. V.*? . . . . Oh, no tardará en palparse la formidable equivocación; y qué vergüenza entonces, qué remordimiento para la escritora!

Y mirad el contraste: se adivinan las lágrimas de amargo despecho que se agolpan á los ojos de Marietta, cuando silenciosa y de pié, contempla la tumba de *MONTEALVO*: se adivina que ese corazón brama como el mar en tempestad. Pero, ya sea por la religión de la muerte, ya por la excelsitud de la Sombra, le echa sí una sombría mirada, murmura quizá entre dientes una imprecación; pero inclina la cabeza, y por fin medio le sonrío. Aquí se ostenta en toda su grandiosidad la adorable mujer, aquí es sublime, y por esto el homenaje de nuestro acatamiento.

1889.

## El Teatro en Imbabura

Señor Director de «El Diez de Agosto».

Quito.

**Q**UOTA sensacional, señor, le tengo reservada para este correo: teatro en Imbabura.... ¿No le parece á Ud. esto algo como el golpecillo de una piadosa matrona en la puerta de una bohardilla sin pan ni fuego; de matrona desalada por favorecer á los que allí, en tinieblas, agonizan de hambre y frío? ¿No le parece á Ud. eso como el precursor de la civilización? Pues quede por lo menos consignada, en su hermosa Revista, tan bendita fecha.

Sí, señor, teatro en Imbabura; pero entendámonos ¿hemos de hablar ahora de lo que ello significa, de la naturaleza y hermosura de tan sublime institución social; ó descendiendo á lo positivo, nos hemos de fijar en la empresa, en el de-

sempañó de los artistas y por consiguiente en el negocio? Si lo primero, tantas excomuniones penden sobre nuestra cabeza, de tantas escobas se aperciben nuestras beatas, gestos tan caninos nos ponen los santurrones que . . . las de villadiego, señor! si bochornoso, medio el más prudente y socorrido ante lo arduo de un problema. Y si lo segundo, tan confundidos nos ha dejado nuestra pobreza, es tan funesto el chasco llevado por los actores que nos visitaron y tan pocas esperanzas nos quedan de que haya otra compañía que no escarmiente en la que se va, que . . . otra vez y sin darle vueltas, otra vez en polvorosa. Pero como por haber dicho *bohardilla* vemos por allí entrecejos más fruncidos que los de una suegra, expliquémonos, y cada cual por su camino.

Bella, primorosamente iluminada y rica de cuanto el hombre ha menester para su comodidad es esta tierra á donde vinimos al banquete de la vida, no tan opíparo por más señas, ni tan bien sazonado que se diga para un pobre ecuatoriano. El trabajo, la genial actividad de un inbabureño, su carácter mismo bastan para llenar sobradamente sus horas; pero sus horas diurnas, las del sol; y Josué no nació en este valle, ni repitió á lo que yo sepa, su consabido, tamaño prodigio. Oscurece pues, y á hora dada y todos los días; y qué hacer entonces con esta pobre humanidad?

Adrede, á no dudarlo, y para plena satisfacción del padre de las tinieblas, es en inglés y francés la mayor parte de los libros regalados para nuestra ilustración dizqué, por el más fiero y *único masón* (1) que aquí hemos tenido y que tan fácilmente hemos olvidado. De periodismo? á Dios

(1) Don Pedro Moñcayo.

gracias, aún está virgen esta zona; luego no hay que leer. A la tertulia.

Pero nuestras tertulias, señor, (á no estar enamorados y que en ellas esperemos estrechar dulcemente unos jazmines, unos jazmines, señor! . . .) difieren mucho que digamos de un Congreso ecuatoriano? Qué hacer! tortas al menos cuando no hay pan. Juego de prendas: «una, dos, tres. . . diez; la suya, caballero; y como lo sabe ya, un cariño y un agravio». «Me dejó Ud. patético, Srta., qué compromiso». Y después de una hora larga, en que todos nos hemos visto hasta contarnos la última huella de las virhuelas sale el caballero con: «muy hermosa es Ud., señorita; pero. . . pero. . . es decir, caracolillos! qué compromiso! pero. . . en fin me perdonará Ud.; pero. . . pero tiene los ojos negros! (*maiguas* ó *solferinos* serán probablemente los de su ideal, cuando tiene á agravio esos dos tizones que hacen más estragos que una ametralladora). Y otra prenda, otra pena, otra hora de abrir y cerrar los ojos como caballos en pesebrera y sin alfalfa, y por fin otra sandez! Y esto llaman diversión, Sr. Director y no nos compadecen nuestros puritanos. En último caso ¿no valiera más que en cada tertulia estuviésemos todos con sendas arrobadas de algodón, para que no del todo les fuese improductivo á nuestros anfitriones su amargo chocolate?

Al billar! Pero, señor, ¿ha podido Ud. soportar media hora larga ni corta ese ambiente de nicotina, alcohol, alpargatas y qué se yo que más, que le aplasta á Ud., y le ciega, y le emborracha, y le empuja por último despechado, puertas á fuera, renegando del maldito traqueteo y de las *ruanas* que, con el humo incesante de su tabaco, le han hecho á Ud. perder de calle todas

las partidas de ese juego, agradable sin duda y provechoso á la salud, pero cuando á él nos entregamos en un lugar aseado y con personas de buena educación y de igual posición social? Igualdad ante la Ley, igualdad en deberes y derechos, allá las disputen; pero igualdad hasta en las minuciosidades de la vida, igualdad entre un pesado jayán y una inteligencia ilustrada, sea conde el primero por su alcurnia y oscuro peche-ro el segundo. . . . corra Ud. traslado al intransigente radicalismo.

Mano fatal, pues, es la que nos impele á las fondas. . . . Y si supieran los señores Obispos, si supieran los señores Capuchinos lo que es una fonda, un garito ú otra cosa peor. Acodados sobre una mesa, con sendos vasos, cuatro amigos del *silencio*, son todo ojos y de qué ternura, por esa infeliz que ya diez veces les ha destilado la última gota de sus ponzoñosas entrañas; y aun no los tiene satisfechos. Las once, las doce de la noche; y ellos allí, en la misma contemplación muda, en el incansable saboreo de su degradación. Levántase al fin el más denodado; é imáguese como irá á su casa, cómo le contemplará su esposa, cómo le verán sus hijos. Sus aláteres no han avanzado á tanto: y enroscados unos por ahí, templados otros por acá, enfangados, ahogados todos en el maremagnum de su abyección brutal, allí roncarán, allí se ostentarán, sabe Dios hasta cuándo, como imagen del hombre convertido en la más asquerosa bestia. Lindo cuadro, señores eclesiásticos, ejemplarísima lección de moral pública! . . . . Os contrista, es probable, y tanto más cuanto no está en vuestras manos remediarlo. Pero si estos desgraciados corren á vuestras plantas y os demandan *absolu-*

*ción*, no se la negáis, puesto que no se os oculta la repetición casi segura de la misma repugnante escena en la noche inmediata; y para la niña inocente, para la virgen recatada, para la esposa austera en sus costumbres y ejemplar por sus virtudes, pero que desgraciadamente se han solazado unos instantes en el teatro. no hay bendición, no hay misericordia divina. . . . todas ellas al infierno y conmigo de adhehala!! . . .

Si hasta aquí ha seguido Ud. la caprichosa ilación de mis ideas, harto suspenso me lo figuro, sin saber á qué atenerse y atribuyéndome quizá un sí es un no es de excentricidad ó locura. A un lado pues las indirectas del padre Cobo y venga toda la seriedad que el asunto demanda.

Con motivo del anuncio publicado en los primeros días de este mes de que, «en el próximo domingo», se daría en Ibarra la primera representación dramática, frailes y clérigos con su ilustre Diocesano á la cabeza, declaráronse en espantable cruzada; y viniéndoles estrechos el púlpito y el confesonario, allá van prédicas en las plazas públicas, allá *misiones*, allá una furibunda propaganda contra el teatro, especialmente en el seno de las familias. Resultado? . . . cierto pánico en las conciencias timoratas, disensiones en casi todos los hogares, pocos concurrentes á

las funciones de Ibarra, contadísimos en Otavalo y unos y otros como estigmatizados por la multitud. Total, la debacle! Muy bien: completa la victoria de la mogigatería; pero algo con ella ha ganado la sociedad? y la tal victoria ¿no se ha convertido mejor en nuevo capítulo de acusación contra los que de tal manera van tirando la cuerda del arco que ya, ya comienza á estallar?

Y con todo, con una calma de espíritu que nuestros adversarios no conocen jamás, con imparcialidad estoica y sin otra mira que la investigación de la verdad y el amor al procomún, nos hemos propuesto probar, en este escrito, sin salirnos un palmo del terreno netamente católico, que el teatro no es la *antecámara del infierno*, sino todo lo contrario el más racional, el más noble y hasta el más necesario de los esparcimientos del espíritu.

Ya en el acto comprende Ud., señor, que con este mi empeño forzosamente me lanzo al polo opuesto de nuestro excelente amigo D. Juan Jacobo, cosa que ni á Ud. le chocará, supuesto que entre sus genialidades ninguna más absurda que ese su prurito de hacernos retrogradar á salvajes, á casi bestias. Pero conste, entre tanto, que en este horror á la sociabilidad humana, en este horror á los espectáculos, no son los liberales, sino los actuales señores de tonsura los que están en un corazón con Rousseau. Estamos errados? pues repliquennos, ilústrennos; pero con buena fe, con sinceridad; que de otra manera nos contentaremos con haberles hincado el clavo y allá se avengan.

Pero antes de entrar de lleno en la cuestión, limpiemos el terreno. Quienes más han anatematizado á los aficionados al teatro y le han ful-

minado como foco de corrupción han sido los capuchinos. Lejos de nosotros prevenciones infundadas que jamás abrigamos; pero la verdad ante todo. Palmarias son las pruebas que diariamente nos dan esos frailes de su bondad: piedad, templanza, desprendimiento de todo lo mundano, celo, piedad edificante sobre todo; mas no creemos que sólo estas cualidades deben adornar á los directores de la conciencia de un pueblo: piedad sin ilustración es guía ciega; y á dónde entouces los dirigidos, más ciegos aún? Casos, hechos concretos podríamos citar que dejarían pasmado al lector por la moral extraña que de ellos se desprende: lo admirable es que, á pesar de tales enseñanzas, seamos medio-gente todavía.

Por la tirantez de ciertas preocupaciones religiosas importadas con la *inmigración negra*, ha fecha que entre nosotros ya debieran haberse rompido hasta los vínculos que á la naturaleza debemos. Y no sólo entre los capuchinos, entre todos los sacerdotes extranjeros que forman la colonia *sagrada* en nuestro país, uno siquiera no nos ha venido á buen seguro, émulo digno del célebre Fray José, director, oráculo, alma del famoso Richelien. Nuestros prejuicios, ah nuestros prejuicios, señor, tocante al extranjerismo con faldas!

En la decantada bondad de nuestros conterráneos, pésima condición la nuestra! no podemos tolerar que un compatriota nuestro sobresalga de la vulgaridad por el ingenio ó la virtud varonil; para un ecuatoriano imposible que otro ecuatoriano valga dos ligas; pero véngasenos un extranjero, y punto menos que un semidios, aunque en ilustración calce los mismos puntos que un capuchino. Confesemos llanamen-

te desde luego que si bien alguna vez hemos sido visitados por hombres eminentes y aún sabios algunos, á quienes nosotros los primeros que rendimos homenaje de sincera admiración; también es cierto que nuestras alabanzas adolecen y han adolecido generalmente de exageración andaluza. Si no un rezagado Dellín de Francia, Príncipe de Gales ó de Asturias ha de ser cuando nada por su sangre el bueno del huésped que se nos cuele; y en sabiduría, riquezas, santidad, en donosura, en fin ¿quién como el feliz transfretano, hijo de la zona, donde reinan en paz las cuatro estaciones?

Aparece después que el tal duquesito ó conde que nos petardeó ha sido un perdulario ó un prófugo de presidio: qué importa! la experiencia, en esto, para nosotros, es tan inútil como en política. Vendrá mañana otro vizconde; y el caballero fulano le descalzará la espuela, el funcionario sutano le tirará las botas, y ese otro aristócrata perencejo le pasará el papel ó la toalla que aquel necesite: Vileza! seamos hospitalarios en hora buena, Sr. Director: compadezcámonos del infeliz que sin Patria, sin hogar ó con uno y otro, pero amante de la ciencia ó de mal gusto, allá los ha dejado por estudiar ó conocer estas regiones; favorezcámosles en cuanto se nos alcance, obsequiémosles según nuestro poder; pero como hombres á hombres, como entre hermanos dignos uno de otro, y no nos quedemos con tamaño boca abierta, como admirarían nuestros padres á Colón y sus compañeros, al verlos saltar á nuestras playas. Aun en el ejercicio de las virtudes nos empañará siempre la bajeza?

No ha mucho nos visitó uno de estos extranjeros pseudosabios, que si conocía tres, no sabía cuatro jotas de nada con perfección, siquiera con

medianía; pero prestidigitador admirable, de índole simpática, y de sorprendente y agradable parola, todo lo abarcó, no hubo ciencia ajena de su linterna mágica; y ahí lo tiene Ud.: de los que empuñaban vara alta en la República, de los *sesudos* más respetables de la Capital, de la mayor parte de nuestros medias-cucharas en Literatura, de lo más florido de nuestra juventud y hasta de damas de alto copete, vió á sus pies rendidas párras de *toda clase*. Suponga Ud. si entre bastidores (ya que de teatro hablamos) y entre los suyos habrá podido menos de reírse el jesuita de tanto papamoscas. Y contraste angustioso! Casi en la misma época precisamente, comenzó á ostentarse, á orillas del Ambato, en su prodigiosa altura nuestro soberbio *Cedro*, (1) al cual ya toda América saluda como su gloria; y fue raro entonces el hijo del Pichincha que no creyese de su deber clavar siquiera uñas rabiosas en su corteza!

Pero basta de digresiones, y volvamos á nuestros gallegos ó vascuences, á nuestros capuchinos, pues que son hijos de nuestra antigua metrópoli. Dijimos que la piedad ciega, el celo no ilustrado son guías pésimos para una población. Imagínese Ud., Sr. Director, la impresión que produciría, en gente como la nuestra, el espectáculo de un *santo* capuchino en el púlpito, quemando el programa de una función dramática, y con toda la fuerza de sus pulmones, deseando igual suerte, en las pailas infernales, á todos los actores y espectadores de tan satánicos pasatiempos. ¿Habría pronunciado Jesús tal imprecación? «Queréis, señor, que pidamos á vuestro

(1) Alusión á "El Cosmopolita" de Montalvo.

Padre fuego del cielo para esta ciudad que os cierra las puertas?» le preguntaron una vez sus discípulos, antes que el Espíritu Santo los iluminase con la plenitud de la luz evangélica: ¿que leyeran esos buenos hombres la respuesta de su Maestro!

Pero talvez presume Ud. que exageramos, Sr. Director: tan ciego es su celo que si Ud. es *liberal* y se le meten el antojo de venir á morir en nuestra tierra, se morirá como un perro, al decir de la gente devota: un *capuchino* no le confiesa. Esto raya en estupidez. Demos por dogma que un *liberal ecuatoriano* sea *algo* ¿no ven esos hombres que en el acto mismo de ser implorada su bendición, queda el tal liberalismo en derrota y más triunfante la Iglesia que si absolviese *noventa y nueve* beatas? De éstas se olvidó el Buen Pastor por el cabrito descarriado; y hasta no traerle sobre sus hombros, ni se dió descanso, ni se intimidó de las espinas y precipicios por donde le buscaba.

«Un hombre bajaba de Jerusalén á Jericó, (probablemente judío, algo así como *católico, apostólico, romano*), y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron; y después de haberle herido, le dejaron medio muerto y se fueron.

«Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote, (estaría Jesús viendo ese instante á nuestros capuchinos?); y cuando le vió, pasó de largo.

«Y así mismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó también de largo.

«Mas un Samaritano (algo así como *protestante, liberal, hereje*), que iba su camino, se

llegó cerca de él y cuando le vió, se movió á compasión.

«Y acercándose le vendó las heridas, echándole en ellas aceite y vino; y poniéndole sobre su bestia, le llevó á una venta, y tuvo cuidado de él.

... «Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que dió en manos de los ladrones?... Pues, ve, dijo entonces Jesús, y haz tú lo mismo!» (1).

¿No os avergüenza que un profano os muestre con puntero lo que nunca debiérais desprender de vuestros ojos? — «Ah, pero sólo por miedo de la muerte nos llaman los liberales». Pues tanto peor para el cobarde que hipócritamente implora auxilios, de cuya eficacia duda; y tanto mejor para una religión obsequiada con homenaje tan espléndido, siquiera de la debilidad humana, ante la aterradora eternidad. *Miedo!* ¿qué llamáis, pues, *atrición* en vuestra magna ciencia, buenas almas?

Oigamos ya sus argumentos: «El teatro corrompe el corazón». Que así se expresen quienes de la arada pasaron á engrosar tercios carlistas, y de un salto, de allí al santuario, no puede causarnos extrañeza. Pero hay personas Sr.

(1) San Lucas Cap. X.

Director, no *capuchinas*, en quienes tenemos derecho de suponer alguna ilustración; personas en quienes es deber imprescindible dar luz, antes que apagarla. «Ego sum lux et vita» vida purísima y perenne, luz indeficiente y divina, eso es religión. «Erat lux vera quae illuminat omnem hominem venientem in hoc mundo». Luz inagotable para todo hombre que aparece sobre la tierra, eso es el Cristianismo. «Estote perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est». Sed perfectos, como lo es vuestro Padre Celestial: he ahí el fin de la humanidad: blanco altísimo, blanco inconcebible, pero no menos real, no menos efectivo. Nos separa de él todo un abismo, nos separa lo infinito.... arcano, arcano augusto é insondable desde luego; pero arcano que une la criatura al Creador; que nos revela la causa de nuestra existencia y la naturaleza de nuestros deberes; que explica todos los misterios de la vida en relación con la economía divina: y que lanza por último á la humanidad, gloriosa y deificada, á los senos de la inmortalidad. El cristianismo enemigo de la luz, el cristianismo miedoso, el cristianismo enemigo de la libertad?... ah, Sr. Director, que amargura inconcebible de alma! Somos nosotros, son ellos los ciegos?... ellos, que si no por deber, siquiera por compasión de este pobre pueblo, debieran horrorizarse de éste como sepulcro en que vivimos; de ésta como noche, pero eterna, pero pavorosa que nos aplasta!

El cristianismo enemigo de la luz... y vedle en la cuna apenas, fascinando con sus fulgores la sabiduría secular del paganismo; ved á esos doctores de la Iglesia Griega, de la Iglesia Latina, imponiendo silencio eterno á los oráculos de

Grecia y Roma; vedle desarmando á Aristóteles para aprovechar de sus propias armas contra el error, encadenando la filosofía de Platón á los pies de una Cruz, para que purificada ahí, aparezca después más centellante; vedle venciendo siempre, conquistando más y más cada día, siempre triunfante, y no con hogueras, no con ciuitarras, si no con el fulgor indeficiente de la verdad. Vedle, en la destrucción del mundo viejo con la irrupción de los bárbaros: todo cae en torno del cristianismo, todo desaparece; y él, él? siempre vencedor, siempre triunfante, y sólo con su luz. Dicta la ley al conquistador, conviértele en hijo suyo y hermano del vencido; hace hombres en fin, hace pueblos, hace naciones de esas hordas desoladoras.

Vedle en el *Renacimiento*: de los claustros salen desempolvados todos los tesoros del saber humano; de los claustros brota la nueva aurora que talvez no tendrá ocaso. Y en las bellas artes, en las Ciencias, en las instituciones sociales, ¿en dónde no halla Ud. profunda é indeleblemente marcada la huella de esa religión que sólo es luz? A pesar de ese aparente divorcio de cosa de cuatro siglos ¿hay un solo descubrimiento, un hecho, una sola gloria, de las que tanto se ufana y con justicia nuestro siglo, cuyos gérmenes al menos, visibles ó latentes, no los hallemos en el impulso dado á la humanidad por el cristianismo? Pero á qué remontarnos y repetir y realzar cosas que nadie ignora, cuando aquí mismo... América, América! virgen primera y la última de nuestros amores ¿habría de tí siquiera una sombra, serías aun lo que eres, si arrancándote esa Religión de los férreos brazos del bárbaro conquistador que te ahogaba, no te hubiese bañado con

sus lágrimas, abrigado con su manto, iluminado con la luz de su aureola y estrechado contra su seno, de donde sacaste todo el vigor, toda la lozanía con que brillas ahora, como la esperanza y el porvenir de la humanidad?

El Cristianismo enemigo de la luz!... quien tal dice, quien tal lo muestra con su mezquino proceder, ese es el blasfemo, ese el sacrilego, ese el impío; que no los que vemos en esa institución la nodriza, la guía, la madre de la humanidad *rescatada, libertada*, regenerada en el Calvario; los que en ella reverenciamos la luz purísima de la verdad. Y luz es todo lo que contribuye á despejar la inteligencia, luz todo lo que pule el alma, luz todo lo que le da copia suficiente para conocer sus deberes como hija de Dios, como miembro de la Sociedad, como hombre; luego el teatro también es luz.

Pero qué! ¿no hemos tenido Prelado que llamó el ferrocarril *camino de los demonios* y el más aparente para que todo un pueblo se precipite á las llamas infernales? ¿No tiene otro el telégrafo por cosa de *brujos* y digno por tanto de la hoguera? ¿En plena Cámara no gruñó otro que, en vez de dar la Nación lo necesario para terminar el teatro que se construye en la Capital, debía votar el Congreso una cantidad para que se destruyese lo edificado? ¿No hubo otro que llamó á un profesor, que quería enseñar el idioma francés, y le ofreció doble sueldo con tal que no lo enseñase, *porque hay libros malos en esa lengua*? Y como también en la castellana los tenemos no pocos ¿más expedito no sería, Sr. Director, que nos quemasen las pupilas para que nada leyéramos? El sol nos ilumina, el sol nos vivifica, él es el alma del

Universo; pero también cosas malas podemos distinguir á su luz; pues apáguese para siempre el sol! Qué más? un solo paso y hemos llegado á la última conclusión: cuántas ocasiones de pecar en el curso de la vida; qué tentaciones, qué combates los que nos aguardan, en qué abismos podemos caer; pues qué cosa más natural y fácil que ahogar en la misma cuna todo germen de existencia? Lógica, lógica admirable, sí señor: también tienen lógica los absurdos.

¿Es esto menospreciar á esos señores Reverendísimos ó menoscabar siquiera su dignidad? Ah, si á ellos nos dirigiéramos, lo haríamos en igual estilo, siempre comedidos, siempre respetuosos y con la única intención de que abriesen bien los ojos, conociesen las necesidades de este infortunado pueblo y prestasen su eficaz cooperación á su regeneración intelectual; y si tanto no alcanzáramos, lo haríamos para que nuestros hermanos pensaran seriamente y llegaran á convencerse de que una cosa es la Religión y sus dogmas, y otra distinta, muy distinta los hombres y sus juicios. En cuanto á lo primero, ni *meneallo*; veneración y silencio, y hemos cumplido con nuestro deber. Mas en cuanto á lo segundo... decretada está como misterio la *infallibilidad* papal: bueno; pero no ha llegado á nuestros oídos que también ese dogma sea como las *extraordinarias*, en ciertas desgraciadas republiquillas, que pueden rebanarse hasta lo infinito y repartirse en tajadas aun entre gobernadores y tenientes de parroquia. Como hombres, excepto el Papa, todos podemos errar; y más cuando las pasiones, y más cuando la política se nos convierten en lentes de color. Tan cierto es esto que, si carga Ud. un poco, Sr. Di-

rector, la meditación en el punto que hemos dilucidado en el acápite anterior, palpará Ud. que no son insignificantes las consecuencias que se desprenden de las prevenções infundadas de nuestros Obispos; pues rozan en cierta manera con un dogma fundamental del cristianismo, con una verdad palmaria de la humana filosofía. Quítele Ud. al hombre el libre albedrío, déjele horro de la lucha entre lo bueno y lo malo y de la consiguiente responsabilidad en sus actos ¿y continuaría él de rey de la creación? continuaría como obra del Altísimo? Si tuviese alguna *habilidad*, si fuese *útil* ese rey destronado, cincuenta ó noventa fuertes diéramos entonces por él, como por una máquina de coser ó de trillar; y con esta inmensa, con esta horrorosa diferencia! roto el volante ó la alimentadora de estas máquinas, las repondríamos y seguirían sirviendo hasta para los hijos de nuestros hijos; pero inutilizada una vez esotra *máquina*, tan apetecida por nuestros Pastores, cómo la remendamos? Mirad, pseudo-cristianos, qué bello, qué valioso es el hombre, tal como vosotros le queréis!

Un Krupp, señor! calle, calle! y con él nos apuntan no solo capuchinos; ni monaguillo ha quedado en sacristía, que todos en masa se nos vienen sobre nosotros.—Atención: «el teatro es inmoral por la concurrencia de los dos sexos á

un mismo lugar». Acabáramos! *mons partu-riens*: sí señor, nació el *ratoncillo*. Pues, abajo pueblos, abajo sociedad, abajo familia, abajo la religión misma, si hasta ahora á lo que entendemos, ni ella ha acertado todavía á desnaturalizar del todo á la humanidad, para admitirla á sus sagradas ceremonias. Qué hemos de hacer! cosa de Dios es que de alma y cuerpo se componga el hombre; y «no estuvo bueno que éste viviese solo». Y si no está en nuestras manos despojarnos á nuestra voluntad de este envoltorio de barro en que él depositó su imagen, también *suframos* siquiera la compañía de aquélla á quien plngo al mismo Hacedor sacarla de nuestra costilla. ¿Correrá más riesgo la inocencia, peligrará más la moral pública en una función espléndidamente iluminada, y donde debe imperar refinada cortesía, que en aquellas distribuciones nocturnas, á la luz de mortecinas velas que, en lugar de alumbrar el sagrado recinto, duplican sombras tan amigas de misterios no siempre religiosos; peligrarán más que en esos *meses de María*, en casas particulares, citas devotas de muchas familias, presto excitadas por el canto, la música, las flores y aquella familiaridad misma, más resbalosa sin disputa en esas chacarillas espirituales, que cuando todo un pueblo es testigo de nuestros actos? ¿Peligra más en el teatro la moral pública que en esas órdenes dadas en mala hora para que vayan á *ganar el confesonario* las devotas, mozas y viejas, antes, mucho antes que rompa la aurora?...

En la misma santa misa, Sr. Director, confesemos nuestra falta si pecamos de descortesías clavándonos de plantones en las puertas de las iglesias, válganos el Cielo! que no se figuren

aquellos señores que es por admirar la escarlata ó el armiño de sus vestiduras : armiño superior es el objeto de nuestro arrobamiento, la angelical mirada de una virgen centellante de pureza ; escarlata más divina es la que contemplamos enajenados, esas lenguas de celeste fuego que el santo recato lanza á la faz de la hermosura. Si hay dos zotes que cometan tamaña *inconveniencia* por *curioscar* muñequitos encintados, allá se las hayan, que la mayoría no es de las que se halagan con los arreos de la devota vanidad.

Concurrencia de sexos ! ¿Cómo permitís entonces á vuestras amadas hijas, santos capuchinos, que vayan á funciones de payazos, de títeres y cosas por el estilo ? Falta de ilustración á lo más sospechábamos hasta aquí en vuestra actitud ; ya la mala fe va sacando sus cerdosas uñas. Conque todo lo que seduce puramente los sentidos, *moral, inocente, magnífico*, aun con concurrencia de sexos ; mas lo que puede aumentar el caudal de nuestras ideas, lo que tiende á depurar nuestras afecciones, *immoral, corruptor, impío!* lógica soberbia !

— «Qué salto tan pasmoso el de la *reina del aire!* vamos, me asombró.— Y qué dice Ud., de esa destreza en el trapecio?—Cierto, también fue de verse ; pero que estúpido es el tal payaso ». Muy bien : inocentemente se ha entretenido el pueblo un momento, admirando de lo que es capaz la fuerza ejercitada del hombre, su agilidad, su elasticidad, su poder bruto. Pero ved allá esotro grupo : hablan poco, casi nada, se diría que salen de la iglesia. Todavía esa hermosa dama no acierta á guardar su pañuelo ; se enjuga los ojos á cada rato ; y como no, si aun ve á Desdémona recostada en su lecho, pidiendo sus vestidos nup-

ciales para llorar sobre ellos, como sobre las reliquias de un bien pasado y convertido ahora en tortura; si aun la ve dolorosamente extraviada por un negro presentimiento; si aun la oye entonar la conmovedora balada del *Sauce*, y la ve por último quedarse dulcemente dormida, después de haber implorado una mirada de Aquél que protege la inocencia; dormida... en el instante precisamente en que la muerte abre sus alas junto á su *almohada!* dormida... para despertarse á breve rato ante la mirada infernal del *Moro*, en la que palpa muda, sombría, pavorosa toda una eternidad de dolor! — Y si el caballero, que acompaña á esa dama, execra la ciega ferocidad de Otelo se estremece sin embargo al escuchar los bramidos ya sordos, ya ahogados y siempre aterradores de la más tenebrosa y desesperante de nuestras torturadoras debilidades, los *celos!* Compadecemos ese corazón trocado en un infierno por la perversidad de un monstruo, perversidad apoyada en apariencias engañosas: y tiembla de espanto al considerar el abismo en que puede sumergirse el ánimo mejor dispuesto, cuando obcecado por la pasión se entrega inerme y confiado á las artes diabólicas del impío.

Y por degradada que pondremos nuestra especie, por formidable que se decante nuestra vergonzosa proclividad, imposible, Sr. Director, imposible que entre cien mil personas que asisten á dicho espectáculo, haya un solo hombre, haya un solo monstruo que gratuitamente y sin provecho alguno admire á *Yugo*, envidie su refinamiento de perversidad y se proponga como modelo. Y si tal monstruo existiese ¿sería culpa de Shaskpeare que lo inventó, ó del diestro actor que penetrado del espíritu del poeta, le ha

interpretado de manera tal que el espectador, en su ilusión, confunde el personaje con el actor, hasta el punto de no acertar á ver á éste sin la repugnancia que le inspira aquel, abrazándolos á entrambos en igual aversión? ¿No hubo ocasión en que el pueblo todo (é inglés!!) se avalanzó á despedazar al Yago del teatro, por la prodigiosa maestría conque un actor desempeñó papel tan odioso?

Valga la verdad, si hay palestra en donde el triunfo del ingenio humano se ostente espléndido, completo, sin igual, es el teatro. No se nos oculta el poder de la tribuna ora sacra, ora profana; pero sabios é ignorantes más se estremecerán de horror contra el crimen al ver á Lady Macbeth, sonámbula, desesperada, con un corazón tan vacío y tenebroso como el caos, y con los ojos fijos en esas manos, «ay, en esas manecitas que todos los perfumes del Oriente no alcanzarán á purificar!»:» sí, más se aterrará nuestro corazón con este cuadro que con un sermón de los más fulminantes de un Bossuet. ¿Diferencia de argumento, diferencia de estilo, diferencia de arte? No, señor, consecuencia forzosa de nuestro modo de ser, por desgracia, no siempre demasiado espiritual y que más se impresiona, por tanto, con lo que ve que con lo que solamente escucha. ¿Dónde está pues la tendencia esencialmente corruptora de la escena? No palpamos al contrario el esfuerzo latente, pero poderoso, invencible á mejorarnos? Son los admiradores de los acróbatas ó los espectadores de esos dramas, los que salen del respectivo espectáculo con una idea más, con una afección más pura, con una lección práctica é inolvidable que les servía de luz en los varios incidentes de la existencia?

Dijimos triunfo sin igual el del teatro? : evitemos réplicas. Homero, padre de la poesía, el primer intérprete asombroso del lenguaje de los dioses; Homero especie de dios él mismo, por la unción sagrada con que cada siglo hace más venerando su nombre: pues ése, ése Titán de los Genios, no decimos en su amarga vida, en la existencia secular, inmarcesible y cada vez más radiante de su gloria, no ha gozado ni jamás gozará de triunfo tan envidiable como el que puede obtener y obtiene amenudo un mediano bardo que acierta á combinar con regularidad un drama de algún efecto. No negamos que lo que esta gloria sobrepuja á la otra en brillo é intensidad, lo pierde en la preciosidad de los quilates y en la duración envidiable de lo inmortal; mas esto no destruye lo que sentamos. Mayor mérito intrínseco tal vez, superioridad de Genio? No, Sr. Director: mayor aparato, circunstancias más decisivas para el éxito feliz, confederación poderosa y dulcísima de todas las bellas artes para asegurar el triunfo, y propensión sobre toda instintiva, imperiosa de nuestra naturaleza á admirar más lo que vemos que á derramar lágrimas por sola la lectura.

Héctor, Andrómaca, con el hijo á los brazos, asustado primero éste á la vista de su padre, jugueteando después inconsciente con ese morrión que presto, ya no más estará manchado con la sangre de ese mismo Héctor, de ese padre, de ese esposo. . . . esas medias palabras, esos agüeros, esos besos, esos sollozos; qué grupo, señor, qué grupo, qué pinceladas!! Pero si á más de no verlo representado, le toca por desventura saborearlo en un Hermosilla, castizo, correctísimo cuanto se quiera, pero el más frío é insípido

sediciente poeta que ha parido madre ¿no salgo más airoso en mi argumentación?

Mas no por nuestras anteriores alusiones se presume que contamos á Shaskpeare entre los poetas de poco más ó menos: él, Esquilo, Hugo son de aquellos que se hombrean con el mismo Ciego de Smirna (?): «son el Illimani, el Chimborazo, el Antisana del ingenio humano: cúspides aisladas y misteriosas, en cuya presencia, encogido el corazón, tiembla de mudo asombro». Pero Scribe, por ejemplo, especie de nuestro Panecillo ó Yavirac, un Scribe se ha embriagado de seguro con el aroma de la gloria barata, digo con la vanidad de escritor satisfecho, mil veces más que el cantor épico más encumbrado é inimitable de la tierra. Y hay quienes odian el teatro!

Bien está, Sr. Director, que no siempre aquellos señores tengan «el candelero bajo el celemín»; magnífico el que cuiden de que «la sal no se desvanezca»; pero ¿por qué esta ojeriza á los que les ayudan en su santa misión de dar pan al espíritu? Y alimento, sí señor, alimento saludable, sustancioso es el teatro. Tan amargados nos sentimos en este punto que se nos cae casi la pluma de la mano; ¿pues no le parece á Ud. que nos hallamos todavía en esos *buenos* tiempos en que se negaba sepultura eclesiástica á todo un *Mollière*, digno, como lo dijo muy

bien su esposa, de un altar, si la Grecia y no la Francia hubiese sido su cuna?—Y entre paréntesis ¿quiénes eran los que negaban siete palmos de tierra al más grande autor cómico de la más grande y simpática de las naciones? Es cierto que por ese mismo tiempo resplandecía una de las lumbreras más brillantes del catolicismo, Bossuet (1); cierto que exhalaba entonces su aroma celestial el florón más bello que ha producido la Iglesia galicana, Fenelón; cierto que apenas había desaparecido de la tierra aquel semidios por su caridad, Vicente de Paul; y cierto, en una palabra, que conmovida profundamente la Iglesia romana por el brusco sacudimiento de Lutero, trabajaba con alguna seriedad en la extirpación de los abusos y la reforma de sus costumbres. Pero, tampoco es menos cierto que un estúpido y sórdidamente corrompido como un Rhuan; un sanguinario y frío y estudiadamente cruel como Richelieu; un astuto y acabalado discípulo de Maquiavelo como un Mazzarino, eran Cardenales, eran príncipes de la Iglesia. Y si bien entonces, como últimamente, volvieron á brillar en algunos Papas las virtudes primitivas de su dignidad, muy lejos estaba sin embargo la Corte de Roma de ser discípula del que dijo: «discite a me quia mitis sum et humilis corde»: hedía aun la pestilente memoria de los Valentinois (suavizando el apellido) — Pues bien, los subalternos, los paje-cillos de éstos negaron sepultura á uno de los hombres más bondadosos y probos que, prescindiendo de su ingenio, tanto lustre dieron al reinado de ese Luis, á quien sólo esa impudente

---

(1) Aunque también él fue de los que no saborearon con agrado «Le Tartuffe».

mentirosa y lisonjera procáz que llamamos Historia, puede sin rubor alguno llamarle *Grande*. Y hubo sacerdote, hubo un Obispo, un Masillón que no palideció al manchar su hermosa elocuencia con una aplicación del sublime sermón de la Montaña (1) á ese tal Luis, á quien á pesar de su diadema y de sus brillantes, aunque injustas y efímeras conquistas, le contaríamos sin reparo en el número de los *mediocres* afortunados. Cuidado con el estudio de la Historia, sin amor sincero á la verdad; cuidado con ese estudio, sin el criterio imparcial y firme para corregir sus fallos no rara vez caprichosos ó venales: también esa es obra de hombres, señor, y no siempre de los mejores.

Por cerrado ya el paréntesis, veamos si sola la razón sería suficiente para disminuir en los eclesiásticos la tirria con que ven el teatro. Y debieran ellos saber que una ceremonia religiosa fue la cuna de esa arte encantadora; y para que no se crea que hablamos como paganos, remontándonos al macho cabrío, debieran de recordar que en las fiestas del *Corpus*, los autos sacramentales fueron los primeros vagidos de la Euterpe castellana: y clérigos, si señor, clérigos entre ellos nada menos que *Lope* y *Calderón* fueron los que encumbraron la escena española á tal altura que sólo la inglesa puede competir con ella en vigor y originalidad, dejándole á la francesa la primacía en el pulcro y acompasado clasicismo. Y en qué tiempo, Sr. Director, ese derroche de ingenio teatral? Cabalmente durante la mayor fuerza de la fiebre infernal de la Inquisición española; bajo los auspicios, quién lo creyera! de un

(1) Exordio del sermón en la fiesta de todos los Santos.

Felipe II . . . . oísteis? pues es un nombre que jamás podrá menos de pronunciar con profundo horror quien tenga en sus venas siquiera una gota de sangre española. No tan dolorosas ni tantas habrían sido tal vez las *estériles* vicisitudes de la Metrópoli; y acaso fuera distinta la situación de sus antiguas colonias, si otro que ese fraile con cetro y alma de demonio hubiera sido el sucesor del famoso austriaco: hay existencias tan malélicas que, por siglos de siglos y generaciones de generaciones, dejan horrendamente emponzoñado el porvenir de la humanidad. Y con todo, ese hombre — si tanto se ha de degradar esta palabra — patrocinaba el teatro.

Debieran recordar decíamos que es rarísimo el establecimiento europeo de enseñanza pública, aun de los dirigidos por eclesiásticos, donde representaciones dramáticas no sean las que amenicen actos literarios presididos por la flor y nata de sus respectivas poblaciones. Debieran recordar que no hay palacio, ni el mismo Vaticano, que no tenga su teatro; y que no siempre se representarán en él sólo la pasmosa *Atalia* ó el *Poliucto* ó la *Esther*, no hay para qué decirlo, si no hay belleza sin variedad, y si sabemos que ha habido Papas (por lo pronto acuérdomo de un Marcelo) que no se han desdeñado de probar sus fuerzas en la producción de dramas; y si nadie ignora, por último, que la Corte de un León X fue el foco de las inteligencias más eminentes y variadas, el ramillete más lozano y brillante de literatos, y aun el refugio de escritores tales como un Aretino . . . . á qué calificarlo?

Pero ya hubo clérigo que á estas observaciones respondió garbosamente: «por eso también hay Papas en los infiernos». ¡Cuando le digo á

Ud. que teólogos tenemos en estas Batuecas que al mismo Pontífice Romano le excomulgarían como á hereje, como á masón! — Pero señor, en esta propia tierra, ¿no hemos visto en el Colegio de Guayaquil en los de la Capital, sombritas de teatro honradas, aplaudidas por las primeras autoridades civiles y eclesiásticas de la República? ¿No acabáis vosotros, quiteños, de solazaros en un monasterio con el espectáculo de «Las flores del campo», dirigido por un sacerdote católico y representadas dichas flores por otras de superior calidad, flores con cuerpo y alma, flores de candor é inocencia? Y siquiera sea para un objeto piadoso ¿ha carecido ese ensayo de tarjetas de entrada, precio por los asientos, canto, música, concurrencia de los dos sexos y demás zarandajas propias del más noble é interesante de los humanos entretencimientos?

Sí, señor, el más interesante y civilizador de nuestros solaces; al abordaje, si de este punto se trata. Lo vulgar para el vulgo; pero pensamientos hay que por su propia vulgaridad se convierten en axiomas incontrovertibles, en dogmas, y no es el último el que afirma que el teatro «es la escuela de costumbres». No todas las clases sociales disfrutan de la comodidad, del tiempo y las aptitudes suficientes para atender á la ilustración de la inteligencia; y sin barbarie, ni eclesiásticos habrá que nos nieguen esta aspiración como necesidad innata de nuestra naturaleza, como uno de los fines esenciales de la humana vida y quizá hasta como un *deber* impuesto por el mismo Hacedor á sus criaturas. Si negamos la necesidad de luz para la inteligencia, no comprendemos por qué la obligación á seres libres de seguir lo bueno y apartarse de lo

malo; ya que el bien y el mal no tienen sentido para el que nos los conoce. Y sin este conocimiento ¿cómo pensar en el acrisolamiento de las costumbres, factor superior mil veces á la misma ley, para la medra ó decaimiento de una sociedad?

Pero aun gozando de aptitud y comodidades para alcanzar ilustración, evidente es de toda evidencia que más que de una explicación científica, quedamos prendados del arte que entreteniéndonos, halagándonos y envolviéndonos como á niños en una nube espléndida de ilusiones graba profundamente en nuestro ánimo lecciones que no se borran. Si fuese la escena otra cosa que el estudio del hombre, el análisis exacto y profundo, pero encantador de lo que hay más arcano en nosotros; si las pasiones más grandiosas del alma en sus ya sublimes, ya aterradores arrebatos, ó en sus ridículas mezquindades no fuesen el blanco de esa producción, la más admirable del ingenio: vaya, si no consideráramos fundada la tirria de quienes creen que la escena es á lo más para vagamundos.

Pero ¿de qué proviene que con los ojos clavados en el proscenio y con el corazón palpitante, desde el primer trance que nos interesó, aun sabiendo que aquello es sólo mera ficción y sean cuales fuesen nuestras inclinaciones, caracteres, educación, posición social, etc. temblémos azogados por la inocencia, nos horroricemos ante el crimen, lloremos con los que lloran, sonriamos con la esperanza y nos sintamos desfallecer en indecible agonía al ver oprimido al justo y triunfante al inicuo? . . . «Homo sum et nihil humani a me alienum puto», es la humanidad, es el grito de un hermano el que resonó dentro de no-

sotros; y sea exagerado antropomorfismo, sea propensión invencible nuestra, nada de lo que al hombre atañe puede sernos indiferente.

¿Podríase explicar de otro modo la naturaleza de un *pasatiempo*, cuya antigüedad se esconde en la cuna de los siglos, y más joven, sin embargo, más seductor reaparece cada día y con carácter de necesario para el hombre, para este sér el más voluble de la creación, eterno niño á quien no halaga dos horas un juguete? Mas ¿cómo no ha de ser así si la existencia misma del más oscuro de los mortales no es otra cosa que un drama, romántico por excelencia, tanto por lo caprichoso de sus formas como por la irregularidad de su duración? Sí, señor, unos con mitra, otros con bastón y banda, Ud. mordiendo los labios por la torpeza de su cajista, yo tostado, empolvado sobre una cuitadilla mula, siguiendo paso tras paso el surco que rompe la yunta y donde se deposita el germen de lo que endulzará su café; todos, todos, señor, ó barbas, ó galanes ó librea de este inacabable drama, comenzado por la formación de un muñeco de barro en el paraíso y que no terminará sino con el estampido de la trompeta exterminadora. Drama, en su totalidad, sublime; pero en sus episodios, en sus detalles... ah, cosas hay sólo para sentidas: halle Ud. la expresión de esta tenebrosa agonía con que vemos á la humanidad como las olas de un mar en borrasca, hirvientes, bramadoras y que se levantan amenazantes para estrellarse ó reventar al momento y dejar el campo á nuevas oleadas tan efímeras y bulliciosas y tan infelices como la anterior!

Que la mitra para nada entra en ese drama? Ah, señor, aun la tiara: personajes augustos,

grandiosos á veces, de ellos el primer papel, ellos quienes á menudo han llenado las tablas: «*spectaculum facti sumus Deo, angelis et hominibus*». León cabalmente, como el actual Pontífice, se llamó ese gigante que á las puertas de Roma y con la cruz apenas en la mano detuvo á Atila y sus hordas desoladoras. Ahí tiene Ud. un argumento digno para Sófocles, Corneille ó para Racine; pero no! tan patente vemos ahí *el dedo de Dios*, que su rúbrica solamente cabe en esa escena.—Alejandro VI. desde la cumbre del Vaticano (no concluído todavía) dividiendo la América con su bendición y repartiéndola entre españoles y portugueses, «*siquiera sea para evitar contiendas entre los conquistadores*» — como si el *primi occupantis* ó el *uti possidetis* ó el famoso *la force prime le droit* y demás gerigonza internacional fuesen apenas de ayer, y no tan viejas en la práctica como el hombre mismo — la tal repartición, decimos sería argumento soberbio para un Terencio, un Molière ó para nuestro chispeante Moratín; pero tampoco! aunque ridículo, allí está el hombre demasiado hinchado por la ignorante vanidad: este pues sea argumento para cualquiera. La doncella de Orleans pálida ante la hoguera; la heróica, la sin ventura Juana de Arco, con los ojos fijos en los Obispos y Capitanes ingleses, que no quieren perder un ay de esa mártir, un chirrido de esas carnes que van á reducir á cenizas... oh, este argumento á nadie lo damos; y aunque desflorado con su maestría acostumbrada por Casimiro de la Vigne, drama es ese en que sólo sienta á maravilla la firma de Satanás. Ya ve Ud., señor, siempre nuestra norma; el Evangelio: á Dios lo de Dios, al hombre lo suyo, y al demonio lo que sólo á él pue-

de tocarle. — Y que este tremendo personaje toma cartas á veces aun con las personas de Iglesia, ni necesidad tenemos, para probarlo, de balbucir el pavoroso nombre de Judas, «Simón, Simón, *mira* que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo; mas yo he rogado por *ti* que no falte *tu fe*». Y á Pedro, al Príncipe del Apostolado, *al Infalible* se dirige esta tierna interpelación del Maestro — (Si Ud. es muy gramático, Sr. Director, en vez de censurar esa concordancia propia de nuestros poetastros, admire el sentido universal y la delicada excepción contenidos en la sentencia).

Y tendríame Ud. por exagerado, si también no le constara lo que paso á decir: Uno solo no hay de nuestros mitrados y aún de los que están en cierne que no haya viajado por Europa. Y á no tener el corazón de piedra y la cabeza de argamasa, tengo para mí que lo primero que debe ofrecerse al que goza de tamaña dicha es un rápido parangón entre lo que allá está viendo y lo que dejó en su tierra; y qué compasión entonces, si algo ama á su Patria, qué amargura sin límite debe producirle el ver allí al hombre que aparece, verdadero rey de la naturaleza, y al compararlo con sus hermanos de acá, tan pobrecitos, tan lamentables, tan nulos. Palpando está Ud. el vastísimo campo que para serias y desconsoladoras reflexiones nos ofrece este punto de vista:

pero ahogándolas todas, contentémonos apenas con preguntar á esos *ilustres* viajeros: ¿presumen ellos que, eliminado el teatro de París, por ejemplo, se arrancarían de cuajo todas las enfermedades morales, todos los vicios por desgracia inherentes á esos grandes centros de la actividad humana, donde tan sólo un apiñamiento de esa naturaleza basta para que lo bueno y lo malo se desarrollen en proporciones gigantescas y tanto más pasmosas, cuanto es mayor la madurez de su civilización? Y ¿presumen, por consiguiente, que prohibido para siempre el teatro á los ecuatorianos, seremos de hecho espíritus immaculados, almitas privilegiadas desde la tierra, sin que nada tengamos que envidiar á los hijos de la ciudad-luz?

Ah, amargo es, pero precisa confesarlo: exceptúese Guayaquil, y apenas ahora está conociendo una parte de la República lo que es sombra de teatro; y no por eso hemos sido ese décimo coro de angelitos, como nos desean nuestros prelados. No negamos la moralidad de nuestro pueblo, y ojalá que esa bondad y una índole del todo pacífica siempre sean las cualidades innegables del carácter ecuatoriano; si bien, por su propia felicidad, no le quisiéramos por demás sufrido. Mas ni el menor recelo nos agita de que la civilización y la cultura modifiquen ó perviertan el espíritu de una nación; le aquilatarán, le darán esmalte; pero no lo desvirtuarán, ni menos lo aniquilarán: dígalo la experiencia, dígalo la Historia; la raza latina, la sajona, desmienten en algún lugar ó tiempo de su respectiva índole?

Ahora bien ¿qué gloria más apetecible, la de ser Pastor de una grey altamente moral y á

la vez bastante ilustrada; ó la de un verdadero Pastor de *ovejos* netos y puros y á remate? Para toda alma recta no cabe comparación entre la fama de conquistadores á lo César y la de conquistadores á lo Javier, el célebre apóstol de la India: hay algo de horror en el asombro que los primeros nos causan y sólo admiración preñada de lágrimas es la que nos inspiran héroes como los segundos. Pues bien, en toda la santidad de un Ambrosio de Milán, imposible que un santo orgullo fuese ajeno de su espíritu al contar por catecúmeno suyo á todo un *Agustín*: conquista, sin disputa, más decisiva para la nueva religión que la de todo un hemisferio. Monumento vivo del postrado gentilismo, la sola presencia de Agustín á los pies del Crucificado habla más alto que toda la elocuencia de los Ciprianos y Crisóstomos. ¡Y huís vosotros de la luz, Ambrosios de esta tierra! Si la verdad es vuestra, qué teméis? Agote la humana curiosidad hasta los últimos secretos de la ciencia; desentrañe incansable cuanto las generaciones todas han pensado, sentido y delirado; indague intrépida y sin fatiga los misterios de la naturaleza... y conveceos de que, aun sin vuestro concurso, la veréis á la postre desengañada, llorosa, buscando consuelo allá en las remembranzas de su niñez. Tanto miedo á la libertad, tanto miedo á la ilustración, y una y otra precisamente las únicas alas que con seguro vuelo nos llevan á la contemplación íntima de la verdad!

Alta la frente y con seguro paso camina el león en la inmensidad de los bosques : si la pantera ó el tigre se le presentan en su sendero, en vez de erizarse, ondea más orgullosa la melena ; y ni los ojos alza para ver al águila que se cierne á poca altura de su frente ; y por qué no, si la fortaleza es su corona y por su poder es él el temido soberano de las selvas ?

Tranquilo es el sueño del justo en su modesto lecho : acompasadamente álzase y baja su corazón en respiración suavísima y una sonrisa cariñosa parece que aun juega en sus labios, nido siempre abrigado de la verdad ¿y por qué no ha de dormir tranquilo, si su almohadón es la serenidad de su conciencia, la justicia su pabellón imperial y el suave aloteo de la virtud el que refresca su pecho con delcete ?

Qué límpida es y qué centelleante la mirada de la inocencia ! pues no parece sino que el sol, niño y pequeño todavía, acabase de salir de las manos del Creador y ensayase su fuerza en esos ojuelos, *á donde se acerca Dios cuando quiere verse chiquito* (1) ; y aun cuando lágrimas los empañen, sólo alegría y penetrante ventura inspiran á los que extasiados los contemplan. Y por qué no, si el ángel de la pureza está retozando en ellos y una chispa de luz del cielo mismo es la que arde en esas pupilitas ?

Fortaleza, justicia, luz, luz más que nada . . . todo es vuestro ó todo al menos debería serlo si sois discípulos de verdad y ministros de Jesús : pues, ¿por qué no camináis como el león y no dormís como el justo y no nos miráis como la inocencia ?

(1) Pensamiento de Montecchi.

Viendo está Ud., Sr. Director, que olvidado del arte, cuyos preceptos poco ó nada respeto, por el desdén que los pedantes de esta tierra me inspiran, está Ud. viendo, repito, que, convertido de súbito en Campazas, con el corte oratorio que á veces tomo, truco en sermón esta misiva; pero sermón talvez respetable, si á su objeto se atiende. Y con todo, si él cae, por desgracia en manos de nuestros Pastores, no lo dude Ud., al *Indice* ecuatoriano, sin remedio y una excomunioncita para este su servidor.

---

*Cognitio mentis, assensus voluntatis*: son ellos los primeros que, con razón, sientan estas dos bases como indispensables para la sanción de la justicia eterna; y ellos los primeros que de ellas reniegan, sin fijarse que al proceder así, es Dios mismo quien queda del tamaño de ellos. ¿Qué plena moral, sin conocimiento de lo que hacemos; ni qué asentimiento de la voluntad, si no pasa de una máquina en sus actos, de una hidráulica que gira á ciegas, una vez suelta el agua que la mueve? Y sin injusticia en Dios, qué premio ni castigo para quienes indistintamente han obrado el bien ó el mal conforme les

vino á las manos ; así como á la hidráulica le sucede ó pulverizar al infeliz que quiso impedir su movimiento ó seguir dando á su dueño *segura riqueza* con su incansable actividad?

Sienta aquí de perlas aquella eternidad de *cien años* á lo sumo, del más grande de nuestros pensadores, «aquella gloria moderadilla con una luz pálida y música regular» como en un convite de casamiento ; «ó ese infiernillo oscuro, donde nos recibirán á más no poder, para barrer patios y corredores é ir con la basura tras la casa» : es decir, como huéspedes extraños á las moradas del gran Padre de familias que, sin injusticia, no puede glorificarnos ni atormentarnos como á lijos, ya que precisamente hemos carecido de ó hemos sepultado nosotros mismos esas dos prendas únicas por las que sus más nobles criaturas se distinguen : inteligencia y libertad !

Y sin réplica sería este argumento y tal sería la verdad hasta dogmática, si al instante no nos saliese al frente el *serve nequam* : «sabíais que era yo inexorable que pedía con usura lo que doy en préstamo ¿por qué, pues, enterrásteis los *dos talentos* que os presté?».—E imagínese Ud., caballero, si en tan supremo trance y ante semejante Juez no tuviésemos más que esta respuesta : «Señor, señor, no es mía la culpa : mi Sr. Obisquito me dijo que los tales talentos eran *funestos, corruptores, impíos* ; por esto, envueltos en este trapito, os los devuelvo ahora, aunque del todo enmohecidos».—No sabemos, por supuesto, si en caso tal las orejas del respondón, las del obispo ó unas y otras serían las que lo pagasen. Pero de todos modos, alegrémonos : al tratarse de ovejos de estas greyes, sólo entra por medio la eternidad de cien años.

«Me hiede el humo de vuestros sacrificios; vuestro corazón he ahí lo que yo quiero». Poco más ó menos así lo dice el Libro por excelencia, ó así debe decirlo, porque he ahí la única ofrenda aceptable para la Divinidad: conocimiento pleno siquiera de lo que es capaz la inteligencia, conocimiento pleno de la hermosura de nuestra voluntad libre y conformadas ambas facultades, encaminadas á la perfección sujetándolas al fin supra terrestre, si no nos engañamos, esto es el «estote perfecti sicut et Pater vester»; y este el sacrificio más noble que criatura tan noble como el hombre puede ofrecer á su Hacedor.—No nos conteste Ud., como ciertos ecuatorianos, con mala fe, y si es mejor que el nuestro nos sujetamos á su parecer.

Ahora bien, si el objeto del teatro es despejar la inteligencia, pulir nuestras costumbres y educar, mejorar nuestro corazón, se desprende de suyo que, antes que peligroso ó inmoral, el teatro debe ser considerado por el clero como cooperador suyo en la ardua tarea de ilustrar y perfeccionar á sus hermanos. De una República digna, libre, intelectual, codiciable honra el presidirla; porque ello argüiría la superioridad del elegido entre los mejores; pero el ser algo así como cacique ó mayordomo «de un hato de raza híbrida» sin dignidad ni virtud... vaya con el oficio, y más cuando casi siempre es desempeñado sólo por jayanes *forzudos*. Pues exactamente lo mismo en lo eclesiástico: dignidad veneranda la de un pastor de una grey también veneranda; y no ya pastor, sino verdadero lobo el que apeetece una manada sólo para la trasquila y el matadero.

A los arlequines de sacristía, á esa especie de moscardones en nuestras letras, qué campo el que acabamos de proporcionarles para sus chocarrerías tan agudas como una bola de billar y para sus chistes tan salados como un huevo recién depositado en el nido por la más solícita de las madres. «Qué linda República esa — dirán — toda de sabios! guapa comunión aquella sólo de científicos: nos pedirá el escribidor también brújula para los gañanes y sendos teodolitos hasta para los negros de trapiche?». — Insanos! y para que tomáis el rábano por las hojas? — Y esta cabalmente, en nuestra opinión, es la esencial diferencia entre la ciencia y las artes: la ciencia, de suyo, toda expansión y ansia de propagarse; en las artes, bien marcado el egoísmo. Cuidado le diga Ud. á Salas que Cadena le es superior en el colorido; pues, aunque le añada que él le vence en suavidad y naturalidad de expresión, siempre le dejará amostazado. Hasta á un mal poeta si se le dice que Diego ha improvisado tres cuartetos lindísimos, se esponja como una rana, se emberrincha y le muestra por fin unos colmillos! . . . . Mientras que quien algo llega á saber, por el contrario, qué ansia la suya de que ese *alguiño* se convierta en lluvia universal y suavísima, y de que con ella se empape toda la tierra; y de que ésta reverdezca, y que reverdecida se cuaje de flores, y en medio de ellas se sazonen frutos selectos y apetitosos que «á todos nos llenen de satisfacción y placer».

*La ciencia hincha!* La ciencia vana, la superficial, la reducida á cuatro axiomas quizá sin fundamento y toda ella hueca palabrería, esa ciencia, si señor, mata, porque más nos entorpece; pero la ciencia de la vida, la de conocerse

á sí mismo y dirigirse con seguridad á su blanco, esta ciencia no mata! nos humilla sí, porque hace que nos veamos como una gotilla en el océano; pero ella, espiritualizándonos, nos vivifica: y esta ciencia es la que para todos queremos.

« Pero representaciones hay — no se nos niegue — profundamente inmorales ». — Convenido, Sr. Director; pero diciéndolo están ellos mismos: *algunas*, pues abajo con esta y vengan las que no lo son. No olvidemos primeramente que miel y no veneno es lo que busca el delicado pico de la abeja: pero como la generalidad no acertaría tal vez (supuesto que hasta el instinto nos niegan) á distinguir uno de otro, no olvidemos que en pueblo tan sobradamente católico, compañía no habrá que ose hierla en tan delicada fibra; y si á ello se atreviese, en la reprobación unánime de los espectadores y en la falta, por consiguiente, de concurrencia estaría el castigo.

Mas aún; supongamos que nuestra sociedad, por inadvertencia, tolera un drama immoral... quizá Ud. se figura que vamos á hablar de *censura previa*? Oh no! nuestro odio á los verdugos es profundo y más á los del pensamiento. Digno legado del que más arriba nombramos y á quien sin indecible tortura no es posible ci-

tar dos veces, la *censura* es institución salvaje. ¿No se le sube á Ud. toda la sangre al rostro, cuando en la portada de uno de esos monumentos, eterno orgullo de la humanidad, el Quijote, por ejemplo, lo primero con que topa es con una firma oscura, repugnante que con toda la prosa de un Polichinela sale con un «puede imprimirse»? Nada de censuras, licencias, ni pareceres de cuerpos ó personas nada idóneos para juzgar de lo que no saben: allí está Bruno, allí Galileo, allí Colón.

Pero sin necesidad de *censores*, compañía dramática que se autojara presentarse obscena ó irreligiosa, habría incurrido en delito y por ende bajo la inexorable sanción de nuestras leyes. ¿Hay actores tan insanos que no estudian primero la sociedad que quieren divertir? pues alma piadosa no les faltará que les diga: «cuidado, antes una ojeada á nuestro Código Penal: Argos de mil ojos, clavados los tiene hasta en nuestros lechos; galgo prodigioso de caza, hasta de la marmita sacará la carne si se la cuece en viernes; Briareo de cien brazos, qué no lo alcanza y lo mide y lo pesa, siquiera sea un pensamiento en embrión; recopilación indigesta de la más sombra de las instituciones penales (del Código Veneciano) y aumentada y recargada con un refinamiento de barbarie, propio de los que aquí la guisaron, habrá olvidado reglamentar los espectáculos?»—Y como nadie gusta de *prisiones* y *multas*, es claro que, por puro capricho hombres no ha de haber que á uno y otro se espongan, con el desprestigio además de la compañía que tal lo hiciere.

Almacenes separados, librerías especiales nos cuentan que hay en los grandes emporios

del comercio, para las secciones americanas, en armonía se comprende desde luego, con las necesidades y grado de cultura de cada país; y bien diminuto, bien oscuro en especial ha de haber un rinconcito para la bazofia destinada al Ecuador. Si esto acaece con libros y mercancías y por lo regular hasta con las personas que de allá nos avientan para acá, no temamos que las empresas dramáticas no se aperciban también de un repertorio aparente para el pueblo que vienen á visitar. Leche para el niño, carne para el adulto: tenemos pues del todo desvaucido estotro temor.

---

Pero hidalguía no falte de parte nuestra: confesemos llanamente que sombra al menos de razón les sobra á los kuáqueros del catolicismo, en esta su guerra al teatro, si algo significa el famoso *Magister dixit*.—Sí, Sr. Director, con decisiones terminantes de algunos Papas, con preceptos innegables de los Concilios y con sus propios Cánones, aun convencidos hasta la saciedad de las verdades hasta aquí expuestas, nos pondrían en segura derrota. Tendencia efectivamente ha sido de la Iglesia en todo tiempo prohibir de todo espectáculo á los creyentes; y decimos tendencia de la Iglesia, y no de la religión, porque digan lo que quieran los que no le

comprenden; en ninguna parte vemos nosotros más palmario el amor al progreso que en el cristianismo. Esto no es afirmar que la Iglesia romana deba caminar al mismo paso que el espíritu de los siglos, porque no se nos oculta que formidable entonces nos saldría al frente el *Syllabus*, y ametralladora es éste que nos pondría en polvorosa. Pero ensayemos la fuerza que tenga el *Magister dixit*, en lo relativo al teatro, sin tocar ni ligeramente la cuestión autoridad.

1º Reconozca Ud., señor, nuestra imparcialidad, pues llamamos á la palestra al más intransigente y furibundo, al aguerrido africano del siglo IV que solo Pacomios é Hilariones quería en cada cristiano: ya nos comprende Ud. que hablamos del fogoso Tertuliano. Atienda Ud. nuestra pobre naturaleza, (como siempre lo ha hecho la Iglesia como buena madre!) y atienda á lo que aquel exige de nosotros... pero á un lado tan ardua materia: notemos únicamente que, aun prescindiendo de la severidad genial de ese grande adalid del cristianismo, motivos tuvo más que poderosos para prohibir el teatro á sus hermanos. Si Ovidio mismo, llama desnaturalizadas á las madres que llevan sus hijas á los *templos* á cumplir con las *ceremonias de su religion*, á adorar á sus *dioses*, ¿cuáles habrán sido los teatros, cuáles las diversiones de esa Roma Imperial, posterior á Ovidio; egoísta como no lo ha sido otra ciudad de la tierra y corrompida hasta la médula de los huesos? ¿cuáles habrán sido los pasatiempos de esa Roma de los esclavos, de las fieras, de los gladiadores? No digo Tertuliano, Heliogábalo mismo, si hubiese tenido átomo de alma, si hubiese sido hombre, era de que se estremeciese de ser cabeza de tal pueblo.

Prohibidnos espectáculos de esa naturaleza, Sres. Prelados, prohibidnos hasta los toros; y los liberales y *los masones* y *los herejes* los primeros que os apoyarán, y no decimos que os obedecerán, porque no había necesidad de vuestro precepto para ver *carnavales* y *corridos* de toros, con repugnancia. Pero de buena fe ¿quién sostendría que el Siglo XIX se solaza *públicamente* con diversiones como las de los romanos, en los primeros siglos del cristianismo?

2º ¿A quiénes prohibían Tertuliano y toda la Iglesia los espectáculos aquellos? A los cristianos primitivos, á esos espíritus sobrehumanos destinados á sellar con su sangre la regeneración de esa misma Roma y con ésta la de toda la humanidad; á esas almas heroicas que por delante no tenían otra cosa que la muerte, y qué muerte. Aquello no era sólo una religión, ni un grupo siquiera de austeros cenobitas: era algo así como una colonia de santos, emigrada á su pesar á este valle de horror que no mismo acertaban á verlo como patria suya; era algo así como un coro proscrito de Angeles, harto desesperados muchas veces con la prolongación de su destierro. Y desde este punto de vista, á más de inútil, por declamatoria é infundada, tendríamos la fulminante elocuencia de los Tertulianos y Jerónimos, si no viésemos á las claras que, en medio de esa colonia y de ese coro, que nunca más volverán á honrar la tierra, también ha de haber habido algunos hijos de Adán y algunas hijitas de Eva, queremos decir, seres frágiles como nosotros; varios convertidos apenas á la nueva religión; no pocos débiles todavía en sus creencias, y todos por fin respirando por fuerza la atmósfera pestilente que engangrenaba á la tota-

lidad. ¿Qué mucho pues, creyesen los Pastores oportuno, indispensable, imperioso apartar su grey, en cuanto les fuese posible, de todo lo que tendiese á debilitarla, enflaquecerla, pervertirla, para encauinarla después al Circo, no como espectadora sino únicamente como víctima? Quien indistintamente, pasara de las Catacumbas al Coliseo; de las Agapas á los festines de aquellos famosos Quirites envilecidos; de aquel aire, decimos, helado é impregnado de lágrimas de un sepulcro al ambiente abrasador y embriagante de esas termas, de esas orgías de los ruines descendientes de Fabricio. . . . imposible, Sr. Director, imposible que hubiese tenido la entereza y constancia necesarias para confesar el nombre del Galileo crucificado, entre las horrendas torturas con que el paganismo se propuso exterminar la nueva religión.

Mas ahora . . . ya sea maldición del cielo, ya miserable degradación de nuestra especie, ni los tiempos, ni estas tierras son de mártires ni para mártires. Cuando *en defensa* de nuestra Religión nos lanzamos no ha mucho los imbabureños á estrellarnos en las barricadas de la Capital: «caracoles! no hemos nacido para mártires» fue el grito que destronó al «sálvese quien pueda!» Sí, señor, cristianillos de *misa* y *olla*, republicanelos de á dos en carga, gigantazos de medirlos con microscopio. . . . he ahí nuestros hombres y nuestras cosas, y tanto para lo bueno como para lo malo. ¿Y ha de influir mucho el teatro para debilitar á estos Ignacios de Antioquía, á estas Felicidades y Perpetuas, á estos Crispines y Crispinianos en caricatura?

Y he aquí la razón por qué nos parece justa la prohibición de los espectáculos para las per-

sonas eclesiásticas: bien están en el templo sí para él nacieron, y mucho mejor á la cabecera del moribundo, junto á los lechos de los hospitales, en las masmorras de los encarcelados; y en último caso, no están mal, como los Profetas, en las cumbres de los montes, en cuevas apartadas, dando más eficacia á su ejemplo y á su palabra con la distancia y el misterio. Pero menos asco nos causaría por cierto y menos escándalo un clérigo comedido y moderado, aunque sea sentado en la *cuzuela*, que no renegado y díscolo, echando suertes sobre las cruces y patenas de una sacristía.

3º Espinosillo es este punto, mas no por eso menos importante ni menos elocuente: relajación de la disciplina primitiva. Es ésta la misma en nuestros días que en tiempo de San Ambrosio, ó la anterior siquiera al Concilio de Trento? Bien ó mal hecho, es innegable que penetrada la iglesia romana de nuestra debilidad, de nuestra miseria, ha aflojado en rigor un noventa y nueve por ciento de lo que, como deber para la justificación, exigió á nuestros mayores. ¿Seríamos capaces los cristianos del siglo XIX de las penitencias eclesiásticas, los ayunos, las maceraciones, las humillaciones voluntarias de los cristianos de los primeros siglos? Si todo eso es buco, confesémoslo con ellos, Sr. Director, tristísima es la diferencia; pero por triste que nos parezca, es la verdad, y vana por tanto toda coz contra el agujón. Teodosio á las plantas del Prelado de Milán; Teodosio cubierto de ceniza y cilicio y mendigo largo tiempo de la bendición sacerdotal á las puertas del templo y en presencia de sus propios esclavos, por haber consentido disparadamente en que se pasara á

cuchillo parte de una ciudad en rebelión y *pagana* aún en su mayoría... espectáculo verdaderamente admirable. Mas ahora, mas vosotros, obispitos de Milán, qué hicisteis con un imitador mezquino de Teodosio? Y él con sus propias **manos** fue el asesino de infelices é inermes prisioneros, y no *paganos* sino correligionarios suyos; y él, no en el primer raptó de furor como Teodosio, sino despacio con ferocidad salvaje, de hora en hora, de día en día, venía por el gran río deleitándose con la matanza de los que no querían otra cosa que el imperio de la ley.

¿Le negásteis la entrada al templo, le obligásteis á vestir cilicio? Si el victimario, si el verdugo, fue vuestro hijo, no lo fueron menos sus víctimas; y para el primero *Te Deums*, repiques á vuelo, hosanas los más estruendosos, en presencia de los hermanos, de los padres, de los hijos de aquellos mártires de la libertad y la civilización; y por fin... la apoteosis! *Laudo vos? in hoc non laudo!* ¿Ni cómo habíamos nosotros de encomiar á Eva, si la viéramos junto á la charca humeante aún de la sangre de Abel, y radiante de gozo y con guirnaldas para ese desventurado Caín, que contempla todavía su obra con la sonrisa feroz del crimen afortunado y sin remordimiento? Por relajada que consideréis vuestra disciplina, mejor os habría sentado un doloroso silencio que os conquistase el respecto del desaforado vencedor y una cariñosa veneración de los vencidos, que no el dar apoyo á la iniquidad y santificarla.

Que la política le defendiese y aún le defendía, se explica; ya que no hay entre las humanas pasión otra más negra que esa furia; pero que el cristianismo tome en ello parte y hasta divini-

ce lo inicuo. . . . ah! ¿os disculparíais acaso con el ejemplo de Roma en la San Bartolomé? Qué disculpa! Y Roma se avergüenza ahora de esa infamia, ni asomos de justificarla; por el contrario se horroriza de ese atentado, y aun hace lo posible por negar en él toda participación. Y vosotros? todavía con todo el cinismo de la victoria!

Victoria, Sr. Director? lástima que ni lo barrunten. No los gobiernos buenos ó malos, no la división de los partidos políticos, no la concurrencia de sexos ni el teatro ó demás espectáculos sino la clerecía misma, sus propios miembros serán los que en el Ecuador rompan la unidad religiosa y con ésta den al traste con el romanismo. Y *Profeta* se ha empeñado nuestro clero en sacar al Fraile venerando, cuyo concepto citamos. Testigo fue él, en efecto del arranque con que sus correligionarios se avalanzaban como politiqueros sobre su inerme presa; testigo de ese insano extravío con que hacían de la religión un instrumento, suministrando ellos mismos armas vedadas para el triunfo de lo inicuo; fácil le fue. . . por consiguiente, prever que el escándalo y el abuso elevados á lo monstruoso, dejarían *inconocible* la doctrina que él predicaba, convirtiéndose ésta en ludibrio ú objeto de desdeñosa indiferencia.

Con nuestra raza, con la latina, poco ó nada han valido los Calvinos ni los Luteros: ó de veras creyentes y hasta fanáticos católicos, cuando de veras son creyentes y piadosos nuestros guías; ó incurables excépticos, volterrianos, si queréis, cuando es la misma clerecía la que asienta la abominación sobre el altar. Y ésto, ésto es lo que con rapidez vertiginosa ella mis-

ma se ha propuesto llevar á cabo. Gire Ud. la vista en torno suyo, y no es ciertamente la victoria que ellos decantan lo que á Ud. le suspenderá, sino la paciencia infinita con que nosotros vemos aquel escándalo y aquel abuso que el R. P. Solano indicaba como el comienzo de la corrupción religiosa en el Ecuador.

Importada con la inmigración negra el más intransigente y feroz ultramontanismo, es el aire de un gran convento el que aquí respiramos, la mugre claustral la que por todas partes trasuda; y trocada la existencia en una lenta agonía, apenas sí ha quedado el hombre para máquina productora de los que le dominan. Con el Concordato no se conquistaron ellos el corazón de los fieles; impusieronles simplemente abominable yugo, que tarde ó temprano es imposible que no lo despedacen. Mediante dicho Concordato, qué no lo han abarcado, qué no lo han manoseado, qué no lo han desvirtuado? De ellos las Cámaras Legislativas, de ellos el Gabinete, de ellos la Instrucción Pública en todas sus faces y grados, de ellos el alma y todo el ser de nuestras hijas y esposas, de ellos el nacimiento y la muerte del ciudadano, de ellos lo presente y lo porvenir, de ellos hasta las más ocultas interioridades del hogar; pero con esa ciega avidez, por supuesto, de su insaciable *mercede sua*.—Parodiando pues á Tertuliano, también estos *Santos Padres* pueden ya exclamar, en los transportes de su victoria: «todo lo hemos ocupado nosotros, todo lo llenamos, todo es nuestro, menos vuestra tontera». Perfectamente bien; pero es ésta la severa *disciplina* que tanto pregonan? ésta la doctrina á la que el mundo debió su regeneración?

Y claro que con tal relajamiento en lo primordial, también la moral hubo de correr por igual cauce; y allá va el botón de muestra: la concurrencia á espectáculos públicos especialmente al teatro, *pecado sin absolución*; y *virtud subidísima* el odio al hermano, si es liberal; y qué guerra en el seno de las familias, si por desgracia en ellas despunta este principio heterodoxo.—*Laudo vos?* quizá los *infallibles* os aplaudan, pero de seguro que Jesús os maldice.

Harto en apariencia nos hemos desviado de nuestro asunto con esta digresión; mas agravio irreparable le haríamos, Sr. Director, si supusiéramos que ha de tener Ud. por inútiles estas reflexiones, cuando ellas nos eximen de insistir con una palabra más sobre la relajación innegable de la disciplina de la Iglesia: si ésta, entre nosotros, desatendiendo en absoluto sus grandes intereses, los del espíritu, los de la eternidad, ha dejado *Salem* por la batahola y los impuros cenagales de *Babilonia*, qué le hemos de hacer? A otra cosa.

4º A pesar del *Magister dixit*, esto es, á pesar de las prohibiciones de los Concilios, el *ejemplo* abona la infracción, en lo relativo al teatro. No hay ciudad católica en la actualidad, ya lo hemos dicho, que no tenga siquiera un teatro, como lujo y aun como necesidad imprescindible de su población, contándose entre ellas Roma misma, metrópoli del catolicismo; y no ahora solamente, medio despontificada, sino desde hace siglos. Para plena convicción de los contrarios, buena sería talvez aquí una breve y gloriosa revista de los Papas, Cardenales, Arzobispos, etc., que han regalado á la posteridad varios de estos monumentos; pero por lo fas-

tidioso, hagámosle gracia al lector de esta reseña. Fíjense únicamente nuestros solitarios de Port Royal que á más de ridícula, grosera sería la impertinencia del que hiciese á nuestros prelados más sabios, más santos que los demás obispos y pontífices de la tierra; y aun siéndolo, el número nos bastaría para los partidarios de las mayorías volantes, principio no desconocido á la misma Iglesia, hasta para la decisión de los *casuistas* en lo relativo á escrúpulos. Es así que la mayor parte, la totalidad, mejor dicho, de los prelados actuales no impiden el teatro á sus corderos, luego no hay razón para creerlo como opuesto al espíritu católico; luego nuestros prelados, sin *pecado* ni *venial*, debieran aprobar entretenimiento tan racional y provechoso; y aún más, añadimos, debieran apoyarle y sostenerle por la razón siguiente que es la última de nuestras reflexiones.

5º Demos que el teatro sea efectivamente peligroso: basta el buen sentido para convencernos de que, en la elección *necesaria* de males, debemos estar por el menor. En cuanto al término *necesaria*, no entramos en explicaciones, dolorosas é inútiles para los que conocemos y lamentamos nuestra miseria: pero que nos oyesen, señor, sin prevenciones y nos respondiesen en espíritu de verdad. Entre los deberes sociales de nuestra época, no puede haber, para toda alma noble, otro más interesante y vital que el de un esfuerzo general y común por la extirpación ó disminución al menos del abuso del licor—gangrena espantable de nuestro siglo, abismo más formidable, sin duda, para el cuerpo y el espíritu, que todos los nihilismos y demás plagas que nos invaden. Nación hay

donde legalmente es nulo todo contrato hecho por la tarde, porque la ley considera entonces al hombre fuera de toda ley, y por ende de razón y responsabilidad, *merced* al alcohol. Hay otro pueblo tan culto ó más que el anterior, donde sólo la *caída material* producida por la embriaguez, merece pena: pero si el ebrio guarda bien el equilibrio y se mantiene en pie, es dueño *legalmente* de insultar la moral pública con su embrutecimiento voluntario. Pero, señor, ¿no hemos visto una estadística que da una cifra de víctimas del *delirium tremens* casi igual á los segados en el campo de la vida por muerte natural ó violenta? A ninguno de estos extremos, por fortuna, llega aún nuestro pueblo: pero *picados* estamos ya de esa peste que de día en día va tomando proporciones alarmantes. ¿Hay aldea, hay villorio, hay posada en toda la República sin la gala de un *estanquillo*, aun cuando por otro lado carezcan hasta de pan?

No ha veinte años todavía que uno solo apenas, un tal *Fabila* era la piedra única de escándalo en nuestra Capital; ni ofrecía ésta en ese tiempo el triste espectáculo que ahora nos da de *restaurantes*, tiendas de licor, estancos de *caballeros* y otros lugares *mil*, destinados exclusivamente para poner en realce el más degradante y nauseabundo de los vicios. Nadie, sea cual fuese su posición social, osaba entonces hacer gala de la infamia; cuéntenos Ud. ahora los *Fabils*, reduzca á guarismos los estancos, muéstrenos con el dedo al que se recela de escanciar en público siquiera sea algunos vasos de vino. Pues, Sr. Director, somos de opinión que todo lo que tienda á cortar mal tan grave debe abrazar-

se á ciegas; esto es, aceptamos aun la coerción rigurosa que debe ejercer toda autoridad legal para castigar vicio tan eminentemente corruptor. ¿Y hemos de impedir, como los señores capuchinos una diversión honesta, que por lo menos á los que asisten, retrae siquiera una noche de convertirse en inmundas bestias? ¿No habríamos por el contrario de fomentar cuanto fuese dable el trabajo durante el día y un entretenimiento inocente por la noche, universal si fuese posible, para ver de arrancar de las manos del hombre esa ponzoña que física y moralmente le mata?—«Pero qué! si el teatro les serviría de pretexto». Volvemos como con *la concurrencia de sexos*; y ellos los primeros que nos enseñan «que argumento que prueba mucho nada prueba». Pretextos para un borracho! quien esta acostumbrado á hacer las *mañanitas* y las *nochecitas*, quien hace boca para *cualquiera cosa* y *asienta* á las mil maravillas el más insignificante bocado; quien lo único que aprende al fin es «que en tierra caliente, aguardiente; y en tierra fría más aguardiente todavía»; presume Ud. que esos necesitan del teatro para ver?

Si hasta ahora se ha creído de rigurosa etiqueta obsequiar con *licores finos* á los acompañantes á cada espectáculo, culpa será de la *novedad* que no de la *esencia* del teatro; y esta misma novedad es la mala consejera de ese *lujo ridículo* para cada función. Mas cuando el teatro sea de costumbre, sea de todos los días, con la novedad habrá desaparecido la exageración y todos habremos aprendido á guardar con más esmero nuestros cuatro trapitos almidonados para presentarnos, sí con aseo, sin rubor ninguno, con el decoro propio solamente de nuestra posi-

ción; y quizá habremos aprendido sobre todo á despedirnos cortesmente de nuestros acompañantes en la puerta misma del teatro, ó á calentarnos á lo sumo con nuestra jícara de chocolate; y después del santo rosario, los que no han dejado tan piadosa costumbre, á dormir! y á dormir con las tiernas emociones de una noche, en que hemos gozado como *personas*, como *hombres*.

Del «Teatro en Imbabura», como empresa, como negocio, quizá algo le diga en cuatro líneas y por otro correo; lo que es ahora ya estos pulmones piden un baño, fruto primero y no de los más intolerables de la literatura en esta tierra.

Obsecuente S. S.

*Junio 6 de 1881.*

# “Nuestra cuestión de límites”

(Réplica al Sr. Dr. Dn. Luis Cordero) (1)

1902

## I

**A**CERCA del *estado actual de nuestra cuestión de límites*, el número 1.709 de «El Grito» hanos traído una donosa lucubración, firmada por el Dr. Dn. Luis Cordero.

Por lo difícil y delicado del asunto, á más de ilustración no común y levantado patriotismo, él exige tal sagacidad y tino en quien lo toca que, á no poseerlos, preferible sería mil veces el silencio.

---

(1) Dueños y auy de veras conservar en este escrito la forma personalista que, por desgracia fue indispensable, al rectificar ciertos conceptos del eximio literato Dr. Luis Cordero. Aun ahora gustosos nos abstuviéramos de reproducirlo; pero en asunto de tanta trascendencia como el de la integridad territorial, hasta deber ineludible opinamos que es en todo partido político dejar constancia de la manera con que fue discentido y de las razones por una y otra parte aducidas.

La zona del Aguarico está ocupada por los peruanos; allí han fabricado ellos una casa de gobierno y establecido autoridades; forman y cultivan chacras para la guarnición y los colonos; hostilizan y arrojan de sus hogares á ecuatorianos que rehusan jurar su bandera; y en plena paz y mientras diplomáticamente se cambian las dos Naciones dulcísimas palabras de fraternidad, una lancha de guerra, á orillas del mencionado río, defiende, amenazadora, la usurpación de nuestro territorio.

Mas todavía: la prensa misma de Lima nos informa de excursiones armadas hasta más acá del Pongo de Manserriche y de pascos militares aún por Gualaquiza. Y según Tratados que en nada han perdido su vigor y en conformidad con los más elementales principios de Derecho Internacional, hasta obtener una resolución cualquiera «la cuestión de límites», el respeto al *statu quo* es obligación sagrada para el Ecuador y el Perú. Algo más; ni en el Tratado mismo García-Herrera ni en discusión alguna sobre este asunto, habían entrado como cuestionables ni el Aguarico, ni el Pongo, menos Gualaquiza.

La cuestión límites, por consiguiente, no es ya meramente especulativa: tratase de hechos y de hechos abrumadores, de aquellos que no pueden menos de enrojecer la frente del ecuatoriano más apático. Pero como la paz es nuestra aspiración común y de necesidad imperiosa; como lo que anhelamos con ardor es cordura y sabiduría en nuestros gobernantes, para que salven la integridad y más que todo el decoro de la Patria; y como á pesar de algunas incorrecciones últimas no desesperamos todavía de un éxito feliz, en el campo de la justicia y el derecho, cuánto es de

desear en quienes esta materia dilucidan la ilustración y sagacidad de que al principio hablamos. (1)

Ilustración y sagacidad que no las habríamos negado al Dr. Cordero, y aun le hubiésemos concedido pleno conocimiento de causa, si al menos en ésta procedió antaño como Magistrado y no como instrumento apenas del círculo que tanto le mancilló.

De dos requisitos esenciales se presenta desnudo en esta palestra el laureado articulista: de imparcialidad y de justicia; de ahí lo antipatriótico, lo infelicísimo de su obra. Por falta de la primera, ofrece en el asunto, como única tabla de salvación, precisamente las páginas más bochornosas de la negra época de la Argolla; y por falta de la segunda, á guisa de los actuales pilluelos de la prensa, se deleita en diatribas calumniosas contra quienes ni con su desprecio le honraron. Esta incontinencia de la palabra, tan característica en Dn. Luis, nos obliga á una réplica que muy sinceramente habríamos querido evitar. Pero como la ola de la difamación, á lo que parece, desde la canalla va ascendiendo hasta á ex-Presidentes, impónese un *¡alto ahí!* siquiera á éstos, ya que los demás son de aquellos que *no merecen ni el guarda e pasa* del Dante.

Dn. Eloy Alfaro no derrocó de la presidencia á Dn. Luis Cordero; Dn. Eloy Alfaro ni se acordó de este señor durante su administración. Mal ha hecho, pues, Dn. Luis, en dejar podrir su injusta inquina; y peor aún al hacer ostentación de ella en asunto como el que nos ocupa. Sí, porque en materia de integridad y decoro nacionales, no

(1) Fijarse en el año en que se publicó este opúsculo.

son Caamaño y los suyos, no Dn. Luis y sus amigos los que pueden dar lecciones á quienes bajo otra bandera militamos; á quienes preferiríamos antes la muerte de la Patria que su envilecimiento. Y en prueba de esta natural incompetencia, léase, con imparcialidad, el articulejo que vamos á refutar; y dígasenos si en él descuella algo que, por la alteza de miras ó elevación de sentimientos, huela á ecuatoriano.

## II

Al tratar de asuntos internacionales, no entra ni puede entrar para nada la idea de liberalismo ni conservatismo, sino únicamente la de Patria: en su obra, por tanto, no debió olvidar Dn. Luis que nada hay más discordante é inconducente que el intentar siquiera dar color partidarista y mucho menos personal á tema de tanto interés y trascendencia. Acentos de verdad y justicia, vigorosa argumentación en defensa del derecho reclamado, centellas á veces de acendrado patriotismo y no el fuego fatuo de insulsa patriotería, tales son los requisitos que el arte y la ciencia, á par del mero buen sentido, demandan en obras de esta índole.

Pero eso de atizar odios gratuitos, y encarnar pasiones más ó menos ruines, y herir susceptibilidades de bandos opuestos y más las de las Naciones contendientes, y mentir y calumniar á destajo, etc., labor muy propia será de plumas

de ganso y de politiqueros de pacotilla, mas nunca de quien está en la obligación siquiera de respetar sus antecedentes.

Conque ¿culpable la Administración Alfaro de *mucha negligencia* de *inconcebible desidia*, en el cumplimiento de los deberes internacionales, y más aún por no haber redondeado, por no haber consumado, en la *cuestión de límites*, la obra de la Argolla? (1)—Pero una de dos: ¿tuvo ó no conocimiento Dn. Luis de las labores de nuestra Cancillería, durante la *andráquica* y *borrascosa* Administración última? No? pues, por qué le imputa cosas que ignora?—Sí? pues, sabiéndolas, por qué la calumnia?

Esperó probablemente el Dr. Cordero que todo se lo consultase su sucesor; pretensión, por supuesto, que basta apuntarla, si de ella dedujo la razón con que califica de *negligente* y *desidiosa* la misma Administración precisamente, la única durante la cual, ya por una causa ó por otra, ha desplegado el Ecuador verdadera vida internacional, tanto en el viejo como en el nuevo Continente. Y ningún asunto, vive Dios, que más haya preocupado y embebido á dicha Administración como el enderezar las famosas *líneas rectas* de Dn. Luis y su aciago bando. Pero mal hizo éste en creer que ella había de redondear lo inicuo ni consumir lo afrentoso.

Llega Alfaro á Quito; y relativamente á la cuestión de límites, no halla una sola hoja de papel que, como documento merezca la pena. De hinojos iucieusa Cordero á los *grandes estadistas* que, entre copa y copita de locumba, se deja-

(1) Apodo popular del gobierno debido á la *Restauración* que comenzó con Dn. José M. Plácido Caamaño y terminó con el Dr. Dn. Luis Cordero.

ron cortar el ombligo y dieron carta abierta á cierto astuto diplomático peruano que dejó nuestros Archivos como villorrio conquistado por vándalos. Cuántos afanes los del General Alfaro y cuántos gastos por reponer algo de lo perdido, por pertrechar nuevamente á nuestra Cancillería de las armas más urgentes para nuestra contienda en el campo del derecho. A estos afanes debemos obra tan interesante como la del Dr. Alvarez Arteta; por ellos llevará á cima la suya el Rvdo. Vacas Galindo; y á ellos deberemos, no muy tarde, otra quizá mejor ó cuando nada más terminante de un agente confidencial, dedicado en Europa únicamente al estudio que nos ocupa.

«Que no se ha sometido á la Legislatura la Convención tripartita, nada más que por desdén á lo que otros han hecho», asevera Dn. Luis: ignorancia, é inexcusable; porque para sentar especies de la laya, el hombre prudente todo lo averigua primero. Con temor, sin duda, de que fuese aprobada, pero en silencio, cumplió con su deber el Ejecutivo, sometiendo á la Constituyente de 97 la convención á que el Dr. Cordero se refiere; pero, penetrada de horror la Cámara, no por mayoría, por unanimidad, le negó hasta la discusión.

Y qué otra cosa podía haber hecho la mencionada Constituyente? Rechazarla oficialmente y con violencia? cuántos peligros para las instituciones que acababa de dictar, y cuántos riesgos para la paz, para la vida misma de la Nación! Aprobarla? cuánta afrenta para los convencionales y más para la Patria! —Dar tiempo al tiempo, hacer lo posible para entrar con los interesados en negociaciones directas, y á la vez

procurar con alíncio tanto la excusa de un Juez, tan mal y arbitrariamente designado, como la separación de Colombia de un pacto tan ominoso para ella y el Ecuador; tales fueron los consejos que, privadamente por cierto, pero con marcada insistencia, insinuaron al Ejecutivo los responsables entonces de los destinos patrios; y tal, por consiguiente, la norma á la que con tesón inquebrantable ciñó sus actos el Jefe de la Nación, en sus gestiones diplomáticas.

Y qué! espera Dn. Luis, espera algún conservador que Congresos de liberales ó radicales en mayoría aprueben pactos perjudiciales ó ignominiosos para la Patria? Por lo mismo que tanta es la amplitud de nuestro credo, nada más natural á veces que la desunión y hasta el desconcierto en nuestras filas: por lo mismo que no tenemos ídolos ni reconocemos oráculos, hasta en lo grotesco pueden rayar á menudo nuestras quisquillas; y no será raro que aun nos presentemos á lo San Bartolomé, despellejados por nosotros mismos, puesto caso que la ceguedad producida por ciertas intransigencias es naturalísima en toda facción ultra. Pero que liberales sinceros, que radicales convencidos acepten, verbigracia, «so pretexto de exploraciones científicas», un pabellón extranjero en nuestro Archipiélago; ó bendigan como dádiva del cielo Tratados, verbigracia otra vez, como el de Herrera-García, no lo aguarden los menguados que en tanto olvido pusieron el decoro patrio.

## III

Acabamos de indicar, aunque muy por encima, la norma que, en materia de límites, adoptó resueltamente el General Alfaro, desde el principio de su Administración. La reserva indispensable en asuntos de esta naturaleza y el amor patrio mismo nos imponen riguroso silencio, acerca de ciertos detalles harto gloriosos para dicho Presidente. Pero sépase en globo que el esencial objetivo del Sr. Luis F. Carbo, ora en Washington, ora en Bogotá, no fue, como con tanta malevolencia y frivolidad se le ha atribuido, ni el ferrocarril ante el primero, ni las barbaridades de nuestros invasores ante el segundo de los mencionados Gabinetes. Linderación definitiva, pero honrosa, con nuestra hermana del Sur, he ahí el blanco principal en *todos* los actos internacionales del austero censor de la diplomacia argollista.

Con el estimabilísimo Encargado de Negocios de España, el Sr. Miranda; con el Embajador de la misma Nación en Washington, mediante las gestiones de nuestro Plenipotenciario; con los Excmos. Bustamante y Dr. Sousa, Ministros del Perú; con el tan simpático y honorabilísimo bogotano Dr. Carlos Uribe; y hasta con el nada simpático y demasiado nebuloso Dn. José Carmen Villa, cuánta labor, cuánta constancia por

atraerlos, respectivamente, nada más que al campo de la justicia y el derecho, por plantear la cuestión en su propio terreno y obtener por consiguiente, resolución equitativa.

Y no en vano tanto tesón; pero vémonos otra vez cohibidos al exponer los resultados, por la sencilla razón de que, como dijimos, no desesperamos todavía de un éxito feliz en una negociación tan difícil como compleja. Si equidad y derecho, se entiende, no son en diplomacia términos vanos. Es nuestra opinión, no obstante, que á poco andar habría llegado nuestra Cancillería á un arreglo levantado y equitativo con el Excmo. Sr. Sousa, á tener este cumplido caballero y cabal diplomático instrucciones un poco más amplias y liberales de su Gobierno. La oferta por parte del Sr. Dr. Uribe—de separarse Colombia de la Convención tripartita—fue terminante, y habríase ya cumplido á no sobrevenir allí el cambio de gobierno por la incalificable revolución contra el venerando anciano Sanclemente, de quien nuestro Plenipotenciario en Bogotá había también obtenido favorable acogida, en la parte que nos interesaba.

De España solamente qué largo, qué infundado, qué significativo silencio, en cosa tan sencilla como la excusa del Augusto Arbitro! Y si á esto se añade lo que ya nuestro periodismo ha tenido la ligereza de publicar, refiriéndose á los rumores que dan hasta por redactado el Laudo de un juicio, en el cual ni ha intervenido una de las partes... saque la consecuencia el articulista candoroso que cree y no cree al mismo tiempo especies tan burdas como aquella de que «la Cancillería ecuatoriana no contestó siquiera á un *traslado* del Augusto Juez». No olvida Dn.

Luis, en su artículo de mostrarse abogado por todos sus poros; y se hace, sin embargo, el que ignora que habiendo sido profundamente modificado el convenio Espinosa-Bonifaz, por la convención tripartita, nada ya podía hacer el árbitro, mientras primero no se entendiesen las partes.

¿Conque á no ser en eso de sofocar y deshacer revoluciones, muy *negligente*, muy *desidioso* el gobierno del General Alfaro? Y sin embargo, en todos los ramos administrativos, y aunque siempre y por siempre con el arma al brazo, merced á maquinaciones de politiqueros como los defendidos por Dn. Luis, qué diferencia en vida nacional, entre el último lustro y los trece fatídicos mortales años del desgobierno de la Argolla! (1) Nos reservamos para un próximo balance de cuentas; no porque de obcecados partidarios

(1) Aún más compárese imparcial y serenamente la primera Presidencia de Dn. Eloy Alfaro con la segunda, y á fe que el más obcecado se asombra con la diferencia. En la primera, esto es, de 1895 á 1901, administración vigorosa y esencialmente progresiva: regularidad innegable en el servicio público en general; milicia improvisada, pero presto tan disciplinada y valerosa como la más veterana; Colegios y Líneas por todas partes; Institutos Normales para los dos sexos; Colegio Militar y Escuela de Clases; sostenimiento de la Misión Geodésica; Escuela de Bellas Artes y Conservatorio de Música; la instrucción primaria jamás en la prostración en que ahora agoniza; caminos nacionales y troncales por donde fue posible adquisición de edificios magníficos en varias capitales de Provincia y aun de Guano para Despachos públicos, y sobre todo y antes que nada, la vía férrea de Durán á Quito. Imbre el más exceso, díjase lo que se dijese de nuestro partido.—Si á esto se añade aquel abneco titánico por la resurrección del crédito nacional y su elevación á una altura en la que por única vez brilló nuestra Patria—qué más podía exigirse á una administración de veras amplia y elevada en sus miras y esencialmente patriótica? Como en todo cuadro, también en éste aparecen sombras, verdad, pero por negras que resulten lleven su explicación y excusa: fue permanente el estado de conmoción interna que entonces prevaleció; y la naturaleza misma de la obra emprendida no era para que todo fuese color de rosa; se edificaba y mucho para lo futuro, cierto, pero no sin destruir á la vez algo siquiera de lo pasado; y éste siempre es huracán y llorón.

Más en la segunda Presidencia, esto es, de 1906 á 1911, . . . . otra brocha para estotro cuadro.

esperemos jamás justicia y menos aún donde el más pesado tradicionalismo es todavía el medio ambiente; ni tampoco porque intentemos siquiera parangonear el movimiento del conservatismo ruín que feneció en el 95 con el Partido de la civilización y el derecho, sino únicamente para vergüenza de nuestros fariseos políticos y para que la verdad brille en su punto.

¿Justicia por parte de estadistas de alcoraque y de políticos hasta ridiculamente frustrados? Disparate! Una prueba al canto: uno de los más gloriosos monumentos del afán de Rocafuerte por la instrucción pública queda en un instante reducido á cenizas en Guayaquil; cuánta consternación en todos, pero mayor en el alma de Alfaro, y no expresada en versucillos ó peroratas cursis, sino haciendo en el acto lo que convenía, poniendo manos á la obra, para que más vasto, más espléndido volviese á levantarse inmediatamente el Colegio que inmortaliza el nombre de su ilustre fundador. Esto lo sabía perfectamente Cordero; y en el recinto de ese mismo Colegio, después de una andanada de verdulera contra el que lo recifó, ved al laureado poeta echando todavía puñados de incienso... ante el vencedor de Miñarica! Qué amor á la instrucción pública y á la historia, especialmente, en esta geniada de Dn. Luis! verdad?

## IV

Llegamos á la parte más ardua de nuestra tarea, al estudio siquiera somero de los Tratados que censuramos; ardua, decimos, por cuanto nada más difícil que convencer á un ciego del color rosa de la alborada. En inteligencia tan luminosa como la del Dr. Luis Cordero pasma realmente tanta obcecación, en materia tan obvia como la que nos ocupa.

*Ocho* razones, nada menos, y á cuál más peregrina, amontona Dn. Luis, para probar la bondad de sus insinuaciones á la Nación; pero paciencia no hay para seguirle por todos los vericuetos de dialéctica tan extraña. Utilidad tangible, conveniencia, equidad ó ventaja mutua y en todo caso decoro, cosas son, para nosotros, que deben palpase en todo Tratado, así como en toda transacción.

Prescindiendo del *uli possidetis*, principio trivialísimo del Derecho Americano, en el que descansan varias ó casi todas las nacionalidades de nuestro Continente, hay un Tratado que, desde 1829, liga con fuerza de ley é ineludible al Ecuador y el Perú. Por respeto siquiera á los únicos tiempos dignos de envidia en nuestra historia, no debió nuestra Cancillería poner mano temeraria en ese documento, y más cuando necesidad no había ninguna, después de conquistado

aquel en el campo del honor y en el de la alta diplomacia; luego el Tratado Espinosa-Bonifaz fue perfectamente *inútil*.

En cuanto á la *conveniencia*, la habrá para el Perú; para el Ecuador, ninguna, desde el instante en que, sin tomar en cuenta antecedentes que no debían olvidarse, se plantea la cuestión límites en un terreno para nosotros desventajoso, con la añadidura de dar como por borrado lo obtenido por el Ecuador en 1829. Y si con la *conveniencia* corre parejas la *equidad*, salta á la vista lo *perjudicial* del pacto aquel para la Patria. Del diplomático peruano, por consiguiente, fue en aquel Tratado toda la victoria y de nuestro Ministro la derrota inexplicable. Luego, sobre *inútil*, miserablemente capcioso, *perjudicial* y *ruín*, el pacto á que nos referimos es esencialmente *afrentoso* para nuestra Cancillería.

Y el Dr. Modesto Espinosa no es tonto, no iliterato, ni fue novicio cuando aquello firmó. Y el Dr. Bonifaz . . . venga un eufemismo: la superioridad del Dr. Sousa sobre sus antecesores diríamos casi infinita; y Espinosa, sin embargo, fue el miserablemente derrotado! ¿Se vió acaso este hombre entre la espada y la pared; vióse amenazado de muerte? Nada, misterios inextricables del conservatismo acaudillado por Caamaño y los suyos!

¿Y por qué el árbitro *juris* ha de ser, precisa é irremisiblemente, el Monarca español? Por satisfacer, sin duda, á la poesía pastoril de Cordero que, con el augusto niño de Juez, ya se imagina ver reproducida patriarcalmente alguna de las escenas de las Tardes de la Granja. Prescindiendo de consideraciones que no son ni para apuntadas, debiéramos haber pensado que

con gobiernos seculares como el español y tan serios á veces hasta la temeridad, no sucede lo que vemos muy á menudo en pueblecitos todavía en mantillas, en donde con la mayor frescura hoy se dice no, á lo mismo que ayer se dijo sí. El *quod scripsi, scripsi* no es para aquéllos mero texto evangélico, aun cuando su corona misma peligre ó se lamente la justicia. Y vamos á pedir al augusto chusnieta que diga *sí* en lo que el augusto tatarabuelo no supo lo que hizo ni lo que dijo!

Mas todavía, el mismo Dr. Cordero osa decir que lo único malo del Tratado Espinosa-Bonifaz es lo esencial del artículo primero; y como al artículo primero se reduce todo el Tratado, luego el más negro de los crímenes de Alfaro es haber visto con tanto desdén el más inútil, el más perjudicial y afrentoso de los pactos que haya celebrado jamás el Ecuador. Y todavía nos han de tachar de ignorantes y groseros porque calificamos de *extranea* semejante dialéctica.

¿Querrá de veras Dn. Luis que sin reserva alguna le metamos por los ojos las razones por las cuales no hay ni habrá verdadero ecuatoriano que acepte como árbitro *juris* al Monarca español (persona moral, se entiende), el mismo que por delicadeza ya debió excusarse, supuesto que fundada ó infundadamente á él se le atribuye el disparate ó la injusticia que sirve de asidero único á las aviesas pretensiones de nuestros vecinos? ¿Piensa realmente el Dr. Cordero que el augusto Niño en persona vendrá á ver dónde está Andoas ó Papallacta y si el Aguarico está más cerca de Lima que de Quito? Y una vez confiada la causa, sabe Dios á quién... hemos de exponerlo todo? Si recelos tan obvios ni á barruntarlos alcanza Dn. Luis, la culpa no es nuestra: á otra cosa.



Desvirtuados ya en cierto modo nuestros derechos con el malhadado pacto Espinosa-Bonifaz, en el hijo de éste, aunque espúrco para la justicia y el derecho, en el Tratado Herrera-García, no solamente se acentúa, sino que asoma en toda su desnudez la irritante, la abominable política de la Cancillería peruana. ¿No era preferible mil veces la negativa redonda á toda reclamación nuestra, antes que el sarcasmo sangriento contenido en las mentadas estipulaciones? ¡Y á éstas, sin embargo, en frasecillas casi académicas y hasta con pujos de himno triunfal, con qué entusiasmo las exalta Dn. Luis Cordero y con qué encarecimiento las recomienda á los presentes y futuros Magistrados de la República! «Ah, es tan dulce la paz, tan bonito acabar *bien ó mal* un asunto enojoso, que... vamos, una estatua para Herrera y una marimórea lápida para García», dice en compendio el poeta.

También para nosotros, ya lo dijimos, muy preciosa nos es la paz; y en las actuales circunstancias y desde todo punto de vista, ella nos es de necesidad imperiosa. Pero ya que tan lejos nos hallamos de los tiempos de Sucre y sus invencibles tercios, y para dejar nuevamente el honor nacional en su punto ¿de cuándo acá es indispensable, forzo, andarnos á mojicones? Róbenos, asesínenos el Perú, si así le place; pero no nos

dejemos tontamente poner en ridículo; y á esto nada menos, tiende Cordero, en su defensa por transacciones indecorosas.

Para él muy natural es ciertamente el delirio que muestra por una paz, aunque sea ignominiosamente comprada; pero, por católico, apostólico y muy romano que se ostente, de mucho peso debe de serle una autoridad como la del Rvmo. Arceiano de Quito, Dn. Juan de Dios Campuzano: repase su excelencia ese opusculillo para que vea hasta qué punto estamos obligados cristianamente á presentar la mejilla izquierda, cuando en la derecha nos han abofeteado.

Muy atinado anduvo Dn. Arturo García, no lo negamos, al sentar las bases del plan definitivo adoptado, en materia de límites para con nosotros, por la Cancillería de su país: no nos mostró completamente la carta. Ninguna salida, por supuesto, ningún derecho para el Ecuador en el Amazonas; pero sí algunos metros y algunos centímetros de navegación libre en la parte un poco inferior de dos ó tres de nuestros gigantes ríos orientales; y *líneas rectas* por aquí, y *líneas rectas* por allá, *imaginarias* todas, desde luego: he ahí rematada la suspirada linderación, con pérdida para el Ecuador de más de las dos terceras partes de su territorio y sin salida en absoluto para el río-rey.

Pero prevenida estaba la Legislatura del Perú para corregir el tino ó la timidez de su Plenipotenciario; y «No señor, dijo ella: con los monos (piropo que debemos á la cultura de nuestros vecinos) no tenemos *división* alguna de *aguas*; conténtese con plantar sus postes en los orígenes mismos, en los manantiales de donde brotan los ríos de la región oriental. Y si bien

lo más lógico fuera una *recta imaginaria*, de la cumbre del Cumbal á la de Imbabura y de ésta á Cayambe y de allí al Antisana y de éste al Cotopaxi, y al Altar y á Cogitambo, y por fin de allí á Zarumilla, con todo, ya que hermanos nos llaman, dejémosles hasta los declivios ó vertientes orientales de sus hermosos, plateados montes; pero en nuestros ríos, ni una pulgada de navegación, menos las riquezas de las selvas».

Advierta el lector, por consiguiente, que la resolución legislativa de 25 de Octubre de 1891 es el complemento lógico, ineludible, del célebre Tratado Herrera-García. Y hay, sin embargo, patriotas de buena fe que, por no tomar en cuenta sin duda este incidente de significación trascendental, si bien miran con horror la Convención Tripartita y el Tratado Espinosa-Bonifaz, muestran cierta indulgencia y hasta resignación con el felizmente frustrado, el García-Herrera.—La claridad, muchas veces, de un simil presta más que la aglomeración de *ocho razonzotas* como las del Dr. Cordero: ensayémoslo.

A vista y paciencia de Juan y de su propia mesa, Benito, que se las da de amigo y casi hermano suyo, toma lisamente y se embolsilla un hermoso revólver que, aunque para visto solamente, era las delicias del expoliado. Salta Juan en su butaca, siente en su corazón algo como un arañazo, se horroriza á la idea de que ya ni tocará más su alhaja. Pero; qué diablo! y si Benito le muestra los puños?... «Ah, este amor á la paz, á la *tranquilidad del alma!*»

Pero no hay remedio, ni sueño ni apetito para Juan: á más de valioso, prenda fue ese revólver que le dejó su padre; y con él jugaba su señora madre y su primera mujercita, y con él se creía

hasta de veras hombre. Vale más por tanto un rato colorado que mil amarillos: algún arreglo con el pérfido, con el desalmado Benito.—Y, «Benito, le dice en efecto, Benito de mi alma, devuélveme mi revólver!—Tu revólver? cutiéndolo una vez por todas, esa prenda es mía.—Pero, Benito adorado, en qué fundas tu derecho?—*Quia nominor leo*: para tí al menos, yo no soy Benito.—Qué león ni qué cuentos, abusas de mi amor á la paz y de que eres más grandecito y más díscolo por tanto; he ahí tu único derecho. Pero no nos enojemos: *bien ó mal*, hoy termine esta cuita: una transacción, una transacción cualquiera; á ver mi prenda y pídemelo lo que te plazca.—Vamos, por tau poco no rompamos nuestra amistad y secular fraternidad: una transacción, aceptada; mío el revólver y tuya la bolsa.—La bolsa? pero si ella apenas me importó veinte centavos; si ni la conoció mi padre, y lo que yo en mi revólver estimo es la religión de los recuerdos; si por lo menos...—Basta! lo quiero: para tí la bolsa y mío el revólver. Abur!»

Y «cómo la naturaleza de toda transacción, de todo contrato, según el Dr. Cordero, es siempre perder algo de lo pretendido, para asegurar el resto», quedóse Benito con lo principal y cargó Dn. Juan sólo con la bolsa; y sólo con ella, hecho unas pascuas por lo admirable de la transacción, se lanzó á la lucha por la vida, no teniendo por tanto nada de extraño que con la bolsa solamente se haya ido á la punta de Santa Elena, en 1895.

Pues más injusto, más irritante que la bolsa de Dn. Juan es para los ecuatorianos el Tratado García-Herrera, con ó sin las pretensiones peruanas que lo complementan.

## VI

Tratándose de límites, nación no ha habido sobre la tierra que, en injusticia y desfachatez, haya procedido con sus vecinos como el Perú con el Ecuador. Ni Luis XIV en su fiebre por dar á Francia demarcación natural ó *límites arcifinios*, como él pretextaba; ni la Gran República en su frenesí de anexión que justa ó injustamente solemos atribuirle; ni Bonaparte mismo en su delirio por el imperio universal, se mostraron tan insolentes y cobardes con sus vecinos, porque cobardía es é incalificable el abuso de la fuerza con el sarcasmo por añadidura.

Cárguese además la consideración en que ninguna de las usurpaciones de nuestro territorio ha sido jamás consecuencia natural ó excusable de alguna victoria en el campo del honor ó en el terreno diplomático; sino que, á pesar de Tratados existentes y de finísimas protestas de amistad y fraternidad, el rato menos pensado. Jaén y toda la derecha del Marañón fue para ellos un bocadito. Para su linderación con el Brasil, ni por cortesía fueron siquiera notificados los cointeresados, y eso que entraba por medio también Colombia. La fundación de Iquitos, tal cual casucha en Andoas, negociaciones con extranjeros sobre el Curaray, avances constantes hacia nuestra Cordillera, explicados por ellos

como juego de niños al principio, han sido después argumentos dizqué formidables para probar la posesión y el dominio que tenazmente se les impide, olvidando además sus *esfuerzos heroicos* por la colonización y *civilización* (!!) del Oriente.

Viene por fin el Tratado García-Herrera; y he allí palpitante el único objetivo del Perú, barruntado ya por las cartas geográficas tan profusamente echadas á los cuatro vientos desde hace fecha. Y cuál ese objetivo? Nada menos que el extraño abrazo de Colombia con el Perú en las riberas del Putumayo, casi borrando el Ecuador del rol de las Naciones, supuesto que, con dicho abrazo, es algo más de las tres quintas partes de su territorio lo que se le arrebata.

Y en la *alta* política de Dn. Luis Cordero ¿fue ese el supremo ideal, «el caso venturoso y envidiable», como tan vaga é incomprensiblemente lo asevera? Y á dónde, con este pacto, la *aspiración* manifestada por él mismo de que «todas las Repúblicas sudamericanas, para completar su grandeza, participen de ese canal espléndido (el Amazonas) puesto por la munificencia de Dios en el corazón del continente?» Por la sonoridad de una cláusula, ni en lo contradictorio del concepto, son capaces de fijarse los académicos bizantinos. Porque, á qué se reduce toda esa música? «Sea el Amazonas para todos, menos para el Ecuador, que debe saltar de placer con una transacción como la García-Herrera».

Verdad que, en la administración pública de nuestra Patria, raro es el documento infame en que no aparece la firma de Pablo Herrera; pero al ver el que nos ocupa, primera vez que senti-

mos impulsos de odiar á un muerto. Quien de veras ama este suelo en que nacimos, cómo involuntariamente arde de indignación al leer, en las actas de las conferencias previas al susodicho Tratado, frasecillas como la siguiente: «Y como á esta observación del Excmo. García nada tuviese que replicar el Excmo. Herrera, se acordó, etc.» y esto tratándose de *líneas imaginarias* por linderación!! ¿Estuvo ya decrepito ese caballero ó topamos con un nuevo misterio de la *Argolla*?

Porque, efectivamente, para conocer en toda su fuerza el andamiaje—si se nos permite la palabra—de la argumentación peruana, basta leer detenidamente el muy pensado y muy famoso oficio del Excmo. Dr. Sousa, fechado el 26 de Marzo de 1901 y marcado con el número 16. Y si argumentos de ese fuste fueron suficientes para revolver á un ratón de archivos como Herrera, ¿no es para morirse un ecuatoriano de vergüenza y dolor?

Y en el fondo, sencillo sobre manera es para nosotros el asunto: nuestras reclamaciones por el Oriente ¿se fundan ó no en derecho? Sí? pues defendámoslas al menos con dignidad, puesto que se trata de los límites de una Nación y no de un pegujalillo de Perico de los palotes. No? esto es, nada significa el 10 de Agosto de 1809 ante la famosa Cédula; nada una victoria definitiva, la de Tarquí, precisamente por el punto controvertido; nada los consiguientes Tratados, los de 1829; nada la posesión secular de lo descubierto y colonizado por nuestros mayores; nada la linderación de la Audiencia de Quito designada en dos ocasiones solemnes por el Soberano; nada la ley, la tradición ni la justicia

misma? Pues, punto en boca, ni volvamos á tocar esta materia y cargue el Perú basta con la cuna de Lamar.

Y no por esto se nos juzgue tan testarudos ó ciegos que desconozcamos «la ley de la necesidad», «las dificultades del momento» y las demás sutilezas con que procuramos velar lo desgraciado de nuestra situación actual. Las *conveniencias mutuas* (!!) nos imponen rudos sacrificios? Pues bien, déjense la mitad, la cuarta, la centésima parte de lo justamente reclamado: pero con una demarcación racional, precisa, y si no equitativa, digna al menos de un pueblo que demanda lo suyo para el amplio desarrollo de sus energías en lo futuro; déjense el dominio perfecto siquiera de tres ó cuatro de nuestros ríos en toda la extensión y majestad de su curso; déjense la navegación libre del Amazonas, de este río precisamente descubierto y explorado por una expedición equipada y empujada cabalmente por la hoy Capital del Ecuador, aun antes de que siquiera existiese la del Perú, ni hubiese sombra de verdadero gobierno en aquel Virreinato.—Y si aun esto se nos niega, en hora buena: imaginémonos que nuestra suerte ha sido la de un viajero sorprendido por una cuadrilla en una encrucijada, al grito de *¡la bolsa ó la vida!*: piérdase la bolsa que ya conocemos, pero no el acatamiento debido á la memoria de Sucre y á los instantes épicos de 1829. Que eso de regatear por unas cuantas hectáreas en las faldas orientales de nuestra cordillera y afanarse por *líneas rectas imaginarias*, pero sin sentido, se nos antoja que todo puede ser, menos la actitud de una diplomacia ó una política que merezcan la pena siquiera de ser atendidas.

Una curiosidad, que nada tiene que ver con el Sr. Dn. Luis, pero sí con los hombres á quienes por prurito invencible lisonjea. Supongámosle al Ecuador tan aventurero, tan temerario, que con dos acorazados se hubiese repentinamente apoderado de Túmbes, y nombrado autoridades á su amaño y para su provecho; y supongamos que, para medio velar esta *hazaña*, hubiese enviado al instante á la Capital de los Reyes todo un Embajador: ¿habría sido éste recibido allí con pitos y tambores y hasta con himnos nacionales: ó habríase iniciado conferencia alguna, sin que primeramente se viese Túmbes purificado de semejante profanación?... Pero como en el Aguarico no fue el débil el provocador, sino el que se imagina poderoso, hemos pesado la proeza en distinta balanza; y aquí está el Excmo. Sr. Cornejo explicando á su modo la ocupación del Aguarico.

## VII

Dos toques apenas diferencian el Tratado Espínosa-Bonifaz de la *Convención Tripartita*: ésta concede al Monarca español, como Juez, más amplitud de criterio, y acepta á Colombia como colitigante en este famoso juicio.

De la primera modificación, alguna sería la ventaja, si á más de una insistencia nada conveniente al Ecuador en la designación del árbitro,

no hubiesen prescindido los contratantes, también en este pacto como en el primero, de las bases sancionadas en el Tratado de 1829. que deben ser no un mero documento histórico, sino aquellas en que estribe toda negociación. Pero para la segunda de las modificaciones ¿cuál la razón, la utilidad, la conveniencia?

« Aunque fuesen infundadas algunas pretensiones de Colombia, cosa que no podemos admitir », dice el Dr. Cordero, en el 5<sup>o</sup> de sus célebres argumentos; y quien así se expresa da á conocer que no se halla al tanto de la cuestión, que ignora á remate la materia de que se trata, y que sin exponerse á disparatar, no tiene derecho para terciar en la disputa; cosas todas gravísimas, por supuesto, en quien ha sido primer Magistrado de la Nación.

¿ No habrá llegado á manos de Du. Luis el folletito de Dn. Rafael Reyes, presentado al último Congreso Pan-Americano, y en el que se da él por descubridor y primer explorador del Putumayo? ¿ No conoce al menos Cordero el oficio que « el digno y competente Sr. Izasa » elevó á nuestra Cancillería, ha cosa de tres meses, reclamando por la región del Aguarico, cuando precisamente del Aguarico se habían apoderado los peruanos?—Una consulta entre paréntesis, señor doctor: ¿ *excluyente ó coadyuvante la tercería* que por toda contestación debiéramos haber alegado en este incidente? Para ilustrar esta quisicosa, nadie más capaz y mejor que el de la *acumulación de autos*. (!)

No de hoy, en efecto, ya viejecita es la pretensión de algunos colombianos nada menos que al Aguarico y aun al Coca, pensando sin duda con el Dr. Cordero que á medida que el *ilustre*

vencedor de Miñarica venía perdiendo nuestro territorio desde Buenaventura y el Salto de Mayo para acá, en la misma proporción y paralelamente quedaba regalada nuestra región oriental.

Pero «atendida la rectitud y cordura de tan ilustrada Nación como Colombia», su mayoría, y toda su parte sensata no admite, no puede admitir, tan grosero raciocinio; y ha de concluir de seguro que, entre pretensiones vanas y la prescripción terminante de leyes vigentes y positivas no cabe duda en la elección.

No traigamos á cuento la Cédula Real que erigió y demarcó la Presidencia de Quito; no la tradición, la historia, la posesión no interrumpida por siglos, como lo comprueba la Cédula misma de 1802; ni siquiera citemos la Ley de División Territorial dictada por Colombia misma, el 25 de Junio de 1824; á qué tauto lujo de cartapacios? bástanos el Tratado de 1856: con la particularidad que en éste, lo mismo que en una prescripción de las primeras Constituciones que se dió nueva Granada (si mal no recordamos), hizo Colombia solidaria con el Ecuador la cuestión de límites con nuestra vecina del Sur. ¿Va comprendiendo por fin Dn. Luis Cordero lo absurdo, lo incalificable de la aberración de Dn. Julio Castro y del Gabinete que le aconsejó y apoyó y aprobó tamaño dislate? Qué triunfo tan admirable, de veras, el de este diplomático, que de un defensor obligado nuestro hace un enemigo y quizá, peor, más poderoso que el otro! Que al Norte Colombia y al Sur el Perú nos disputen con más ó menos astucia la línea divisoria, cosa es que no nos sorprende y que la estamos palpando. Pero al Este, señor, al Este... y nada menos que ante el Amazonas, allí palmario en

su pasmoso lecho, ¿cabe ni concebir *tres* pretendientes? y más aún ¿cabe reconocer y aceptar derechos sólo de las dos partes extremas, con exclusión precisamente del único, del legítimo dueño? Este absurdo apretón de manos en el Oriente de Colombia y el Perú, dándole al Ecuador un empujón para acá de la Cordillera, tal es en suma el famoso *Tripartito*, y éste el bello ideal, la suprema aspiración del Dr. Cordero!!

Es cierto que, por odio á García Moreno, la Colombia de Dn. Cipriano y sus sucesores, únicamente por buscarle camorra, empezaron á darle cantaleta con el Coca y el Aguarico, y aun se llegó al nombramiento del Gabinete de Chile para árbitro en la litis, con la singularidad de que éste se limitase á declarar si los precitados ríos pertenecían al Ecuador ó al Departamento del Cauca, mas nunca la linderación; supuesto que para ésta, según el susodicho Convenio de 1856, se había de proceder previa convención especial. Nada que sepamos había resuelto el árbitro elegido sobre el incidente mencionado; y he aquí, de la noche á la mañana y sin sombra de motivo, destituido el Juez y cambiado en absoluto el aspecto de la causa, nada más que por una de esas *cachacadas* ó saladas impertinencias de los hijos del Funza. Sí, cachacada, porque Dn. Aníbal Galindo no procedió en este convenio en conformidad con las tradiciones y la alteza de miras del encumbrado país que representaba.

La virilidad intelectual cosa fue que, por desgracia, no le duró mucho al Dr. Castro; y cuánto no se divertían los Sres. Villarán y Galindo, al hallar tanta carne muerta en qué cortar. Castro y Galindo por otra parte, si dignos de alto aprecio en cierta época respectiva, al beber

las aguas de la *restauración* el uno y de la *regeneración* el otro, para la historia al menos se eclipsaron por completo. Y es el Ecuador el que por estos juegos de infortunados políticos-tros ha de pagar hasta los vidrios rotos?

Hablando en serio, dada la naturaleza especial de nuestras relaciones con Colombia, en materia de límites al menos, cualquier disensión, la más ligera desavenencia debe ser tratada simple y llanamente como asunto de familia. Atendida la inmensa extensión del Putumayo y la enorme distancia al Amazonas, ha menester Colombia salida más rápida ó más segura por nuestros ríos? por qué se la negaríamos, ni tampoco la demarcación que nuestras necesidades mutuas exijan? Y para esto, no precisan Monarcas por árbitros, no precisa el rompimiento de tradiciones y pactos sagrados, no precisa Convención tan absurda como la encomienda por Cordero y desechada por la *totalidad* de los ecuatorianos. Basta para ello lo que tan justamente propuso el Gral. Alfaro á los Plenipotenciarios Villa y Uribe y al Gabinete mismo de Colombia, por medio de nuestro Ministro Carbo: «Sean tres colombianos elegidos por el Ecuador los árbitros de nuestra cuestión de límites—les dijo—, ella es tan clara y tanta mi confianza en la integridad y cultura de los hijos de ese país, que incondicionalmente me someto á su decisión».

De hombres, efectivamente, como Dn. Aquileo Parra, Santiago Pérez y Marceliano Vélez, Jefe ilustre del conservatismo genuino colombiano ¿habría tenido el Ecuador que temer alguna injusticia, alguna barbaridad? Y eran ellos, entonces, los que *in pectore*, estaban designados para árbitros en una disputa que, no nos cansa-

remos de repetirlo, debe ser considerada, para ventaja mutua y por tradición, como de familia.

Con igual franqueza, con igual desenfado respondió el precitado Gral. al Excmo. Ministro argentino Dr. Arroyo, al instarle éste por un pronto avenimiento con el Perú: «pues bien — díjole: sea su patria, sea la Argentina, nuestra amigable componedora; el Perú no tiene por qué rehusarles á Uds. esta honra: nosotros queremos un Juez capaz de estudiar despacio y penetrarse de nuestra causa; propóngales Ud. y mañana queda todo despejado». Y con afán tomó á pechos el Excmo. Arroyo esta propuesta y con mucha sinceridad que le fue presentada; pero aun la mera contestación, debida siquiera por cortesía al Ministro de la República aliada, aguardándola estaremos probablemente hasta las Kalendas griegas.

Y es lo peor que por este deslayado rumbo imprimido desde 1887 á nuestro *eterno litigio*, el daño es ya quizá irreparable. Si nosotros mismos hemos puesto en tela de juicio lo que era más claro que la luz y había pasado en autoridad de cosa juzgada, atendidas nuestra actual debilidad y pobreza, ¿habrá en el siglo del *dollar* quien nos haga cumplida justicia?

## VIII

Con la más acerada de sus saetas, á lo Parto, era natural que terminase su articulejo el Dr. Cordero, y que, al retirarse, por consiguiente, nos disparase aquello «del desbarajuste interno de la Administración que pasó y de la escandalosa intervención en los deplorables disturbios domésticos de nuestra hermana del Norte», etc.—Pero con ciertos flecheros sucede que son ellos los que por rechazo quedan heridos y á veces de muerte.

Nuestra región oriental en peligro, por los pactos que hemos estudiado; gran parte de la occidental más allá de pérdida, por la estupenda torpeza ó la rapacidad del *conservatismo* que confirmó en los *landsholders* derechos del todo prescritos ya; ciertas sombras en el Archipiélago, que nadie ni nada ha podido hasta ahora disipar; el famoso buque extraño que sólo por *hacer prueba* se engalana con nuestro pabellón; el no menos famoso vaporcito *comprado* con los *fondos sagrados*, pero que ni le conocieron siquiera nuestras aguas, etc., etc., diciendo están á gritos cuya es la *responsabilidad* en materia de integridad, dignidad y decoro patrios.

Y en cuanto á *desbarajuste interno* ¿es la hechura más lamentable de Caamaño la que osa lanzar esa palabreja? Despacio estudiaremos,

ya no más, las Administraciones de esos dos hombres, tan repugnante y sombría la una, como indefinida y grotesca la otra : pero dejando por lo pronto á un lado asuntos de menor cuantía, ocupémonos á vuela pluma en lo esencial del aducido por el Dr. Cordero ; si bien es de tanta trascendencia el referido asunto y con tanta injusticia ó ligereza ha sido juzgado, que sí precisa, al estudiarlo, franqueza y alguna prolijidad.

Demos por un instante que con armas, municiones y dinero haya favorecido Dn. Eloy Alfaro á los revolucionarios del Norte, en grado todavía más exagerado de lo que hicieron los de la *Argolla* ecuatoriana con los *regeneradores* colombianos en 1885. Demos que Dn. Eloy Alfaro hubiese combatido en persona más de lo que luchó García Moreno contra Arboleda, por los liberales, y contra Mosquera en pro de los conservadores, colombianos unos y otros ; y sin reportar para nosotros, en cambio, otra cosa que dolor, vergüenza é infamia. Demos que Alfaro, como Dn. Juan José Flores, se hubiese permitido el lujo de ir á combatir hasta en Pasto, para venirnos con la felicísima nueva de que ya no el Guáitara al menos, sino el humilde Carchi era nuestra línea divisoria.

Demos que no haya habido revolución en el Ecuador que, para estallar siquiera, no haya contado como base principal con los enganchados del Norte. Demos . . . cuánto quiere Dn. Luis que en esta materia se le dé ? Pues demos á Dn. Eloy Alfaro el error y la perversidad mayores en su política internacional ; con eso y todo, entiéndalo Dn. Luis, entendiéndolo sus iguales : si no por patriotismo, por conveniencia al menos y hasta individual ; por alguna seguridad para lo

futuro, ni tirios ni troyanos tenemos derecho para decir oxe ni moxte sobre el particular, ni menos para desatarnos en invectivas contraproducentes.

Ventilábase la grande, la eterna cuestión: ser ó no ser; y no el ser ó no ser de tal ó cual partido, solamente, sino de la vida misma ó la ruina de la Patria. Con la cabeza de Alfaro, entendedlo, era el Ecuador entonces el inmolido en las aras de inicuas concupiscencias.

Que en la efervescencia del odio y el hambre devoradora de poder, ó en el delirio de una proscripción buscada pero indefinida, no hayan reparado los opositoristas las formidables consecuencias de la actitud que adoptaron, si no excusable, cosa es que al menos se explica, si tanta es la ceguedad que las pasiones producen. Pero que en medio de la calma consiguiente á la reacción y ante la elocuencia de hechos ya consumados y palpitantes, subsista todavía en su punto tamaña obcecación, cosa es para hacer desesperar hasta del buen sentido de nuestros hermanos.

Jamás contó la oposición con elementos propios para su guerra sin cuartel ni treguas; los arrebatados subrepticamente á la Nación, los habían perdido con ignominia. Fincaban, pues, todas sus esperanzas en el auxilio extranjero, pero en cambio de insensatas promesas; y á quiénes? á desgraciados famélicos que, á más de fanatizados por la idea religiosa, eran la personificación de toda necesidad, de toda codicia, del hambre, en una palabra, y de hambre insaciable, por la mísera postración en que su propio país veíase hundido.

¿ Creen de buena fe los señores oposicionistas que, triunfante una de aquellas afrentosas invasiones, se hubiesen contentado sus auxiliares con poner un Juan Lanas ó un Pedro Recio en el solio? ¿ Creen ellos que, rematada esa *proeza*, hubiéranse regresado tranquilos esos nuevos cruzados, á seguir en sus casas devorando el hambre, en medio de los horrores de la más subida miseria? ¿ O se alucinaban quizá con que hubiera habido distinción en las víctimas, quedando el partido vencedor inmune?

Pero sucede que los liberales, en inmensa mayoría, el pellejo únicamente es lo que exponemos y sacrificamos á menudo en *aras del ideal*, para hablar á la moda; y que siendo de los conservadores la mayor parte del capital, esto es, de lo que constituye el nervio, la vida misma de un pueblo, eran ellos, era todo el pueblo, los que tan espantosamente caro iban á pagar el frenesí, las locuras de los ambiciosos.

Porque, no nos engañemos voluntariamente, ni político ni religioso, sino esencialmente *financiero* y *con razón*, fue el móvil único de los que tenían clavados el corazón y los ojos más en la casa del vecino que en el incendio de la propia suya: ¿ y hemos de juzgar generoso, desinteresado el ardor bélico de aquel patriotismo *sui generis*?

Y la avidez de que hablamos no se crea natural y propia únicamente de los infelices que se fletan para morir ó matar; la necesidad es mala consejera, y viendo estamos á los tales *auxiliares* en las postrimerías de su espantable crisis: vencido ó triunfante el gobierno vecino, ¿ cuál, de todos modos, la suerte de Colombia toda? Documentos nos sobran que, por desgracia, com-

prueban la menor de nuestras aseveraciones; luego, luego?... son los conservadores ecuatorianos, son los opositoristas mismos quienes más reconocimiento deben al que á nadie negó otra garantía que la de vencerle!

Pero veamos, quién el provocado y cuya, por consiguiente, la justicia en sus procedimientos. Desde Gatazo (1895) no fueron los *pupos azules* sino los *otros*, los *primos* del norte, en inmensa mayoría, los empujados por los Zaramas y Landázuris, quienes, por apego á su miserable botín, dejaron barrido el campo del honor, y solitario en él al general Sarasti. A poco andar, y en idéntica forma y con igual resultado, la de Caranqui. No transcurre ni un semestre, y después de varias intentonas en los alrededores de Tulcán, preséntase más formal, más amenazadora y osada la de Cabras; al mismo tiempo que, por el Sur, los de la escuela de Cordero se deleitan en excursiones idénticas. En la de Taya, ni la cuarta parte de los invasores fue ecuatoriana; y por fin, en la que expiró al pie del Chimborazo, extranjero enteramente, de enganchados, el núcleo y la fuerza.

Y hasta entonces, esto es, hasta Octubre de 1899, no había estallado aún la revolución en la República vecina; no había habido por consiguiente ni sombra de pretexto para una *intervención en nuestros disturbios* tan tenaz, y descarada como la sostenida contra nosotros por los pastenses. Porque es de advertir si bien nadie lo ignora, que toda invasión se organizaba más allá de la frontera, como en casa propia, á la sombra y con el apoyo de la autoridad, después de dados de baja tales ó cuales batallones para que se facilitara el *enganchamiento* (!!);

y con la particularidad de que las prohibiciones de intervención y las protestas de amistad, por parte del alto Gobierno vecino, llegaban siempre después de debelada la invasión; siempre después de las prédicas de los Rymos, Moreno y Shumacher.

Demos otra vez que la defensa nacional y la conservación de la seguridad pública no sean el primer deber del Jefe del Estado; demos que todo Presidente se halle, como el Dr. Cordero, en la obligación de correr despavorido al primer estornudo, al primer rugido de un pueblo digno y libre ¿fue derecho en los *enganchados* y *enganchadores* el invadirnos sin interrupción por todo un lustro, y delito en el gobierno ecuatoriano el defenderse con altivez y heroísmo? ;Y responsable Alfaro, y criminal Alfaro, por no haberse dejado comer de perros ó no haberse cruzado de brazos ante la ruina y el despedazamiento de la Patria!!

Dejando para otra serie y muy próxima de artículos aquello de solidaridad obligada en toda causa, y varios otros puntos que por hoy en el tintero dejamos, séanos permitido decir, en conclusión, que, en materia de límites, no basta la aptitud para estudiarla, sino el haberla estudiado y con suma detención. Nada de festinaciones

ni condescendencias indignas, nada de ligerezas ni caprichos: acción, mucha acción y firmeza para conservar lo poseído, así como mucho tino y mayor sagacidad en la conducción de las gestiones diplomáticas. Hombres como González Suárez, Honorato Vázquez y otros de igual fuste, y con obras como las que debemos precisamente á la más calumniada de las Administraciones, listos se hallarán, cuando el caso lo requiera, á aconsejar y dirigir á nuestra Cancillería, en asunto de tanta trascendencia para lo presente y lo futuro; y probable es que no se repitan ya, por ignorancia, sesiones parlamentarias tan vergonzosas como las que, bajo Caamaño se inmortalizaron, por su ignominia.

Y en cuanto á esta réplica, dijémoslo ya, de corazón habríamos querido evitarla; pero la importancia de la materia y la injusticia del ataque nos han forzado á la defensa. En escritores atolondrados, en gentuza de poco más ó menos, puede verse con desprecio aquello de *peruanizar* sus afectos, aquello de simpatizar con una mala causa: lo de mentir y calumniar á tontas y á locas, quédese para los Sorrozas y sus congéneres. Pero Dn. Luis Cordero se debe á la Historia; y por lo mismo que en la vida pública y en su hogar le ha herido rudamente el infortunio, hágalo respetable, no se adocene.

*Julio 4 de 1902.*

## IX

En el número 2.772 del propio Diario en que publicó el Dr. Luis Cordero su primer artículo, aparece lo que pudiéramos llamar su contra-réplica, más desgraciada quizá, más insustancial, si es posible que el escrito refutado en nuestros capítulos anteriores. Apenas, pues, nos vamos á ocupar en ella, y eso únicamente por dejar las cosas en su punto, supuesto que es falso de toda falsedad que de parte nuestra haya habido agresión injusta.

«Qué otra cosa hice—pregunta el Dr. Cordero en su segundo artículo—sino decir: no se descuiden, como hasta hoy, los Gobiernos; fíjense en que ya no subsiste el Tratado Herrera-García, que, mal o bien, señalaba límites; noten que el único vigente en la actualidad es el Tratado Espinosa-Bonifaz, que designa al Rey de España como árbitro de derecho.

«¿En qué crimen incurrí al agregar, discutiendo con la debida sensatez, que sería mucho mejor conferirle al árbitro el amplio carácter de *amigable componedor*, como se estipuló en el proyecto del tratado Castro-Galindo-Villarán, que carece todavía de la aprobación ecuatoriana? ... ¿De qué pecado se me acusa por haber



sostenido, como sostengo y sostendré, que le conviene a mi Patria aprobar el citado proyecto para tener como de reserva el laudo de un amigable componedor, que dirima equitativamente nuestra discordia, en el caso de que no logremos eliminarla por medio de un paternal avenimiento? Estos han sido mis desaciertos, estas mis indiscreciones, en el apasionado concepto de mi aturdido *detractor*; mas como yo no he pensado en él ni en los suyos, al escribir mi artículo precedente, debo prescindir también de los suyos y de él, para decir á mis compatriotas sensatos, etc., etc.»

Como lo ve el lector, esta es simplemente una palinodia, pero de chiquillo, sorprendido infraganti en travesurillas maliciosas. «Yo nada he hecho; quietito estuve; me azotan no más de gana, porque me detractan y calumnian». No es esto *discurrir con la debida sensatez*; así no se sostiene la verdad, negando lo evidente, lo palmario, y dando por única razón el *porque sí* y el *porque no*, encantadores, desde luego, pero sólo con labios de niño.

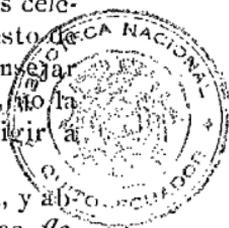
Si solamente en los conceptos que ahora expone, hubiese insistido el Dr. Cordero, por erróneos y antipatrióticos que á primera vista nos hubieran parecido, habríamos respetado su derecho, habríamosle dejado discurrir á su sabor sin pensar siquiera replicarle; algo más habríamosle excusado su natural deferencia á proyectos y hechos administrativos que tan de cerca le tocaban y que le imponían razonable defensa.

Pero, por desgracia, muy lejos estuvo de limitarse únicamente á lo que quizá tuvo en su ánimo exponer; y de un modo inconsciente, á lo que parece, y llevado del impulso de mal compri-

midos rencores, él sí descendió á la *destrucción*, á la diatriba y no rara vez á la calumnia; él sí, con marcada injusticia quiso cargar á otras ajenas responsabilidades. Léanse, si no, desapasionadamente, los dos artículos á que nos referimos, y dígase cuya es la culpa.

«Si el hacer la historia de las gestiones diplomáticas sobre límites desde Agosto de 1887, para que la conocieran los que la ignoraban (y que *deban ser muchos*)» fue el objeto único del Dr. Cordero, como él mismo lo asevera ¿por qué no juzgó mejor, igualmente natural—tratándose de asuntos diplomáticamente reservados—la ignorancia de lo que se hubiera ganado o perdido en esas negociaciones, durante la Administración Alfaro? Porque era más expedito seguir la moda, hacer leña del árbol caído, erigir con ella una hoguera y en efígie al menos celebrar un auto de fe, para timbre por supuesto de esa misma historia. Así lo puede aconsejar la inquina, mas no la razón, no la verdad, no la alta filosofía que tenemos derecho á exigir á hombres como Cordero.

También nosotros prescindimos ahora, y absolutamente, de las preciosísimas y olorosas *flores* con que él nos regala, en cambio probablemente de ciertas bromas y frasecillas nuestras que, sin duda, le habrán herido y que ahora las retiramos, sintiendo de veras no habernos contenido en el primer ímpetu de una indignación justísima. Pero, para concluir, no podemos menos de llamar la atención á las palmarias contradicciones de nuestro estimabilísimo poeta. El Dr. Cordero no es capaz—según él—de descender al terreno del insulto y la procacidad; es olímpico su desprecio para todos los que no se le



parecen, etc., y al terminar su artículo, sin embargo, qué andanada aquella de verdulerías, para dejarnos como nuevos!

Aprovechemos de esta oportunidad para combatir un error profundamente arraigado en la mayoría de nuestros conterráneos. Tópico obligado es entre nosotros atribuir la situación deplorable de nuestra Región Oriental á la *punible desidia, á la incurable negligencia*, no ya tan solo de tal o cual Presidente, sino de todos nuestros gobiernos: acusación absurda, debida á la ignorancia o á rematada mala fe.

Echese una ojeada a los Presupuestos de la República desde su creación, y apenas en los correspondientes á los últimos años, hallaremos la partida *cinquenta mil sucres* para el Oriente; suma que se ha de invertir en gastos administrativos, en caminos y de fierro si es posible, en Instrucción Pública, en colonización y por fin en la defensa territorial por mar y tierra; supuesto que son verdaderos mediterráneos los gigantes-cos ríos que vivifican esas selvas. Primera faz del absurdo.

Echese una mirada á la escasísima población de nuestra altiplanicie, no bien cultivada ni ella misma siquiera en su mitad, especialmente por falta de brazos, falta que de igual manera

deplora nuestra feracísima Costa. No vemos, pues, el exceso de ciudadanos productores que, sin gravísimo detrimento de nuestra Agricultura, podamos aventar al Oriente. Los sobrantes, por desgracia, esto es, los viciados, los vagos, son precisamente los menos á propósito, son imposibles para una colonia. Prueba de ello el funesto resultado, en todo tiempo obtenido, cuando en mala hora y por necesidad, de ellos han echado mano los Gobiernos, para funcionarios, en cualquier ramo administrativo.

Atendida esta relativa escasez de población, ya se comprende la holgura con que los buenos elementos hallarán comodidad, buena posición y aun abundancia en los centros civilizados; y se palpará por consiguiente la dificultad suma, la *imposibilidad* de dar con seres tan abnegados que, renunciando á todas las satisfacciones de la verdadera vida, se lancen á una lucha cruda y sin treguas, con una naturaleza bravía y que sin cesar los repele. Dos figuras apenas, en estos cincuenta años últimos, se nos presentan á nuestra contemplación: el Dr. Francisco Andrade Marín y Dn. Genaro García. No ceja aún felizmente el segundo en su propósito; pero abandonado el primero hasta de la mano que debió sostenerle con afán, sobre ruda, su labor fue estéril.—De los demás... Segunda faz del absurdo.

Selvas intrincadísimas y en extensión incommensurable, un verdadero mar de verdura y maderos entrecruzados; ríos monstruosos y que á cada paso interrumpen al viajero en su ruta; una fauna—chica y grande—correspondiente á semejantes dominios; y una soledad, una soledad... radiante, si se quiere, soberbia; pero la soledad en su última expresión, he ahí la vida del

Oriente. Caza, pesca y agua en abundancia, sí; mas con ello sólo no se vive: lo demás, pues, aguarde el colono de la Sierra, si acaso le envían; o búsquelo con grandes sacrificios en ese miserable comercio judaico que sube por el Amazonas. Razón tuvo quien á sí propio contradiciéndose, exclamó á la postre: «de las formas del suicidio, ninguna más cruel, más espeluznante que la vida actual en el Oriente». ¿Y punibles nuestros gobiernos porque á la fuerza no empujan á sus gobernados á semejante suicidio? ¡Y todavía nos exigirán más comprobación del absurdo!

Pues echemos otra mirada al Occidente, á esa prodigiosa faja de más de ochenta á cien kilómetros de ancho y casi desde la izquierda del Mira hasta la punta misma de Santa Elena, bañada por el Pacífico en toda su extensión, con ríos navegables por doquiera, de feracidad imponderable, con poblaciones al frente y atrás de tan privilegiada zona, y en vísperas de ser ella la primera en gozar las ventajas del famoso Canal de Panamá. Cruzada la con un ferrocarril de cualquiera de sus puertos á la capital de la República y de un ramal del centro de ella para el Guayas ¿y quién se sorprenderá de que para esa zona lluevan las solicitudes de terrenos baldíos; para esa zona emigren de preferencia los jornaleros mal remunerados en la costa ó la altiplanicie; y para esa zona también los capitales vayan ávidos de segura multiplicación? Hasta el más vulgar estadista habría dicho: «Santo Domingo de los Colorados y los Cayapas, etc., para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos; para nuestros tataranietos, el Oriente». Nuestras relaciones internacionales así no lo permiti-

ten; paciencia l pero por sus cuatro lados queda tangible el absurdo.

Comencemos, pues, por el principio; pero sistemadamente y con inquebrantable constancia. Si tan degradados somos que ni dentro ni fuera del país podemos formar compañías respetables, si por el capital, si por sus propias energías, comencemos nuestra reconquista con colonias militares: al principio, con una ó dos á lo sumo; pero de tal manera sostenidas y reglamentadas que anualmente podamos seguir enviando otras, á medida de lo que se desmante y cultive; sin temor por supuesto de entregarlas á una muerte cierta y con la plena confianza de que, por lo mismo que nada les faltará, la agricultura, la industria y el comercio surgirán de suyo, y presto, presto, á no dudarlo, tomarán proporciones colosales. Y añádase nada más que un poco de ahínco, pero ya serio y no intermitente, de proporcionar á esas zonas vías de comunicación, mas no emprendiendo á la vez cuantas se nos antojan, sino una tras otra, á medida de los recursos con que cuente la Nación, y á fe que cesarán las inculpaciones absurdas y dejaremos de ser utópicos.

Pero otra vez desde el principio: comencemos primero por saber definitivamente cuáles son los límites de nuestra propia casa, para concretar con seguridad y entereza á su recinto todas nuestras energías: es cabalmente esta indecisión, este abominable *statu quo* el origen de nuestra debilidad y postración crecientes. Algo como *res nullius* hemos sido hasta hoy para nuestros jayanes vecinos, que tanto han abusado de la reducida población y consiguiente escasez de recursos que nunca negamos. El Ecuador,

entre ellos, semeja efectivamente á aquella delicada plantita del Padre Solano entre dos formidables pedrones que empecen en absoluto su desarrollo. Por fin, qué nos dejan? Sepámoslo con certeza, y á cuidar de lo nuestro y á cultivarlo sin cansancio.

Mal hizo quizá el Senado de 1908 en no estudiar más detenidamente y sin tradicionales prejuicios la línea aceptada por nuestra hermana del Norte: otra vez nuestra tonta hidalguía con los del Sur! «En litis con éstos—nos dijimos—cómo entrar en gestiones con un tercero?» Mucho habríamos perdido en territorio con aquella línea, verdad; pero ganábamos y no poco en la consolidación de la paz, en la fraternidad que con aquellos estamos obligados á cultivar, y sobre todo en el conocimiento definitivo de lo que somos.

Con la señora del Sur, muy española, muy sublime es aquella altiva divisa: «Tumbes y Marañón ó la guerra». Y bien, á Lima primero ó á Iquitos, ó á entrambos puntos á la vez? La enunciación sola de los dos términos patentiza la dolorosa vacuidad de nuestro dilema. Y mientras en nuestra huraña terquedad nos emparapetamos, ellos á *paso de bandoleros*, van dejándonos sin nada. Malos hombres, ó mejor dicho, la inexcusable ignorancia de algunos estadistas nuestros nos han empujado al abismo: no nos perdamos del todo. No es la extensión territorial lo que constituye la grandeza de un pueblo: *Suiza americana*! gloria no habría como la nuestra, si de tal nombre nos hiciéramos dignos por nuestras virtudes. Muy romántica y arrobadora es la altivez castellana; pero cuán aplastante y desesperadamente cruel á la vez la fría realidad de

las cosas; y el apechugarla, amigos, como se debe, también es valor y sabiduría. Duélanos cuanto nos doliese, pero sepamos definitivamente á que atenernos.

¿Contradicción con el fondo principal de nuestro escrito? no tal: uno es el giro que oportunamente debió darse á la defensa de nuestros derechos, y otro muy distinto la forzada resignación á las consecuencias de un litigio, pésimamente iniciado en 1887 y tan siniestra y bochorosamente cortado en nuestros días.

Estaba ya en prensa la reproducción de este escrito cuando nos llegó la noticia de la muerte de nuestro ilustre contrincante. Paz en su tumba! Como hombre de Estado no es quizá muy honda la huella que él deja en nuestra historia. Pero al literato insigne, al incansable cultivador de la ciencia y antes que todo al Director y Maestro de quienes hoy son la gloria, no del Azuay solamente, sino de toda la República, no habrá ecuatoriano que no rinda sincero homenaje de reconocimiento y profunda estimación.

#### POTSCRIPTUM (1912).

Si nos atenemos á las informaciones recibidas, bárbaro sobre toda ponderación era el *Laudo* que, en nuestro litigio con el Perú, iba á ser expedido por el Real Arbitro. Y con todo, menos perjudicial, menos humillante habría sido de

seguro dicha sentencia que la miserable solución del gran problema por nosotros mismos suministrada. Qué somos ahora, qué podremos?

Desde el 11 de Agosto de 1911 para acá, de tal manera y con tanta rapidez viene desarrollándose la vida social y política del Ecuador que no precisa ser profeta para ver con claridad el éxito y no lejano de nuestra lucha por la integridad patria.

Increíble, de todo punto increíble parece, en verdad, que en el Ecuador habíamos de ver lo que hemos visto y palpar lo que todavía nos tiene estupefactos, atónitos. ¿La patria de Olmedo y Montalvo, la del 10 de Agosto y del 9 de Octubre, convertida nada menos que en una horda de caníbales?

No f injusticia sería imputar á toda una Nación la insania, la perversidad de unos cuantos degenerados. Pero es ella, es la Nación toda la que pagará y está pagando las locuras y las infamias de los protervos.

*Cuartelazos* unos sobre otros, sin sombra siquiera de pretexto que los explique, menos que los excuse. El pretorianismo en toda su deformidad. La felonía, la venalidad, la traición por única disciplina militar. Una prensa ayuna hasta de buen sentido y de todo principio de moral, é inspirada únicamente en odios y venganzas implacables. Ríos de sangre vertida con furor y sólo para desesperación de tantos hogares de hermanos propios nuestros. La orgía del crimen, en una palabra, pero inacabable, frenética, y hasta orgullosa de ostentarse en su detestable desnudez. . . . Qué derroche, Dios santo, qué derroche de energías para dejar esta desventurada tierra cubierta de vergüenza, de indeleble ignominia!

¿ Para esto los impuestos patrióticos ; para esto los elementos bélicos con tantos sacrificios acumulados ; para esto la inmólación de nuestra juventud labriega, de nuestra juventud industrial, de lo que es propiamente el bloque de nuestro pueblo?-. . . . Ni diez derrotas sufridas en defensa de la integridad territorial nos habrían dejado en tal estado de postración y miseria.

¡ Y pensar que no del combate de encontrados principios o de aspiraciones más ó menos levantadas ha brotado este desbarajuste, este completo trastorno de la vida nacional que tan menguados nos deja ante la civilización, ante la simple idea de humanidad! La audacia desenfrenada de una facción corrompida y la debilidad, la fatuidad, la estupidez de un Gobierno sin otro rumbo en su marcha que la irremediable estolidez y sin ápice de vigor en el cumplimiento de deberes que quizá ni conoció. . . . mirad los generadores de la ruina, de la muerte de la Patria.

Entusiasmémonos! la victoria que al Perú le hemos proporcionado ni en soñación se le habrá figurado jamás. Y ya lo veis, mientras aquí nos despedazamos y más nos envilecemos, ellos tranquilamente, risueñamente, y ahora *si á paso de vencedores*, avanzando vienen hacia acá y apoderándose hasta de regiones que nunca nos fueron disputadas.

Y qué! ¿ á la existencia misma de la Patria no es superior el triunfo de una ambición mezquina, personal?-. . . . ¡ Y esperamos miramientos, esperamos justicia de nuestros mediadores! Los Estados Unidos, el Brasil, la Argentina, tan empeñados antes en nuestra pacificación y consiguiente bienestar, si relativamente á noso-

tros en algo piensan ahora, será en la camisa de fuerza que ha menester nuestra criminal insania.

El aislamiento internacional, he aquí el primer fruto que de nuestra cosecha de infamias estamos saboreando; y con él, patentes hemos puesto nuestra debilidad, nuestra ineptitud, nuestra miseria. Colombia no hallará mayor tropiezo para arreglar definitivamente, con nuestra vecina del Sur, su litigio también secular; pero sí es dudoso que tienda otra vez la mano á su antigua hermana, ya inconocible.

Han concluido por fin nuestras desventuras?

Ah, como que están al principio! Pues, para colmo de la nefanda película cinematográfica, comenzada en los últimos días de Enero, acaba de repetirse, con todo su trágico horror, en la persona del general don **Julio Andrade**, la maldecida escena de Berruecos: sí, la misma, ya por la analogía de las circunstancias que al asesinato acompañaron, ya por lo immaculado y lo excelso de la víctima.

Quién fue **Julio Andrade**?

Responda no la voz del que gime en dolor infinito: en las «Lágrimas» de los hijos de Imbabura, parece que es la Patria, abrazada de ese cadáver, la que llora la muerte hasta de la esperanza: oídla:

«De pie, descubierta la cabeza y con profundo dolor en el alma, nos acercamos a una tumba sagrada, donde reposa un muerto ilustre. Para nombrarle, es preciso que estén puros los labios y el corazón, porque ni su nombre puede pronunciarse sin respeto, ni dejar de sentir por él la más sincera afección, sin mezcla de pasiones y bajezas.

«Ése muerto ilustre es JULIO ANDRADE!

«Nosotros, los adoradores de sus virtudes; los que estábamos orgullosos de contarle como hijo de la antigua Provincia de Imbabura; los que le veíamos grande, a pesar de su genial modestia, y sabíamos de sus glorias alcanzadas en todas las direcciones donde ejercitó las prodigiosas facultades de su espíritu verdaderamente superior; los que conocíamos de cerca la nobleza de su carácter y la pureza inmaculada de sus sentimientos; los que le hemos visto llorar de rodillas como un niño ante la tumba de su santa madre y conmoverse tiernamente ante ajenos dolores; los que fuimos testigos de su valor de Héroe y sus magnanimidades de vencedor,—verdadero **Sucre** de los tiempos modernos,—los que nos sentíamos arrebatados por su verbo elocuente y poderoso, tan poderoso y avasallador como su brazo; los que seguimos atentamente su inteligentísima y patriótica labor como estadista y diplomático, viendo como sabía honrar, dentro o fuera de la Patria, el nombre que llevaba; los que le encontrábamos sencillo, ingenuo y afectuoso en las intimidades de la amistad; cortés, cultísimo y sagaz en todas las relaciones sociales, guardando para los otros, en la esfera debida, las delicadezas que sólo él sabía poner en todos sus actos, desdeñando solamente la mano de los perversos y canallas para no manchar con su contacto la impecable blancura de su alma; los que habríamos deseado para él, aguardando con paciente espera, la hora de su triunfo definitivo, y su exaltación en medio del aplauso general de los ecuatorianos, en un porvenir no muy remoto, depuradas un tanto las pasiones banderizas; nosotros, los que le queríamos, dejamos sobre

su tumba el humilde tributo de nuestras lágrimas y coronas de rosas y violetas, símbolos del amor y del recuerdo!...

«Ayer fueron de mirtos y laureles sus coronas de triunfo; hoy son las dolientes palmas del martirio las que cubren el cuerpo del nuevo Abel americano, caído en un motín del cuartel de Policía de Quito — del cual es *única* víctima — roto el hilo de su preciosa existencia por una bala homicida, enviada cobardemente por aleve mano, cuando acababa de salvar el honor de la República y restituirle la paz y entraba al desempeño de un Ministerio de Estado....

«¡Triste fin para hombre tan ilustre!

«Cuando se disipe este estado de aturdimiento y de horror que sobrecoge el espíritu nacional y se vea claro en el fondo de este abismo, sin pasión y sin miopía, se sabrá lo que ha perdido, no sólo el partido político al cual pertenecía y honraba aquella grande víctima, sino la Patria misma! Caballero *sin miedo y sin tacha*, á guisa de los antiguos y leales paladines; militar de altísimas dotes á quien sonrió siempre la Victoria y que no manchó jamás su limpia espada; diplomático notable, de poderosa y bien cultivada inteligencia y de rectas y sanas intenciones; político *honrado* en la extensa significación de esta palabra; ciudadano modelo en su vida pública y privada; noble, generoso, altivo, desinteresado; **eso fue él!**

«Con **Julio Andrade** ha muerto una gloria nacional. Y asesinándole, se ha cometido un crimen de lesa Patria.... La Historia, al juzgarle, cuando narre esta época sombría, dirá quién o quienes le mataron; y su fallo, severo é imparcial, junto con el grito implacable de la

conciencia que condena noche y día, como el ojo que acosaba perpetuamente á Caín, serán el castigo de este crimen.....

«Entre tanto, los que miramos los hechos sin prejuicio alguno, dándoles la importancia que relativamente les corresponde, nos recogemos en silencio dentro de nosotros mismos, y, besando respetuosamente la frente inmaculada y altiva del Héroe y del Amigo inolvidable, nos alejamos de su tumba con el alma desgarrada».

Ibarra, Marzo 10 de 1912.

*Varias y notabilísimas firmas.*

Con tierna gratitud, conservadores y liberales contemplaban frescos todavía los laureles conquistados por el más modesto de los héroes, en la última campaña, por el derecho y la civilización. Casi unánimes, pues, resonaron en todo el ámbito de la República imprecaciones de dolor é indignación ante el más inesperado de los crímenes... Casi, decimos, porque en tiempos como los de hoy, imposible que *las hienas* hubiesen dejado de escarbar la reciente huesa, ávidas todavía de humanos despojos.

Cayó miserablemente el Grande, cayó el Justo!

Y el nuevo Caín?....

¡Cuán pavoroso es el vacío que aplasta á una sociedad desamparada de la Justicia!

Quede consignado, entre tanto, que la consecuencia inmediata del 25 y 28 de Enero y del 5 de Marzo del presente año será la pérdida hasta de nuestras esperanzas en el Oriente.

## El Concertaje de indios

### I

**A**UN uso bárbaro, bárbaro debe ser el término que le corresponda. Cosa célebre, española es y rancia la iniquidad que nos proponemos combatir; y no obstante, en el Diccionario de la lengua española, no hay voz que propiamente la exprese.

Bautizamos con este nombre *concertaje* el acto atroz, diariamente ejecutado ante un tribunal y con intervención de la ley, mediante el cual queda sellado un hombre con marca de eterna esclavitud; barbaridad que nadie siquiera advierte.

La abdicación absoluta de la libertad, el enajenamiento de la voluntad y la inteligencia, la muerte, pues, de la personalidad misma, tal es el concertaje.

Algo peor que la caza ó trata de negros en Africa es el concertaje: es la degradación sistematizada de una porción inmensa de hermanos nuestros, con nosotros nacidos y consagrados á nuestro bien; es la condenación legal de toda una raza al embrutecimiento; y por la frialdad misma con que se la ejecuta, el concertaje es el más alevoso de los asesinatos, el del alma de un infeliz.

Y el concertaje no es solamente un infortunio aislado: trae consigo la esclavitud de la mujer, de los hijos, de toda la parentela de la víctima; ello implica abominable parricidio.

Pacto incalificable de la iniquidad con la hipocresía; beso asqueroso de la codicia con la ferocidad, sarcasmo es el concertaje, sarcasmo sangriento á la civilización. Tanto alardeamos de católicos, y es el concertaje la bofetada más escandalosa al Evangelio.

Quién lo creyera! antes que ventajosa, perjudicial ha sido para el indio la emancipación de nuestra patria. Los Reyes óído atento ponían á menudo á las quejas del conquistado, y con cédulas al menos, aunque impotentes, procuraban remediar las calamidades inherentes á la conquista. Pero á la República, qué le deben los indios? No se tuerce ya el pescuezo á la gallina ponedora de huevos de oro, verdad; pero, redios! lo que se la tortura por arrancarle el huevo diario.

Chinos somos y no poco los ecuatorianos en el apego á viejas costumbres: cuatro siglos de existencia casi nacional; una centuria de vida dizqué republicana; y las injusticias sin embargo del conquistador todavía en su plenitud, sa-

grados todavía las preocupaciones y absurdos de nuestros abuelos; todavía el obraje y el concertaje como cuando se fundaron... ¡Y nos sorprendemos de la serie de tiranías en el Ecuador!

Capítulo de acusación abrumadora para el conservatismo es el estado actual del indio. Para el hacendado y las autoridades, para el Cura y el sacristán, para la carga y el cuartel, para la policía y el presidio, para todo ha tenido indios el terrorista; menos para el bien, menos para la civilización y la patria.

La condensación de todas las sombras y miserias posibles, el envilecimiento ambulante, la ignorancia en su más simple expresión, el servilismo en su último grado... he ahí el indio, he ahí la obra maestra de la cristiana, de la eterna dominación conservadora. ¿Pensarían estos que las escrófulas de la esclavitud no son contagiosas; pensarían que el cáncer de un miembro no es amenaza para todo el cuerpo? Allí están ellos.

Plagad una sociedad de siervos, y servil será de toda ella el carácter y el espíritu. De rodillas vive el ecuatoriano ante el poderoso, porque desde niño ve á todos de rodillas, desquitándose, eso sí, de su humillación con el débil. ¿Pensáis que á un pueblo, fomentador de la servidumbre en cualquiera forma, no le castiga la naturaleza con la propagación y el empeoramiento de los males anexos á ella? Suprimid las atrocidades del concertaje, suprimid la preponderancia del clero en nuestra sociedad, y la República dejará de ser aquí una irrisión.

Sabido es que de divinidad están investidos todos los derechos que los tradicionalistas sostienen: divino, pues, el derecho de la ferocidad

de los blancos para con los indios ; divino el derecho al homenaje irrestricto é incondicional que se les exige ; divino el derecho á la eterna explotación del sudor, de la sangre de toda una raza. . . Raya con razón en asombro el progreso de esta zona !

La paradoja aquella de Proudhom : « la propiedad es un robo », ha se convertido en verdad tangible, nada menos que en el pueblo más católico del orbe, en la sagrada *República del Corazón de Jesús* : estudiadla y nada replicaréis.

Una circunstancia *atenuante* de este crimen: la naturaleza de la víctima ; la más desvalida, la más desventurada de la tierra.

Mucha exageración tal vez ? Visitad cuando os plazca un hacendón cualquiera de la Sierra, y ved esa multitud de indiecitos entregados á las más duras y fatigosas labores, desde el amanecer hasta más del medio día : están en *faena* y jamás tendrán por ello otra remuneración que el rebenque ó los puntapiés del mayordomo, del mayoral, del amo.

Para siembras y cosechas, para cocina y lavado, para acarreo de materias primas y para todo beneficio de sementeras, siempre los indios en bandadas y siempre sin remuneración. Mujer é hijos, ascendientes y descendientes, afines y consanguíneos de un concierto, esclavos son todos y gratuitos del amo y de todo el mundo ; por el hecho sólo de ser parientes de un sin ventura.

Mucha exageración ? Visitad un convento parroquial, un despacho cualquiera público ; estudiad someramente las costumbres allí reinantes y en dondequiera el robo, la ratería, la iniquidad en todas sus faces, ora en nombre de la

religión y la autoridad, ora en el de la fuerza, el embuste ó la astucia. Mina inagotable del blanco, su propiedad, su cosa, eso es el indio, lo mismo casi que su caballo.

Con esta diferencia: cuidado no omite el amo por ver siempre á su alazán limpio, lucio, robusto; y qué angustia la suya: si al animal le amaga algún peligro. También alguna vez pisará la choza del concierto; mas no para atender á su bienestar, sino para sacarle á patadas, caso de tardanza á la faena gratuita.

El negro y el indio pajes ó conciertos nuestros son; y no obstante, en el alimento y en el vestido, en el jornal y la habitación, en las costumbres y la naturaleza misma de las ocupaciones, cuántas y cuán dolorosas diferencias! La mujer é hijos del negro son libres, no están obligados á trabajo alguno; el negro no da *servicias* al cura ni á las autoridades; el negro no es *huasicama* ni *cuentayo*; para el negro no hay faenas, *mingas*, ni contribuciones semanales de brega forzosa. ¡Con decir que también el negro es amo y señor del indio y como tal le exige acatamiento!

Admirable es, pues, que, á guisa de los espartanos, nuestra joven aristocracia no ensaye sus armas en nuestros ilotas. Pero á fé que no ha llegado á nuestra noticia una sola sentencia condenatoria contra un caballero reo de un indio.

Nada de hipérboles ni sensiblerías; no tenemos, á la vista «La Cabaña del tío Tom». La verdad, la razón pura bastarán para que, presentada en toda su desnudez la abominación que combatimos, todo hombre recto y de buena voluntad exclame con nosotros: «abajo el concertaje».

Con lágrimas y muy amargas ciertamente debieran grabarse estas líneas; pero como la indignación á menudo sobrepuja á la ternura, á la compasión por el desvalido, es con justicia el flamigero látigo de Juvenal el apetecido, para ver de despertar y sacudir almas tan aletargadas como las de quienes abogan por el concertaje.

## II



Marca de esclavitud eterna estampada, en nombre de la ley, sobre la frente de un hombre, dijimos que es el concertaje. El Juez, en efecto, al legalizar como autoridad documentos que por lo desvergonzados espantan, despoja al indio de cuanto como hombre posee, é inviste al amo, al *patrón*, como dicen, de derecho de vida y muerte sobre su víctima.

He ahí ese *rey de la naturaleza* sin voluntad ni pensamiento propios y sin esa corona que como á tal debe distinguirle, la dignidad; sentimiento tan inherente á nuestro ser que, como el de la propia conservación, es causa y efecto á la vez de esotro como instinto, tan vivificador y pulimentador de la vida moral: el amor propio.

He ahí el rey de la creación, sin otra ley en adelante que el capricho del amo. Y si pensamiento y voluntad son las alas que á la naturaleza debemos para remontarnos progresivamente hasta el trono de la Divinidad, fin único y exclu-

sivo de nuestra existencia, palmario está que hasta de la causa final de su peregrinación en la tierra queda privado el concierto. Y negad aún que el concertaje es realmente el asesinato del alma.

Derechos y deberes como ciudadano, garantías constitucionales ni amparo social, nada ya en adelante para el concierto. Códigos y Ordenanzas, Poder Judicial y Legislativo, el Decálogo mismo, todo ha enmudecido para él, menos cierta cosa que, como la trompeta del día final le seguirá retumbando hasta la muerte: lo que llaman *Reglamento de peones conciertos*.

Aunque en oposición constante con nuestras instituciones y leyes secundarias, obra maestra es esa quisicosa de la sabiduría de nuestros Ayuntamientos y digna por lo menos de un vistazo para el curioso que quiera palpar la barbarie razonada; el envilecimiento convertido en sistema; la injusticia ataviada con el manto de la ley; el egoísmo hecho persona en el *patrón* y elevado á la última potencia; la crueldad fría, en una palabra, y la protervia sin careta.

Sin careta? qué! hasta ella tiene su *pudor*: velo del concertaje son los tales Reglamentos. En ellos no aparecen en toda su deformidad las monstruosidades y hediondeces que le caracterizan; allí no aparece la esclavitud forzada y gratuita de la mujer y de todas las parentelas del concierto; allí no aparecen los *brebajes* horripilantes, las flagelaciones diarias, las torturas á lo Santo Oficio; allí no aparecen los *priostazgos* ni los *pendones*, las *servicias* al cura y los *pongos* para las *curanas*; allí no aparecen en infernal mezcolanza lo repugnante, lo puerco, lo bes-

tial, marcas distintivas, entre tanto de la infeliz indiada, corrompida adrede por el blanco.

El documentillo o sea el acta de la esclavitud del indio, nos habla de cuatro ó cinco años apenas, pero forzosos. Mentira! ni necesidad tienen los malvados de renovar el acto: unas cuantas mazorcas de maíz, dos varas de lienzo ó jerga en finados ó principio de año, bastan para que, según el *Reglamento*, siga el concierto con su cadena; bastan cuatro pesetas cada semestre, para que el indio no pueda sacudir el yugo hasta el postrer aliento.

El acta no expresa tampoco el jornal del sin ventura; bah! también la codicia tiene sus *vergüenzas*. No lo expresa claramente, pero, á lo Tartufo, muy gráficamente que lo estampa: "el salario del nuevo concierto es el mismo que por *costumbre inmemorial* se abona en esta comarca". Y de *cinco centavos* es tal jornal, en la mayor parte de los fundos serraniegos; y en los restantes, de las tres cuartas partes de esos prodigiosos cinco centavos!

En el curso de una década, hasta en esta como Tebaida, raro es el valor que no cambie. Vuestros actuales sueldos, señores funcionarios públicos, no son los mismos que gozabais con papá Flores, se nos autoja. Y los señores Curas, con más diligencia quizá que los tales funcionarios, cuidan de modificar á menudo y siempre con mayor ventaja sus *aranceles*. Para el indio, no: desde la conquista hasta esta fecha, nada ha cambiado: su *raya* no ha valido ni valdrá jamás sino *cinco centavos*.

En torno del indio todo sube de precio y más el de las especies que por socorro le arrojan. Junto á él, trabajadores iguales suyos, esto es,

los indios sueltos, por labores idénticas, perciben el triple y aun el cuádruplo de su jornal. Pero con el *gañán* no hay tipo alguno razonable, ni principios económicos, ni proporción entre la oferta y la demanda. Para él, bajo la dominación de Gonzalo el magnánimo y la del más magnánimo Cordero, todo es lo mismo, *cinco centavos diarios*.

Mujer, hijos, ascendientes desvalidos, todo tiene el indio; y que sustentarlos y vestirlos, por supuesto. Y como ellos más que nosotros, aunque materialmente, trabajan, claro es que más que nosotros han de comer. . . . pues, *cinco centavos* y hasta.

Desde que despunta el alba ha de estar el concierto con la azada en la mano, y no la arriamará en su tugurio sino cuando el sol se oculte. Y por ello, nada más de *cinco centavos*.

*Cuentayo*, obligado está á serlo el concierto; esto es, día y noche ha de vigilar y contar el ganado, regar las dehesas y cerrar todo portillo: las bestias de *potrero* (curarlas, lavarlas, &) son de su incumbencia; y desgraciado de él si alguna muere ó desaparece pues que, el día de las cuentas, ya aparecerá, pero en el *Libro*, y duplicado su valor. Y en esta labor no está el *gañán* solo: el *cuentayo* sirve con su mujer; ella todas las mañanas, en el ordeño; de ella la venta de los efectos en el mercado, así como de los hijos el cuidado del *ganado chico*, de los terneros; y todo ello, por los *cinco centavos diarios* y abonados únicamente al marido, si de ochenta cabezas no pasa el rebaño.

El concierto, en turno con sus colegas, sirve forzosamente de *huasicama*: suyo por consiguiente el aseo de la casa y el cuidado de las bes-

tias de pesebrera ; suyo el servicio adentro y fuera del cortijo, de día y á cualquiera hora de la noche. El para recados, para compras en el pueblo vecino, para todo quehacer imprevisto; él para sacarle las niguas á la patrona, para llevarla al baño, para rascarla. Y como por *costumbre inmemorial*, la esposa ha de acompañar necesariamente al huasicama, de ella el servicio de la cocina, el acarreo de la leña, la conservación y ceba de cerdos, gallinas etc.; de ella y sin descanso lo más pesado, lo más fatigoso y lo más bajo ; y algo más, de ella la obligación de traer, por su *cuenta y riesgo*, los trastos necesarios para estos servicios, así como á cuenta suya ó de su marido la menor cosa que desaparezca ó se deteriore. Y todo, todo, apenas por los *cinco centavos diarios*, abonables tan sólo al huasicama.

Los obrajes . . . perdón, lector ! infiernos hay que ni á imaginarse alcanza uno ; y á no poseer la péñola del Dante ó el pincel de Miguel Angel, cómo pintarlos ? Los obrajes . . . con decir que, en vida como la del indio, son ellos la amenaza más pavorosa, la que le huela de espanto ! A serles dable la comparación, de seguro que á los criminales del Panóptico envidiarían los indios. La inhumanidad elevada al cubo, la ansiedad sin otro límite que lo infinito, el imperio mismo de la muerte ; ó como si dijéramos, el Ecuador en miniatura bajo los terroristas ; eso es el obraje en esta zona ; y en ellos, en los obrajes, ni siquiera los *cinco centavos diarios* !

Trabaje, en una palabra, el gañán cuanto trabajare, catorce sures anuales no gana jamás ; luego cinco centavos por doce horas de trabajo, robo innegable ; y mayor robo todavía ese mismo

jornal para cuentayos y buasicamas; y el colmo del robo, el colmo de la abominación el obligar á toda la parentela del concierto, especialmente á su esposa, á un trabajo ímprobo y siempre sin remuneración.

Y todas las faenas, y tareas y servicios que acabamos de enumerar ¿sin cepo á lo menos, sin bofetones, sin torturas y sobre todo, sin el chasquido incesante del zurriago?... Díganlo las carnes de esos infelices, tan á menudo como las del *Ecce-Homo*.

### III

Idéntica á la *del cadáver* quiso Ignacio de Loyola que fuese la obediencia de sus adeptos, porque ni sospechó de seguro cuál había de ser la del concierto ecuatoriano, rematado tipo de esa supuesta virtud llevada hasta la inconsciencia y la estupidez. *Bastón de hombre viejo*, autómeta con palabra, máquina de producir dinero para su patrón, tal el concierto serrano.

Vedle! ruines pingajos sirvenle de camisa, pero sin mangas; unos como calzoncillos de lienzo hasta media pierna y una como casulla de lana burda es todo lo que cubre sus tostados miembros. En su actitud, en su frente, en su mirada, leéis ó consumado idiotismo ó el despego y toda la indolencia de una vida truncada, sin objeto. Llorar... aunque le matéis, el indio no llora: sentimientos tiernos no son de corazones atrofiados. Reir, a veces sí, y en su rostro entonces,

en sus bruscas carcajadas, palpáis la preponderancia sin contraresto de la materia.

Cuando con su mujer ó sus hijos se encoleviza, raya en salvaje su ferocidad; diríase que se figura habérselas con su patrón. Medio canturría cuando está borracho; y que indecible emoción la de su cascado acento! Por lo demás, desconfianza invencible, timidez como de eterno niño, y aversión, aversión profunda y poco velada para los que justamente considera sayones suyos, tal el fondo de su carácter.

El *rondador*, la *quena* . . . instrumentos se nos antojan forjados por el despecho á una con la desesperación. Oídos de improviso, oídos allá entre los pajonales de los páramos de nuestra Cordillera, al caer de una de esas tardes sombrías arrulladas por los rugidos de próxima borrasca; oíd ese trinar lento, monótono, pero que os prensa el corazón, é involuntariamente sentís los ojos humedecidos. Es la melancolía misma la que en esa música llora; es el quejido de un dolor inconsciente pero infinito; el sollozo desgarrador del que se hunde rodando en tenebroso abismo, sin dar nunca con el fondo; es el grito de una alma agonizante que implora euvano misericordia.

Hasta en sus *sanjuanitos*, rompen de súbito en arpegios que os hieren como una puñalada, poniéndoos los pelos de punta. Presto vuelven á tomar el compás del baile, pero qué baile! nerviosas sacudidas que parecen efecto de la tortura ó de rebelde impotencia.

Cielo razo, catre, taburete, mesa, un mechero, algo que satisfaga á perentorias necesidades, nada busquéis en la choza de un indio, nada que ofrezca alguna pequeña comodidad. Cuatro

renegridas piedras por fogón, á lado una miserable piel por toda cama, unas cuantas mazorcas colgadas de sus cutulés en una sogá, algunos *cuyes* en eterna charla ó correteando por los rincones.... he ahí todo el ajuar de un concierto.

La instrucción del indio... claro que nos concretamos únicamente á la religiosa, ya que propararía de ridícula cualquiera otra pretensión. Sumamente reducidos el Credo y el Código moral del indio: el cura, «taita diosito vivo en la tierra; y el *patrón* y toda autoridad, representantes del taita diosito del cielo»; mirad la sencillez y firmeza de la piedra angular sobre la que se levanta el soberbio edificio científico de los hijos de Atahualpa. Pero, por su íntima correspondencia con los *aranceles* eclesiásticos, los *Santos Sacramentos* sí, y los *Preceptos de la Iglesia* son los más repetidos é inculcados en esas pobres cabezas que se niegan á entenderlos.

Irreligioso, pues, el indio? oh, todo lo contrario! Persígnase á menudo y con devoción; masculla no rara vez palabras sagradas; pone velas ante ciertas efigies; gusta de *pasar cargos* ó sea hasta de venderse por celebrar fiestas religiosas. El cura y el patrón, por otra parte, cuidan y hasta inexorables de que no se suprima un solo día de *doctrinas*, por lo mismo que éstas son el pretexto de las preciosas faenas. Un día de *doctrina* quiere decir una cuadra de alfalfa deshiervada como por ensalmo, una hectárea de maíz aporcada en un soplo, una cosecha terminada en un pestañar, y todo de balde.—Curas y patrones habían de descuidar tales *doctrinas*?

¡Lo que se afanan, además, los curas por la asistencia á misa de todos los indios! En días

feriados, llueven los derechos matrimoniales y los improvisados desposorios; y en dichos días, más fácil el reparto de dinero para la compra á infimo precio de los huevos y gallinas que, por negocio, han de viajar inmediatamente á la Capital. No menos se desvive el párroco por la confesión de sus corderos, en la Pascua; y qué edificante es de veras ver esas nubes de indios é indias, con sendas cargas de leña y diez centavos sonantes que, para ser oídos en el confesonario, han de regalar á *taita-amu*, con más la obligación de otra *faenita*, mientras á cada cual le llegue el turno de confesarse.

Descreído el indio? Bah, rarísimo es el que no tenga, en cada reducción ó villorrio, la efigie del santo Patrono del lugar; llega la fiesta de éste, y en masa todos los indios á la Iglesia: un peso al cura por la misa, y dos pesetas al sacristán, para que los santitos sean colocados en lugar distinguido. Imaginaos ese aguacero de pesos y pesetas, pero únicamente sobre los dos privilegiados, de los cuales el uno.... ni vacila; con una sola misa paga á todos los devotos.

Por la corteza, pues, por las apariencias, juraríais que es cristiano el indio; pero qué negra, qué espesa ignorancia y superstición en el meollo! Ni ¿cómo el cura ó el amo habrían de enseñar al indio la verdadera doctrina de Jesús, si ésta es y ha sido en todo tiempo el dogal de los fariseos y el grito de libertad de los esclavos? — El indio, en religión, por tanto, es hoy tan gentil é idólatra, como bajo el cetro de Huaina-Capac.

Sorda, por consiguiente, muerta la conciencia del indio, del gañán? Ya lo dijimos, la voluntad, la índole, el capricho del amo son su úni-

ca norma. Franco ó solapado, listo ó imbécil, protector del desvalido ó su verdugo, pusilánime ó impávido, todo lo es el concierto, según el amo con quien se cría ó aquel que lo posee. Poco ó nada pueden en él las simpatías ni las antipatías; pero de ese como aniquilamiento completo de su alma nace aquel despego á todo lo que le rodea y la facilidad por consiguiente de lanzarse á ciegas por el sendero que se le indica.

#### IV

Las principales ocupaciones del indio en un fundo son las faenas, las tareas, las mingas. Es *faena* lo que, por *adehala*, debe *todos los días* el concierto á su patrón, por los cinco centavos diarios. Con la aurora, pues, ya está en pie el indio; y acompañado de su mujer é hijos, á la faena; de tiempo indefinido, por supuesto, para los últimos; pero para el concierto, á las diez, viénele propiamente la *tarea*, la carga diaria, que no terminará sino al anochecer.

Bien venidas las pascuas, la fiesta de difuntos y los días feriados que medio mitigan, con alguna variedad, las empozoñadas horas de estos siervos real y verdaderamente esclavos en el terruño! Y son estos días, las más de las veces, los destinados para el cultivo de sus huasipongos.

El *huasipongo*? Pues, es un tablero de tierra de veinte á cuarenta metros por lado, ce-

dido por el patrón al concierto, para que allí cultive lo que le plazca. En las grandes haciendas, en las *incommensurables*, no hay mucha tacañería en la mensura de este regalo; pero en los pegujalillos, la parte más cruda y estéril es la destinada para huasipongos, hasta que, mediante la paciencia y la constancia del indio, quede bien abonada.

¡Y este *regalillo* es el más decantado por los propietarios, como compensación é *inmerecida* del mezquino jornal del concierto!

Sabéis lo que es *minga*? el colmo de la *generosidad* en un hacendado. Así como hubo *médicos á palos*, también *á palos* son *convidados* á comer y beber, no tan sólo los conciertos, sino cuanto indio suelto mora en las cercanías de una hacienda; á comer y beber sí, pero, por entendido, después de todo un penosísimo día de trabajo. Mentimos! Llegado el sol al meridiano, se tienden los manteles, ó mejor dicho—como tendidos están, supuesto que es el mismo *llano* que benefician el lugar del banquete,—arréglanse como pueden y boca qué quieres!

Sendos platitos de maíz tostado á los convidados, dos ó cuatro maltas de pésima chicha, con dos ó cuatro pailones de una mazamorra que todo tendrá, menos siquiera sal y manteca, es todo lo que sirve, en un pestañeo, de caricatura, digamos, de las *bodas de Camacho*; y de nuevo al yngo, al trabajo hasta la noche.

Por cuatro ó cinco sucos, pues, se ha conquistado el *generoso* anfitrión de cincuenta á ochenta peones ó para las aradas de sus barbechos, ó para el rápido beneficio de sus sementeras, ó para sacar madera del monte. Y decid que no es *honrosa y provechosa* para el indio la

vecindad de los carilucios con rancios pergaminos!

Pero aun tienen éstos otras ventajas hasta en los indios sueltos: «leñáis alguna vez en mis montes? transitáis *necesariamente* por mis terrenos para llegar á vuestras chozas? abreváis vuestras reses en mis aguas? recogéis de vez en cuando la majada de mis prados? Pues nada más justo que tres ó cuatro tareas semanales en mi propiedad, compensación exigua de mis beneficios». Esto llaman servicio de los *yanapas* ó *yanaperos*.

Mas el indio no es solamente agrícola: para arriero, magnífico; y aun para acémila, para cargador de víveres que es indispensable traer hasta de valles mortíferos. Sucumben á menudo con el paludismo, verdad; pero qué importa! indios brota la tierra como hongos. Menos todavía que la *carne de cañón* del ambicioso que conocéis, es el concierto para nuestros blancos.

¿Muestra el concierto alguna especial habilidad, se distingue como albañil, carpintero, etc? Pues, no solamente en su fundo se aprovecha el propietario de esa habilidad, sino que con más frecuencia fleta á otros su concierto; y mientras á éste le abona puramente su raya, el otro embolsa tranquilamente los cuarenta ó sesenta centavos diarios que aquél ha ganado con su labor. Esto de conquistarse conciertos para *fletarlos* y explotarlos de la manera indicada, moneda, lector, moneda muy corriente en esta tierra.

¿Empiezan á clarear nuestros batallones, urge presentar de frente un ejército numeroso? Al cuartel el indio: y á fuerza de látigo y barra, maneje el rifle, aun cuando sea para dejar al jefe como á Flores en Cuaspud. Defensor á *palos*

es el concierto y precisamente de una patria que no tiene y á menudo de causas que ni barrunta.

Vaya! si en la política también no había de dársele su partecica á nuestro concierto. ¿Urge dar un aviso al Gobierno ó á nuestros partidarios en revolución? Allí está el gañán que, en un día y á pie, se ha de tragar hasta veinte leguas, so pena de cien azotes, si deja sorprender su secreto ó no llena su cometido con oportunidad. Como espía, merodeador ó posta, es factor esencial el indio en nuestras revueltas.

¡Tan necesario, pues, tan indispensable el indio casi en todas las manifestaciones de nuestra vida social; tan íntimamente ligado su negro destino con nuestros intereses, supuesto que hasta el pan que nos sustenta es debido casi exclusivamente al no interrumpido desarrollo de sus energías! Y nosotros, en cambio, tan implacables para con ellos, tan bárbaros!



En el amor al menos, feliz el indio? En pechos inarmónicos, no cabe que resuene jamás ese como himno de una región extraña; no cabe que en ellos brote esa sublime aspiración á una como eternidad color de rosa, que eso es el amor.

Como los rodeos para el ganado, las mingas y cosechas y muy especialmente las *funcias*, como ellos dicen, las funciones originadas de las fiestas religiosas, deben de ser para los indios la

ocasión próxima de aquellas simpatías, coronadas con frecuencia y sin dificultad con el éxito apetecido. Una pedrezuela ó una boñiga tirada á una *longa* por un *longo* que tras una cerca se escondió al momento; una súbita zancadilla que excita estrepitosas é inapagables carcajadas entre los demás *longos* al ver coloradita y risueña á la *longa* en ella caída, motivos son también á veces para que el alcalde dé ante el cura con una pareja: libre dejan al *cari*, por supuesto, para que bregue por los respectivos derechos; y depositada queda la *huarmi* en la casa parroquial y obligada á todo servicio.

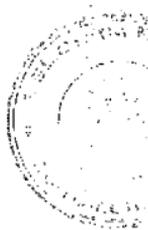
Para el amo ó el mayordomo, vehementes indicios de malicia son desde luego un mazorcazo del *longo* ó la *longa*; una papa *guanlla* (escogida) metida á la *derobée* en el seno de ésta; la mera vecindad ó el pastoreo en común del ganado, etc. Pero para qué motivos ni indicios? *Derechos* matrimoniales ha menester el cura, y *hembras y longos*, para servicios que nunca ha de pagar el propietario: adelante, pues, al altar.

Ni quince años contará el indio y ni trece la india, cuando en un abrir y cerrar de ojos y con más frecuencia sin haberlo siquiera soñado, se ven de repente palabreados, desposados y sacramentados; pero en todo caso pagando primero derechos al cura y al alcalde, por cada uno de estos actos. Suspensa y muda queda largo espacio de tiempo la pareja, el día del matrimonio, al mirarse el uno junto á la otra, sin saber cómo ni por qué. Obran después la naturaleza y el hábito; y continúa la eterna, la insípida, la mecánica reproducción de míseros. ¡Tan feliz por eso el hogar del indio!

Feliz ? ni cómo, en una negra, interminable noche que jamás espera aurora ! A la esposa, hasta más del mediodía, la ocupará la faena, lejos de su choza ; y entonces apenas irá á prender fuego para el alimento de la familia. Y el marido . . . estos ojos, lector, han visto documentos autorizados por *Jueces civiles*, que por *seis pesos sencillos*, concertaban un indio para cuadre-ro y toda clase de servicios . . . El pan que lle-vará este infeliz para alegría de su hogar ! Y como nada más común en la sierra que hasta seis y ocho días seguidos de incesanté lluvia, seis ú ocho rayas menos, naturalmente ; pues, ¿cómo una reducción equitativa *diaria*, en un sueldo de cinco, diez ó quince sucres *anuales* a lo más ?

Pues aun esconde estotro misterio el concer-taje : una tempestad violenta, un achaque súbi-to del peón ó una ocupación impensada del pro-pio amo, interrumpen la tarca avanzada ya, has-ta la mitad ó casi las tres cuartas partes : "Ra-ya por esto ? te equivocas, zángano."

Mas no debe quedarse en el tintero el punto que arriba apenas indicamos : el depósito de las novias, por algunas semanas, bajo el techo del *venerable* Párroco. Qué semillero de repugnan-tes escándalos ha sido y es esta infame *costum-bre inmemorial* ! Pero figuraos ! lo inerte y la sencillez misma de la víctima, su incondicional sumisión y acatamiento á su arrastrador depósi-tario, la vida que éstos llevan, la ocasión tan in-mediata y á la mano, el celibato mismo, antes que freno, terrible acicate para el animal indó-mito ; de todo ello reunido, cuál el *naturalísimo* efecto ? Allá la santa iglesia con sus disposicio-nes prohibitivas ; pero pasma que la autoridad civil, que el Estado tolere lo que la naturaleza



no tolera. ¿O efectivamente del párroco, toda clase de *primicias*?

Alguien me replique talvez que «si así fuese ó tan general la corruptela, ya mucho habría ganado, siquiera físicamente la raza». Bah, qué quereis! de pueblos rurales, muy á menudo ó casi siempre también *rurales* son los pastores....

Pero ya casado, siquiera ciudadano el indio? Para toda clase de contribuciones, para trabajos forzados, para pago de todo arancel, sí, ciudadano, muy ciudadano el indio y hasta elector, sí para mayor desdicha suya ha aprendido á trazar con tinta su nombre. En ciertas poblaciones, es ya ley para el cholo, en las *luchas electorarias*, una botella de aguardiente y de cuarenta á ochenta centavos por el voto. Para el indio, no: se los va encarcelando en casas particulares, con cuatro ó cinco días de anticipación, para que los *herejes* no los ganen; y llegada la hora de sufragio, amarrados á la sogá van estos inclitos ciudadanos á deponer en la urna la boleta que el párroco les ha suministrado.

Pero aun esto de firmar, cosa es en el indio puramente mecánica. El indio absolutamente no lee ni oye leer, y hasta entre cien firmadores quizá haya uno que medio medio haya aprendido á silabar, pero que tampoco lee nunca. Qué tiempo en ellos, ni qué estímulo para ocupación alguna intelectual! Nada de metáforas: duermen efectivamente los infelices á la sombra de la muerte.

Por esto y atendido su actual estado, contentémonos con pedir para ellos el pan necesario para su subsistencia, un rayo de luz para su hogar; que en cuanto al maná del alma, sabe Dios cuándo lluevâ sobre ellos. Sea toda su ilustra-

ción, por lo pronto, comer, vestir, medio vivir como hombres: es humana, es medio pasadera la vida que llevan?

## VI

Oigamos ya los sofismas de la avaricia en consorcio con la iniquidad: "el indio, en lo intelectual, una bestia; en lo moral, un monstruo. Idiota, estúpido, incapaz de emulación y menos de perfeccionamiento; ingrato, falso y desleal hasta por instinto; ladrón, proclive á todo vicio, indolente por naturaleza, esencialmente holgazán; niño, eterno niño que ha menester tutela permanente é incésantes castigos, para que más mal que bien cumpla con su deber; bajo, además, servil, feroz... una calamidad inaudita, una plaga, pero necesaria".

Todo, todo lo malo imaginable es el indio para nuestros filántropos, para almas piadosas como las de los curas y las de las devotas y más todavía para nuestros propietarios, cuando se les insinúa la necesidad ya imperiosa, ineludible de una reforma radical en nuestras relaciones con esa raza, por lo mismo que inferior á la nuestra, más desdichada, más digna de compasión profunda.

*Idiota, estúpido* el indio... como si la inteligencia, lo mismo que toda facultad, no necesitase de esmero sumo, en su cultivo y desarrollo. Enterrad hondamente una planta, y pedidle

que crezca, que nos hálague con sus flores, que fructifique. Y del indio solamente la idiotez? Aquí ni en parte alguna, no es maravilla eso de dar con verdaderos *beocios*, con tontos y de remate, sin diferencia de razas. Hacéis de un hombre una piedra, la sembráis en la gleba, no le dáis un instante de respiro; y le abrumáis de oprobio en seguida porque no es un Caldas ó un Montalvo! . . . Y á cada paso, no obstante, hasta gañanes, decid, que no nos sorprenden por su perspicacia y despejo, superiores á veces á los de sus amos.

*Incapaz el indio de emulación y perfeccionamiento.* . . . Emulación de qué, de vuestras virtudes? perfeccionamiento, para qué, para mayor desgracia suya y *peligro* vuestro? Prosperare un poco el indio en fortuna; y allí esas sanguijuelas en forma de rúbulas, de curiales, de priostazgos. Ostente alguna decencia en su casa, imítenos un poco, en el tren de vida que llevamos; y allí nuestra indignación contra el insolente que se sube á mayores, allí una litis inesperada que le hunde en más negro abismo y allí el desdén y el insulto cuando menos para humillarle sin intermisión. Brille el concierto por alguna habilidad; y más recargado su trabajo, mayor la injusticia por la falta de remuneración proporcionada y estériles siempre, inútiles sus mejores dotes.

*Ingrato el indio.* . . . os debe tanto en verdad por la esclavitud en que yace y la miseria en que vegeta! Las frutas largo tiempo olvidadas en vuestros reposteros, las viandas ya corrompidas en vuestras despensas, eso es para el indio y os jactáis de generosos! Indios os sirven á la mesa; cuántos de ellos mueren, sin haber pro-

bado vuestros manjares: comida para la *gente* llamáis vosotros mismos esa repugnante bazofia para ellos destinada; qué monstruos son de veras, qué monstruos de ingratitud! Y con todo, conozca el indio sinceridad en el cariño que un blanco le muestre, y cuánta su abnegación y fidelidad en servirle y agasajarle.

*Falso, desleal* el indio.... y no le costaría una azotaina si gastase la *debida* franqueza con su amo? ¿Y osaría éste alardear ante él de lealtad, hidalguía y buena fé en todos sus actos? Pero en realidad, mal hace el indio en no reventar de amor por su amo.

*Ladrón* el indio.... le habéis privado en absoluto de sentido moral; le condenáis á la tortura de una hambre jamás saciada, le consta, adivina por lo menos, que le robáis el fruto de su sudor, y os enfurecéis porque empujado de incontenible necesidad os hurta algunas espigas, se os come un cordero ú oculta alguna monedilla que casualmente encontró! Pagadle lo justo, viva él con algún desahogo, sed vosotros humanos.... y también él comenzará á ser hombre.

*Proclive el indio á todo vicio*.... Ya escampa! pero no deja de asombrar aquello de que el verdugo se queje de las contorsiones de su víctima! Su degradación, obra vuestra es, y os encolerizan sus frutos? Por expender vuestro aguardiente, á la Divinidad misma la querríais borracha de profesión; y os indignan sus efectos, si por ellos falta el indio al trabajo?

*Indolente* el indio.... ¿y por qué le han de conmovér cosas que en nada le atañen? qué le va á él ni qué le viene de vuestra prosperidad ó infortunio? Petrificásteis su inteligencia, aniquilásteis su voluntad, os convertisteis en ponde-

rosa coyunda suya, y queréis que de vosotros viva amartelado? Relajad de cualquiera manera los vínculos que mutuamente deben ligarnos, y ningún enemigo peor del hombre que el hombre mismo, y mucho más si por desgracia se continúa viviendo á la sombra del mismo techo.

El indio *esencialmente holgazán*. . . . y llueva ó abrase el sol canicular, él en su tarea, como un centinela en su puesto. Sin mucho afán tal vez? sin estudio de la labor que se le encomendó, rutinario, sin iniciativa, sin adivinaros, en suma, hasta el pensamiento? Si hubiera alguna vez saboreado la dulzura del pan debido al sudor de su frente; si alguna vez hubiera palpitado su corazón, al recibir en sus manos esa *cosa mágica*, símbolo de la humana dignidad, cuando lo adquiere el trabajo, á par que representante de la vida misma, porque ella significa tantas necesidades noblemente satisfechas y tantos ensueños por realizarse: la *moneda*. . . no el indio ciertamente, sino su amo sería en justicia tachado de indolente, rutinario y por esencia holgazán.

Pero acostumbrado el concierto á recibir de vez en cuando y como por limosna un puñado de maíz ó cebada, qué va á comprender el valor de las especies, el cambio de servicios, ni la simple relación entre el jornal y el trabajo! Carece hasta de la facultad de soñar despierto, de imaginarse una posición mejor, de sacudir su grillete; y queréis esmero, inventiva, perfeccionamiento en su labor. Contentaos con que, á guisa de una hidráulica, siga en su eterno rodar, una vez suelta el agua que la mueve.

Si mensual ó semanalmente diérais al indio lo que legítimamente ha ganado; si le enseñárais á conocer *en dinera* el valor de sus tareas y las

comodidades y satisfacciones que ellas le proporcionan; si le hiciérais participante de vuestras ganancias y pérdidas agrícolas, no lo dudéis, antes que una máquina, tendríais en él una inteligencia ó una ambición por lo menos á vuestro servicio. ¿De dónde, si no, la diferencia innegable entre las tareas desempeñadas por un indio libre y las de un gañán? En aptitud y constancia ¿no superan al negro esas indiadas que en cuadrillas van á trabajar en valles mortíferos? La causa es palmaria: les consta que, terminado el mes, y no siendo la obra del Gobierno ó de algún ladrón cínico, volverán á sus chozas relativamente *ricos*, aunque sea para gastar estúpidamente en fiestas semi-religiosas ó semi-diabólicas el fruto de su trabajo.

*Niño, eternamente niño* el concierto... para los rutinarios, para los tiranos de la tierra, para los explotadores de la ignorancia y la debilidad, sí, *niña*, eternamente *niña* es la humanidad toda. América, *niña*, muy *niña* fue todavía en 1810. Cuba, lo estáis viendo, qué *niña* tan insolente para el español que la juzga demasiado mocosa aún para pensar en emanciparse: La raza toda de Adán muy *niña* es todavía, aun ha menester de la *maternal* tutela de la clerecía, para no derrumbarse en infernal abismo. Si para despedazar todo infame yugo, necesitáramos primero del permiso de la avaricia, adiós la tan decantada perfectibilidad del hombre!

*Bajo, servil* el indio... ¿y causa no es de ello vuestro incuo despotismo, ó estamos en vuestra argumentación condenados á eterno círculo vicioso? ¡Y pues, las lecciones que ellos os deben de nobleza, dignidad y elevación de ánimo! Suprimid de vuestra historia republica-

na esa serie de tiranillos que han sido el tormento y la ignominia de esta zona, y tampoco nosotros os acusaremos de llevar siempre el alma de rodillas. Siervos de vuestros amos, y déspotas de la peor estofa con los débiles, hasta á vuestros agentes amaestráis en crueldad y fiereza, y os sorprendéis del servilismo de vuestros oprimidos.

Y cosa, al parecer, evidentemente increíble! la mujer por lo general, ese sér todo delicadeza y ternura; delicia, consuelo y armonía del hogar, sí, ella, al menos en edad algo avanzada, ó solterona irremediable, es más exigente y feroz que el hombre, en el trato de los indios. No hay faena que la satisfaga, ni defecto ó falta en que una india no incurra; y qué tirones de orejas y de los cabellos, qué pataditas y arañazos con uñas nada angelicales, clavadas sin compasión en las caras de los huasicamas y servicias, por cualquier disparate. En las obsesionadas por un ascetismo estúpido sobre todo, más de una vez hemos sorprendido con horror naricillas infladas, labios palpitantes de emoción, ojos húmedos de placer, al ser testigos de un sangriento vapuleo en las carnes desnudas de alguno ó alguna infeliz. Claro! en naturalezas extraviadas por un supuesto amor de Dios, también los espasmos y voluptuosidades deben de cambiar de naturaleza.

*Feroz* el indio... feroz? y vivís todavía tranquilos y riéndoos de esas mismas víctimas que diaria y lentamente torturáis, desgarráis y aniquiláis sin misericordia!

¿Cuál, pues, la verdadera *plaga*, ellos ó nosotros?... y fingimos horror hacia el norteamericano, por su política de exterminio para

con los indios. Estudiadlo bien y confesaréis, si sois francos, que, en ferocidad, los hemos vencido.

## VII

Aritmético en el fondo es el último sofisma de los defensores del concertaje: calculemos, por tanto; abramos un *Libro de suplementos*.

En la cabeza de alguna cuenta corriente, no es raro dar con este renglón: X. Z, por la deuda de su padre que en 1870 murió sin dejar nada, debe..... \$ 80,00

Muerto un indio, vuelan de seguida á su choza el cura y el propietario: por los *animalitos* el uno, y por un *longo* el otro. Pero las más comunes son partidas como las siguientes:

Por la bula de entrega, debe Z....	0,70
Mas, por ocho costales de maíz, socorros de 1890, á \$ 2 cada uno. (Y sin temor yo juraría que en la plaza se vendió maíz ese año por un sucre ó uno cuarenta á lo sumo) .....	16,00
Por dos gallinas que se le perdieron á su madre cuando hizo de huasicama ..	1,00
Por cuatro varas jerga y cuatro liencillo, en finados. (Y de seguro que al propietario le costó aquello la mitad ó tercera parte menos de) .....	3,80
Por cuatro palmas tiernas que murieron en el jardín, por descuido de Z..	16,00

Valor del caballo <i>chugo</i> que rodó por descuido de Z, cuando cuentayo....	\$ 100,00
Por el puerco que murió agusanado y se lo llevó en suplemento.....	5,00
Por un tubo de lámpara que se rompió cuando Z trajo la carga de Quito..	0,80
Por la fuente y los platos quebrados, cuando la huasicamía de la mujer de Z.....	4,00
Por un cabestro que se perdió la última vez que Z estuvo de huasicama y por un cuchillo de mesa.....	3,20

Para muestra, basta. Raro, rarísimo será un «Libro de peones» no plagado de estas monstruosidades: figurémonos los totales de semejantes sumandos!

Pues bien: esta deuda imaginaria, quimérica, posible únicamente en la cabeza de un loco ó de un malvado, es el último reducto de la avaricia.—«Vos no tomáis en cuenta, nos dicen, sino apenas el valor de la raya, los cinco centavos diarios; y el *huasipongo*? y la *inmensa* deuda con que muere todo concierto?»

Entremos en cuentas: nadie en ley de equidad daría más de cuatro suces por el arriendo anual de los tales huasipongos: así son ellos en extensión y calidad y así lo comprueban sus productos. Tres suces anuales gastará á lo sumo el propietario en vestir á su concierto; y tomando un año con otro, no pasan de dos los suces suplidos en dinero, para necesidades imprevistas é ineludibles.

Desde que comienzan las cosechas aun en grano tierno, cesan los *socorros* (reparto mensual de especies): siete ú ocho meses por tanto

recibe el concierto, á veces una media, y otras una cuartilla de maíz ó cebada; cuyo valor no asciende en el año á más de seis ú ocho sucres. Total recibido por un concierto en todo el año, de 15 á 18 sucres, en las haciendas serrañiegas, por su puesto, y hablando de propietarios honrados.

Porque es de saberse que hay conciertos de conciertos: conciertos de fundos respetables, digamos, y conciertos de cholos ruines: figuraos la suerte de los últimos.

Ahora bien: la mayor ventaja que al propietario proporciona el concertaje es la de contar á cualquiera hora y para todo trabajo con gente lista: absurdo, por consiguiente, colocar al *gañán* en peor condición que á los *suellos* ó libres. Y si nada más natural y justo que asignar á las especies, suplidas al concierto, el mismo valor del mercado público; de igual manera nada más equitativo y racional que abonar al concierto el mismo jornal que, en igualdad de circunstancias, percibe el trabajador libre.

Y mirad esta contradicción: el valor de las especies ó efectos, dados en socorro al concierto, no solamente fluctúa, sino que el alza es innegable; y con razón si atendemos al mayor consumo, á la diferencia de los tiempos; y el tipo sin embargo del salario, el jornal del concierto, siempre en su mínimum aterrador. ¿No aparece aquí el *robo* en toda su desnudez?

A los treinta, cuarenta ó cincuenta años de conciertos, indios hay que mueren efectivamente con una deuda de \$ 80, 100 y talvez hasta de 200 con pico y todo; pero con partidas, se entiende como las que acabamos de ponderar. Treinta, cincuenta años de esclavos nuestros!... y lo que

nos duele en su muerte no es la pérdida del que por lo menos debió ser nuestro amigo: lo que nos indigna es que se vaya al sepulcro sin pagarnos el último maíz suplido!... y llegará á lo sublime la caridad del propietario que dicho saldo no cobre á la vinda, siempre que ésta ceda otro hijo para concierto!!

Prescindiendo de la temeridad de estos vericuetos, continuemos nuestros cálculos. Y á qué tanta prolijidad? Actualmente, imposible es hallar jornaleros libres por menos de veinte centavos. Comparado este jornal con el del concierto, la conclusión es evidente: de ochenta á cien sures puede subir la deuda de un gañán, muerto después de veinte años de concertaje; y pasan de seiscientos sures los que en ese mismo lapso de tiempo ha usurpado el patrón a su víctima. (1)

Lejos estamos de suponer en todos los ecuatorianos tanto ensordecimiento moral y tan rematada corrupción como la que implica esta sola palabra, *concertaje*; pero, oh fuerza incontrastable, más que de la costumbre misma, del *atavismo!* Hablad con personas quizá hasta virtuosas del estado espantosamente lamentable del indio y de la forzosa necesidad de remediarlo; y de seguro que os miran boquiabiertos y con tamaños ojos, cual si compadecidos os sospechasen algo tocado: tan profundo desprecio á los indios nos han transmitido nuestros padres que ni á repararlo alcanzamos en nuestra incalificable ceguera.

(1) En 1895 publicamos este escrito: de entonces acá, mayor inmensamente la proporción de los valores: ahora por menos de cincuenta centavos no se hallan jornaleros libres,

Esa misma fuerza del atavismo explica la indole de la raza que defendemos. De aquel como comunismo, anterior á la conquista, no es de suponerse que surgieran caracteres levantados; y si á ello añadimos cuatro mortales centurias en que nada absolutamente se ha hecho por educarla, perfeccionarla, dignificarla, sino precisamente y como adrede todo lo contrario, no deben suspendernos los defectos que les achacamos.

### VIII

Echemos ya una mirada al concertaje en la cuna.

No rara vez, todavía está el longuítico colgado del pecho materno; aún ni balbucea bien la palabra *mamá*, cuando el *mayordomo* seguido de unos cuantos mozos viene por el *mamón* á la choza. Un costal de maíz, tres varas de jerga y cuatro pesetas en plata, botado todo en el umbral con un: *jaica, runa!* es toda la pompa de la primera ceremonia del concertaje. La segunda será ante el Juez, cuando ya grandecito el longo pueda quizás enterarse de la suma que le rezan de socorros no pedidos: también se entera entonces de que sus rayas hasta esa fecha han sido de á *calé*, (dos y medio centavos).

En dicha primera ceremonia ¿le importa una higa al mayordomo el imponderable dolor en que se retuerce la pobre madre ni el frenesí con que entonces más que nunca estrecha á su hijo contra su seno? Y menos le importa, por

supuesto, ver al padre del longo tan espantosamente pálido y trémulo de desesperación que ni acierte á desplegar los labios. Asustado el longuito ha dejado la teta: ve al uno, ve á la otra sonriéndoles y vuelve á su dulce tarca, sin sospechar que sobre su frente acaban de estampar la marca de su infortunio.

No siempre es posible tanta *docilidad* en el indio padre; alguno hay que se resiste y cocea contra tamaña brutalidad y, con frecuencia ya, se prolonga la lucha. Pero llégale el turno de cuentayo, acaécele alguna desgracia, la muerte del caballo favorito de la patrona, por ejemplo: ella no lo es, pero sus bestias por qué no han de ser inmortales?—«Doscientos sucres por mi jaca le dice la vieja, y puesto que con tu trabajo solamente jamás me los desquitas, ó conciertas á tu hijo, ó el obraje es tu sepulcro....»—Y no hay remedio: hombre al agua, y siga la barca social como si tal cosa.

Sobrevienen necesidades inesperadas, urgentísimas: un entierro, un matrimonio, una fiesta, una *obligación*, la cara de un rábula.... pobre indio, al matadero! A más del *real* en peso de interés mensual, nada más común en esta católica tierra que pagarés como el siguiente: «Entregaré á usted dentro de 30 días 40 varas de lienzo, á 15 centavos; si el plazo se vence, me cobrará usted á razón de 30; y será el pago hasta de 80, si la mora pasa de dos meses».

*Por falta de cumplimiento de obra*, la acción de este contrato es ante la Policía; y como ni repara el Juez en el cambio de la naturaleza de ella, al reclamar el actor *daños y perjuicios*, á la cárcel con el moroso.—El condenado á prisión por delito ó crimen tiene sobre el indio y

más sobre el concierto prófugo estas dos inmensas ventajas: 1ª sabe aquél que no ha de morir de hambre; el Estado le alimenta; y 2ª cuenta el criminal con precisión matemática el tiempo de su encarcelamiento. El indio, no: de nadie aguarda un pedazo de pan; y dura su prisión hasta cuando lo quiera su verdugo, esto es, hasta que desfallezca la víctima ó firme ella misma, ante el Juez, el acta de su propia defunción, digamos, de su concertaje.

Palpad un poquito más esta diferencia: por la «Ley de gracia», puede el Presidente de la República abrir las puertas del panóptico, aun á grandes criminales; y para los indios encarcelados, para los conciertos y quizá por un sucre de deuda, no hay misericordia: cómo herir derechos ajenos, los del *vicario*, los del patrón!

Pero volvamos al nacimiento del concertaje. Invencible es el horror del indio al servicio militar; y como al cacique Fulano le conoce *comulgador*, acude el indio á la sombra de éste.—«Sea por amor de Dios, responde el farsante; pero para tu seguridad, conviene que figures como peón adscrito á mi fundo, aunque sea con deuda supuesta».—«Dios te lo pague, como quieras y por lo que quieras: antes muerto que soldado».—«Vaya, pongamos cien pesos, nada más; pero como no estoy por mentir ante Dios y la sociedad, dos ó cuatro días á la semana y por tu respectivo jornal, has de trabajar á mis órdenes».—«Convenido, y desde mañana estaré en la faena. Otro hombre al agua! y esos cien pesos, la primera partida muy probable del nuevo concierto.

«Mira—le dice un taimado al más infeliz de los mortales en forma de indio—qué le hiciste el

domingo al Zutano?—Yo, amo? si ni le conozco.—Estarías borracho, cuando no te acuerdas: le has pegado, le has roto la cabeza; él está en cama y tú, acusado criminalmente.—Criminalmente? (voz que hiela de espanto á un hijo de Calicuchima) pero el domingo ni salí al pueblo; fuí por leña al monte.—No, importa: estás con auto cabeza de proceso, estás molido.—Ay Dios, y tú, *taita amo*, me dejarás abandonado?—Hombre!... mucho te he querido, pero este asunto es grave.... Mira, para evitar que te aprehendan, te ausentas unos pocos días: llévame este baúl á la capital y yo me presento como apoderado tuyo.—Dios te lo pague, taita: si tú no me socorres.... y para gastos, toma, te dejo estos cinco sures».

Abreviemos: días van, días vienen, y la su-puesta causa sigue en peor estado. Urge que pague el indio; que por cuenta del apoderado vaya á trabajar al *valle*; que reciba suplementos; que se endeude. Y como sin costas procesales no hay proceso, planilla del taimado al poderdante, al cabo de seis meses de un pleito imaginario, ochenta sures! ¿Y de dónde los saca el misero, si á más de haber servido gratuitamente á su estafador todo ese tiempo, ha tenido que desprenderse de cuanto poseía para engordarle? Acta en regla de concierto y una cabeza más en el más desventurado de los rebaños.

Volúmenes fueran los nuestros, si nos propusiésemos enumerar las diferentes formas que dan al concertaje la costumbre, la astucia, la perfidia, la violencia y á veces la autoridad misma. Y mayor número de volúmenes, si publicásemos las crónicas de los juzgados, en sus relaciones con la raza india. ;Y creídos nosotros de

que, en el naufragio tenebroso de nuestra República, siquiera la recta administración de justicia le había quedado al ecuatoriano como única tabla de salvación! Puede que algunas capitales de Provincia tengan razón para gloriarse con tan preciado timbre; pero en la mayoría de las cabeceras de cantón, en ciertas parroquias, qué enturbiadas, y corrompidas y envenenadas hallamos casi todas las fuentes de prosperidad y vida, merced en gran parte á esta funesta división de razas.

Allí, en dichos pueblecillos, basta la diferencia de color entre el actor y el demandado, para que anticipadamente se sepa y de fijo la sentencia que se dictará; basta que una de las partes sea hacendado ó algo expectable para que la justicia sea suya y la delincuencia del menesteroso; basta que para el juez brille alguna esperanza, y la ley dirá *si* donde dice *no*, y *no* donde dice *si*.

Allí son raros los artesanos que no hayan dejado su honrado taller por dárseles de *legistas*, de *apoderados* de indios, ya que en este campo es más fácil, más abundante la cosecha; y tal maña se dan que, al pie de la petición, ellos mismos escriben el decreto ó sentencia que ha de firmar el juez, ya en comandita no solamente con ellos, sino también, oh infamia! con el *tinterillo* de la parte contraria.

Allí denuncias de robos, infanticidios, etc.; escuchan las autoridades como si oyesen llover; eso no *causa derechos*. Pero sea la demanda siquiera de un sucre, y qué actitud: si sus aranceles son los mismos que los del cura, en lo elástico! Merced á estos aranceles, pues, el cura en connivencia con los jueces y los alguaciles y á

partir con ellos las utilidades, hacen de toda la indiada su propiedad, su mina inagotable.

Ciertos Municipios abandonan al Teniente Parroquial *un sucre* por mes, para todos los gastos administrativos: el tal empleado, lo sabéis, es en donde quiera paje gratuito de todo el mundo; y sin embargo, por ese empleo y hasta despreciando otros más honoríficos, diez, veinte, cincuenta ciudadanos desempiedran calles y plazas. Deducid qué *pies de altar* tendrá el tal destinillo, y cuál por tanto la suerte de quienes lo sustentan, los indios!

## I X

De medio á medio se equivocaría quien, por lo que llevamos dicho, se imaginara mejor que la del concierto ó siquiera más tolerable la suerte de los indios sueltos ó libres.

El concierto es esclavo de un solo amo, de una sola familia; cuenta con un defensor seguro, el propietario; quien, por su propia ventaja, no le dejará inerme entre las garras de sus otros sayones; con él, con el gañán nada tiene que ver la iglesia con las fiestas; y por todo trabajo, su raya es indefectible. Mientras que por el indio suelto, quién se interesa? á manera de bienes mostrencos, ellos están á disposición del primero que los toma. La autoridad militar, con el más agudo de los argumentos, la bayoneta; la autoridad eclesiástica, con el más brónco y pesado de ellos, la *corona*; la autoridad civil con el

*quia nominor leo* y quien quiera que sea, porque le da la gana, hacen del indio libre lo que del concierto el propietario. Con la diferencia, se entiende, de que el indio suelto es el supremo ideal del *patriotismo*, todo lo hace de balde.

Curas y sacristanes, alcaldes y gobernadores indios, Jefes Políticos y Tenientes Parroquiales, Comisarios y Presidentes de Concejo, tinterillos y no tinterillos, todos, todos son amos del indio libre: de todo el mundo el derecho de explotarle. Se los requisa como á bestias; en sartas interminables se los lleva á la sogá á enormes distancias para trabajos forzados; ellos, los libres, para el aseo de las ciudades, para la compostura de caminos, para huasicamas de conventos y cuarteles; ellos para cargar armas y parque en tiempo de guerra y para cualquiera necesidad ó antojo en tiempo de paz; ellos para sacar de la costa á la sierra el piano de la hija del Ministro tal, ó el pesadísimo trapiche del Gobernador cual, y siempre y por siempre «en nombre de la República y por autoridad de la Ley».

Una aclaración, no obstante: imposible que en las Tesorerías no aparezcan remunerados estos servicios y hasta con largueza; y á veces quizá no haya sido tanta la protervia de los subalternos que hayan robado *íntegramente* al indio el fruto de su arduo trabajo. Pero, pero.... clamen cuanto quieran los preceptistas contra los puntos suspensivos; caballeros son estos muy cortesés, y no rara vez, en su discreción misma, todo lo dicen.

Y tanto para esta clase de trabajos como para el cobro de toda contribución, para las mingas etc., sabéis cómo se las han alguaciles y mayordomos? *Sacando prendas*. El sagrado del

hogar!... ni la frase seguramente han oído jamás los indios; y si hasta en sus personas son tan miserablemente *allanados*, habrá respeto para sus tugurios? *A sacar prendas*, esto es, á romper las puertas de las chozas y cargar con piezas de vestido, con instrumentos de labranza, con lo que encuentran, para que salga el indio á pagar ó á cumplir con lo ordenado! Prendas más eficaces son las cabezas de ganado que el infeliz posee y que de hambre y sed perecerán en el corral, si el dueño de ellas *no pone* todas las tareas que su poderoso vecino le ha impuesto, ó que el alcalde le ha notificado.

Olvidábamos un toque muy significativo: con el nombre *alcaldes y gobernadores de indios*, las autoridades eclesiásticas y civiles instituyen cada año y para cada parcialidad unos como agentes de dichas autoridades y con un poder más allá de dictatorial. Y como nadie es verdugo peor de los oprimidos que uno de los mismos oprimidos, cuando mangonea de autoridad, es indescrutable el cúmulo de infamias y crímenes cometidos á diario por esos bellacos, á la sombra de una jurisdicción, no aceptada por nuestras leyes y tolerada, sin embargo, y alentada y robustecida por quienes de ella sacan tantas utilidades.

Entre mil y mil, mirad una de sus socialiñas: el *chasqui*, qué mina para esa canalla! Uno de ellos y con un pedazo de papel cualquiera, preséntase en la choza de un indio y grita: «*chasqui, runal* el amo Comisario te manda con esta nota á la villa, *ucta*, en marcha.—Pero mira, taita, le responde la víctima, lo sabes, mañana se casa mi hija; ó bien, este lienzo que me ves tejiendo es para un judío, que sin remedio me sepultará en

la cárcel el sábado, si no le entrego la obra.—Y á mí, qué? chasqui! y volar en el acto.—Mira, taita, manda á otro y te daré dos pesetas.—Hum! á ver, runa; y dirás que soy malo». Empuña el dinero, y con el mismo papel, que no es de nadie, ni para nadie, sigue el tal funcionario público sangrando por unos cuantos días á cuantos le place.

En artimañas de esta naturaleza, más fecundas é invencibles que los alcaldes y gobernadores de indios son desde luego los señores párrocos. El arancel en sus manos es exactamente como la Constitución en las de nuestros Presidentes, un trapo inútil. Y qué van á contentarse únicamente con los derechos matrimoniales y los mortuorios: padrinos y madrinas, priostes y priostas, fundadores y fundadoras, para cada advocación, para cada fiesta, para cada misa. ¡Con decir que para ir á almorzar y de boda, en casa de sus víctimas, exigen derechos! lo que es por los señores curas, el año entero traerían á los indios en eterno vértigo é inacabable borrachera.

Heladas, sequías, terremotos.... indicios manifiestos de la cólera celeste; sendas novenas, por consiguiente, con sus respectivas fiestas, para aplacarla. ¿Hase roto el cordero de san Juan ó una pata de la yunta de san Isidro? pésimas cosechas de seguro y novenas por tanto para conjurar esta calamidad. Pero entendedlo, con diez centavos todos los casados y con cinco todos los solteros, inclusive hasta los niños de pechos, han de contribuir para cada novena.—Y pues, el cobro aquel de las *primicias*!.... y como por lo regular la gente más ruin es para ello la elegida, imaginad los desafueros del

hambriento, en la heredad del infeliz. *Uno en cada siete* por primicia, de todo producto; y dos o tres paseos del primiciero con todos los suyos al miserable pegujalito.... preferible mil veces una visita de langostas!

Y las *servicias*? ... Puede que haya curas modelos; con estos no habla nuestra censura. Pero tocante á la inmoralidad de esta costumbre, recuerde simplemente el lector lo que dijimos de las longas depositadas bajo el techo parroquial.

Hasta en comparación, pues, de la del concierto, nada envidiable es la suerte del indio libre. Pero mágico poder de esta voz sola, *Libertad!* En el fondo, lo repetimos, más que los gañanes son desgraciados los indios sueltos: el recelo, la timidez, la invencible desconfianza de unos y otros, en todo y para con todos, son instintivos, ingénitos; nos ven como á sus enemigos naturales, nos temen, nos odian; y no obstante la comunidad de estos rasgos característicos, qué distintos los unos de los otros hasta en la apostura. En el rostro del indio libre casi resalta lo que siente, adivináis en él vida propia, aunque en embrión, barruntáis una alma. La idea sola de libertad ha bastado para que medio asome en su frente un poquito de nuestra auréola, la dignidad; mientras que, con la ausencia de ésta, la marca del esclavo brilla más negra en la del concierto. Véis en éste una máquina ambulante, un estafermo; en el otro la inteligencia ya chispea, notáis en él voluntad propia y la conciencia, por consiguiente, de su ser: apenas si os habla el primero; en el libre, si bien todavía en penumbra ya columbráis al hombre.



Sin este horror instintivo de nuestro ser á todo lo que es incomodidad ó pena, y sin este como delirio por todo lo que constituye nuestro bienestar ó placer, á fé que nada ó muy poco habría adelantado nuestra raza; pues estos dos sentimientos son como los acicates de nuestra actividad, las alas con que á más elevadas esferas nos levantamos, los verdaderos contrapuestos polos de la humana existencia.

Por embrionario que nos figuremos el estado intelectual de un individuo, en él actúan necesariamente, como el de la propia conservación, aquellos dos instintos, que son, diríamos, elementos primarios de la vida misma.

¡ Y de ellos procuramos despojarle al indio, al cultivar con tanto esmero su apatía; al dejarle eternamente convencido de que lo mismo es para él cumplir su deber ó despreciarlo! En el indio, qué horror á la pena, si á menudo y sin merecerla la padece; ni qué afán por su bienestar ó comodidad, cuando justamente se cree perpetua víctima de nuestra injusticia?

Indios libres é indios gañanes, todos y con razón se juzgan miserablemente robados y engados por nosotros; todo es efímero para ellos. *Unicuique suum*, esto es, justicia! ved lo único

que pedimos como vínculo, indispensable ya, entre el propietario y el jornalero.

Abajo el concertaje! campo al trabajo libre!

Tal sería efectivamente la solución más natural y sencilla del bochornoso problema que nos embarga. Y hasta por utilidad, por conveniencia nuestra, Bentham mismo repetiría con nosotros: abajo el concertaje!

Porque, entre otras mil, reparad en las siguientes amargas consecuencias tuyas, irremediadas hasta hoy en nuestra sociedad:

1ª El envejecimiento inevitable de caracteres por el inmediato contagio del servilismo, allí donde en cualquiera forma es aceptada la esclavitud. Habrá, entonces, diferencia de collares, diferencia de coyundas; pero muy lejos estará esa sociedad de constituirse sobre bases que aseguren su adelanto y progreso.

2ª La *imposibilidad* de la verdadera república: de la diferencia de castas, lógica y permanentemente se deducen los privilegios; y menudas entonces los derechos y las garantías; y acomodaticias y endebles y muy quebradizas las leyes. En sociedades tales, qué campo para la virtud ni para el mérito: feudos del más *ja-rán* y de sus favorecidos, he ahí su suerte.

3ª No concebimos estabilidad en las instituciones ni seguridad en el rumbo progresivo de un pueblo, donde eclipsadas en absoluto las ideas del derecho y del deber, son la fuerza ó la casualidad las que deciden de sus destinos. *Cuartelazos* sobre *cuartelazos* y una serie interminable de tiranelos á cual más inundo y feroz.... qué historia la de los pueblos donde ha hallado abrigo la servidumbre! Y cuidado con

la réplica: ya una centuria de vida independiente, y todavía nosotros á *fojas primera* de nuestros autos.

4<sup>º</sup> El sentimiento religioso convertido en superstición, el ministerio del altar trocado en vil granjería y la moral reducida á prácticas pueriles, mezquinas, y no al acrisolamiento del corazón, no á infundir espontaneidad y alegría en el ejercicio de las virtudes. Acabamos de palparlo: tanto alarde de catolicismo, de religiosidad; y no sin razón hasta de *cafres* nos han calificado en estos días.—Con todo y entré paréntesis, ¿quienes así nos calificaron sabrán lo que en la actualidad es la *Cafrería*?... ojalá que esa al menos fuera nuestra suerte!

¿Continuamos con las consecuencias de la servidumbre tolerada casi como institución social? La agricultura siempre en mantillas, siempre infecunda por rutinaria, supuesto que la hemos confiado, antes que á la iniciativa y al desarrollo de la inteligencia, á un mecanismo estúpido. El comercio... claro, que prosperará asombroso, donde tan reducido es el número de consumidores y más reducido aún el de las necesidades; así como de la industria el vuelo será sorprendente, donde la concurrencia y el movimiento del capital son como en un desierto.

La seguridad, por otra parte, de que para toda fatiga, para todo trabajo serio tenemos listo nuestro peón, nuestro paje, el indio, cuánto contribuye al inveterado cultivo, al incesante fomento del peor de los vicios que á la herencia española debemos: la vagancia, la holgazanería, la invencible tendencia al *dolce far niente*. Si á esto añadimos la falta de ocupaciones provechosas, de trabajo productivo para la mayoría

de los asociados; el estancamiento de la riqueza pública; la circulación tímida, vergonzante y casi forzada del capital; la vida, en fin, tal como aquí la disfrutamos, decid si no es envidiable el cúmulo de venturas que á nuestros prejuicios debemos.

Abramos los ojos, hasta por propia conveniencia, repetimos: quien al borde de un abismo se duerme, no es difícil que en él se precipite. No esperemos que de suyo se emancipen nuestros siervos: lo harían justamente, pero con barbaridad quizá: no aguardemos que ellos mismos se hagan justicia; las pagaremos todas. Antes que todo *humanicémoslos*, pero humanizándonos previamente nosotros.

Tratando del concertaje, «el mal—ha dicho alguno—es ya irreparable; y el intentar remediarlo sería peor que la iniquidad cometida». Moral subidísima, desde luego, pasmosa! pero no la de Sócrates, menos la de Jesús; y como Suárez y Molina no son nuestros maestros, nos limitamos á decir: para la confesión de un error, para la reparación de una injusticia, más que en lo tardío, el crimen está en la contumacia. Y haya en aquello el peligro que hubiere, la voz del deber es superior á toda otra consideración.

Abajo pues el concertaje! En éste, como en todo problema sociológico, la solución más radical y sencilla sería, en efecto, la libertad entre los contratantes, entre el que pide y el que presta un servicio. Pero lo secular del abuso, lo rancio del pecado, digamos, y el carácter peculiar del indio hacen aquella solución algo difícil por lo pronto. Si la *única*, la *única* ventaja del concertaje es la seguridad que él proporciona á

las labores agrícolas, conciliemos en lo posible la necesidad con la justicia.

No nos alucinemos! hasta que el rugido de la locomotora no sea para la sierra ecuatoriana algo como aquella sublime voz que volvió la vida á un cadáver, contentémonos en todo con meros paliativos. Sólo al ferrocarril, en efecto, deberemos una revolución profunda en nuestra agricultura; porque avergonzados entonces de su atraso, se vencerán nuestros hacendados de que, para propia ventaja suya, la tierra ha menester de más cariño y magnanimidad, si quieren á medida de su codicia los frutos que le demandan. ¡ Con rejas de madera y con jornales de á cinco centavos, exijís el ciento por uno á nuestra pobre, exhausta y despreciada madre, que por siglos de siglos y sin que nada por ella hagamos, con tanto amor nos ha alimentado, merced únicamente á su prodigiosa, inagotable generosidad!

Pero mientras aquel sueño se realice y una inmigración inteligente y robusta convierta en realidad nuestras esperanzas, pidiendo están todavía nuestros campos el sudor y constante vigilancia de quienes hasta hoy han sido como abnegadas nodrizas nuestras. Si pues, tan necesarios nos son los indios, haya para ellos siquiera *humanidad*.

## X I

No para aumentar lo sombrío del cuadro que en estos artículos esbozamos, sino para que más nos penetremos de la justicia y la necesidad de la reforma apetecida en nuestras relaciones con los indios, indispensables nos parecen algunos rasgos que pongan patente la situación de éstos en la Sierra y la conducta de sus opresores.

En ciertos páramos incapaces de vegetación, indios hay cuyo alimento se reduce á cierta fruta llamada *mortíño*, al suero que con los cerdos se divide y alguna vez á la mortecina que, por compasión, la *coscoja* se encarga de suministrarles.

Haciendas hay donde es uso corriente introducir por la fuerza en la boca de las indias brebajes inmundísimos, indescriptibles; o quemarles lentamente las plantas de los pies, teniéndolas colgadas largas horas en espantable tormento. . . ¡hasta que declaren en dónde se hallan ó por donde han fugado sus hijos ó sus maridos! Pues se asombran estos sobrevivientes del Santo Oficio de que haya gañanes prontos á aprovecharse de alguna coyuntura para ponerse en cobro; se maravillan, decimos, de que haya concertos que den alguna vez oído al grito de la propia conservación.

¡ Cuando una alta personalidad histórica tuvimos que, metida á chacarero, se entregó con frenesí á inventar y extremar suplicios para los indios, especialmente para los prófugos ! El cepe de campaña, las lavativas *corrosivas*, el incendio nocturno de chozas miserables, único abrigo de familias pordioseras . . . eran los más comunes y sencillos entretenimientos de aquel señor de horca y cuchillo, del que, como nadie en el Ecuador, *hizo la soledad en torno suyo*.

Pero infeliz el indio que, mediante la fuga, ha dado oído al grito aquel de la propia conservación ! Ni los más odiosos criminales son perseguidos con tanto encarnizamiento como un gañán prófugo ; y una vez aprehendido, desventurado de él para siempre. Cuando ya se cansan de torturarlo *secretamente* en la hacienda, le llevan por fin á la cárcel ; y la cárcel, en la actualidad, para un concierto es el hambre y un conjunto pavoroso de enfermedades y miserias ; es la desesperación, la agonía en la peor de sus formas ; es la muerte, pero una muerte ruin ; la muerte, riéndose con asco de nuestro decantado cristianismo.

¡ Con decir—y eso lo menos—que para que un indio salga de la cárcel, el *garante ha de ser á satisfacción de su verdugo, del amo ! . . .* radiante justicia la confiada á los impulsos de la pasión desahorada del mismo que se creó agraviado !

En toda esfera de acción, en cada uno de sus *ideales*, á maravilla está pintado el tradicionalismo ecuatoriano. Para el alumbrado, la vela de cebo ; para la locomoción y el transporte, el macho ó el borrico ; para reja de arado, una estaca ; para general de ejército, un fraile ó un

Obispo; para la libertad de imprenta, el látigo y la mordaza; para la moralización del pueblo, la barra y el patíbulo; para el esplendor del sentimiento religioso, la mogigatería y la inquisición; y para estímulo de la agricultura, indecibles suplicios y *cinco centavos diarios* harto quiméricos... Radiante modelo de Repúblicas, en realidad, la del Sagrado Corazón de Jesús!

Precisa alguna vez la presentación desnuda de la verdad, para conjuro de tantas aberraciones que sólo contribuyen a eternizar nuestra postulación y miseria. En lo material y lo intelectual, en civilización y cultura, creémonos muy adelantados. Y para lo que debiéramos ser, dando el sólo empuje de la época que nos ha tocado, confesémoslo, nuestro atraso es bochornoso; hallámonos, lo repetimos, á fojas primera de lo que, en 1809, proyectaron nuestros mayores, en inmortal soñación.

Volviendo al asunto, hemos de consignar que las prescripciones del Código Civil, relativas al arrendamiento de servicios, fueron desde que aquel se expidió, letra muerta para la raza que defendemos. Las Municipalidades todas, prevalidas de la autorización concedida por dicho Código para reglamentar el mencionado arrendamiento y escudadas con la famosa fórmula—«en conformidad con la costumbre inmemorial»—desvirtuaron la ley en absoluto y perpetraron los horrores de la época del coloniaje.

En comprobación, á más de todo lo expuesto, un solo caso: tocante á los gañanes viejos, la prescripción legal casi respira ternura; pero en la práctica, qué suerte la de esos infelices nacidos, creados y encanecidos en una hacienda, y testigos no pocos hasta de tres generaciones

en una misma familia; pero con el infortunio de no haber sucumbido en la mitad de la jornada. Para estos no hay disminución de tarea, mas sí de jornal: *son tan viejos, tan mal trabajan!* Y presto, muy presto, ni medio jornal, ni socorros, ni suplementos, ni una limosna por amor de Dios! El abandono de un indio anciano que no ha tenido ó ha perdido sus descendientes; los últimos días suyos; la muerte... ah! vamos! A otra cosa.

Como verdad inconcusa, como dogma corre, entre los sostenedores de la esclavitud, la holgazanería del indio: *si regularmente no busca trabajo.* Tal vez que sí; mas no porque de él no guste, no porque su necesidad desconozca, sino porque aun trabajando voluntariamente, aun matándose, no gana lo justo. De lo siguiente casi presenciales hemos sido testigos: el sobrestante X dispone hoy á un jornalero sesenta adobillos como tarea; aumentale mañana diez; veinte, el miércoles; el jueves, cuarenta... naturalmente el indio no aguanta, fuga. Pues eso lo quiso el bellaco, robarle los cuatro ó cinco jornales primeros, embolsicarlos él como religiosamente pagados, y presentar al estafado como incorregible. Sustituid el término *adobillos* con cualquiera otra clase de tareas: el mismo el resultado, hablándose de sobrestantes ó patronos viles.

Firmados por autoridad competente, documentos hallais por este estilo: «Vendo al señor Z veinte tablas de cicú; y si dentro de quince días no le son entregadas, tiene derecho á cuarenta»... no vence el mes, y á la cárcel «por fal-

ta de cumplimiento de obra », y hasta no presentar garante á satisfacción, no del juez, sino del acreedor !

¡ Ahora esos proveedores de víveres, en lugares desiertos, á donde, á la sogá, son llevados los indios, para obras públicas ! Por una botella de aguardiente que al ladrón de seguro no le importa cinco centavos, un sucre ; por un pau, una peseta ; y otra peseta por un puñado de maíz tostado ó de cebada molida. Llega el día de la paga ; y alcanzado naturalmente el jornalero... una quincena de privaciones y fatigas de toda clase completamente estéril: ni un centavo para volver con él á su casa, ni un mendrugo para sus hijos. Y al indio le echamos la culpa, á su ociosidad, á su holgazanería.

Amor al lucro, algún apego á las comodidades siquiera del hogar, algo que en el indio despierte la alegría de la vida, que le mueva al reconocimiento de su propia personalidad y de la estimación que á sí mismo se debe, que le sacuda en fin y le señale un objeto, alguna finalidad á sus actos, eso, eso es lo que, á manera de incessantes baños eléctricos, ha menester esa pobre raza.

Comencemos por la equitativa remuneración de su trabajo. No se nos alcanza la razón de la diferencia entre el jornal del concierto y el del libre: para éste no son las *faenas matutinas*, y sí para el otro ; para el libre no hay forzosos, pesados servicios domésticos, y sí para el concierto. La ventaja del *huasipongo* queda por demás compensada con la seguridad permanente de un servicio á todas horas ; y si hay exceso de

reses que el gañán conserve en vuestros pastos, cobradle el respectivo comedero, siempre que sea su jornal el que debe ser.

Mensual ó quincenalmente, páguesele al concierto lo que hubiere ganado, quedando la mitad para descuento de su deuda y dándole de contado la otra mitad. Aprenda así el indio á conocer lo que vale su trabajo, lo que es la moneda y para lo que sirve; y quede por consiguiente en libertad para proveer á sus necesidades donde y como mejor le parezca.

No haya, por consiguiente, socorros ó suplementos contra la voluntad del gañán, ni menos se consideren como tales los efectos que para él carecen de valor. Pues ¿no hubo animal que obligó á sus indios á llevar en *socorro* tirantes de seda y bordados, porque á él se los dieron baratísimos en una *quema*? El valor de las especies *voluntariamente* pedidas por el concierto sea el mismo de plaza. Y si para éste no hay participación proporcional en las *ganancias* del hacendado, tampoco debe haberla en las *pérdidas*, se nos autoja. Que por epidemia mueran unas cuantas gallinas, que de tabardillo sucumban algunas reses, que perros y gallinazos dejen en los prados algunos restos de mortecina, desgracias son que por amor de Dios debe aguantarlas el propietario; mas no buscando por cirineos á sus gañanes.

En el Chota, cuando lográis que una negra trabaje, cuenta separada es la suya de la de su marido; y si los hijos de éstos se adscriben á vuestro fundo, aparte corren también sus rayas y suplementos. Pero para la india, para la esposa y los hijos del gañán, tal cosa sería un ab-

surdo. Necesitáis de sus servicios, por qué no la remuneráis en justicia? Ciento, doscientas piezas de ropa por lavar; y cinco centavos á la india, y eso cuando el amo es *generoso*. Seis, siete horas *diarias* de faena, por un *anacu* en linados. Un mes de *cuentaya*, un mes de *huasicama*, esto es, día y noche de servicios á cual más bajo y abrumador; y al terminar el turno, diez rumbosos centavos por toda propina.... Cosas hay que, vistas todos los días, pasan inadvertidas y que llegan á increíbles al ser leídas en letras de molde.

Si curas y amos, cuando viven en ciudad, buscan con su dinero las personas que han menester para su servicio ¿por qué en el campo se creen con derecho á ser servidos de balde? No más *servicias* ni *huasicamas* hembras, si no han de ser remuneradas con jornal ó salario idéntico á lo que gana el varón; no más faena de mujeres ni labor alguna á ellas impuesta por la fuerza, y menos sin su respectiva paga; no más tanta injusticia y bestialidad con el bello sexo, tan sólo porque es débil, porque hasta hoy no habido quien lo ampare. ¡Y de *caballeros* se las dan quienes así escupen y pisotean á la pobre mujer, sólo porque es *india*!

## XII

Si de habernos acompañado hasta aquí le debemos la honra á algún paciente lector, precisa ya rogarle que, no por lo expuesto, juzgue

tan negro nuestro pesimismo que del todo hayamos cerrado la puerta á la esperanza.

En los últimos meses de 1895 vieron la luz pública estos articulejos; y de entonces acá, si bien tímidos, largos han sido los pasos con que, en esta tierra, ha avanzado la suspirada reforma.

Del choque de mal velados intereses, de la suspicacia herida, del asombro mismo de verse el abuso tan profunda y violentamente sacudido, era natural que brotase la inquina, el odio implacable contra el osado que no respetó ni *derechos adquiridos, siquiera sea por prescripción*.

Por escrito, no tuvimos la honra de que nos refutasen: contra la verdad y la justicia mismas, muy difícil es una réplica airosa; pero á la maledicencia y la calumnia, en otros terrenos, se les encomendó la venganza y el *castigo*: «No es por amor al indio sino por odio al blanco esta labor», fue la interpretación *más suave* de nuestros sentimientos.

Ni siquiera nos defendimos; pero como por una posición quizá no merecida se nos facilitara la acción, con más afán continuamos nuestra empresa. Cuál? Ya que no la extinción completa del «Concertaje», el armonizar por lo menos los derechos y los deberes del propietario y el jornalero; medio humanizar el hosco despotismo del capital; y levantar un poquito de su postración á una raza sin ventura.

Que, aunque á la larga, será completa nuestra victoria no lo dudamos; pero siquiera en gracia de los *buenos palos recibidos*, como diría Sancho, sufrid que os mostremos nuestros lauros.

Murieron y para siempre los famosos «Reglamentos de trabajadores conciertos». No se concertan ya menores de edad; ni los documentos que con los adultos se celebran son como los matrimonios eclesiásticos, *in aeternum* é indisolubles.

Ya las flagelaciones y toda clase de torturas pasaron á la historia; y muy audaz será y á mucho se expone quien á ellas eche mano todavía, y eso clandestinamente.

Cayeron los *cinco centavos diarios*, nuestra fatídica pesadilla: veinte en la Sierra y ochenta en la Costa es el jornal mínimo designado por la ley, con tendencia naturalmente al equilibrio entre éste, el jornal, y el alza incesante de los valores, y más aún entre la demanda y la oferta de brazos.

Por parte de la autoridad civil no hay trabajos forzados, antes sí largueza en la remuneración.

A la hora que le plazca, puede ahora el jornalero exigir cuentas á su amo; y éstas no son ya *cuentas alegres* ni á lo Grau Capitán: han de celebrarse judicialmente, lo menos cada año y á satisfacción de los interesados, dice la ley.

Aunque con un mínimo desconsolador, ya tiene derecho la india á un jornal, ni teme ya demasiado los arrebatos de la patronita: por lo mismo que el amo tan fácilmente puede perder un concierto, hanse impuesto de suyo la benevolencia y la equidad, como vínculos indispensables entre quienes ayer sólo había arbitrariedad y odio.

Si llegan á veinte, en una hacienda, los párvulos pertenecientes á conciertos, es obligación

ineludible del propietario sostener una escuela mixta para esos niños. Pero valga la verdad, si en los adultos primero no despertamos algún cariño al saber; si á ellos no les hacemos palpar la importancia, la necesidad de que algo aprendan para no ser víctimas inermes de tanto pillo, no esperemos que de buenas nos den sus hijos para educarlos, ni que en éstos sea eficaz la influencia de escuelitas como las nuestras.

Si á más de la famosa *doctrina* dominical, algún buen párroco ó un verdadero filántropo aprovechase de esa hora para excitar y sostener en el indio la curiosidad, inclinación en él tan viva como en el salvaje; y en conferencias prácticas les fuesen limpiando la inteligencia de tantas telarañas y sombras como las que la entenebrece. . . . pero qué! ni esto podemos por lo pronto.

Pues otra valla y formidable es la diferencia de lenguas entre el opresor y los oprimidos. Sépanlo nuestros descendientes que fue lengua prohibida para el indio la misma en la cual se redactan sus *concertajes* y se ventilan sus litigios. Sépanlo que era crimen de lesa majestad en un indio dirigir la palabra á su patrón en lengua de Castilla; y sepan que á nuestros quijotes barbudos el indio no les ha de saludar con el «buenos días ó buenas noches, señor», como á cualquier hijo de vecino, sino que les ha de decir: «alabado sea el santísimo sacramento, amo *niño*, ó ama *niña*», aun cuando aquél sea tan niño como Matusalén, y ésta un armatoste de sesenta á ochenta navidades.

Hasta el más churriento y haraposo *cholo* créese con derecho al acatamiento del indio. Qué más! era imposible que, en los obrajes, pa

sara un solo día sin vapulación general; y de hijos el vapulado tenía que besar el rebenque y la mano del que sus carnes desgarraba.

Para un hombre así humillado y pisoteado en todo su ser, cómo ni soñar en ilustración? Ha cuatro siglos de contacto con la raza blanca, y el libro para el indio de hoy es lo mismo todavía que la biblia del P. Valverde para el infeliz Atahualpa! Y los frailes tienen aún la audacia de llamarse los *civilizadores* del Nuevo Mundo! Allí están sus Doctrinas, allí sus Misiones, allí el indio... juzguémoslos pues, por sus frutos.

En lo relativo á administración de justicia, tampoco es gran cosa lo ganado: esta multiplicación de *tinlerillos* con ó sin museta: esta nueva plaga que nos ha sobrevenido, la de los jurecos; y con juececillos como los de la mayor parte de nuestras parroquias y aldeas, cómo puede el indio orillar ileso tanta calamidad? Urge lo que hasta ahora no se ha logrado obtener, urge que siquiera los juicios de menor cuantía no causen derechos.

Por lo demás, las *chontas* de los alcaldes y gobernadores indios, y eso de los noubrados únicamente á hurtadillas y donde las altas autoridades lo ignoran, ya no representan gran poder ni caen aterradoras sobre las espaldas del indio: ya no hay *chasquis* ni regalos obligatorios para los que mangoneaban autoridad.

Ni hay látigo ya en las *doctrinas*, ni *faenilas* para los Curas, ni las otras gangas por estos tan suspiradas.—En el cobro de diezmos y primicias sí, lo mismo que en el de los derechos matrimoniales y mortuorios, ciega todavía y hambrienta la codicia; pero también á hurtadillas, y

sólo abusando de la timidez ó ignorancia de la víctima, porque la ley no reconoce ya esas gabelas, ni menos presta su apoyo para exigir las.

Doloroso es conseguirlo, pero la historia es historia: mientras en la legislación civil y aun en las costumbres, tan poderoso y eficaz y hasta espontáneo á veces ha sido el movimiento reformador á que nos referimos, por parte de la Iglesia, ni un solo paso en esa vía de justicia y reparación

Cierto, desde luego, que privada de su antigua omnipotencia, forzosamente ha tenido que reducir su campo de acción ó explotación; y si bien á regaña-dientes, obligada se ha visto á aflojar de sus garras la presa, que con tanta fruición devoraba; mas halle el menor resquicio, y en nombre de Dios y con la amenaza del infierno, con qué deleite vuelve á saborear sus antiguas cebollas!

*Servicias* todavía para curas y sin remuneración? todavía las novias *depositadas* en la casa de esos Venerables? Quizá, pero muy lejos y en pueblecillos en donde es nulo aún el cuarto poder, la prensa.

Y decid todavía que solo ruinas se deben á la doctrina liberal! Inconocible muéstrase ésta ultimamente, verdad; pero no echemos á los principios lo que meramente es culpa de los hombres, mejor dicho de la perversidad de una facción.

En la vida del espíritu, en moralidad el indio ...tócanos precisamente poner punto final á estas líneas, cuando aun para los blancos ha so-

nado una hora fúnebre, sin igual en nuestra historia, y de tan renegridas tinieblas que parece eterna la noche que nos amenaza. Para la inmensa mayoría de los ecuatorianos, yace la Patria envuelta en espantable sudario: la minoría restante baila sobre el angusto cadáver.

*Abril 5 de 1912.*

# La Excomuni6n en Manabí

Cartas dirigidas al Sr. Dr. D. Felicísimo L6pez

---

I

Sr. Dr. Dn. Felicísimo L6pez.

Chone.

Querido Felicísimo:

**H**LORECITA de Marfa, almita de oro,  
Marianito de Jes6s.....  
era lo menos que, acarici6ndote la mejilla, te  
decfa siempre, al saludarte, el R. P. Hern6ez,  
var6n el m6s respetable por sus virtudes, entre  
los enviados 6 esta tierra por la famosa Sociedad,  
para la reconquista. Y no recuerdo en verdad  
de otro condiscfpulo mfo, entre los ciento y tan-  
tos que entonces contaba, ni m6s cumplido que  
t6, sobre todo en los deberes religiosos, ni m6s

notable por ciertas prendas, muy descuidadas á menudo en esa edad. A tu lado mediamos los demás nuestra charla; nunca tomamos parte en bromas impertinentes; el despreciado de los otros era precisamente tu amigo; tú el que defendías al débil; tú el que te hacías cargo del vagabundo y del menos aprovechado, para alentarlos y ayudarles en el cumplimiento de sus tareas; y tú el que hasta de misionero hacías, para atraernos á ejercicios de piedad y devoci6n, con la eficacia de tu ejemplo y tu suavidad angelical.

No me olvido: la primera vez que asistí á la Escuela de Cristo, fué por complacerte; y la segunda, porque me hiciste cobrar gusto á este vuelo del alma, entre brumas, á las regiones de la eternidad. Aún más, por tí..... con rubor correría un velo sobre ese episodio de mi vida, si el beatismo, para un serranito ecuatoriano, no fuese como la casa del jabonero, donde siquiera ha de resbalar quien indefectiblemente no cae. Además, baño es ese que, bien tomado, da al alma un temple peregrino: ni me duele por tanto ni me abochorna. También tú lo tomaste, aunque de otro modo, y de seguro que no te arrepientes. Bella, pues, y como pocas fue el alba de tu vida.

Pero ahora, Felicísimo? ..... no sólo de cauterio, de la cuchilla misma ha habido necesidad, para arrancar miembro tan gangrenado como tú, de cuerpo tan lozano como la Iglesia. .... No sólo perverso te dice tu Obispo, corruptor añade, y lobo, lobo miserable en medio de un rebaño..... Si no supiésemos que apenas habrá sustancia más volátil que la gracia ¿había de maravillarnos el abismo en que te ve el Ilmo. y

Rmo. Schumacher? Es hombre, habría yo dicho, y si dolorosa, nada tiene de nuevo esa caída.

¿Pero te revuelcas efectivamente en el cieno?..... Aunque de lejos, con qué interés he seguido siempre tus pasos, y ni una mancha en tu vida pública y ni sombra de mancilla en tu vida privada. Al contrario, desterrado ó bajo la férula de nuestros tiranuelos, siempre patriota abnegado, siempre ciudadano irreprochable. Y para decirlo todo, baste este rasgo: años llevas en la Costa de ejercicio constante de tu lucrativa profesión, y más pobre te veo de lo que saliste de tu Provincia; porque, como lo dice la prensa imparcial de Manabí, nunca ha sido la sed de oro sino la caridad más sublime la que te ha llevado á conjurar el dolor y la muerte en el lecho de tus hermanos agonizantes. ¿Así son todos los perversos del Obispado de Portoviejo, así los impíos? Por qué entonces tan espantosa desmoralización y escándalo en esa comarca?

Pero, aunque la famosa excomuni3n nada distingue ni menos respeta, quiero persuadirte de que tu Obispo no habla de corrupci3n en tus costumbres, y sólo te hiere por anti-romanista en tus creencias. Mas ¿d3nde tus obras, d3nde tus hechos que te pongan en un mismo pié con Juan de Huss ó su discípulo Ger3nimo? Todo lo que en este mismo Diario has publicado, lo conoce la parte sensata del Ecuador; y la cuesti3n se reduce simplemente á saber: «si es compatible la Rep3blica verdadera con las doctrinas de los discípulos del frenético Sardá». Nadie ha podido vencerte en la pol3mica. La existencia misma del Ecuador, como Rep3blica dizqué, y cómo la más amada, también dizqué, por los

dos 6ltimos Pontifices, es el argumento perentorio 6 inquebrantable en favor tuyo; todo lo que combate y condena tu Obispo, es lo que explicita 6 implicitamente constituye la Carta Fundamental de la «Rep6blica del Sagrado Coraz6n de Jes6s». ¿Vol6, pues, la infalibilidad de Roma 6 Portoviejo?... . . . Pobre Le6n XIII, condenado 6 las eternas calderas por un Obispillo Ecuatoriano!

No hay probablemente correo directo 6 seguro 6 Chone, pues en cuatro ocasiones te he escrito, y 6 ninguna de mis cartas he recibido contestaci6n.

«No te empe6es—te rogaba en ellas—en luchas est6riles y ocasionadas: *haec est hora eorum et potestas tenebrarum*. De llagas como el fanatismo y la superstici6n, no es el periodismo, no el libro los que curar6n 6 pueblos como el ecuatoriano; ni la santa virtud de la tolerancia la deberemos jam6s 6 razonamientos m6s 6 menos elocuentes. Sin inmigraci6n, sin roce con hombres m6s practicos en la ciencia de la vida, sin movimiento, sin desarrollo econ6mico m6s fecundo y progresivo, cualquiera otro trabajo es in6til y quiz6 contraproducente.—No te llegaron mis cartas, sin duda; se te desliz6 adem6s la palabra secta, y . . . . qu6 placer para los devotos henchidos de venganza!—«Ahora s6, el Concordato, dijeron, el brazo secular, y 6 la hoguera con el hereje!» Mas como, aunque ecuatorianos, hijos somos al fin de este siglo, no di6 el juicio criminal un resultado al paladar de tu sant6simo Pastor, nada m6s natural, por tanto, que un trueno del J6piter Ol6mpico, donde est6 rimbombando el m6s infernal despecho.

Aún dado, pues, el valor que se quiera á una excomuni6n, estudiado tus escritos y tu vida privada y pública, canonista no habrá que, ante Dios y su conciencia, se atreva á aprobar la fulminada contra tí; y mucho menos si por un instante fija la vista en esa desventurada Di6cesis. ¿Qué vemos allí en efecto? Un Obispo desalentado; Curas abofeteados y abofeteadores y desenterradores de muertos; Gobernadores flagelantes y *trapicheadores*; una administraci6n de justicia que por lo corrompida, pudiera llamarse el triunfo legal de la injusticia y del crimen; autoridades maravillosas por sus desafuecos y delitos: masas foragidas en toda la extensi6n de la palabra; y por fin, los pocos inocentes, pacíficos, ansiosos por emigrar de tal infierno. . . . . ¿Qué cuadro el desarrollado durante la administraci6n precisamente del Ilustrísimo Schumacher! ¿Ha mirado siquiera por él, ha mirado por la grey que el Espíritu Santo le confiara? Y en vez de pensar en algún dique para torrente tan asolador, vedle como husmeando persigue á la más inocente de sus ovejas, y al fin la agarra y la desuella. . . . . ¿Quién es el lobo? . . . . .

No me ocupara, amigo mío, en asunto tan enojoso, si no lo considerara trascendentalísimo en la vida social de nuestro pueblo. Tal desafío á la misma civilizaci6n cristiana en tiempos como los actuales, y por otra parte, de un Prelado de cuya inteligencia é ilustraci6n á lo menos pocos dudarán, implica algo más que la seguridad en la victoria de Sardá y los suyos en el Ecuador; implica la creencia de esos señores en la muerte próxima de nuestra Patria. No se trata

aquí de artículos de fe ; dígalo el indiferentismo ó la hipocresía que, merced á esas mismas tropelías, van como mancha de aceite extendiéndose por esta zona. Tampoco se trata ahora de pureza de costumbres : entre hechos mil, dígalo la situación pavorosa de la Diócesis de Portoviejo: se trata pura y llanamente del dominio absoluto é incondicional del Clero en el Ecuador. Mas, como solo tú eres la primera víctima escogida: como no es un liberal el que da en tierra con la constitución y todas nuestras leyes ; y como hasta cierto punto redundan tales proezas en provecho del partido fatídico ¿ qué le importan, á la sociedad, qué á sus Mandatarios el sacrilegio, la blasfemia y la asquerosa detracción, campantes en ese documento episcopal, prueba perentoria cuando menos de abnso escandaloso de autoridad ? ¿ Conque el judío y el mahometano, el chino y el cafre han de ser de mejor condición, en un país católico, que un cristiano sin mancha en su conducta, pero de frente erguida y serena ?

Sacrilego dije que era el tal documento : no sé si haya cosa más sagrada para un sincero católico que la Santísima Trinidad ; y en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sin convencerte de herejía ni corrupción, te hiere tu Obispo, sólo porque supone que tú le has ridiculizado, y porque de algún modo se han de inaugurar los planes tenebrosos del neo catolicismo.

Blasfemo dije : porque piensa el Ilustrísimo Pedro que el Creador de los cielos y la tierra es del mismo tamaño y naturaleza que él, y aguarda que abata a sus adversarios y te castigue como á impío y te encaje en los infiernos, por su-

puesto, ya que su representante en Manabí, no pudo hacer contigo lo que hubiera hecho Torquemada.

Y por fin, detractor y calumnioso añadí: ¿Conque hay una secta masónica llamada Zisca, señores Ilustrísimos é Ilustradísimos?—y esta secta se propone tributar honores nada menos que al diablo?.....

En Alemania no hubiera osado decir tal disparate el doctísimo Schumacher; pero aquí, por qué no? Lo esencial era herirte. Felicísimo, matarte sin remedio en el aislamiento y en el hambre. Y como aún diciéndote salteador, incendiario, asesino, montonero, todavía quizás hubieses hallado piedad entre tus hermanos ignorantes y supersticiosos, era preciso algo que les pusiese espanto invencible, algo que les aterrara con tu sola presencia. Y ¿qué términos más poderosos ni de mayor magia que masón y adorador del diablo en forma de chivo? Oh, qué caridad, qué ciencia, qué elevación las de su Ilma! De fijo que el Prelado mismo se rió de su sandez; de fijo que tanto cree él en el masonismo ecuatoriano como en el catolicismo del Sultán, de fijo que si al diablo conoce su Rma.; sólo en su Palacio le ve; pero el comenat era forzoso, y á más de otros móviles demasiado palmarios, preciso era hacerse célebre, por lo estupendo de la ridiculez. ¡Y hablan de convicciones sinceras!

Por conjuración general de mis adversarios políticos, por esta ansia de desfigurar hechos más claros que la luz, también yo, Felicísimo, soy masón, no sólo en Eufelicas y Pastorales sino hasta en sedicentes historias de esta pobre

Patria nuestra. Y vive Dios que de masonismo entiendo tanto como tú ó como tu excomulgante. Sean ó no respetables los fines de esta secta, desde que en algo coarte la libertad individual, desde que implique alguna dependencia, basta para que la mire yo con despego absoluto. Y ¿ á qué hora ni cómo masonerías ó algo parecido en el riñ6n más oscuro y aislado de los Andes? Y bien ¿ no tendré por miserables detractores, por infames energúmenos, sea cual fuere la dignidad y puesto que ocupen, á los que, á una con tu Obispo, son incapaces de exhibir una prueba ni el más leve indicio que confirme tan estúpida calumnia? . . . . .

El Dios, en quien cree el cristiano verdadero, no es tan chiquito cual lo supone tu Ilmo. Prelado; y como Él escrudíña hasta enoj oscuro, viendo está con lástima las pasiones del victimario, y con ternísima sonrisa, á no dudarlo, la pureza de la víctima. Un instante no desconfes de lo infinito de su amor, y esmérate en agradecerle, continuando por el sendero de la virtud. No distingas amigos ni enemigos entre tus hermanos y haz á todos el bien que puedas. Y adelante, Felicísimo! Los padecimientos y persecuciones por la Justicia no son auréola vulgar en el siglo del positivismo y de la adoraci6n más rendida al Becerro de oro.

Hijo humilde de la Iglesia, quizá no puedo abrazarte; pero todo mi corazón se va en este transporte, con que hacía tí vuelo en espíritu. Casi veinte y cinco años que no te veo, y un ápice no has perdido del afecto con que nos partíamos de un mismo pan tú y

ATHOS.»

## II

Querido Felicísimo:—Imagínate mi placer al recibir tu carta en el N° 855 de este Diario, y mi entrañable ternera al saludarte en este abrazo! Con toda la agridulzura del recuerdo, con toda esa poesía vaga y encantadora de la niñez, á tu nombre, se despierta en mí una época tan lejana, tan lejana y por lo mismo tan querida, que . . . . pero es rara la manera con que debe continuar nuestra comunicaci6n, y hombres ya, además, no puede sentarnos bien este hervidero de afectos cuando tantos indiferentes van á ser testigos de nuestra charla. Cuando, pues, más hábil en el arte de Aquelarre aciertes á sorprenderme con tu presencia misma á media noche, si quiera sea á horcajadas en una escoba, no temas que lo imprevisto me asuste: al contrario, entonces hallarás solo al amigo que con pena ahora va á entrar en disertaciones no muy á su sabor.

Pero antes ¿por qué llamas ecos de un precito los nobles acentos de tu indignaci6n ó de tus sinceras convicciones? Ni en burla te consiento tal dislate: precito es para quien quiera el victimario y no la víctima; precito el say6n feroz, no el torturado; precito el verdugo y no quien santamente padece persecuci6n por la Justicia. Yo sí, como no he de acertar á decir la verdad toda, justo es que llame ecos suyos lo que en mal hilvanada frase pienso exponer en contestaci6n á tu misiva.

Te dije en mi primera que, en materias religiosas, tengo yo por estéril é inútilmente riesgosa la lucha; y con razones á cual más bien pensada procuras hacerme palpar lo errado de mi opini6n. Al dejar hacer que entraña mi idea, opones victoriosamente el recrudecimiento del fanatismo y de la superstici6n en nuestra Patria. Y á la esperanza del desarrollo progresivo de todos los elementos vitales de la Naci6n, conque yo me halagaba, me pones por delante el cuadro cada día más negro de nuestras instituciones y costumbres, deduciendo de aquí, con justicia, tus temores mucho más fundados para el porvenir. «Echemos mano por tanto, concluyes, del único medio que tenemos: el de emitir por la prensa nuestros pensamientos: y si no queremos que el pueblo continúe siempre de instrumento ciego de los d6spotas, indiquémosle los medios con que debe cooperar á su propio desenvolvimiento».

Permíteme que con lealtad te exponga mis dudas acerca de la eficacia del medio que tú me propones como único e indispensable para nuestra regeneraci6n. Bien sé que sin la imprenta la humanidad, así en conjunto, no habría llegado aún ni á la primera penumbra de la verdadera civilizaci6n y progreso; bien sé que en pueblos un poco adelantados es la prensa su cuarto poder y tan eficaz y respetable como el que inmediatamente ejerce la primera autoridad; y sé, por fin, que siempre y en cualquiera parte es del pensamiento y no de la materia el dominio del mundo. Pero también ahí está la Historia para convencernos hasta la evidencia de que, por elevado y justo que sea un ideal, jamás se ha impuesto en las multitudes únicamente por el libro ó la mera

emisión del pensamiento, creciendo formidablemente esta imposibilidad en razón directa del atraso y la ignorancia de los pueblos donde ha querido plantearse. El pensamiento es como la levadura, una porcioncilla insignificante que fermenta en pocas almas generosas, más á menudo en una sola; pero de la acción de ésta ó de esas depende la suerte de la masa toda.

Y bien, antes de consideraciones generales y aplicaciones históricas que comprueben mi parecer, fijémonos primero en nuestra Patria, Felicísimo. ¿Cabe comparación entre nuestra prensa desvalida en el todo casi y los elementos con que el abuso y la arbitrariedad cuentan para su sostenimiento y propaganda? ¿Para quién escribes tú, para quién escribiría yo sobre materias religiosas? Precisamente para los cuatro que estamos acordes en nuestro pensar y sentir, para los cuatro que menos necesitamos de nuestra mutua palabra. Pero al pueblo, á la multitud ignorante, al que más ha menester un rayo siquiera de luz, no desciende esa palabra, no le llega ni el eco más lejano de esa verdad que para él creemos salvadora; en tanto que agrupadas esas multitudes al rededor de un púlpito ó de rodillas ante el confesonario, con los ojos clavados en pinturas que en la imaginación les graban indeleblemente, al par que aprenden doctrinas que les son necesarias, dejan que también se les infiltren errores que «harán su miseria y desventura terrestres en cambio de la ventura celeste» que casi les ponen en las manos. Y ¿qué lucha entonces que no sea estéril? Sonaría tu alerta sí, pero no para el engañado sino para el que odia justamente tu voz.

No nos alucinemos: aún es ficticia la vida del periodismo en el Ecuador. Tenemos toda una raza para la cual eso de leer es en verdad una brujería; y otra porción, quizá más numerosa, enteramente á la par con nuestros desventurados indios. Sorprende el movimiento de la prensa en la Costa, pero conozco grandes provincias á donde nunca llega la voz del Guayas, conozco suscritores sólo por lujo, y tal vez lectores que si medio ven un periódico, de fijo que no lo entienden. Hasta ahora, hasta la última década de nuestro siglo, ha sido imposible que en la Capital de la República se sostenga una publicación siquiera mensual por las propias fuerzas de ningún partido que esté lejos del poder: Quito sólo tiene voz oficial ú oficiosa. Y sobre esta escasez absoluta de lectores viene lo caro de nuestra prensa; por unos cuantos céntimos, el yankee y el obrero francés hallan alimento para su espíritu; y á la mayoría de nuestros hermanos no le alcanzan las fuerzas para este alimento, cuya necesidad, además, ni conoce ni siente. ¿Qué significaría, por tanto, un grito allá perdido en un yermo y casi de nadie escuchado?

\*  
\* \* \*

Tú, cabalmente, amigo mío, eres ya medio conocido en esta comarca, pero cómo? No sólo por la excomuni6n de tu Obispo: según Sardá, para desprestigiar á un adversario es santa hasta la calumnia, en nombre de Dios y de la Religión; por consiguiente, el fraile que se ocupó en explicar el documento de tu Ilustrísimo á su auditorio, se creyó con derecho para pintarte física y moralmente como un aborto del infierno. No

te escaseó ni cuernos ni cola, ni espuela de gallo en el alcañar, y de rodillas, por supuesto, ante el consabido chivo. Al primer impulso de mi indignaci6n, venga la pluma, me dije, pero quí! A paso de mula irá mi articulejo durmiendo en cada administraci6n de correos; posible quizá que llegue a Guayaquil: allí no dormirá, de seguro; pero otra vez á la Sierra, y á qué paso! Después de tres ó cuatro semanas viene por fin á mis manos, pero sin compańa, esto es, me viene un solo ejemplar. Fueron tal vez más de quinientos los que oyeron al fraile y pasaron de dos mil los que conversaron de tu espuela de gallo con esos quinientos, y quizá no lleguen á diez los que leen el articulo en el cual desimiento al santo sacerdote; y de estos diez, de fijo que los ocho van á pedirle al mismo fraile una penitencia por haberme leído! . . . .

Pero no es esto sólo: trató el fraile de tu excomuni6n cuatro días antes de las elecciones, para pintar por de contado lo que son los liberales, y para probar á los electores la obligaci6n en que se hallaban, bajo pena de pecado y de segura y eterna condenaci6n de rechazar la lista de ese partido hereje, que en las últimas Cámaras negó la Divinidad de Jesucristo y la pureza de su Santa Madre. «Calumnia!» grito yo á varios y que parecen de buen sentido: «calumnia! aquí tenéis si no las actas del Congreso: mostradme un acento, una expresi6n sola que dé asidero á tan infame detracci6n». Registran las actas, llévanse las para examinarlas despacio, devuélvenme las cuando ya están perdidas las elecciones, y al fin . . . . pues al fin la respuesta de los zafios: «nada hay, en verdad, pero cuando el santo capuchino lo dice» . . . .

Y este ejemplo, felicísimo, es apenas uno de los mil y mil que diariamente acaecen. Y ponte á sudar, ponte a majar en hierro frío!

Otro incidente, amigo mío, que obra en desventaja nuestra: el pueblo generalmente nada lee, y de los tres ó cuatro conservadores ilustrados que ponen los ojos en un escrito liberal, cada uno de ellos se pierde de vista en eso de astucia y mala fé. Al descender, pues, en noticias á la multitud la sustancia de tu escrito, ni tú mismo la conocerías, y ante esa multitud eres ya un mónstruo. Exagero? No há muchos días un clérigo que me pareció despreciable, sin provocación de mi parte y huésped mío, púsose á lamentar la muerte de Montalvo, cuando en lo mejor, plum! «Dios sabe lo que hace, dijo, fué un hereje». «Y podrá, Padre, indicarme usted esas herejías?» Vaya! pues no niega la infalibilidad del Papa, no niega rotundamente la existencia del infierno? «En cuál de sus obras, Padre? las tengo casi todas; dígnese enseñarme esos puntos. «Yo? si jamás he leído una línea de Montalvo: bonito soy yo para meterme en camisa de once varas». Dejo á tu consideración cómo le lavaría al padrecito; pero poco más o menos así son todos, y tengo de seguro que á pesar de mi reprimenda, mañana en el púlpito se desatará otra vez contra los herejes. Y juzgas tú oportuno un combate serio con tales adversarios?

Pero esto, dicen los imbéciles, que es deprimir á la propia patria: ya examinaremos esta opinión; pídote por lo tanto que, para evitar toda confusión de ideas, nada me contestes hasta que definitivamente no me despida. Por ahora, hasta luego.

\*  
\* \*

Para los turiferarios, Felicísimo, para el escrítorzuelo asalariado en especial, es crimen de lesa-patria, es deprimirla, hablar de sus necesidades ó dolencias, mostrar las llagas que la corroen, pedir para ellas remedio. Y como dichas úlceras provienen de ordinario no de la sociedad, sino de quienes la gobiernan, imagínase los vendidos panegiristas de éstos, recamado de oro el manto que cubre á la Patria, y que en alzarlo está el crimen, en descubrir la realidad. Yo no osaría, con cierto versificador nuestro, llamar al pueblo en que nací el grande entre los grandes, ni menos lo consideraría, con cierto orador, como pupila querida del Eterno (el Eterno con cornua y pupila! y qué pupilita, del Carchi al Macará con todos sus bosques ríos y arenales!) Mas esto no obsta para que ame yo á mi Patria de corazón y esté pronto á sacrificarme por su prosperidad y engrandecimiento; esto no obsta para que tenga fe viva en la magnificencia de sus futuros destinos.

Pero ¿impediría á nadie este santo amor reconocer que en lo económico, lo religioso y en otras cosas más, está muy lejos todavía el Ecuador de ser un paraíso? Y aún dado que lo fuera, sólo para un imbécil ó protervo sería delito el esmerarse más en la belleza y la perfección de ese paraíso. De la situación del nuestro, además, no somos los ecuatorianos en conjunto los responsables: no hemos tenido ni un solo Gobierno que haya nacido de la justicia ó de una mayo-

ría libre; y muy raro y efímero ha sido el que no ha brotado de la intriga ó de la fuerza. ¿Por qué, pues, criminal para con la Patria el que enrostra á hijos desnaturalizados su ignominia?

El ignominia é indeleble es, amigo mío, esto de condensar adrede las tinieblas de un pueblo sólo por dar pábulo á una ambición desenfrenada. He aquí la segunda razón por qué juzgo estéril y contraproducente la lucha periodística con los interesados en el sostenimiento de todo abuso, de toda superstición. *Do ut des*: aquí está el secreto de la alianza íntima y más ó menos sincera que en todo tiempo ha unido al Clero con nuestros gobernantes: «sosténnos, les dicen, santificanos hasta en nuestras más nefandas empresas, y tuyo seguirá el dominio absoluto é incondicional en toda esfera posible»; y confundidas las causas de la ambición y de la codicia, y sostenidas no sólo por el sable sino á veces hasta con la fuerza misma de la ley, vaya si con la emisión sola del pensamiento podrías sacudir móstruo tan colosal! Al raciocinio más concluyente te contestarán con el panóptico; á la queja, á la simple petición con el anatema; á la duda con el destierro cuando nada, y á la protesta contra lo infcno. . . . . pues, simplemente con cuatro balazos.

«Para la verdad—me dirás acaso—lo mismo que para la libertad, el martirio, la sangre es el mejor abono». Bendigo yo con toda mi alma y venero á los mártires en el campo de la acción, pero en el de las ideas tan sólo, pareceme ahora un anacronismo. En nuestra tierra, por otra parte, quizá por demás hemos abonado ya esos árboles sacratísimos; y . . . . . ay!, Felícísimo, no

fructifican; hombre! ni verdean aún. Todavía más: entre la muerte de Vargas Torres, por ejemplo, y el plácido despotismo de Caamaño, yo habría estado por lo segundo: éste como quiera hubiese concluido sin influencia formidable para lo porvenir, ya que no fué más que uno de tantos: pero en dónde ahora, en nuestras filas, corazón como el de ese Mártir?

Y no pienses, Felicísimo, que con la excomunión, el panóptico y los cuatro balazos ha terminado la causa de la verdad: sobre la injusticia y la ferocidad del procedimiento ha de venir indispensablemente el afán de denigrar la memoria de quien la sostuvo, de hacerle odioso, espantable, un verdadero precito: de manera que, quien apenas se empeñó en una reforma necesaria, en la extirpación de un abuso á lo más, deja su nombre en los fastos del fanatismo como el verdadero enemigo de la humanidad. Que nó? á tu vista tienes la prueba: sola y exclusivamente político ha sido en toda época el credo del liberalismo ecuatoriano y ¿dejamos por esto de ser para nuestros adversarios masones, comunistas, nihilistas, ateos, envenenadores de Arzobispos, devoradores del Vaticano, quemadores de los czares, enemigos de la propiedad y la familia, enemigos de la autoridad y de la religión, enemigos del hombre y de Dios? Si pues saliéndonos de nuestro terreno comenzásemos á husmear sacristías y confesonarios, palacios episcopales y recámaras frailesacas, etc., sobre dar algún viso de verdad á las infuvas imputaciones de nuestros contrarios, perderíamos gran parte del campo con tanta dificultad conquistado, multiplicaríamos los estorbos, retardaríamos indefinidamente el triunfo de la justicia.



Así como cada individuo, también cada generación, cada siglo tiene su tarea : contentémonos nosotros con medio convertir en choza la er-gástula que nos legó el siglo pasado : otros la trocarán en casa, otros en palacio, otros en templo. «Imposible, me dirás, mientras sean los mismos los alcaides»—No, Felicísimo ; bueno o mal grado ellos mismos contribuyen á estas transformaciones ; es oculta pero irresistible la fuerza que á eso les impele : mas para ello no basta la palabra sólo : evolución ó revolución, siendo siempre más segura y preferible la primera.

Fíjate además, merced a la abolición del patronato y á la aceptación del Concordato como ley de la República, tenemos dentro del Estado otro del todo extraño y más omnipotente que el primero ; ya algunos lo han declarado perentoriamente, para ellos no hay otra constitución ni leyes que las que ellos mismos se imponen : en tanto que su dominio sobre nosotros es incondicional. No estoy para echar paradojas, y ésta, que tal te parece, es una verdad abrumadora ; y en su virtud nada significan nuestras garantías, nada pueden nuestras leyes ; nada nuestras autoridades por excelentes que nos las imaginemos, si sale el otro poder y exclama : «Aquí estoy yo, aquí mi fuero !» Y combátele y vécele sólo con la palabra ! Un ejemplo ? y harto reciente, para no alargarme mucho retrocediendo á épocas más sombrías : personal y villanamente fué provocado y ultrajado por un sacerdote el valeroso Redactor del «Siglo XIX». ¿ Tuvo éste la audacia de defenderse con desenfado ? pues aunque grite, la justicia, el galardón será para el primero y el castigo para el segundo.

Tú mismo, Felicísimo . . . . ¿ fuiste tú ó tu Obispo quien puso el hacha en la raiz de nuestras instituciones? fuiste tú ó él quien atentó contra nuestra Carta Fundamental? Y entre tanto, tú estás anatematizado y las enseñanzas de él prevalecen como texto para nuestra juventud; y estás sólo excomulgado y no en el panóptico, merced a la contundente elocuencia de tu ilustrado defensor y á la rectitud de un Juez superior á las sugerencias del fanatismo. Pero ¿ qué han podido nuestras leyes en pro de la inocencia, si al fin y á la postre pesa siempre sobre tí una pena no insignificante en pueblo como en el que vivimos? Y con adversarios de esta naturaleza y en terreno tan escabroso é inseguro, y con armas tan desiguales ¿ esperas una lucha razonable y decorosa y confías, sobre todo, en la victoria? . . . . .

Pero entendámonos: no es adversario para mí el sacerdote verdaderamente evangélico, el discípulo sincero del Crucificado, el que dá á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. El soberbio y el hipócrita, el incaritativo y el codicioso, el que en nombre de la Religión sólo atiende á su medro y á su vanidad; el que por apoderarse de los bienes de la tierra olvida el cielo y lo eterno; el que corrompe y embrutece á las muchedumbres sólo por robustecer su autoridad y la ignorancia y lo inícuo; el que sostiene y defiende el despotismo y el quebrantamiento de toda ley. . . . . éstos, éstos son los adversarios, no míos personalmente, ni tuyos, Felicísimo, sino los enemigos declarados de la razón y de la justicia, del Evangelio y de toda religión, de Dios y de la humanidad. Por esto, amigo mío, si difí-

cil y tardía, es segura su derrota, segura su confusión; pero no en virtud sólo del periodismo, sino de los abusos de ellos mismos, de su perversidad, y sobre todo, en virtud de la acción permanente é inquebrantable del progreso.

\*  
\* \*

Me desafías, amado Felicísimo, á que te pruebe, con la historia de un solo pueblo que se haya engrandecido política y socialmente, lo que aseveré en mi primera carta: la esterilidad por ahora de las luchas periodísticas en materias religiosas. Al contrario: tu no me muestras un sólo paso decisivo del progreso, una sola conquista positiva de la civilización, un sólo ideal luminoso y fecundo para la vida práctica, social y política de nuestra especie, que hayan obtenido victoria incuestionable con la simple discusión, con la mera emisión del pensamiento. Este, repito, es la levadura, pero con la masa, otra manipulación. Con las grandes reformas, con los remedios salvadores de la humanidad, ácaece lo que con los hechos consumados, no se discuten: bueno ó mal grado se imponen y se los acepta. Sin salir de casa todavía y aunque muy en pequeño, dos hechos que aclaren y confirmen mi idea. Suponte que el partido liberal se hubiese propuesto obtener aquí, por medio de la preusa, la sustitución del diezmo. . . . . Á fé que terminaba este siglo y no la lográbamos. Sin la diplomacia del actual Presidente, sin la intervención misma del Pontífice, habríamos agotado todo el papel del mundo y no convencíamos á nuestros pseudo-católicos de esa necesidad imperiosa.

Ilustrado como pocos y santo como ninguno fue un ilustre Prelado nuestro á quien yo ví oponiéndose, con toda la tenacidad de una convicci6n incontrastable, á dar sepultura, no en un cementerio cat6lico, sino en un edificio casi desierto, á un plenipotenciario protestante. Si de hecho no se designan, en Quito y Guayaquil, lugares para inhumar disidentes, vive Dios que por la prensa no lo obteníamos. Algo más te digo: si á alguien se le hubiese ocurrido la necesidad de licencia previa para recibir en nuestra Repú- blica diplomáticos, comerciantes, ó ingenieros no cat6licos, de seguro que hasta ahora seguíamos creyendo que los discípulos de Lutero y Calvino son tan feos, tan monstruosos, tan diabólicos como las esculturas en que vemos retratados á sus maestros. Ahora nos parecen no sólo nuestros semejantes, los tratamos de amigos, y qué dicha cuando además los bautizamos!

Evoluci6n ó revoluci6n, ya te lo dije: á la primera debemos la seguridad y esplendidez con que por lo general va avanzando este siglo en su ocaso; pero esplendidez y seguridad que nó las tuviera sin el formidable trueno de la segunda en el famoso 89. «Pero detrás de ella, me dirás, están los Enciclopedistas, está Voltaire, está Rousseau». . . . . y están el libre examen y el Renacimiento y las Cruzadas y todo ese desenvolvimiento progresivo en el hombre, de la raz6n y de la justicia, que infaliblemente estallan en espantables furoros, cuando para ese mismo desenvolvimiento dan con obstáculos superiores á la acci6n lenta y constante de su bienhechora influencia. Y viéndolo estás, apesar de tanta vida y osadía intelectuales en este siglo ¿están los frutos



conseguidos en relación directa con la famosa Revolución «aurora de la nueva vida del mundo social y político?»

En nuestra emancipación misma, suprime tú á Bolívar y su brillante hueste de titanes, é imagínate que hubiesen nuestros padres comenzado por pedir independencia á la Madre-Patria, por convencerle de esa necesidad, por desplegar en su favor todos los tesoros de la más arrebatadora elocuencia.....y á fé que hasta hoy la habríamos estado aguardando con la misma confianza con que aguardamos del Clero la renuncia voluntaria de sus bárbaros derechos mortuorios.

Y entre todas las Repúblicas brotadas de tan gloriosa y general conflagración por libertad y patria ¿cuál la que se haya engrandecido social y políticamente, merced tan sólo á la mera emisión y propagación del pensamiento? ¿Cuál la que con más ó menos frecuencia no se haya sentido desgarrada entre las convulsiones de la acción y de la reacción, entre esos saltos generosos é intempestivos del progreso y esas caídas violentas en impensados abismos? ¿Cuál, en fin, la que ha logrado la extirpación de la *herencia española*, mediante la sólo discusión, la persuasión, la palabra? Ni la más juiciosa (hasta hoy á lo menos), ni Chile mismo, se glorificaría de su adelanto y prosperidad, sin «esa inmigración, sin ese roce con otras gentes, sin ese desarrollo económico más fecundo y progresivo», que tú calificas de ilusión mía lamentable. Ah, quién no desearía contigo á la prensa como única locomotora de la humanidad!! Pero sábelo, angustias de parto, sombras de muerte, pavorosos é insondables lagos de sangre han de costar siempre á

la sociedad esas sublimes convulsiones del esp3ritu que marcan un grado m3s en la escala de su perfeccionamiento. Y la raz3n es clara, por este ideal de nuestra innegable perfectibilidad, la lucha entre lo pasado y lo porvenir solo terminar3 con el hombre.

¿Conoces t3 pueblo m3s serio, m3s positiva, m3s accesible 3 la mera persuasi3n que el norte-americano, para quien no hay imposibles si se trata de una empresa que tienda 3 su engrandecimiento 3 gloria? Y no ha mucho ten3a una manch3 que le ennegrec3a, ten3a una llaga que le ofrec3a como leproso: la esclavitud! Y pregunt3tale si por lavarse de esa mancha, por extirpar esa lepra, no peligr3 la existencia misma de la Rep3blica modelo. Y m3s dif3cil que libertar a un negro me parece descuajar del coraz3n del blanco esa esclavitud voluntaria, impuesta en nombre del m3s grandioso de nuestros afectos; el religioso.

Pero qu3 m3s, amigo m3o? no concibo en religi3n ideal m3s sublime y divino que el de Jes3s, ni 3poca en que haya sido m3s necesario roc3o tan vivificador y celeste. Ret3rdese por un siglo la venida del Mes3as y quiz3 ya la humanidad hubiese desaparecido. Y con todo, prescindo del milagro, prescindo de todo lo sobrenatural— y hablando humanamente digo, que apesar de caracteres tan augustos como los que distinguen la Relig3n del Crucificado, sin Constantino 3 otro que se le pareciese no habr3a subido al poder; y sin la irrupci3n de los b3rbaros y el horroroso hundimiento del mundo romano, no se presentara la Iglesia como Dueña y Señora de la nueva civi-

lización europea. Hombre, aquí se me ocurre darte una leccioncita: cuando el asunto es escabroso y es probable que nos escuchen algunos espantadizos, se copia llanamente y aunque sea sonriéndose esta frase de Antonio Valbuena: «si algo he dicho aquí contra la fé ó las buenas costumbres, téngase por no escrito». ¿Piensas que no es una ganga librarse así de réplicas y estrategias de sacristía? Yo ya lo digo, y será un zompo el que algo me replique, porque con esas palabras debe darse por contestado.

Mas no de otros, de tí espero una terrible andanada: «¿Conque cobarde, pesimista, descreído, mal patriota, piensas pues que con cruzarte los brazos habrás cumplido tu deber? ¿Dudas del poder de la prensa, desesperas de lo porvenir y quieres que tranquilos veamos todos la ruina infalible de la Patria?» Y sabe Dios cuanto más me digas, Felicísimo; pero ni exageres mis aseveraciones, ni te afane mucho lo porvenir.

Tengo por contraproducente toda discusión religiosa, primero porque la gran campaña del liberalismo ecuatoriano debe ser todavía unicamente en el terreno político: tengamos primero casa para pensar después en sus adornos; y de aquella, apenas si están por concluirse los cimientos. Y segundo, dada la mala fe de nuestros contrarios, el salirnos del terreno que primero debemos ganar complica más el combate, dificulta sobre manera el triunfo: quien á un tiempo en todo emprende, nada concluye. Y tengo por estéril entre nosotros esas luchas, primero, porque la verdadera república está aún lejos de ostentarse en nuestras costumbres; y segundo, por

que nuestra prensa nada puede todavía ni en la opinión ni en las alturas del poder. No en la opinión, porque por punto general los lectores son contados, y al pueblo, á las multitudes, no les llega sino desfigurada la noticia de toda discusión. Y si la opinión no tiene fuerza ninguna de suyo, se deduce cual sería la influencia y la eficacia de la prensa en gobernantes que no conocen ese contrapeso.

¿ Censuro por esto la bizarría con que en esta ocasión has desafiado á los tonantes y te has atraído la simpatía y el respeto de los buenos ? No, señor, el no aceptar como oportuna la propaganda, el negar la necesidad urgente de emprender campañas distintas de la más esencial y decida, no implica el desconocimiento del deber más sagrado en un republicano, este es, defender el arca santa de las instituciones democráticas cuando en ella ponen manos violentas. Noblemente has cumplido tú con este deber ; bendito seas.

Y entre la evolución, por fin, y la revolución, doy preferencia á la primera, no por hipocresía, no porque tenga á los ojos nuestro Código Penal, sino primero, porque, aunque lentas, las reformas que á ella debe toda sociedad son más seguras y menos expuestas á violentas reacciones ; y segundo, porque dada la miseria é ignominia de las ridículas revueltas que tan estéril y dolorosamente han agitado á nuestra patria, más fe tengo en la influencia progresiva y civilizadora de un ferrocarril que despierte y dé vida y movimiento á la Sierra, antes que en cualquier trastorno intempestivo que otra vez ponga en peligro lo escasamente conquistado. Y en cuanto á los afanes de lo porvenir, una palabra.

\*  
\* \*

Leiste tú, Felicísimo, el número 865 de este Diario? Agua de seguro se te hizo la boca al oír la descripción del magnífico banquete obsequiado por un Club á varios de los notables del Guayas. Sólo una cosa faltó, á lo que parece, para la dicha completa de tan afortunada reunión: esas sonrisas del cielo, esas miradas incendiarias, ese hechizo, en fin, con que únicamente la mitad adorable del género humano sabe dar realce subidísimo á los pocos momentos en que nos es posible olvidar la fea realidad de la vida. Mas no pienses que voy á hablar de los vinos y exquisitos manjares que apenas por noticias los probamos nosotros. Un brindis hubo en aquel almuerzo, brindis tan espléndido en su forma y tan rico en esencia, que es como el inmenso ramillete, el primer adorno de ese verdadero oasis; y brindis que yo diría expresamente dirigido en contestación á tu carta, pues entré las brillantes flores de que se compone, aparece una arrancada como de una tumba; la amarga confesión del doctor Yerovi de lo poco ó nada que deberá el progreso ecuatoriano á la generación á que él pertenece.

A fe que, por modestia ó demasiada bondad, no extendió algo más su proposición, pues salta á la vista que á esa raza de gigantes á la cual debemos emancipación y patria autónoma, muy mezcua es, muy ruin la de enanos que la ha sucedido. En más de sesenta años de vida inde-

pendiente, sólo una conquista apenas y todavía algo dudosa, en cuanto á costumbres republicanas: el horror casi general en nuestro pueblo á la reelección de sus amos, el ansia de alternabilidad siquiera en la Presidencia. Y digo dudosa todavía porque viendo estás la forma que va tomando la ambición de los aspirantes: éstos no juzgan ya posible la eternización de un hombre en el poder, pero sí la de un circulito, la de una sociedad en comandita, como si dijésemos, ó cosa por el estilo. Puede, por tanto, que en adelante no tengamos dictaduras perpétuas; pero ¿tendremos República, seremos por fin ciudadanos?.....

Para evitar disertaciones, oye, amigo mío, este trozo de brindis á que me refero:—«Por motivos que sería largo exponer, dice, hemos llegado á una condición tal, que hasta en el modo de apreciar las virtudes hay extravío. El egoísmo se llama mérito, la incivildad importancia; el patriotismo crimen, y buen juicio, soberana prudencia no hacer nada, abstenerse de todo». Y pueblo en donde tan negra pintura es la verdad misma ¿será posible que jamás se levante de su lecho de muerte?

Sí; buen juicio no hacer nada, suana prudencia abstenerse de todo, para que el Ecuador continúe de eterno é inmenso obraje, y de míseros indios obrajeros hasta los hijos de los que no hemos querido imitar la virtud de nuestros abuelos, ni menos realizar su ideal: la República. Confieso contigo este como respiro de libertad concedido á la Patria por la actual administración; pero ¿merece el nombre de República un pueblo en donde el amor á la ley y el respeto á las insti-

tuciones es una casualidad, gloriosa si se quiere, pero sólo una casualidad, más o menos admirable?

Ni pienses por esto que mi ánimo sea rebajar un ápice el mérito de nuestro Excelentísimo; pero por lo mismo que éste ha respetado nuestras instituciones, si éstas son de suyo viciosas, y más todavía, mucho más las costumbres políticas de su pueblo, aún cuando lo hubiese querido, ¿qué más podía hacer Flores que dejar la gallina con su pepita? Encuentra una educación ruín y al pueblo halagado con ella; pues aumentese su ruindad y no se turbe ese halago. Encuentra la política convertida en industria, la hacienda pública en particular de unos pocos, el descaro en mérito, la impertinencia y el favoritismo en títulos para toda distinción, y todo por supuesto justificado por la indiferencia de la mayoría; pues siga la nulidad como reina y la insolencia como virtud y «el cuasi cadáver de la República como presa de los buitres que sobre ella se han arrojado». Encuentra el Concordato como ley; las comunidades multiplicadas como langostas. Obispos en cada pueblo, coros en cada aldea, canónigos en cada calle y alféreces y coronelitos tan centuplicados como los frailes y monjas con que á cada paso tropezamos: pues siga esta mezcolanza de c6gullas y bayonetas; impónganse nuevas y más abrumadoras contribuciones si las existentes no bastan para el sostenimiento de tanto zángano y sigan Prelados, Vicarios y Párrocos excomulgando, encarcelando y cambiando sus aranceles como mejor les cuadre. Pues ¿no lo tolera todo ecuatoriano, no es en él «crimen el patriotismo y soberana virtud la prudencia», el aguante hasta de lo injusto? Tienes

razón, si el derecho de pataleo á nadie se le niega, admirable es que á tan bienaventurado rebaño siquiera alguna vez se le conceda el derecho de balar. Estoy contigo, y aunque gratis data, viva esa conquista!

Y bien pues, si la fiebre no está entre las frazadas, ¿á qué este empeño, Felicísimo, de poner la monta en lo menos, en abusos de menor cuantía, en injusticias que no son sino efectos, cuando dejamos subsistente la causa, cuando la raíz de la arbitrariedad queda en su sér, cuando lo más, lo esencial, lo urgente, sigue visto con indiferencia por la mayoría, con una indiferencia que es apreciada como virtud? Unum est necessarium, justicia primero, y sin ella todo será arar en el mar. Dame casa, ordénamela, y no te afaucas mucho por los adornos. De éstos, además, no debía cuidar la generación presente, sino de dar consistencia y forma á la casa que con su sangre nos legaron nuestros mayores. Y en esto, confesemos con el simpático orador, que nada hemos hecho ó que han sido desgraciados los esfuerzos de unos pocos.

Y si merced á nuestra soberana virtud, la abstención, continúa la connivencia y la complicidad entre los poderes constitucionales y los intrusos, nada absolutamente haremos ni para lo venidero. Tengo á la vista una boleta de mi cura, en la que ordena al alguacil el encarcelamiento de una longa<sup>1</sup> hasta que mude de vida (que es irrepreensible) hasta por un mes y hasta que se reuna con su longo que sólo á palos la ha maateñido. Y fué a la cárcel, por supuesto, puñetea-

<sup>1</sup> India joven.

da, apaleada, ensangrentada; y eso que está en cinta, la longa se entiende, no el cura, que á lo que parece gusta sólo de hastas. Viendo estoy una lista en la cual, con pretexto de las cuarenta horas, están gravados los feligreses, unos con dos sures, otros con uno, etc., y á la vista tengo el nuevo arancel de los derechos parroquiales, dictados por juntas que nada tienen que ver con nuestras leyes. Pon el grito en las nubes; clama, desesperate por estas barbaridades, cuando sabes que esa longa no recobrará su libertad sino por empeños, por regalos, y después de que bese los pies de su cura pateador y las manos de su marido sayón; cuando ves con tus ojos que aunque sea chillando pagará el feligrés sus sures, por temor del infierno ó de la tacha de hereje; y cuando te conste que mil viudas y huérfanos infelices venden la última vaca, la choza misma en que se guarnecen por cubrir ese incalificable impuesto á la muerte.

Yo sí no grito, ni clamo ni me desespero por tales injusticias; lloro tal vez por las víctimas; pero el exceso en esos abusos es el más vehemente en mis deseos, porque en él está nuestra salvación. Si la ambición supiese moderarse, si la avaricia y la soberbia conociesen límite en su frenética sed de riqueza y poder, de seguro que los males de la humanidad no tuvieran remedio, pues sólo lo insoportable es capaz de arrastrar á lo desconocido. Y por eso de la insaciabilidad misma de esas furias ha emanado su castigo y la regeneración de toda sociedad. En un pueblo algo más que aletargado, sin objetivo en sus luchas si alguna vez se mueve, sin rumbo fijo en su historia y ya ayezado á toda tiranía, no cuento yo por

desgracia el abuso del poder, antes me complace su refinada insolencia, que quizá á la postre haga conocer á los indiferentes la valía de sus soberanas virtudes. En las vísperas por lo regular de su derrumbamiento y ruina es cuando más grandes y omnipotentes se han creído casi todos los famosos verdugos de la humanidad.

Y ya que por incidencia tocamos derechos parroquiales, en comprobación del pensamiento principal de mi carta y en desquite de tus desafíos, vaya un ensayo. Felicísimo! Probemos el poder de la prensa en el Ecuador con tema tan sencillo y que está en el corazón de todos: demos en tierra con la más clamorosa de las exacciones, combatamos por la abolición ó la sustitución de los «derechos mortuorios», conquistémonos libertad siquiera para enterrarnos! Imposible que no haya un liberal que no te acompañe en tan gloriosa cruzada; aún más, hombre no habrá de alma recta que con nosotros no repita: «aquello es bárbaro sobre toda barbaridad, aquello es inhumano, infame!»..... Y con todo, Felicísimo, con la mera palabra no vences.

Que las tinieblas van condensándose más en nuestra patria, me dices al fin. Nunca en verdad más vanidoso y sin contrapeso el poder vicioso de que te quejas, pero pienso que adolecen de exageración tus temores. Ni espacio tengo ya, ni es esta ocasión oportuna para examinar detenidamente el estado de nuestra civilización; pero tiembla mi pluma al considerar esta mi convicción última: desde el punto de vista religioso, mucho tiene que envidiar la época actual á la de nuestra niñez verbigracia; Campea como nunca el espíritu supersticioso, pero ahogando el espí-

ritu verdaderamente cristiano; y al par que la hipocresía y las exterioridades religiosas se multiplican, la indiferencia y el desprecio van tomando alarmantes proporciones. Para desgracia, pues, de nuestra sociedad, la cuestión se reduce á saber cuál es preferible, si la corrupción que dimana de la indiferencia ó la cobijada y nutrida por la hipocresía. Y si dudas de mi aseveración, fíjate en las costumbres dominantes, compáralas con las que hallamos al venir á la vida y repícame. Gloriense en su obra la tiranía y el fanatismo, ya que una corrupción tan abyecta como ellos ha sido su fruto!.....

En una palabra, si no se realiza la nueva que este mismo Diario nos trasmite en cuanto á la disposición del Vaticano, de dar otro giro á la política del Clero en América..... Es lo cierto, Felicísimo, que guerras, guerras formales por religión, ya no azotarán quizá á la humanidad civilizada; pero tampoco descollarán en ella espíritus tan colosales como los que en el siglo XIII, por ejemplo, obraban tan estupendos prodigios de amor y fe. El frío y descarnado positivismo avanza lentamente pero con la espantable precisión y constancia de la fatalidad, y avanza no en fuerza de su poder, sino que halla muy preparado el camino por sus propios enemigos y porque es muy pavorosa la significación de la cuasi charada conque concluyes tu escrito. No me detengo en ella, porque ni cara tendría entonces de pedirte perdón por mis larguras. Un abrazo, amigo mío, y tan entrañable como el último con que nos despedimos.

Tuyo,

ATILOS.

## Montalvo Civilizador (1)

Lima, a 9 de Junio de 1915.

Al Sr. Dn.

Alejandro Andrade Coello.

En Quito.

Querido Alejandro :

Comencé a escribir a Ud. el 24 del que pasó, pero hube de suspender mi tarea porque, coñ el cambio de estación, sobrevínome la grippe con su consiguiente fiebreçilla y su catarro, y todos los demás gajes propios de los dos inviernos, a cual más temible.

Llegóme entre tanto, el 4 del presente, su estimable del 15: ya con deuda encima, no cabe demora,

---

(1) Nos hemos servido, para la reimpression de esta carta-ensayo del texto publicado en la Revista «La Idea», que está desgraciadamente plagado de infinitos y sustanciales errores tipográficos. Habiendo desaparecido el original, nos hemos limitado a correcciones obvias, dejando intocadas algunas frases evidentemente mal impresas. — Nota del Ed.

¿Por qué elegí el 24 de Mayo para dedicar ese día todo entero a recuerdos patrios? Precisamente por el contraste: veíala a Quito como debió estar, de gala; y ni significado tiene tan solemne fiesta sudamericana para el Perú todo. Dolorosamente, divierte, en parte, esta ingratitud, este cúmulo de prevenciones contra Bolívar y Sucre: sólo San Martín el hombre de estas tierras hasta Magallanes. Y mientras nosotros, sin desconocer ni negar un ápice del mérito del ilustre argentino, a cada cual colocamos en su punto, no me sorprendería que de repente los garzones delicados despedazasen la soberbia estatua ecuestre del Libertador, erigida por uno de los poquísimos que aquí le contemplaron en todo el esplendor de Junín, el genial Castilla. Y valga la verdad, ésto como Nación, no ha nacido para aquilatar gigantes como el de Boyacá y el del Pichincha.

Al asunto.

Hasta entusiasmo me ha inspirado la obrita de Ud. Y qué chasco el mío! Había yo figurado al señor Andrade Cocco, el más pacato, el más inofensivo de los mortales, y tan bienaventurado que, al decir de la Biblia, por «pacífico poseería tranquilamente la tierra».

Y salimos con que, al acento sólo de mujer, es toda una tempestad, colocándose, por ende, en este género, como feminista, en el primer puesto entre los ecuatorianos. A galope, a carrera tendida, soltando ahora sí libremente el paso, lo mismo en la llanura que al trepar por enriseadas cumbres, qué garbo el del rizado y qué gallardo y airoso en todos sus movimientos. A ver esa mano, su libro es precioso: ni un solo rasgo pornográfico, y en calor, vehemencia y buen gusto,

muy abajo deja a ciertos fatuos. Nada de pretensiones ni magistralidades, y cuánta madurez de pensamiento, qué fondo de doctrina; cosas que, por su ausencia, tanto brillan en el más empingorotado y magistral de nuestros charlatanes. Y el timbre mayor, la nobleza de corazón que al través de esas líneas se transparenta: siempre por lo más desvalido, por lo mísero: cuando hasta para mis indios rompe de súbito tan precioso, tan melancólico sanjuanito! Sí, repito, páginas nos ha dado Ud. y no pocas superiores, al menos por lo prácticas, superiores a las de Severo Catalina. Y en cuanto a la tendencia-madre, digamos, de su labor digna es de todo encomio: «Muñecas», en escuelas de niñas especialmente, corregidas ciertas cosillas, como texto preferido de lectura debería designarse. «Macte nova virtute puer»; sí, llamado está y a muy alto el modestísimo *efebó*, a quien en mi carta anterior, y sin propósito de enmienda, de la oreja me permití algunos tirones: en materia de estilo, retiro lo indicado entonces.

Ahora bien ¿por qué bautizar tan prosaicamente su libro? Muy modesto es aquello de «Algunas ideas acerca de Educación»; pero muy vago, muy descosido, nada en fin llamativo. «Algunas ideas»... *la idea* se nos viene precisamente de algo como «Pensamientos de Pascal», «Reflexiones sobre las postrimerías»; de algo, por último, que no despierta interés ni curiosidad y cuyas páginas regularmente se abre entre bostezos. Y si añade «acerca de Educación», remachado el clavo; el librito de seguro, se cae de las manos. Fenómeno en realidad inexplicable, pero evidente, y no en mí solo, sino en varios otros que valen más que yo: el *amor al arte*, al pro-

pio oficio, en los que con instinto pedagógico hemos nacido, nos mueve a ojear con algún interés libros con tal título; pero la mayoría?... hasta a D' Amicis se le lee por tandas. ¿Por la aridez quizá de la materia y que además la creemos agotada, aun cuando de su importancia estemos vivamente penetrados? o quizá porque nos presumimos todos *divinamente* educados y tanto dale y dale nos fastidia? Sea cual fuere la causa, el efecto es innegable; y desde la portada su libro debe atraer, debe despertar curiosidad e interés. En otra edición, pues, otro nombre para el bebé. Si es inhallable un término que abarque todas las partes que lo componen, sea su título, a lo Bourget, a lo Anatole France, la simple enumeración de todas ellas. A más de estricta verdad entonces, desde la primera página sabrá el lector que no va a habérselas con *algunas* ideas, sino con un todo atractivo, y que no va a enfrascarse en una somnolienta prédica de Educación.

Inmensa diferencia entre *Sarmiento* y sus otros opúsculos; y no sorprende, *gaucho* al fin, en el fondo y en la forma, por más que pulimento clama a grito herido.—«La evolución de la enseñanza»: sobrio, oportuno, magífico. «Acuarelas»: idea tan vulgar y descripciones tan manoseadas, con qué arte y con qué belleza ha logrado Ud. rejuvenecerlas : eso no ha menester retoque. «Muñecas y muñecos» que deben ser un todo—(y dale otra vez con *algunas* ideas!!) lo mejor indudablemente, lo mejor que de su pluma ha brotado.....salvis salvandis. Por qué me echa a perder página tan elocuente, tan hermosa como la dedicada a Marietta? En la primera parte, vi un lunar; en la 2ª.....de mil ecuatorianas, una no habrá que le entienda; y de igual número de

ecuatorianos, imposible que ni *dos* le sigan con el diccionario a cuestas. Mérito es de un escritor, no lo dudo, un léxico abundante, rico; pero de aquí al estudiado rebuscamiento de terminajos que causan grima, qué distancia! ¿Y él, el que necesariamente debe corregirse de este achaque—gusta hacer coro con los que a Montalvo le enrostran su *arcaísmo*?

Transición ésta naturalísima para lo esencial de mi carta: quizá a mí no me quede tiempo; deseo por lo mismo que en jóvenes como Ud. caiga la semilla para que oportuna y debidamente fructifique.

Montalvo!.....

«Más de improviso  
la espada de Bolívar aparece  
y a los demás guerreros  
como el sol a los astros oscurece».

Imagen vivísima y de nadie más exacta que de nuestro *superhombre* (a lo germano?). Y pensar que a menudo se echa allá ese nombre, como uno de tantos, como a un montón. Y pensar que se lo saca a veces, como lo haría un sastre como un retazo para un remiendo!

Ostracismo y arrastre.....qué muertos! y con todo, la mayor desgracia de Montalvo y Alfaro ha sido y es el pasar hasta hoy *incomprendidos*. Varios, muchísimos, casi todos, Ud. inclusive, admiran en el primero la pluma, el lenguaje, el estilo, la aureola del grande orfebre. La pluma como poderoso instrumento, como la masa de Hércules para la realización de su obra; exacto; pero la gloria de soberbio escritor como nimbo único de nuestro coloso, disparate. Par-

tamos de una verdad sin réplica : tal como Bolívar y Sucre, Montalvo y Alfaro se *completan*; única dicha del famoso *rebelde*, haber hallado y presto, en el guerrero, el brazo que había menester.

Ansía tengo de ver «El Mirador de Próspero». ¿Sorteará éste la rutina? pues hasta Fombona es insustancial cuando en Montalvo se ocupa. En su verdadero aspecto sólo Juancho Uribe medio le adivinó e intentó un esbozo, más tan a la ligera que ni llama hondamente la atención, ni vivirá, como regularmente sucede con artículos de mero combate. Pero quien en lo futuro estudie la psicología de nuestro pueblo, y logre reproducir el medio ambiente en que apareció Don Juan, y se penetre de la originalidad y grandeza de su genio, y contemple todo el desarrollo de su incontrastable influencia en la vida nacional y su soberana eficacia, concluirá exclamando, infaliblemente: «este hombre es toda una época». Para su patria y aun para gran parte de este continente, Montalvo es la *revolución*, la verdadera, la salvadora, la que debe considerarse como arrobador e imprescindible remate de la que con la independencia iniciaron nuestros mayores. Es Montalvo el que da el golpe de muerte al tradicionalismo y el que muestra y abre la nueva senda para el porvenir.

Innegable, completa aparece en la actualidad la *quiebra* del liberalismo entre nosotros. Moral, social, política, administrativa, económicamente qué caos y tan vergonzoso el que nos envuelve! Culpa de nuestra doctrina? culpa del lema sustentado por Montalvo y Alfaro? De ninguna manera: nuestras malhadadas pasiones, primero; falta después de preparación de esa

educación cívica de que Ud. habla; y más que todo lo enorme, lo ponderoso que había que destruir y remover para construir inmediatamente, he ahí las causas—entre otras varias—de lo que tiene visos de fracaso o detestable claudicación. Y si a esto añade Ud. la infernal bofetada con que de súbito la fatalidad ha herido y ultrajado y vilipendiado a nuestra infortunada patria, no es para suspendernos tan monstruosa quiebra. Pero, por lo mismo que contingente y efímera y que es imposible que perdure, dejemos a un lado la actualidad. Estudiemos a Montalvo en su acción, en su actuación, quizá mejor, porque de ella es lo conquistado y lo que necesariamente se conquistará.

¡Crear generaciones innumerables, encarnar un solo espíritu en muchos cerebros, infundir su aliento en millones de seres, aun sin sospecharlo y a pesar de inauditas resistencias, tal generalmente la influencia social de los grandes pensadores y más de los que culminan con esa lengua de fuego en la frente, a guisa de apóstoles. Y por su vida misma, ejemplar a toda prueba; por el oro purísimo de los principios con tanto tesón inculcados y por esa imperial entereza con que a propios y extraños se impone y sienta el pie en el templo de la inmortalidad ¿no fue en verdad un apóstol quien así tan hondamente sacudió y conmovió la tierra donde vió la luz y tan ilimitadamente extendió la vivificante trepidación?

Todo pues lo que Ud. dice de Sarmiento y más todavía, nada es respecto a la influencia de Montalvo en el despertamiento y la nueva vida de su patria. Y Sarmiento llega a la cumbre del poder, desde donde todo se le facilita; Montalvo no avanza ni a una Tenencia de parroquia. Ro-

sas es el miserable combatido por el primero: un García Moreno por el segundo; Sarmiento cooperador o un gran capitán, si se quiere, pero a la cabeza de formidable falange; Montalvo, solo, completamente solo; y hele allí con la planta sobre la cabeza del dragón y lo que es más aún, con el pie sobre los escombros de otra Bastilla que aparecía imperecedera! (1) Y mero surcidor este hombre de frases *afiligranadas*?..... eterna miopía o injusticia sistemática la de la pobre humanidad?

En ustedes, alguna excusa: los de su generación, Alejandro, por mayores esfuerzos imaginativos, ni a figurarse alcanzan lo que era el Ecuador a la aparición de «El Cosmopolita»: soils pues, incapaces de aquilatar su valor intrínseco. En el 62 al 64, si no me engaño, está fechada la boleta del Intendente de Policía que impuso a la Sra. Virginia Klinger cuatro pesos de multa «por la *bull*a que ayer metió en las calles con su coche, y porque con ese movimiento hizo temblar las paredes de las casas». Abogadillos había en aquella época que ignoraban si el Chimborazo era golfo o río, o mejor dicho, no sabían ni lo que era río, ni lo que era golfo, pues de conocimientos históricos y geográficos y demás parecidas yerbas hasta en Universidades y Colegios el ayuno era absoluto. Higiene.....ni de palabra la conocíamos; y pecado, según las beatas, el bañarse ciertos días; y mas abominable pecado, el mayor aseo de lo que más asco la naturaleza demanda. Todo un Dr. Portilla, jurisconsulto y de los de primera, por allá en el 69 quizá con mayor número de años encima, se ve forzado a mo-

(1) Véase todo el «Regenerador» y su lucha, durante Borrero, por la reforma de la legislación patria.

verse de Quito, y sale. . . . hasta Ambato! No rara vez hacia testamento el viajero a Guayaquil; y de seguro que no completaron docena los serranos que hubiesen osado un viaje a Europa.

Entre esas tinieblas brillaban, desde luego, como luciérnagas ciertas nobilísimas excepciones, más queridas por lo mismo y más dignas de respeto: un P. Solano, los tres ilustres Pedros (Moncayo, Carbo y Cevallos) B. Malo, A. Borrero, Riofrío, Espinel y quizá otros pocos más. Pero, por lo profundo del sueño que las masas dormían, puede decirse que de aquellos la eficacia fue casi nula: predicaban en el desierto y sus esfuerzos caían en el vacío: apenas, pues, si lograron mantener casi moribunda la llama del amor patrio, a cuyo calorcillo únicamente vive y se desarrolla la santa altivez republicana.

¿Diarios? ni uno en toda la República, ¿Periódicos? algunos de vez en cuando, y tan insulsos y fútiles que ninguno llegó al número 20. Una sola voluntad, y bien aviesa, cerniéndose por todo el ámbito de una nación, trémula de terror; sobre la conciencia de todos y en lo más íntimo del hogar, el fraile, pero sólo con la omnipotencia que nuestro Felipe II le permitía . . . . en una palabra, Job en el estercolero, o mejor el *jam foetet* del Lázaro bíblico, tal era el Ecuador cuando por primera vez retambó aquella voz estentórea que a cuantos los allí nacidos nos puso los pelos de punta.

¿*Cosmopolita?* . . . . Hubiese Ud. visto, re-diós, el asombro, el espanto, la zozobra, la ira, el frenesí que en donde quiera produjo el primer grito de ese *desalmado*, de ese *hereje*, de ese *bandido*, de ese *masón*, de ese *ignorante*, de ese *canalla* . . . . pero de los de la turba

chilló, quién no espumajeó, quien no tuvo a dicha cubrir de improperios a Montalvo y escupirle y abofetearle y pisotearle y revolcarle en el cieno? Con decir que hasta García Moreno, en un soneto, se rebajó a decirle que «a Europa había ido en *dos patas* y que tanto había adelantado que regresó en *cuatro!*» Para remate, hasta un clown sacristanesco con sus piruetas tomó a pecho dar en tierra con el coloso!—«Pobre Montalvo! se hundió para siempre, está enterrado; y lástima, porque parecía bastante hábil el joven-cito», palabras del bueno de Don Pedro Cevallos al ver a su paisano más sarandeado y molido que el célebre caballero por los yangüeses.

Pero el número 2º no se hace esperar. ¿Recuerda Ud. de aquel *cedro*, una de las joyas de los primeros cosmopolitas? Otra imagen gráfica del propio Autor, muy especialmente cuando se presentó de nuevo en la palestra: alto, altísimo, y todo él vida y soberbia lozanía. Y no piense Ud. que él hubiera buscado prosélitos, ni menos mendigado favor o amigos, a pesar de la angustiosa estrechez en que vivía. Si para los ascetas hay envidias *santas* y hasta *indignaciones* e *irás sagradas*, cuando en nombre de Dios la emprende contra los impíos, soberbias debe de haber también nobilísimas y orgullos venerados. Y pues ¿soberbia la del citado cedro, por la majestad con que en su bosquecillo mece su copa? ¿Orgullo el del Chimborazo, en una mañana despejada, radiante? Cualidad o defecto, es la verdad que, sin ese soberbio orgullo del Cosmopolita, no, Montalvo no sería Montalvo. Ni una sola indignidad, ni una sola indecencia en su vida privada y pública ¿no hay soberbias, no hay orgullos envidiables? Y eso sin tomar en cuen-

ta que, por la actitud misma de sus conterráneos, las punzadas en su amor propio debieron necesariamente de extremar su innata altivez.

Cuando apareció el N.º 4º, ya la vocinglería y el escandaloso espanto producido por el primer trueno, habíanse trocado en algo como el palpitante silencio de un circo, cuando los concurrentes esperan ver algo horrendo en la arena. Y a muerte, en efecto, fue el duelo trabado entonces en todo el ámbito de la República: de un lado todas las preocupaciones, los atavismos, las hipocresías y las miserias infinitas de la tradición con las armas de un poder omnímodo en la mano; y del otro, sólo en la estacada, completamente solo, repito, y nada más que con la Verdad, la Justicia y el Derecho por única espada, el representante del porvenir, de la civilización verdadera, el genuino representante del espíritu del gran siglo de Víctor Hugo.

Trágicos, por lo mismo, qué trágicos fueron para Ecuador el 67 y el 68 y hasta el primer mes del 69. Pero había lucha, había esperanza, por consiguiente; y si bien, a la sombra de un infelizote y de un hombre de veras justo, pero tímido, de un Presidente -biombo, no se presentaba dudoso el éxito feliz de la causa del bien. Pero era *maese Pedro* quien tras los bastidores todo lo movía, y figúrese Ud! ¿Quiere una medida para la gente de entonces? Un solo rasgo. Presentóse en el gabinete presidencial el Comandante de Quito, General Julio Sáenz (hijo del prócer de Pesillo) y: «Éxmo. Señor, - le dijo a Don Gerónimo Carrión,—manda a decirle el señor García Moreno que renuncie inmediatamente la Presidencia.—Y Ud., *mi* Comandante General, Ud. el llamado por la Ley a defender la Constitución,

viene con este recado al Ejecutivo?—Qué Ejecutivo ni que Ley, yo no tengo otra Constitución que obedecer al Dr. García Moreno.—De suerte que. . . . De suerte que ni una palabra más; a su casa y presto, Señor Excmo., sin fastidiarnos». Qué iba a fastidiar el pobre hombre! a Loja pues, y dando gracias al cielo.

Con el otro, con el venerable Espinosa, todavía más *expeditivo*; ni un recado: la mano al cuello, y a la cárcel—«renuncie usted (cómo se repite la historia! exactamente lo mismo que el 5 de Marzo de 1912). Corre inmenso peligro la causa que yo represento, mayor peligro la Santa Religión; una hora más Ud. en el poder y Urbina se nos viene encima. Zape, el Ecuador es mío.»—Y la usurpación se consuma en efecto; y de occidente a oriente, de sur a norte, más pesado otra vez, más pavoroso el imperio del terror. ¿Cuya la falta de lealtad, en la lid, cuya la traición, el crimen por consiguiente?

Pero era ya tarde: a manos llenas y en poquísimas páginas relativamente, el gran sembrador había echado por donde quiera la fecunda, la escogida semilla. Y cómo germinó, y cómo floreció; y cómo se extendió la multiforme cosecha, aun a despecho de los mismos que, sin sospecharlo siquiera, la aprovechaban. Amor a la luz, amor a la vida y todo lo que es bondad y belleza; amor a la humana dignidad, al pulimento del carácter, al cultivo de las virtudes cívicas, y antes que todo, amor a la libertad; odio implacable a la arbitrariedad, a la hipocresía, a la superstición, al fanatismo; odio a la bajeza, a la bajeza más que al propio crimen, como base esencial de la formación de un ciudadano completo. . . . he aquí la estupenda labor del apóstol; y de ahí, por

inmediata consecuencia, desasnarlos, excluirlos, hacernos hombres. Civilizar todo un pueblo y encender en donde quiera el amor a lo grande, a lo bello y únicamente por la energía del propio pensar, soberanamente expresado ¿no será esto el supremo ideal de la gloria?

Montalvo en Ipiales es propiamente Prometeo en el Cáucaso, siempre perseguido por las garras del buitre que sobre él se cierne; pero él. . . . como si ni reparase en la alimaña. Pues es entonces cuando más elabora y acendra la delicada miel con que dulcificará las sustancias que aun ha de suministrar a sus hermanos, en proporción con la fuerza de cada organismo. Pero cuidado si a la alimaña se le antoja crecer para siempre encadenada su víctima! si a mayores se alza todavía, si quiere perpetuar su dictadura, le habrá sonado su hora. Tan es así, que pronto y con noble desenfado exclamará: *mi pluma lo mató.*

Y qué brazos los de Montalvo para todo abarcarlo! ¿Dónde, en efecto, no puso su mano, qué no lo revolvió; y aunque en proporciones dosimétricas dejó sin remedio alguna dolencia, dejó llaga sin tocar y aplicarle el debido cauterio? De aquí que, sin confesarlo, sin sentirlo, palpemos en donde quiera sus huellas; de aquí que en donde quiera respiremos su aliento.—Sólo en lo militar, apenas un himno a lo Laménais para el *joven soldado*; pero ya quisiéramos que solamente ese himno resonara a menudo en nuestros cuarteles, cuando tengamos de veras soldados, cuando tengamos ejército, si tanta es todavía la humana desgracia que hayamos menester de este quinoso, mortífero lujo.

Y qué golpes tan espantosamente certeros

los del Titán: de sus adversarios, unos reconociendo su derrota e impotencia, se esfuman y enmudecen para siempre; azorados otros, miserablemente corridos, se escurren con las orejas gachas a esconderse en una sacristía; y aunque cegados algunos ante tal esplendor, con todo, algo estimulados, sedientos de renombre, en el afán por empinarse un poquito más, levantan siquiera los talones. Pero a él, a Montalvo, qué todas estas pequeñeces, en su serenidad o en sus arrebatos olímpicos?

Y advierta Ud., no muy avanzadas, en apariencia, sus ideas en política y menos en religión: apenas si en la «Mercurial» medio descorre el velo de su conciencia rebelde; en algunas de sus otras páginas hasta se transparenta su creencia en la divinidad de Jesús. Y Montalvo, sin embargo, el padre del radicalismo ecuatoriano, el inspirador, la gufa de Alfaro. ¿Por qué? Porque así como en García Moreno fue un absurdo querer contener, desvirtuar, aniquilar el espíritu de su siglo, y, asesinando la evolución del humano pensamiento, pretender pavonearse en nuestros días a lo Carlo-Magno, así en Montalvo, en su escuela, en su obra, la reacción tenía que ser . . . . . lo que ha sido, diré mejor lo que será, ya que apenas en los prolegómenos nos hallamos. Venga la paz, venga, la que ya a gritos se impone, la concordia de toda la familia ecuatoriana, y lo verá Ud., lo verán al menos nuestros hijos: aunque en extensión territorial, a la postre, quedemos en retazos, quizá en *todo* y no muy tarde, sea nuestra patria la verdadera Suiza de los Andes, esto es, acabado modelo de una República esencialmente progresiva. La materia prima, abunda para ello entre nosotros; y lo que es hoy por

hoy, para aprovecharla, muy poca cosa se nos demanda.

Sí, apenas en el prólogo está la evolución suspirada, impuesta por el Reformador. Fuera del divorcio y la emancipación económica de la esposa, muy poco o nada hemos hecho por la mujer; nada por el indio, nada por el proletario; ¿y puede haber derecho más sagrado e incontrovertible que el del pan de cada día, conquistado sin sudores de muerte y saboreado sin ajenjo o rubor? Y ya que en varios otros puntos tanto y de súbito nos hemos adelantado a no pocas de nuestras hermanas, necesario y muy glorioso nos sería que previniésemos de buenas y con cordura a lo que de otro modo sobrevendrá ardiendo en frenéticas iras. Tarea ésta, vuestra, jovencitos: dejad a un lado las miserias que os emporcan; y en estudios serios, en los de Sociología y Economía Política, en los arduos problemas que hoy tanto agitan a las viejas sociedades, buscad la solución más sencilla de lo que ahora para su ventura os solicita la patria. El hambre de millones, donde sólo hay espacio para millares, clara aunque dolorosamente se explica; pero el hambre de decenas, donde sobra espacio para millones, cosa es que raya en absurdo. ¿Tan estéril para el procomún, en manos del Estado, la incautación de los bienes de manos muertas; y eternos esos descomunales latifundios condenados a perpetua esterilidad sólo por la soberbia y el egoísmo de unos pocos afortunados, que más lo serían poniendo sus capitales en movimiento? *Intendame*, si bien a la larga y a la fuerza, todos tendrán que entender, y sudando este acertijo.

No divaguemos: al concluir esta carta, dúcele una consideración: de lo sembrado por don

Juan, de lo que constituía su característica, poco o nada ha fructificado; hablo de su horror a la bajeza, a lo canallezco que no perdonó jamás ni en sus propios amigos, ni en sus parientes ni en su hogar mismo; horror del que talvez se derivaba su irreductible zaña a la tiranía, foco pestilencial de toda podredumbre; hablo en fin de aquella *pulcritud* que, a par de apóstol, hizo de él el sacerdote excelso de pensar y sentir purificados, acrisolados, divinizados, secreto éste de la magia irresistible de sus escritos. Tal belleza ¿será mejor estudiada por nuestros hijos y mejor cultivada para la transformación completa de nuestra sociedad y el triunfo definitivo del maestro? Porque, convénzase, Alejandro, en amor a las letras nos vencerán muy pocos; pero en verdadera cultura, en la humanización de nuestro sér, muy mezquinos aún.

¿Secreto de la magia, dije? lo ha de haber usted reparado. Pero a más de aquella pulcritud, note usted ese pulso, ese tino en la enunciaci3n del pensamiento—como que perfectamente sabía a quienes se dirigía. Afirmaciones o negaciones absolutas, en lo controvertible, ninguna; habérselas con prejuicios o credos de ninguna clase, jamás; y todos sin embargo con una sola frasecilla, con un gesto los deja desvirtuados; y tal arte al suavizar lo crudo y al dulcificar lo amargo que hasta saboreándolo con delicia pasa por el paladar más delicado—cuando habla el filósofo, se entiende; porque sí es a lo Juvenal su actitud, ay! de las espaldas en donde lueven esos latigazos en formas de lenguas de fuego! Nunca dice más de lo que quiere, y a veces apenas lo que debe decir; y no en raras ocasiones, con esa ironía clásica francesa, con qué donaire salva lo

insalvable y se sonríe de todos y de todo. Si a esto y a la elasticidad asombrosa de su genio, añade usted el tiempo y el teatro en que actuar le cupo ¡cuánto se agiganta el pasmo que ante hombre tan colosal nos embarga!

El tiempo y el lugar, factores tan poderosos, amigo mío, en el desarrollo, la eficacia y la influencia social del genio! En estos días cabalmente, cábeme la honra de tratar a menudo y muy de cerca a Don Manuel González Prada: imposible que sus escritos no hayan llegado a manos de Ud. A veces, para mí, la ilusión es gratisima: autójaseme que, en La Quinta o en Ipiiales, me veo de nuevo al lado de Don Juan. En potencia intelectual, en amplitud de ilustración, en templanza y entereza de carácter, en elevación de ideales, delicadeza de sentimientos, austeridad de costumbres, en el carácter, el carácter sobre todo, qué identidad entre los dos! Con esta enorme diferencia en favor del hijo del Rimac, la exquisita suavidad de índole (pues yo no confundo ésta con el carácter): Don Manuel, la dulzura misma, noble, sencilla, espontánea: a Montalvo ¿quién le fruncía el entrecejo? Figúrese Ud. todo un Lord en la apostura y fisonomía, con la nada estudiada figura de parisiense de Saint Germain, tal el Señor González Prada. Imposible imaginárselo sin guante blanco, verdad? Pues también esa mano así enguantada de tal manera ha batido tremenda, fusta contra los vicios y preocupaciones sudamericanas, que perplejo queda uno, en realidad, al ponerle de frente con el autor de las Catilinarias. Alarde de la decantada *difícil facilidad*, abundancia de corazón, nervio, todo relampaguea en sus pocas, pero imperecederas páginas.

Para que note Ud., hasta en lo moral, la admirable semejanza de los dos escritores que nos ocupan, permítame uno o dos rasgos. Empeñóse el Presidente señor Leguía en que don Manuel dirigiese la Escuela de Artes y Oficios—establecimiento desde luego que en nada se parece al nuestro; y advierta Ud. además que en bienes de fortuna es el señor González Prada casi lo que fue Montalvo.—«Como—contestó dicho caballero—censuro yo sin cesar estas colocaciones improvisadas y conferidas a los que no cutienden palabra de lo que se les confía ¿y he de ser yo quién confirme el dislate?—Pues entonces—replicó uno de los Ministros queda Ud. nombrado Rector de Guadalupe (este Colegio, si lo hemos de juzgar por el edificio, es joya que brillaría en Europa: cursan allí de 800 a 1000 alumnos).—Tampoco me es posible—contestó el ilustre literato—ello implicaría claudicación: por la ley y los reglamentos, sujeto ese instituto a prácticas religiosas..... Basta».

Poco después, cuando a maravilla dirigía la Biblioteca Nacional, sobrevino el movimiento revolucionario del 4 de Febrero de 1914, que para don Manuel fue inundo guartelazo. En el rato estuvo elevada la renuncia irrevocable del destino; e inútil toda gestión para siquiera obtener de él que modificará el tenor del documento. Y a la brecha, pues, a combatir lo que calificó de iniquo. Por dicha, salió con vida y libertad.

Tal el hijo más ilustre del Perú; y sin embargo... comparado con Montalvo, poca, nula casi su influencia social. ¿Por qué? Entre varias razones, la principal porque no ha habido combate: es mortal la paz para los atletas del

pensamiento; son como esas soberbias espadas, adorno de una panoplia. La suerte envidiable de Montalvo, fue habérselas con un enemigo casi tan fornido como él y digno, muy digno de sus arrestos siquiera sea por la enormidad y fiereza del paladín de la tradición. El Perú no ha tenido un García Moreno; el Perú no ha sentido en su cuello la cola constrictora de la serpiente de Laocoonte. Montalvo tuvo un objetivo directo, desde sus primeras embestidas, derrocar la más nefanda y monstruosa tiranía que surgiera en este continente, tan fecundo, por maldición, de esa calamidad. A González Prada le ha salido al frente la indiferencia y con ésta el combate es como contra un costal de lana. Montalvo concitó contra sí todas las iras, y a muerte, repito, fue su duelo. El peruano no se encoleriza con facilidad, evoluciona: ¿no le hablé antes de materia prima? ¿Vencido por ésto el hijo del Rímar? No tal: si no con la corona de laurel, con fúlgida aureola brilla entre los grandes pensadores de Sudamérica.

Tiempo y lugar.....circunstancias decisivas, amigo mío, de la humana historia, como partes esenciales del medio en que el hombre aparece. Sin la Revolución Francesa, Napoleón ni a Mariscal de Luis XVI habría llegado; no fue noble de primera clase. Nazca Montalvo en la Argentina y en estos días, y a fe que, entonces sí, alguno se sale con la suya; no habríamos tenido en el año un *orfebre asombroso de la verba*. Surjo González Prada en cualquiera otra parte y le ahí otro rebelde, otro atlético Civilizador.

¿He terminado? Cuando tomo la pluma ya que me prelo de imparcial y hasta de

severo en mis juicios—procuro desnudarme en lo posible de toda pasión y prejuicio, revestirme de serenidad y poner sólo en la verdad todo el ahinco de mi alma; y teniendo estoy me tome Ud. ahora por demasiado hiperbólico o muy exagerado en mis apreciaciones acerca de Montalvo. Debo advertirle, pues, que entre los discípulos de él, fui yo quizá el único refractario: amaba, veneraba al Maestro, verdad; pero a más de reconocer sus defectos, nunca fui de sus ciegos, frenéticos adoradores. A medio siglo de distancia además ¿cabe fervor apasionado? Si carga la consideración por otra parte en los tres puntos siguientes, persuadido quedará Ud., seguramente, de que en estas líneas es la Justicia a la que sólo he rendido sincero homenaje.

1º La gran revolución del 89 desde *ab-uelterno*, diríamos, vino preparándose, lentamente, pero con formidable majestad. Dióle la reforma tal empuje que una sola chispa era necesaria para que estallasen las minas estúpidamente aglomeradas por los mismos que se creían amos y señores del mundo por toda la eternidad. No así nuestra Emancipación de España, acto casi improvisado y cuyos dirigentes desaparecieron muy a prisa, dejando apenas bosquejada su obra, y dudosos ellos mismos—con Bolívar a la cabeza—de su bondad y duración. De aquí esa media centuria de angustiosas trepidaciones y a menudo de incesante tortura de nuestros pueblos, víctimas de desapoderadas pasiones y presas casi todos ellos de miserables tiranuelos.

¿Qué motivo, qué causa poderosa, en tan larga época, para el despertamiento, para la for-  
n digamos del alma nacional y

diantes manifestaciones, por consiguiente? Viva pues, intacta, en el Ecuador especialmente, la herencia Española: no nos sulfure el desenfado del que calificó entonces nuestra patria de infortunado *Convento*. Aparece «El Cosmopolita», y otra al instante la atmósfera que respiramos. ¡Qué sacudón aquél! Se deslindan definitivamente los partidos, surgen los *leaders*, levanta cada cual su enseña; fijándose rumbos determinados, la selección se apresura; y a la meditación, al estudio todos, porque el combate se apresta. ¿Quiere Ud. saber lo que era el liberalismo de entonces? Contemple esos últimos parpadeos de la hermosa pléyade que comienza a agonizar desde el 68 y ya en el 80 se ve que ni rastro ha dejado. Liberalismo a lo Lacordaire, a lo Montalembert, aunque quizá con más apego y devoción a Donoso Cortés, *voilà tout*. ¿Exageré, pues, al llamar a Montalvo hombre-época?

2º En el tercer año de la segunda administración de García Moreno, si no me equivoco, ascendieron, con asombro general, las rentas públicas a un millón de pesos sencillos. ¿Cuál por tanto habrá sido entonces la riqueza privada? Es lo cierto que diez mil pesos de *capital* bastaban para que considerásemos como un Rothschild al que los poseía. Y la civilización no vive en boardillas, su precursor y compañero infalible es el progreso; y de éste la primera manifestación es el oro, y oro la segunda; y oro la tercera; metal—es claro—que no del cielo llueve, sino que se cuaja de la energías de la vida, de la poderosa acción del brazo y el cerebro, de la lucha, de la incesante lucha por el bienestar, por la holgada satisfacción de nuestras necesidades. Con la civilización no hay sopas de convento ni el *contigo*

*pan y cebolla* de ridículos amartelados. Y el Ecuador, hasta el tiempo a que me refero, comía en refectorio, dormía en un zaquizamí, *sentado*, si se quiere, *sobres bases de oro*, pero muy entrafadas en el fondo de la tierra. ¿Y no llamaremos Civilizador al que sacudiendo de las orejas a un pueblo así esqueletado, le saca de su celdilla y le empuja al aire libre; y bañándole de luz, le infiltra amor al trabajo, al placer de la victoria, a la felicidad; y que al inculcarle sus derechos y enseñarle sus deberes, le reviste de dignidad y le convierte en campeón indomable de sus libertadores? Esto hizo Montalvo, y tácheme Ud. de hiberbólico.

Y 3º El pan del alma (también pedantearé) el libro quise decir, el folleto, la información mundial, ese hervir del pensamiento al fuego que sin cesar la prensa le suministra ¿cosas, si quiera en nombre, conocidas durante las décadas que revisamos? . . . . Colonial, absolutamente colonial todavía el lecho de plumas en que, a guisa de cánónigos, roncaban las tres potencias del alma y hasta los cinco sentidos corporales del ecuatoriano. Solamente los Sres. Obispos, caballero, eran los bibliotecarios y aduaneros de la República, en lo tocante a la importación de los productos de la prensa; y con qué criterio, ira de Dios! Pues todavía en el 86 ¿no lanzó Ordóñez excomunión mayor contra Montalvo y sus lectores? y en el 88, en un convento de capuchinos ¿no celebraron solemne *auto de fe* con los «Siete Tratados» y más algunas otras obras? Sí, con qué criterio repito, y escúcheme Ud.: en cierta ocasión y en una biblioteca de nuestras principales provincias pedí Molière:—«No puedo, señor, es prohibido.—Prohibido Molière?

*Moliere* *Voltaire*, suenan lo mismo; prohibidos por consiguiente. —No discutamos, á ver *Massillon*. —*Massillon*, *Bouffon*. . . . . idénticos, tampoco puedo, señor, y de esos librajos la llave tiene el sochantre». —Y ahora, ahora, ¿os an hablar-nos algunos botarates de las bellezas, de las embriagueces de la *Tradic6n*? ¿Hase visto más descarado cinismo?

Pues bien, llega Montalvo, y las Bibliotecas se desempolvan y deja de ser el libro bocado exclusivo de unos cuatro afortunados, y hasta los rivales mismos de Don Juan se entregan siquiera al Quijote comentado por Clemencín; desaparece como por encanto el horror a lo estupidamente prohibido, y los intelectualmente razanos leen por fin, meditan, *dudan*. . . . . y sienten que de suyo el alma se les eleva a esferas ni sospechadas por nuestros mayores. ¿Y quién con la libertad de la palabra y la tolerancia mútua quién con el respeto al derecho ajeno y el amor a la propia independencia nos trajo la libertad del pensamiento y la de la conciencia sobre todo? No, sin hipérbole, será calificado de atleta y sublime del progreso!

Otro timbre exclusivo de Montalvo: cuanto es innúmera su descendencia intelectual, ascendientes no me da Ud. uno sólo. . . . . a no ser que vaya a buscarlos en pueblos muy lejanos de América; y aun entonces, de tal manera revestido el sello de otras civilizaciones que aparecé como fruto natural de una zona interandina, de su dulce Ficoa, por ejemplo. No me censure este dulce, pues ocúrreseme sin pensarlo el *dulces moriens reminiscitur Argos* de Virgilio. Si, Ficoa, de seguro, como debe de suceder a todo

proscrito, fue la última, la dolorosa imagen del que, a orillas del Sena, en tanta soledad y desamparo agonizaba.....

¿Un caso histórico, para que palpe Ud. la diferencia en la eficacia de maestro y Maestro? Mucho antes del Cosmopolita, publicó don Pedro F. Cevallos su «Catálogo de los errores en el lenguaje familiar»: hasta en los escritores de nota de aquella época, qué gazapatones. ¿Y el fruto del Catálogo? A pesar de los rezongos y palmetazos del bilioso discípulo de Baralt, los quechuismos y galicismos, los barbarismos y craso-ignorantismos continuaron como en su propia casa. Mas brillan las lecciones objetivas de Montalvo, irradia el ejemplo vivo ... y desde entonces, si con frecuencia, por desgracia, mucha vaciedad e inmundicia en el fondo, en la corrección de la forma, qué desgaire el de la pluma ecuatoriana.

Voltaire, en la vida universal del pensamiento, y Montalvo en el ambiente literario y político sudamericano, analogía es que suspende, coquillándonos dulcemente el amor patrio. Incapaz desde luego Montalvo de la carcajada cínica ni de la imborrable mueca del sistemático escéptico: todo lo contrario, austero sacerdote de su único ídolo, la verdad, mírele Ud., hasta en esas melancólicas sonrisas que involuntaria y necesariamente nos arranca aquel terrible *que sais-je* de Montaigne, cuán ingénuo, cuán sincero, se muestra. Pero ¿cómo negarle aquel como fluido magnético que, de las páginas de esos dos zapadores de lo vetusto, fuertemente se desprende, y envolviéndole por completo al lector, consigo le lleva a donde dichos magos lo quieren?

---

Mas no por esto deduzca Ud. que voy a estudiar literariamente a Montalvo: he abusado por demás de su paciencia: punto, pues, y redondo. Pero no se figure que, por el abrazo con que me despido, ha zafado Ud. de la catilinaria que tiene merecida por una de las páginas de sus «Muñecos».